

**Michael Grant**

**Olvidados 05**

**Miedo**

Ha pasado un año desde que todos los adultos desaparecieron...

A pesar del hambre y las mentiras, a pesar incluso de la plaga los chavales de Perdido Beach están decididos a sobrevivir. Sin embargo, en la nueva y precaria vida que se han construido comienza a arrastrarse la que probablemente sea la peor encarnación del enemigo conocido como la Oscuridad: el miedo.

En la oscuridad surgen los peores miedos, y se cumplen las intenciones más crueles. Pero incluso en los momentos más terribles, los habitantes de la ERA conservan la voluntad de sobrevivir y el deseo persistente de cuidar de los demás en su grupo devastado. Cueste lo que cueste.

Michael Grant

MiedoOlvidados – 5

ePub r1.0macjaj 20.10.14

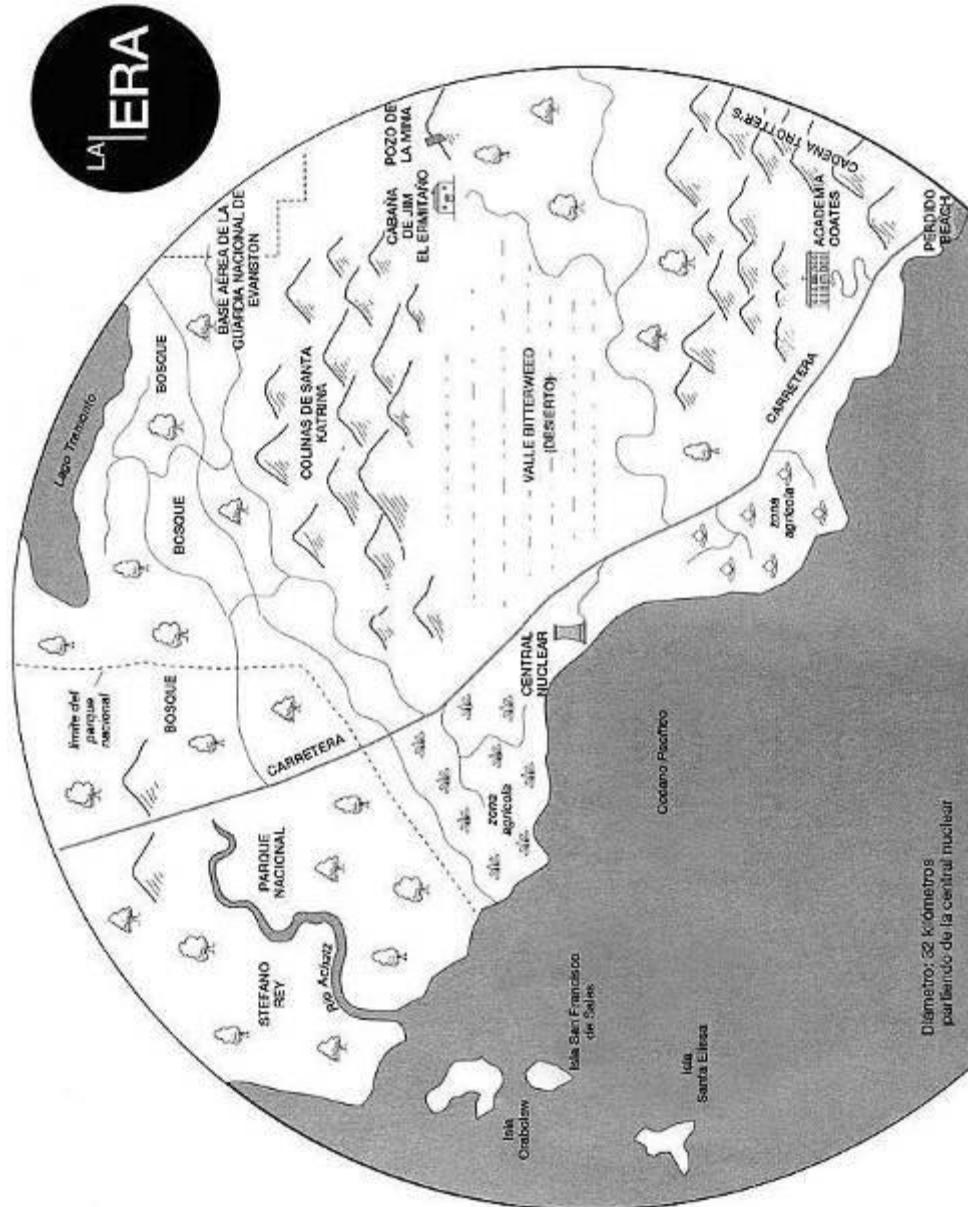
Título original: *Fear*

Michael Grant, 2012

Traducción: Raquel Herrera Ferrer

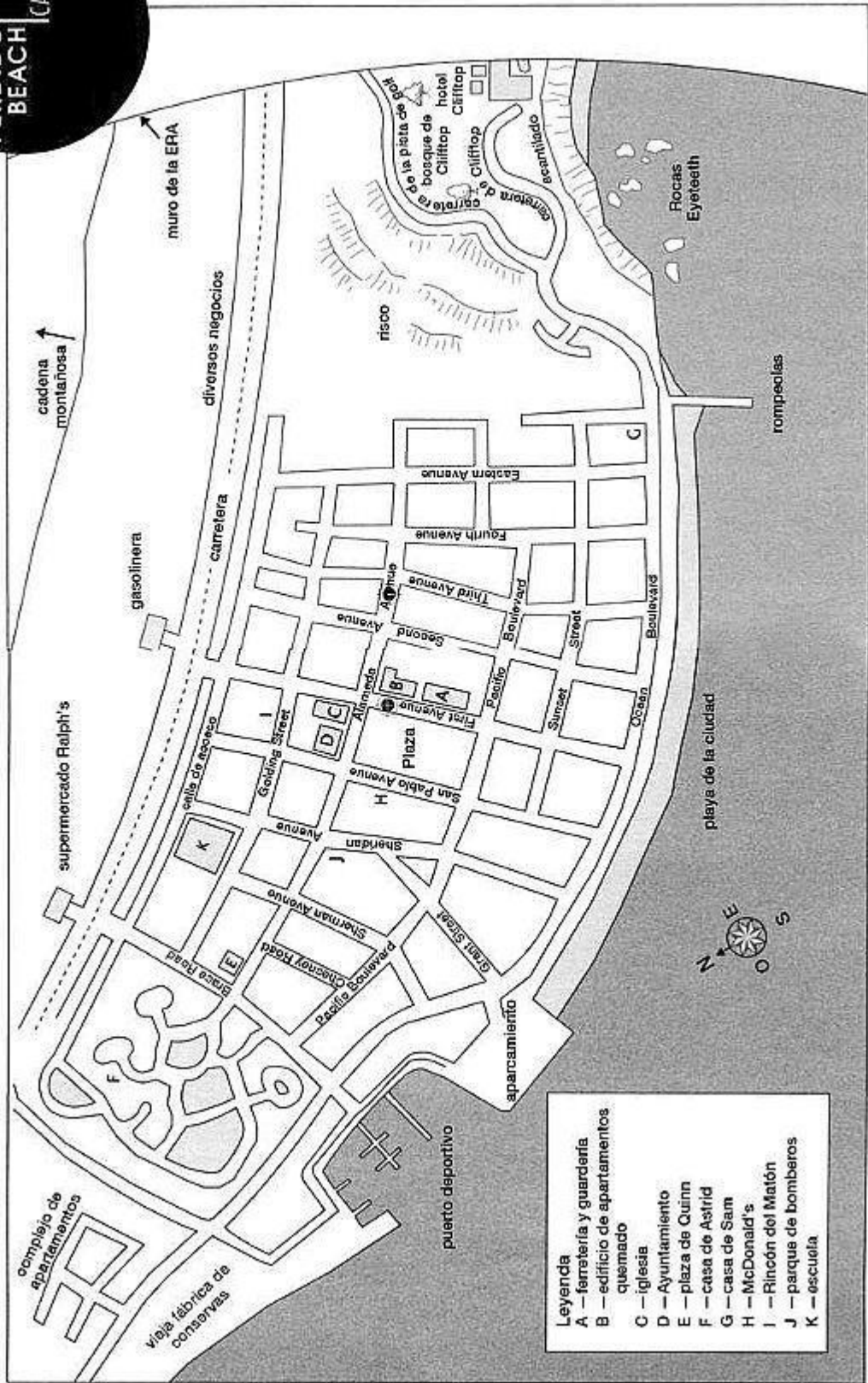
Editor digital: macjajePub base r1.1

Para Katherine, Jake y Julia





**PERDIDO BEACH** CALIFORNIA



- Legenda**
- A — ferretería y guardería
  - B — edificio de apartamentos quemado
  - C — iglesia
  - D — Ayuntamiento
  - E — plaza de Quinn
  - F — casa de Astrid
  - G — casa de Sam
  - H — McDonald's
  - I — Rincón del Matón
  - J — parque de bomberos
  - K — escuela

Señor, de día ayuda te pido, y de noche te reclamo... Me hundiste en el pozo más hondo, en lo más oscuro y profundo. Tu ira sobre mí recae, y con tus olas me abrumbas. Has hecho que mis amigos me rehúyan, por el horror en que me has convertido. Encerrado, ahora no puedo escapar; de tristeza la vista se me ha nublado... Me crie afligido y a la muerte próximo. Sufro tus terrores; estoy indefenso. Tu ira en mí desborda; tus temidos ataques me destruyen... Has hecho que mis amores y amigos me rehúyan; y por eso de la oscuridad me acompaño.

Salmo 88: 1, 6-9, 15-16, 18

## FUERA

LA ENFERMERA CONNIE Temple estaba actualizando su diario en su pequeño portátil, y al instante siguiente había desaparecido.

Así.

Desaparecida.

Sin hacer puf. Sin destellos. Sin explosiones.

Connie Temple había ido a parar a la playa. Boca arriba. Estaba sentada cuando ocurrió, y de repente cayó sentada en la arena y de espaldas, con las rodillas levantadas.

A su alrededor yacían otros. Gente a la que no conocía. Y otros a los que sí reconocía de la ciudad.

Algunos estaban de pie, otros sentados, algunos seguían sentados como si continuaran al volante. Algunos iban vestidos con prendas deportivas y parecían haber llegado a la playa por la carretera, corriendo.

Un hombre a quien Connie reconoció porque era profesor en la escuela de Sam estaba de pie, parpadeando, con la mano levantada, como si hubiera estado

escribiendo algo en la pizarra.

Connie se incorporó despacio, aturdida, sin acabar de creerse que aquello fuera real. Se preguntaba si le había dado un ataque. Se preguntaba si se trataba de una alucinación. Se preguntaba si era el fin del mundo. O el final de su vida.

Y entonces la vio: una pared lisa, gris, sin ninguna característica destacada. Era increíblemente elevada y parecía curvarse hacia arriba.

Se extendía hasta el océano. Interrumpía la carretera. Cortaba Clifftop, un hotel pijo, por la mitad. Se extendía hacia el interior, donde ya no alcanzaba la vista, cortando todo lo que encontraba a su paso.

Pasó un tiempo hasta que descubrieron que se trataba de una esfera de más de treinta kilómetros de diámetro. Enseguida empezaron a aparecer vistas aéreas por todo internet.

Pasó un tiempo, tras días de no creérselo y de negarlo, hasta que el mundo aceptó que no se había transportado a los niños. Todas las personas menores de quince años habían desaparecido.

No había muerto ningún adulto de la población de Perdido Beach, California, ni de parte del área circundante, aunque algunos habían resultado heridos cuando se encontraron de repente en el desierto, en el agua, cayendo colina abajo. Una mujer se encontró de pronto en casa de otra persona. Otro hombre apareció mojado, en bañador, en mitad de la carretera, y los coches tuvieron que dar volantazos para no atropellarlo.

Pero al final solo hubo una muerte: la de un vendedor de San Luis Obispo que se dirigía a hablar sobre un seguro con una pareja de Perdido Beach. No había visto la barrera que atravesaba la carretera en el Parque Nacional Stefano Rey, y su Hyundai chocó a más de cien kilómetros por hora.

Connie ya no se acordaba de su nombre.

Muchos nombres habían entrado y salido de su vida desde entonces.

Con esfuerzo, la mujer se obligó a dejar de recordar aquel día. El coronel Matteu estaba diciendo algo importante.

—La firma energética ha cambiado.



—¿La qué?

Connie Temple miró a Abana Baidoo. Se habían hecho buenas amigas durante esos meses largos y terribles. Abana solía entender mejor los detalles científicos que Connie. Pero en ese momento se limitó a encogerse de hombros.

George Zellicoe, que había sido el tercer portavoz de las familias, hacía tiempo que había desconectado. Aún asistía a las reuniones, pero había enmudecido. Tanto Connie como Abana habían intentado comunicarse con él, pero ahora estaba perdido. La depresión se había apoderado de George, y quedaba muy poco del hombre energético y dogmático que había sido en otro tiempo.

—La firma energética —repitió el coronel Matteu—. Lo que hemos empezado a denominar la onda J.

—Y eso ¿qué significa exactamente? —preguntó Connie.

El coronel no se parecía mucho a un coronel. Llevaba el uniforme perfectamente planchado del ejército, claro, y el pelo pulcramente recortado, pero tendía a hundirse dentro del uniforme. Daba la impresión de que o bien le iba una talla grande o se había encogido desde que lo compró.

Era el tercer oficial asignado para dirigir las fuerzas de la Pecera, de la Burbuja de Perdido Beach. Era el primero capaz de contestar sinceramente una pregunta sencilla.

—Pues no lo sabemos. Lo único que sabemos es que desde el comienzo hemos captado una firma energética que iba solo en un sentido. Y ahora está cambiando.

—Pero no sabe lo que quiere decir —intervino Abana.

Tenía una manera de hablar con la que parecía cuestionarse, incrédula, cada pregunta.

—No, señora. No lo sabemos.

Connie notó que el coronel enfatizaba levemente la palabra «sabemos».

—Y ¿qué sospechan? —preguntó Connie.

El coronel suspiró.

—Antes de continuar debo recordar que ya hemos pasado por una docena, un centenar, de teorías distintas. Y ninguna ha resultado acertada hasta ahora. Teníamos unas teorías cuando las gemelas aparecieron sanas y salvas. Y, entonces, cuando Francis...

Nadie necesitaba que le recordaran lo de Francis. Lo que salió de Francis fue un horror captado por la cámara en directo, y reproducido una y otra vez para un mundo enfermo. Setenta millones de reproducciones en YouTube.

Poco después apareció Mary, lo cual gracias a Dios no se grabó. La encontraron y se llevaron lo que quedaba de la chica a unas instalaciones donde la mantenían con vida. Si es que a eso se lo podía llamar vida.

De repente, el aire acondicionado se encendió. Tendía a hacer calor en los tráileres, incluso en días frescos como aquel en que soplaba la brisa del océano.

—Ahora ya sabemos que no debemos creernos todo lo que oímos —afirmó Abana, mordaz.

El coronel asintió.

—Crean que podría haber un... un ablandamiento, lo llaman. —Levantó la mano e interrumpió la reacción inmediata—. No, siguen sin poder penetrar en la barrera. Pero antes, cuando intentaban bombardear partes de la barrera con rayos X o gamma, la barrera hacía de espejo perfecto, hacía rebotar un cien por cien de la energía que la alcanzaba.

—¿Y eso ha cambiado?

—El último test ha mostrado una refracción del 98,4 por ciento. No parece mucho. Y puede que no signifique nada. Pero ha sido del cien por cien desde el primer día, y todos los días desde entonces. Y ahora no lo es.

—Se está debilitando —dijo Abana.

—Puede.

Los tres, Connie, Abana y George (que eran los padres de Sam, Dahra y E. Z., respectivamente) salieron del tráiler. El campamento de la Guardia Nacional

californiana, que tenía el nombre grandilocuente de Camp Camino Real, se encontraba en el lado interior de la carretera, en un tramo vacío que quedaba a tan solo cuatrocientos metros del límite sur de la Pecera. Habían desplegado docenas de tráileres y cabañas, distribuidos con precisión militar. Y se estaban construyendo edificaciones más permanentes, como un cuartel, un parque automovilístico y un edificio de mantenimiento.

Cuando instalaron Camp Camino Real, estaba solo en las encantadoras alturas azotadas por el viento que quedaban por encima de la playa. Pero desde entonces habían terminado el Courtyard de Marriott, así como el Carl's Jr. Del Taco había vendido su primer burrito hacía pocos días, y el Holiday Inn Express había abierto un ala mientras continuaba la construcción del resto.

Solo quedaban dos camiones con conexión vía satélite aparcados a un lado de la carretera. Pero ya no conectaban en directo prácticamente nunca: el país y el mundo habían perdido el interés, aunque todavía unos dos mil turistas hacían el recorrido cada día desde la carretera principal hasta el mirador, y aparcaban ocupando más de un kilómetro y medio.

Y un puñado de vendedores de *souvenirs* aún se ganaba la vida con puestos entoldados.

George se subió a su coche y se marchó sin decir palabra. Connie y Abana vivían allí ahora, compartían una Winnebago que disponía de una plaza privilegiada de aparcamiento con vistas al Pacífico. Tenían una buena barbacoa de gas que les había cedido Home Depot, y cada viernes por la noche cocinaban hamburguesas o costillas con la gente de los medios de comunicación o con los guardias, soldados o policías que estuvieran por allí fuera de servicio.

Las dos mujeres atravesaron la carretera desde el campamento y se sentaron en sillas plegables orientadas hacia el océano. Connie hizo café y pasó una taza a Abana.

—¿Organizamos una teleconferencia? —preguntó Abana.

Connie suspiró.

—Las familias querrán saberlo.

«Las familias». Ese el término que habían escogido los medios de comunicación. Al principio los llamaban «los supervivientes». Pero eso implicaba

que los demás, los niños, habían muerto. Ya desde el comienzo, los padres y madres, los hermanos y hermanas, se habían negado a aceptar esa idea.

En el mar, un cúter surcaba las olas suaves, vigilando el perímetro acuático de la anomalía. Enloquecida por el dolor, una familia había colocado un cargamento de explosivos sobre la cúpula unos meses atrás. La explosión resultante no había tenido ningún efecto, claro.

—Estaba empezando a... —comenzó a decir Connie.

Abana esperó y sorbió el café.

—Estaba empezando a pensar que necesitaba volver a dedicarme a otras cosas, ¿sabes? Como que igual había llegado la hora de pasar a otras cosas.

Su amiga asintió.

—Y ahora esto... Este ablandamiento. Este cambio del 1,6 por ciento.

—Y ahora, y ahora, y ahora —dijo Connie agotada—. La esperanza es cruel.

—Un tipo, un físico de Stanford, dice que si alguna vez baja la barrera podría ser catastrófico.

—No ha sido el primero en decirlo.

—Sí, bueno, igual no. Pero es el primero que tiene un premio Nobel. Cree que la barrera es una especie de capa protectora que cubre una esfera de antimateria. Le preocupa que pudiera desencadenar una explosión tan fuerte como para aniquilar la mitad occidental de Estados Unidos.

Connie soltó un bufido desdeñoso.

—Teoría número ocho mil setecientos cuarenta y dos.

—Sí —Abana le dio la razón. Pero parecía preocupada.

—Eso no va a ocurrir —afirmó Connie—. Porque lo que va a ocurrir es que la barrera bajará. Y mi hijo Sam y tu hija Dahra van a venir caminando por esa carretera...

Abana sonrió y concluyó la broma gastada que compartían:

—... y pasarán de largo por nuestro lado para ir a Carl's, a buscar una hamburguesa.

Connie le cogió la mano.

—Así es. Eso es lo que va a pasar. Dirán: «Oye, mamá, nos vemos luego: voy a por una hamburguesa».

Se quedaron calladas durante un rato. Ambas mujeres cerraron los ojos y elevaron los rostros hacia el sol.

—Si hubiéramos recibido alguna advertencia... —se lamentó Abana.

Lo había dicho antes: lamentaba haber discutido con su hija la mañana antes de lo sucedido.

Y, como de costumbre, Connie tenía la respuesta en la punta de la lengua: yo sí la recibí.

Yo sí la recibí.

Pero aquella vez, como todas, Connie Temple no dijo nada.

UNO 65 HORAS, 11 MINUTOS

**VESTÍA** TEJANOS y una camisa a cuadros de franela sobre una camiseta que le iba varias tallas grande.

Un cinturón de cuero le daba dos vueltas a la cintura. Era un cinturón de hombre, y de hombre corpulento. Pero era resistente y soportaba el peso del revólver del 38, el machete y la botella de agua.

Tenía la mochila sucia, con las costuras deshilachadas, pero la llevaba cómodamente sobre los hombros delgados. En la mochila había tres valiosos paquetes de macarrones deshidratados sacados de campamentos lejanos. Bastaba con añadirles agua. También tenía una paloma cocida en un *tupperware*, una docena de cebollas tiernas, un frasco de vitaminas —se tomaba una cada tres días—, papel

y lápiz, tres libros, una bolsa pequeña de maría y una pipa pequeña, aguja e hilo, dos mecheros Bic y otra botella de agua. Y llevaba una bolsa con medicamentos: unas cuantas tiritas, un tubo casi gastado de Neosporin y una docena de valiosos *tylenoles*, así como tampones infinitamente más valiosos.

Astrid Ellison había cambiado.

Llevaba el pelo rubio corto, cortado de mala manera con un cuchillo y sin contar con un espejo. Tenía la cara muy morena, y las manos encallecidas y marcadas debido a los innumerables cortecitos que se había hecho para abrir mejillones. Se había roto una uña cuando se resbaló por la ladera de una colina empinada y, al intentar salvarse, se agarró como una loca a las rocas y los arbustos.

Astrid se deslizó la mochila de los hombros, aflojó el cordón que la cerraba y extrajo un par de guantes pesados hechos para un hombre adulto.

Inspeccionó la zarzamora en busca de moras maduras. No maduraban todas al mismo tiempo, y nunca se permitía comerse alguna si no habían madurado del todo. Esas eran sus moras, las únicas que había localizado, y había decidido no dejarse llevar por la gula.

Le hacía ruidos el estómago mientras quitaba las espinas tremendamente puntiagudas, tanto que a veces incluso le atravesaban los guantes, pero así soltaba las moras. Cogió media docena: eran el postre para más tarde.

Se encontraba en el extremo norte de la ERA, donde la barrera atravesaba el Parque Nacional Stefano Rey. Allí los árboles —secuoyas, robles negros, álamos temblones, fresnos— crecían mucho. Algunos quedaban atravesados por la barrera, y algunas de sus ramas se adentraban en ella. Astrid se preguntaba si salían por el otro lado.

No se había adentrado mucho, puede que estuviera a medio kilómetro o quizás un poco más de la costa donde solía buscar ostras, almejas, mejillones y cangrejos no mucho mayores que cucarachas grandes.

Astrid solía tener hambre. Pero no se moría de hambre.

El agua le preocupaba más. Había encontrado un depósito en el puesto del guardabosques, y un arroyo de lo que parecía agua limpia y fresca procedente de un acuífero subterráneo, pero ninguno de los dos quedaba cerca de su campamento. Y, dado que el agua pesaba mucho para cargarla, tenía que vigilar con cada gota

y...

Un ruido.

Astrid se agachó, se sacó la escopeta del hombro, la levantó y alineó los cañones con agilidad y mucha práctica.

Escuchó atentamente. Oía cómo le latía el corazón y lo obligó a aminorar sus latidos, a aminorarlos, a callarse para escuchar.

Respiraba de forma irregular, pero al menos consiguió calmarse un poco.

Examinó despacio el lugar con la mirada, girando el torso de izquierda a derecha, otra vez hacia la izquierda, repasando los árboles de los que pensaba que procedía el ruido. Escuchó atentamente en todas direcciones.

Nada.

¡Un ruido!

Hojas secas y tierra húmeda. Fuera lo que fuera, no era pesado. No era un ruido pesado. No sonaba como Drake. Ni como un coyote.

Astrid se relajó un poco. Tenía los hombros tensos y los hizo girar, esperando evitar acalambrarse.

Algo pequeño se escabullía. Debía de ser una zarigüeya o una mofeta.

Pero no Drake.

No el monstruo con un tentáculo por brazo. No el sádico. No el psicópata.

No el asesino Mano de Látigo.

Astrid se incorporó del todo y se llevó otra vez la escopeta al hombro.

¿Cuántas veces al día tenía que soportar ese mismo miedo? ¿Cuántos centenares de veces había mirado hacia los árboles, arbustos o rocas en busca de aquel rostro estrecho y de ojos muertos? Día y noche. Mientras se vestía. Mientras cocinaba. Mientras hacía sus necesidades en la trinchera. Mientras dormía. ¿Cuántas veces? Y ¿cuántas veces se había imaginado disparar ambos cañones de la

escopeta directamente a su rostro, destruir sus rasgos, salpicarlo todo de sangre... a sabiendas de que a pesar de todo eso volvería a ir tras ella?

Le dispararía una y otra vez y seguiría siendo Astrid quien echara a correr y jadeara al quedarse sin aliento, quien recorriera el bosque a trompicones, llorando, pues sabía que no podía hacer nada para detenerlo.

El mal al que no se podía matar.

El mal que tarde o temprano la acabaría derribando.

Tras poner las moras a buen recaudo en su mochila, Astrid se dirigió otra vez hacia su campamento.

El campamento constaba de dos tiendas: una beige, donde dormía, y otra verde con forro marrón oscuro, que utilizaba para guardar artículos no comestibles que había sacado de varias zonas de acampada, oficinas de guardas forestales y pilas de basura de Stefano Rey.

En cuanto llegó al campamento, Astrid guardó las moras y el resto de comida que había traído consigo en una nevera roja y blanca de plástico. Había cavado un agujero pegado a la barrera, y la nevera encajaba perfectamente en el agujero.

Había aprendido muchas cosas en los cuatro meses transcurridos desde que abandonó a todos y todo y se marchó a los bosques. Una cosa que había descubierto era que los animales evitaban la barrera. Incluso los insectos se mantenían apartados varios metros. Así que si almacenaba la comida pegada a esa pared gris perlada que engañaba a la vista, mantenía sus provisiones a salvo.

También a ella misma le servía para mantenerse a salvo. Al acampar allí, tan cerca de la barrera y justo en el borde del acantilado, los depredadores contaban con menos maneras de acercársele.

Había extendido un cable alrededor del campamento. Del cable colgaban botellas con canicas y latas oxidadas. Si algo chocaba contra el cable, armaría mucho ruido.

No podía afirmar que se sintiera segura. Un mundo donde Drake debía de seguir con vida nunca sería seguro. Pero se sentía tan segura allí como en cualquier otro lugar de la ERA.



Astrid se hundió en su hamaca de nailon, apoyó los pies cansados sobre una segunda silla y abrió un libro. Su vida actual consistía en la búsqueda constante de comida, y sin linterna solo le quedaba una hora de luz al atardecer para leer.

Se encontraba en un lugar bonito en lo alto de un acantilado escarpado junto al océano. Pero se volvió hacia el sol, que se estaba poniendo, para que los rayos rojos alcanzaran la página de su libro.

El libro era *El corazón de las tinieblas*.

Intenté romper el hechizo, el hechizo pesado y mudo de la jungla, que parecía atraerlo a su pecho inmisericorde despertándole brutales instintos olvidados, recordándole monstruosas pasiones satisfechas. Yo estaba convencido de que aquello, y solo aquello, lo había conducido al límite de la selva, al monte, al brillo de fuegos, al latido de tambores, al zumbido de extraños conjuros; que solo aquello había cautivado su alma transgresora más allá de los confines de aspiraciones permitidas. Astrid levantó la vista hacia los árboles. Su campamento se encontraba en un pequeño claro, pero los árboles lo cercaban por ambos lados. No eran tan elevados cerca de la costa como tierra adentro. Parecían árboles más acogedores que los que había en la entrada del bosque.

—«El hechizo pesado y mudo de la jungla» —leyó en voz alta.

Para ella el hechizo consistía en olvidar. La dura vida que vivía ahora era menos dura que la realidad que había dejado atrás en Perdido Beach. Eso sí que era una jungla. Allí se le habían despertado brutales instintos olvidados.

Aquí, solo la naturaleza intentaba privarle de alimento, romperle los huesos, cortarla y envenenarla. La naturaleza era implacable, pero no tenía malicia. La naturaleza no la odiaba.

No era la naturaleza la que le había llevado a sacrificar la vida de su hermano.

Astrid cerró los ojos y el libro, e intentó calmar las emociones que se agolpaban en su interior. La culpa era algo fascinante: no parecía debilitarse con el paso del tiempo. En todo caso, se había fortalecido a medida que las circunstancias se desvanecían de la memoria, cuando el miedo y la necesidad se volvieron abstractos. Y ahora solo sus acciones destacaban con una claridad cristalina.

Había arrojado a su extraño hermanito enfermo a las enormes criaturas

atroces que la amenazaban a ella y a todos los seres humanos de la ERA.

Su hermano había desaparecido.

Y las criaturas también.

El sacrificio había surtido efecto.

Y Dios dijo: «Toma a tu hijo, tú único hijo, Isaac, a quien amas, y ve a la región de Moria. Sacrifícalo en holocausto en una de las montañas que te indicaré».

Solo que, al comprobar su fe, ningún Dios bondadoso había intervenido para detener el asesinato de Pete.

Por el excelente motivo de que no había ningún Dios bondadoso.

La avergonzaba que hubiera tardado tanto en darse cuenta. A fin de cuentas, era Astrid la genio. Así la habían llamado durante años. Y, sin embargo, Sam, que siempre se encogía de hombros, indiferente a todos los temas religiosos, se había aproximado mucho más a la verdad.

¿Qué clase de idiota podía considerar el mundo tal y como era —y el mundo de la ERA era especialmente terrible— y creer en Dios? En un Dios que realmente prestara atención, ya no digamos que se preocupara por sus creaciones.

Había asesinado al pequeño Pete.

Asesinado. No quería disfrazarlo con una palabra bonita. Quería que fuera duro. Quería que la palabra fuera como papel de lija frotado contra su cruda conciencia. Quería emplear esa palabra horrible para borrar lo que pudiera quedar de Astrid la genio.

Menos mal que había decidido que no había Dios, porque si lo hubiera estaría condenada al infierno eterno.

A Astrid le temblaron las manos. Apoyó el libro sobre el regazo y sacó la bolsa de maría de la mochila. Racionalizaba el uso de la droga basándose en que solo así lograba dormirse. Si viviera en un mundo normal, puede que le recetaran pastillas para dormir. Y eso no sería malo, ¿verdad?

Es que necesitaba dormir. Cazar y pescar eran actividades matutinas y necesitaba dormir.

Encendió el mechero y lo acercó a la cazoleta de la pipa. Dos caladas: tenía esa regla. Solo dos.

Entonces dudó. Sintió un recuerdo como una punzada. Algo la reconcomía, le advertía de que había visto algo importante y no se había dado cuenta.

Astrid frunció el ceño y recorrió mentalmente sus acciones. Dejó la maría y el libro a un lado y se dirigió otra vez a la despensa oculta. Levantó la nevera. Estaba demasiado oscuro para ver en el agujero, así que decidió gastar unos pocos segundos de preciadas pilas y encendió una linterna pequeña.

Se arrodilló y sí, ahí estaba. Tres cuartas partes del agujero eran de tierra, y una cuarta era la barrera. Nada se pegaba nunca a la barrera, nada. Y, sin embargo, unos terrones pequeños habían hecho precisamente eso.

Astrid sacó el cuchillo y dio unos golpecitos en la tierra, que se desprendió.

¿Se lo estaba imaginando? La barrera parecía distinta en el agujero. Ya no parecía brillar débilmente. Era más oscura. La ilusión translúcida había desaparecido. Ahora parecía opaca. Negra.

Astrid pasó el extremo puntiagudo del cuchillo por la barrera, por encima del agujero hasta abajo.

Era un cambio sutil, casi imperceptible. Pero la punta del cuchillo se deslizó sin oponer resistencia hasta que alcanzó la parte más oscura, y ahí la punta se detuvo. Un poco. No mucho. Solo como si hubiera pasado de cristal pulido a acero bruñido.

Astrid apagó la linterna y soltó una respiración honda y trémula.

La barrera estaba cambiando.

Cerró los ojos y se quedó allí un instante largo, balanceándose levemente.

Volvió a colocar la nevera en el agujero. Tendría que esperar al amanecer para ver más. Pero ya sabía lo que había visto. El comienzo del juego. Y aún no sabía de qué iba ese juego.

Astrid encendió la pipa, aspiró hondo, y luego, al cabo de unos minutos, otra vez. Sintió que sus emociones se volvían confusas e indistintas. La culpa se

desvanecía. Y al cabo de media hora el sueño la atrajo hacia la tienda, donde se arrastró hasta el saco de dormir y se quedó echada con los brazos enroscados en torno a la escopeta.

Astrid se rio. Así que no tendría que ir al infierno. Porque el infierno se estaba acercando a ella.

Cuando llegara la noche final, el demonio Drake la encontraría.

Y Astrid echaría a correr. Pero nunca lo bastante rápido.

## DOS 64 HORAS, 57 MINUTOS

—¡PATRICIO, MENUDO genio estás hecho! —exclamó Terry en un tono de falsete muy agudo.

—¿Aaah, sííí? —preguntó Philip en voz baja y muy estúpida.

Se tapó con las manos y el público reunido se echó a reír.

Era el festival Viva el Viernes del lago Tramonto. Cada viernes, los chicos se regalaban una noche de entretenimiento. En esta ocasión, Terry y Philip recreaban un episodio de *Bob Esponja*. Terry se había puesto una camiseta amarilla pintada con agujeros, como si fueran de esponja, y Phil llevaba una camiseta que podría calificarse de rosa para el papel de Patricio Estrella.

El «escenario» era la cubierta superior de una casa flotante grande que habían empujado hasta el agua, de modo que se bamboleaba a pocos metros del puerto. Becca, que interpretaba a Arenita Mejillas, y Darryl, que hacía muy bien de Calamardo, estaban en el camarote esperando que llegara el momento de salir.

Sam Temple observaba desde el despacho del puerto deportivo, una torre estrecha y gris de dos pisos que le permitía ver con claridad por encima de las cabezas de la multitud. La casa flotante era suya, pero no cuando había un espectáculo montado.

La multitud en cuestión estaba formada por ciento tres chavales, que iban desde al año hasta los quince años. Pero Sam se sentía culpable al pensar que nunca antes un público formado por chicos había tenido ese aspecto.

Nadie menor de cinco años iba desarmado. Había cuchillos, machetes, bates de béisbol, palos con pinchos atravesados, cadenas y pistolas.

Nadie iba a vestido a la moda, por lo menos según los estándares normales. Los chavales llevaban camisetas rotas y tejanos varias tallas más grandes de lo que les correspondía. Algunos llevaban ponchos hechos con mantas. Muchos iban descalzos. Algunos se habían adornado con plumas que les sobresalían del pelo, grandes anillos de diamantes ajustados con cinta adhesiva, la cara pintada, flores de plástico, toda clase de bandanas, lazos y cinturones entrecruzados.

Pero al menos iban limpios. Mucho más limpios de lo que iban en Perdido Beach hacía casi un año. El traslado al lago Tramonto les había proporcionado un suministro en apariencia inacabable de agua potable. Hacía tiempo que se les había acabado el jabón, y también el detergente, pero el agua potable ya hacía maravillas. Ahora se podía estar en un grupo de chavales sin tener arcadas por el mal olor.

Por doquier, mientras el sol se hundía y las sombras crecían, Sam veía el destello de colillas de cigarrillo. Y, pese a todos los intentos por evitarlo, aún había botellas de priva, original o destilada recientemente, corriendo entre los grupitos de chavales. Y, probablemente, si se hubiera molestado en hacerlo, podría haber detectado el tufillo a marihuana.

Pero, en general, las cosas iban mejor. Entre los productos que cultivaban, el pescado que pescaban en el lago y la comida que intercambiaban con Perdido Beach, nadie se moría de hambre. Se trataba de un logro excepcional.

Y luego estaba el proyecto de Sinder, que tenía un potencial tremendo.

Así que ¿por qué tenía la sensación persistente de que algo iba mal? Era más que una sensación. Era como si lo hubiera visto. No tanto... Tenía la sensación de que había algo que tendría que haber visto, que habría visto si se hubiera vuelto lo bastante rápido.

Así era. Como si quedara fuera del alcance de su visión periférica. Cuando se volvió a mirar continuaba ahí.

Lo miraba.

Lo estaba mirando ahora mismo.

—Paranoia... —murmuró Sam—. Te estás volviendo majara lentamente, tío.

O igual no tan lentamente, ya que hablas solo.

Suspiró y negó con la cabeza, sonriendo con la esperanza de que la sonrisa se extendiera de fuera adentro. Es que no estaba acostumbrado a tanta... paz. Cuatro meses de paz. Por Dios.

Oyó pasos en las escaleras desvencijadas. La puerta se abrió. Sam levantó la vista y dijo:

—Diana.

Se levantó y le ofreció su silla.

—De verdad que no hace falta. Estoy embarazada, no lisiada —afirmó, pero la chica se sentó de todas formas.

—¿Cómo te encuentras?

—Se me han hinchado las tetas y me duelen —respondió la chica. Inclino la cabeza hacia un lado y lo miró con afecto—. ¿De verdad te estás ruborizando por eso?

—No me estoy ruborizando. Es que... —empezó a decir, pero no se le ocurría otro motivo para ponerse rojo.

—Pues bien, te voy ahorrar algunas de las cosas más inquietantes que le están pasando a mi cuerpo ahora mismo. Lo bueno es que ya no vomito cada mañana.

—Sí, eso es bueno.

—Lo malo es que me paso todo el día meando.

—Ah.

La conversación empezaba a incomodar a Sam. El mero hecho de mirar a Diana lo incomodaba. Tenía un bulto claro, evidente, bajo la camiseta. Y, sin embargo, no era menos atractiva que antes, y seguía mostrando la misma sonrisita cómplice y desafiante.

—¿Comentamos el oscurecimiento de las aureolas? —se burló la chica.

—Por favor, te lo suplico: no.

—La verdad es que es pronto para algunas cosas —continuó Diana.

Quiso decirlo como si no fuera gran cosa, pero no lo consiguió.

—Ajá.

—No debería estar tan hinchada. Tengo todos los libros sobre el embarazo, y todos dicen que no debería estar tan hinchada. No si estoy de cuatro meses.

—Estás bien —afirmó Sam con cierta desesperación en la voz—. Quiero decir, que tienes buen aspecto. Bueno. Mejor que bueno. Quiero decir, ya sabes, que estás guapa.

—¿De verdad me estás tirando los trastos?

—¡No! —exclamó Sam—. No. No, no, no. No es eso...

Sam dejó de hablar y se mordió el labio.

Diana se rio encantada.

—Es tan fácil meterse contigo —dijo y, a continuación, se puso seria—. ¿Sabes lo de las pataditas?

—¿Qué, alguien se ha peleado?

—No, no, Sam. Las pataditas que da el feto cuando empieza a moverse.

—Ah, sí, eso.

—Dame la mano.

Sam estaba absolutamente seguro de que no quería darle la mano. Tenía el presentimiento de que iba a hacer algo terrible con ella. Pero no se le ocurría cómo negarse.

Diana lo miró adoptando una expresión inocente.

—Vamos, Sam, tú eres el que siempre encuentra una salida para una crisis de vida o muerte. ¿No se te ocurre cómo negarte?

Sam sonrió ante ese comentario.

—Lo he intentado. Pero se me ha parado el cerebro.

—Vale, pues dame la mano.

Lo hizo, y Diana le colocó la palma sobre el vientre.

—Ajá, sí..., esto... es..., desde luego es un vientre.

—Sí, esperaba que estuvieras de acuerdo con que es un vientre. Necesitaba consultarlo con otra persona. Espera... ¡Ahí!

Sam lo había notado. Un movimiento leve en su bulto apretado.

El chico forzó una sonrisa y retiró la mano.

—Así que pataditas, ¿eh?

—Sí. —Diana ya no bromeaba—. Y más que eso. Yo las llamaría patadas. Y ¿sabes qué? Empezaron hace unas tres semanas, en lo que sería mi decimotercera semana. Y ahora puede que pienses: «Pues vaya, qué gran cosa». Pero pasa lo siguiente, Sam: todos los bebés humanos crecen básicamente a la misma velocidad. Funcionan como un reloj. Y los bebés humanos no empiezan a dar patadas a las trece semanas.

Sam dudó, pues no sabía si debía tener en cuenta el uso de esa palabra, «humano». Lo que Diana temiera, sospechara o incluso solo se imaginara no quería que fuera también su problema.

Ya tenía muchos problemas. Problemas lejanos: en una playa abandonada había un contenedor cargado con misiles que se disparaban apoyándolos en el hombro. Por lo que sabía, su hermano, Caine, no los había encontrado. Si Sam trataba de moverlos y Caine se enteraba, seguramente empezaría una guerra con Perdido Beach.

Y tenía problemas más próximos a su corazón: Brianna había descubierto la guarida de Astrid en Stefano Rey. Sabía que seguía viva. Le habían contando que se pasó varios días cerca de la central nuclear tras la gran batalla contra los bichos, y la Gran Ruptura que había separado a los chicos de la ERA entre los grupos de Perdido Beach y el lago Tramonto.



También se enteró de que durante un tiempo había dormido en una Winnebago volcada en una carretera secundaria de las tierras cultivadas. Sam esperó pacientemente a que volviera. Pero no lo hizo, y no supo nada de ella durante por lo menos tres meses.

El día anterior, por la mañana, Brianna la había localizado. La supervelocidad de Brianna la hacía efectiva para buscar por las carreteras, pero le había costado más atravesar el bosque: no era aconsejable tropezar con la raíz de un árbol a más de cien kilómetros por hora.

Claro que buscar a Astrid no era la misión principal de Brianna. Su misión principal era encontrar a la criatura Drake-Brittney. Nadie había visto ni oído a Drake, pero nadie se creía que hubiera muerto. No de verdad.

Sam se concentró otra vez, reticente, en el problema de Diana.

—¿Qué lees en el bebé?

—El bebé tiene tres barras —contestó Diana—. La primera vez que lo leí tenía dos. Así que sigue aumentando.

Sam estaba sorprendido.

—¿Tres barras?

—Sí, Sam. Él o ella es mutante. Un mutante poderoso. Y va en aumento.

—¿Se lo has dicho a alguien más?

Diana negó con la cabeza.

—No soy idiota, Sam. Caine vendría tras de mí si se enterara. Nos mataría a los dos si tuviera que hacerlo.

—¿A su propio hijo?

A Sam le costaba creer que Caine, por malo que fuera, pudiera llegar a ser tan depravado.

—Puede que no. Cuando se lo conté, me dejó muy claro que no quería tener nada que ver con el bebé. Diría que la sola idea le horrorizaba. Pero ¿y si es un

mutante poderoso? Entonces ya es otra historia. Puede que nos ataque. Puede que quiera controlar al bebé, o matarlo, pero para él no hay una tercera vía. Cualquier otra cosa resultaría... —Diana inspeccionó la cara de Sam como si fuera a revelarle la palabra adecuada— humillante.

El chico sintió que se le revolvía el estómago. Habían tenido cuatro meses de paz. Durante ese tiempo, Sam, Edilio y Dekka se habían dedicado a montar una especie de ciudad medio acuática. Bueno, sobre todo Edilio. Habían dividido en parcelas las casas flotantes, los veleros, las lanchas motoras, las autocaravanas y las tiendas. Habían dispuesto que se cavara una fosa séptica, bien alejada del lago para evitar enfermedades. Para asegurarse, habían organizado un sistema para transportar agua que iba desde la mitad de la costa hasta el este en lo que llamaban «las tierras bajas», y prohibido a todo el mundo que se bebiera el agua en la que se bañaban y nadaban.

Había sido increíble observar la autoridad tranquila con la que Edilio desempeñaba sus tareas. Sam figuraba al mando, pero nunca se habría preocupado tanto de la salubridad.

Los botes pesqueros, cuyas tripulaciones había entrenado Quinn en Perdido Beach, seguían trayéndoles pesca decente a diario. Habían plantado zanahorias, tomates y calabazas en un huerto bajo junto a la barrera, y estaban creciendo muy bien bajo el cuidado de Sinder.

Habían guardado con llave su precioso alijo de Nutella, fideos instantáneos y Pepsi, y los utilizaban como moneda de cambio para comprar más pescado, almejas y mejillones de Perdido Beach, donde seguían pescando los pescadores de Quinn.

También habían negociado el control de parte de las tierras de cultivo, de modo que continuaban consumiendo alcachofas, repollo y algún que otro melón.

Lo cierto era que Albert se encargaba de todo el comercio entre el lago y PB, como la llamaban, pero la gestión diaria del lago quedaba a cargo de Sam. Lo cual quería decir Edilio.

Casi desde el comienzo de la ERA, Sam vivía fantaseando con una especie de juicio final a su persona. Se imaginaba ante jueces que lo mirarían con desprecio y le exigirían que justificara todas y cada de las cosas que había hecho.

Que justificara cada fracaso.

Que justificara cada error.

Que justificara cada cuerpo enterrado en la plaza mayor de Perdido Beach.

Durante los últimos meses, había empezado a tener esas conversaciones imaginarias con menos frecuencia. Había empezado a pensar que quizás, a fin de cuentas, verían que había hecho algunas cosas bien.

—No se lo digas a nadie —advirtió a Diana, y añadió—: ¿Has pensado en...? Bueno, supongo que no podemos saber cuáles pueden ser los poderes del bebé.

Diana le mostró su sonrisita irónica.

—¿Quieres decir si me he planteado lo que podría ocurrir si el bebé pudiera quemar cosas como tú, Sam? ¿O si tuviera el poder telequinético de su padre? ¿U otras tantas habilidades? No, Sam, no, no he pensado lo que pasará cuando él, o ella, o lo que sea, tenga un mal día y me perfore un agujero desde dentro.

Sam suspiró.

—Él o ella, Diana. No lo que sea.

Sam esperaba una réplica chistosa. Pero la expresión cuidadosamente controlada de Diana se desmoronó.

—Su padre es malvado. Y también su madre —susurró. Se retorció los dedos entrelazándolos. Tan fuerte, tanto, que debía de resultarle doloroso—. ¿Cómo puede ser distinto el bebé?

—Antes de que dicte sentencia —dijo Caine—, ¿tiene alguien algo que decir por Cigar?

Caine no llamaba «trono» a su silla. Habría resultado demasiado ridículo, aunque se hiciera llamar «rey Caine».

Era una silla de madera oscura pesada que había cogido de una casa vacía. Le sonaba que ese estilo se llamaba «morisco». Estaba colocada a escasos centímetros del comienzo de los escalones de piedra que conducían a la iglesia en ruinas.

No era un trono de nombre, pero sí era un trono. Caine estaba sentado

erguido, no rígido, pero sí adoptaba una pose regia. Llevaba un polo de color púrpura, tejanos y botas de *cowboy* negras con la punta cuadrada. Una de las botas descansaba sobre un taburete bajo tapizado.

A la izquierda de Caine se encontraba Penny. Lana la curandera le había arreglado las piernas rotas. Penny llevaba un vestido de verano que le colgaba lánguidamente de los hombros estrechos. Iba descalza. Por algún motivo se negaba a ponerse zapatos desde que había vuelto a andar.

A su izquierda se hallaba Turk, que se suponía que se encargaba de la seguridad de Caine, aunque resultaba imposible imaginarse una situación a la que Caine no pudiera enfrentarse él solo. Lo cierto es que Caine podía hacer levitar a Turk y utilizarlo de garrote si quería. Pero lo importante para un rey era tener a gente que le sirviera. Eso le hacía parecer más regio.

Turk era un gamberro huraño y estúpido con una escopeta recortada de doble cañón al hombro y una llave inglesa grande colgando de una trabilla de su cinturón apretado.

Turk custodiaba a Cigar, un chaval de trece años con las facciones dulces y las manos duras, la espalda fuerte y la cara morena de pescador.

Había unos veinticinco chavales al pie de las escaleras. En teoría, todo el mundo debía presentarse ante el tribunal, pero Albert había sugerido —y su sugerencia era como un decreto— que los que tenían que trabajar podían saltárselo. El trabajo era lo primero en el mundo de Albert, y Caine sabía que solo seguiría siendo rey mientras Albert mantuviera a todo el mundo alimentado y sin pasar sed.

En algún momento de la noche había estallado una pelea entre un chico llamado Jaden y el chico a quien todos llamaban Cigar, porque una vez se fumó un cigarro, un puro, y se puso muy enfermo.

Tanto Jaden como Cigar habían estado bebiendo la prisa ilegal de Howard, y nadie estaba realmente seguro del motivo de la pelea. Pero lo que sí estaba claro, pues lo habían presenciado tres chavales, era que había estallado una pelea, y que en un abrir y cerrar de ojos habían pasado de las palabras furiosas a los puños y las armas.

Jaden balanceó una tubería de plomo en dirección a Cigar, pero falló. Cigar hizo lo mismo con la pata de una mesa pesada de roble tachonada con clavos grandes, y no falló.

Nadie creía que Cigar, que era buen chico y uno de los pescadores trabajadores de Quinn, tuviera la intención de matar a Jaden. Pero el caso es que los sesos de Jaden habían terminado desparramados en la acera.

Había cuatro castigos en el Perdido Beach del rey Caine: multa, encierro, Penny o muerte.

Una infracción pequeña, por ejemplo no mostrar al rey el debido respeto, escaquearse del trabajo o engañar a alguien al hacer un trato, se saldaba con una multa. Podía ser un día de comida, dos días de trabajo impagado o la entrega de un objeto valioso.

El encierro se hacía en una habitación del Ayuntamiento donde anteriormente estuvo un chico llamado Roscoe, hasta que los bichos se lo comieron desde dentro. El encierro implicaba dos o más días solo con agua, dentro de esa habitación. Las peleas o el vandalismo también se castigaban con el encierro.

Caine había puesto varias multas y había encerrado a gente en varias ocasiones.

Solo una vez había impuesto la sentencia de Penny.

Penny era una mutante con el poder de generar ilusiones tan reales que era imposible no creérselas. Poseía una imaginación espantosamente truculenta. Una imaginación enferma, perturbada. La chica que se ganó treinta minutos de Penny perdió el control de las funciones corporales y terminó gritando y golpeándose a sí misma. Dos días después, aún no era capaz de trabajar.

La pena máxima era la muerte. Y Caine aún no se había atrevido a imponerla.

—Yo hablaré por Cigar —dijo Quinn; por supuesto.

Antes, Quinn era el mejor amigo de Sam, su colega surfero. Al principio, Quinn se había mostrado débil, vacilante, inseguro, era uno de esos que no había encajado muy bien la ERA.

Pero con el tiempo se había hecho valer como jefe de los pescadores. Los músculos se le marcaban en el cuello, los hombros y la espalda porque pasaba largas horas remando. Tenía la piel de color caoba.

—Cigar nunca ha dado ningún problema —empezó a decir Quinn—. Se presenta en el trabajo cuando toca y nunca vaguea. Es buen tipo y muy buen pescador. Cuando Alice se cayó y se quedó noqueada al darse con un remo, él fue quien saltó y la sacó del agua.

Caine asintió, pensativo. Había optado por una expresión como de sabio severo. Pero por dentro estaba muy nervioso. Por un lado, Cigar había matado a Jaden. No se trataba de un acto vandálico cualquiera o de un robo de poca importancia. Si Caine no imponía la pena de muerte en este caso, ¿cuándo iba a hacerlo?

Y quería hacerlo... De hecho, quería imponer la pena de muerte. No a Cigar, pero sí a alguien. Así demostraría su poder, se lo demostraría a sus súbditos.

Por otra parte, no le convenía pelearse con Quinn, que igual decidía ponerse en huelga, y la gente no tardaría en tener hambre.

Y luego estaba Albert. Quinn trabajaba para Albert.

Caine pensaba que estaba bien eso de llamarse a sí mismo «rey». Pero no cuando quien ostentaba el poder de verdad era un chico negro, flaco y sabiondo con un libro de contabilidad.

—Ha cometido un asesinato —afirmó Caine, intentando posponer la decisión.

—Nadie dice que no debería castigarse a Cigar —intervino Quinn—. La ha cagado. No debería beber. Él sabe que no.

Cigar dejó caer la cabeza.

—Jaden también era buen chico —habló una chica con el nombre inverosímil de Alpha Wong, y sollozó—. No se merecía que lo mataran.

Caine apretó los dientes. Estupendo. Una novia.

Ya no tenía sentido posponerlo más. Tenía que decidirse. Era mucho peor cabrear a Quinn y probablemente a Albert que a Alpha.

Caine alzó la mano.

—Como rey, os he prometido impartir justicia —comenzó a decir—. Si hubiera sido un asesinato premeditado, no me habría quedado otra opción que la pena de muerte. Pero Cigar ha sido buen trabajador. Y no pretendía matar al pobre Jaden. La siguiente pena es pasar tiempo con Penny. Suele ser media hora. Pero no basta para algo tan grave como lo ocurrido. Así que ahí va mi regio veredicto.

Caine se volvió hacia Penny, que temblaba, expectante.

—Penny tendrá a Cigar del amanecer al anochecer. Mañana, cuando el sol salga por las montañas, empezará. Y cuando el sol alcance el horizonte sobre el océano, terminará.

Caine vio que los ojos de Quinn lo aceptaban con reticencia. La multitud murmuró mostrando su aprobación. Caine soltó un suspiro silencioso. Incluso Cigar parecía aliviado. Pero Caine pensó que ni Quinn ni Cigar tenían idea de cuán sumida estaba Penny en la locura desde su largo suplicio plagado de dolor atroz. Siempre había sido una criatura cruel, pero el dolor y el poder la habían convertido en un monstruo.

Su monstruo, afortunadamente.

Por ahora.

Turk arrastró a Cigar hasta el encierro, y la multitud empezó a dispersarse.

—¡Tú puedes con esto, Cigar! —exclamó Quinn.

—Sí —respondió Cigar—. No hay problema.

Penny se rio.

**TRES 53 HORAS, 52 MINUTOS**

**DRAKE SE HABÍA** acostumbrado a la oscuridad, a ver solo junto a la débil luz verde de su dueña, la *gayáfaga*.

Se encontraban a más de quince kilómetros por debajo del suelo. El calor era intenso. Deberían haberlo matado el calor intenso, la falta de agua y el aire escaso. Pero Drake no estaba vivo a la manera modo habitual. Costaba matar lo que no

estaba realmente vivo.

Era consciente de que había transcurrido un tiempo. Pero ¿cuánto? Podían ser días o años. No había ni día ni noche ahí abajo.

Lo único que percibía era la conciencia eterna de la mente furiosa y frustrada de la *gayáfaga*. En el tiempo que había pasado ahí abajo, Drake había llegado a conocer íntimamente aquella mente. Era una presencia constante en su conciencia. Un hambre persistente. Una necesidad. Una necesidad apremiante, constante, inquebrantable.

La *gayáfaga* necesitaba al Enemigo.

«Tráeme al Enemigo».

Y al Enemigo, Peter Ellison, no se le veía por ninguna parte.

Drake había informado a la *gayáfaga* de que el pequeño Pete había muerto, de que había desaparecido. Su hermana, Astrid, lo había arrojado a los bichos y, presa del pánico, el pequeño Pete no solo había provocado la desaparición del más cercano y amenazador de los enormes insectos, sino que había eliminado a toda la especie.

Era una demostración impactante del poder inconcebible del pequeño Pete.

Un mocosito de cinco años con autismo agudo era la criatura más poderosa de aquella burbuja enorme. Lo único que lo limitaba era su propio cerebro, extraño y distorsionado. El pequeño Pete era poderoso pero no lo sabía. No planeaba, no entendía, solo reaccionaba.

Reaccionaba con un poder increíble, inimaginable. Como un bebé con el dedo puesto sobre una bomba nuclear.

El Enemigo asustaba a la *gayáfaga*. Y aun así le resultaba necesario.

Una vez, Drake le preguntó: «¿Por qué, dueña?».

«Debo nacer».

Y entonces la *gayáfaga* lo torturó con punzadas de dolor intenso, lo castigó por atreverse a cuestionarla.



La respuesta molestó a Drake más que el dolor. «Debo nacer». Había algo duro y extremo en su respuesta. Una necesidad que iba más allá del simple deseo y se adentraba en el miedo.

Su diosa no era todopoderosa. Drake se quedó impactado: la *gayáfaga* aún podía fracasar. Y entonces ¿qué sería de él?

¿Había jurado lealtad a una diosa moribunda?

Drake trató de ocultar el miedo en su interior. La *gayáfaga* podría sentirlo si dirigía su atención hacia él.

Pero a medida que pasaban los días sin contar, mientras escuchaba día y noche la desesperación y la rabia impotente de la *gayáfaga*, Drake empezó a dudar. ¿Cuál sería su lugar en un universo donde no hubiera *gayáfaga*? ¿Seguirían sin poder matarlo? ¿Implicaría el fracaso de la *gayáfaga* la destrucción de Drake?

Deseaba hablarlo con Brittney. Pero tal y como estaban las cosas no podía. Brittney surgía de vez en cuando, retorciéndose al fundirse la carne de Drake, y ocupaba su lugar durante un tiempo.

Durante esos ratos, Drake dejaba de ver, oír o sentir.

Durante esos ratos, se veía arrastrado a un mundo aún más oscuro que la guarida subterránea de la *gayáfaga*, a un mundo tan estrecho que le oprimía el alma.

La cosa iba así: la *gayáfaga* presionaba para satisfacer sus necesidades, Drake era incapaz de comprender qué podía o debía hacer, y luego pasaba periodos inexistentes en el vacío.

El psicópata ocupaba el tiempo con fantasías maravillosas. Reproducía los recuerdos del dolor que había causado. Como cuando azotó a Sam. Y maquinaba con todo detalle el dolor que aún tenía que causar. A Astrid. A Diana. A ellas dos especialmente, pero también a Brianna, a quien detestaba.

La guarida profunda estaba cambiando. Semanas atrás, el fondo, el límite inferior de la barrera, había cambiado. Ya no era de un gris perlado. Se había vuelto negro. Drake percibió que la barrera teñida de negro bajo sus pies tenía un tacto distinto, ya no era igual de lisa.

Y se percató de que partes de la *gayáfaga* que descansaban sobre la barrera

también se estaban tiñendo de negro. Hasta el momento, la mancha se había extendido apenas un poco a la *gayáfaga*, como si la *gayáfaga* fuera una especie de esponja verde radioactiva extendida y la mancha solo fuera café derramado.

Drake se preguntaba qué quería decir, pero no lo había preguntado. De repente, sintió una sacudida en la mente de la *gayáfaga*. Como si él mismo se hubiera sobresaltado.

«Siento...».

—¿Al Enemigo, mi dueña? —preguntó Drake a las paredes de la cueva que brillaban con destellos verdes.

«Coloca el brazo encima de mí».

Drake se retrajo. Había tocado a la *gayáfaga* unas cuantas veces. Nunca resultaba una experiencia agradable. La conciencia de mente a mente de la *gayáfaga* era horriblemente potente cuando entraba en contacto físico con ella.

Pero Drake carecía de fuerza de voluntad para negarse. Así que soltó el tentáculo de más tres metros de alrededor de su cintura. Se acercó a un bulto grande de masa verde bullente, una parte que no podía evitar imaginarse como el centro, como la cabeza de aquella criatura sin centro ni cabeza, y colocó el tentáculo delicadamente atravesado por encima.

—¡Aaaah!

El dolor fue agudo y repentino y le hizo caer de rodillas. Drake abrió los ojos de golpe y se esforzó por abrirlos más hasta que sintió como si se le abriera la cara hacia atrás.

Las imágenes explotaron en su mente.

Imágenes de un huerto.

Imágenes de un lago con barcos flotando tranquilamente.

Imágenes de una chica guapa con el pelo oscuro y media sonrisa irónica.

«¡Tráemela!».

Drake había pasado varios meses sin apenas hablar. Tenía la garganta seca, y la lengua se le trababa. Así que pronunció el nombre en un susurro áspero:

—Diana.

Quinn no estaba contento mientras remaba, mientras se alejaba de la costa de espaldas al horizonte negro. Miraba preocupado las montañas donde el sol no tardaría en aparecer.

Ninguno de los suyos estaba contento. Lo habitual eran los gruñidos bondadosos, los chistes gastados, las burlas. Normalmente, las barcas se lanzaban insultos alegres, menospreciaban sus respectivas técnicas de remo, lo que podrían llegar a pescar o las pintas que llevaban.

Pero hoy no hacían bromas. Lo único que se oía eran gruñidos de esfuerzo, el crujido de los remos en los toletes, el goteo musical del agua a los lados y el ruido leve de las olitas al golpear la proa.

Quinn sabía que los pescadores estaban enfadados por lo de Cigar. Todos estaban de acuerdo en que Cigar la había cagado de manera monumental. Pero ¿qué iba a hacer Quinn? El otro chaval había atacado antes. Si Cigar no le hubiera replicado, puede que Jaden lo hubiera matado.

Estaban mentalizados para que Cigar pagara una multa, para que tuviera que aguantar un tiempo encerrado, o puede que incluso unos minutos con Penny para enseñarle que debía tomarse las cosas con calma en el futuro.

Pero un día entero de ataque mental a manos de aquella chica chungu... Eso era demasiado. Cigar sufría los miedos propios de cualquier chaval normal, y, si le daban un día entero para dedicarse a su maldad, Penny los detectaría todos.

Quinn se preguntaba si debía decir algo. Lo afligían la hosquedad, la preocupación generalizadas. Pero ¿qué podía decir? ¿Qué palabras podía utilizar para que esos chavales dejaran de preocuparse por el pobre Cigar?

Él también estaba preocupado. Y también estaba enfadado consigo mismo y con Albert. Esperaba que Albert interviniera. Podría haberlo hecho si hubiera querido. Todos sabían que Caine se hacía llamar «rey», pero que Albert era el emperador.

Las barcas se alejaron las unas de las otras cuando los pescadores con caña se

fueron en un sentido y los que arrojaban redes se dirigieron hacia la barrera. Habían visto un banco de murciélagos azules por allí el día anterior, a tan solo un centenar de metros de la barrera.

Quinn indicó que se detuvieran e hizo señas a Elise para que preparara las redes. En su barca iban Elise, Jonas y Annie. Elise y Annie eran más débiles con los remos que Quinn y Jonas, pero eran hábiles con las redes; las arrojaban formando círculos perfectos y notaban cuándo los pesos habían arrastrado la red hacia abajo antes de cerrar la trampa.

Quinn estaba sentado en la popa, y con un remo y el timón mantenía la barca estable mientras las chicas y Jonas recogían dos murciélagos azules y un pescado sin ningún rasgo distintivo de casi veinte centímetros.

Era un trabajo agotador, pero Quinn estaba acostumbrado a hacerlo, y manejaba el remo y el timón con el piloto automático. Levantó la vista para ver que las otras barcas ocupaban sus puestos.

Entonces oyó una salpicadura y se volvió hacia la barrera, donde vio un pez volador —que no estaba muy bueno, pero era comestible— dando un salto corto.

Pero no fue eso lo que le hizo entrecerrar los ojos y tratar de enfocar la vista en la débil luz matutina.

Elise y Annie se estaban preparando para volver a lanzar las redes.

—Esperad —indicó Quinn.

—¿Qué? —replicó Elise.

Siempre estaba quejosa por la mañana. Y más aún aquella mañana.

—Jonas, coge un remo —pidió Quinn.

Mientras Elise limpiaba la red, quitándole trocitos de algas, la barca se deslizó hacia la barrera. Levantaron los remos a seis metros de distancia.

—¿Eso qué es? —preguntó Jonas.

Los cuatro miraban la barrera. En lo alto se veía la ilusión de un cielo. Delante de ellos la barrera era de un gris perlado, como siempre. Como había sido

desde que empezó la ERA.

Pero justo por encima de la línea de agua la barrera no era gris sino negra. La sombra negra se alzaba formando un patrón irregular. Como las curvas de una montaña rusa.

Quinn apartó la mirada para ver que el sol se asomaba por encima de las montañas. El mar entero pasó de oscuro a claro en pocos y rápidos minutos. Quinn esperó a que la luz del sol alcanzara el agua que había hasta la barrera.

—Ha cambiado —comentó.

Se quitó la camiseta y la arrojó al banco. Buscó unas gafas de buceo en el armario, escupió en ellas, restregó la saliva, se encajó las gafas en la cabeza y sin decir nada más se lanzó por la borda. El agua estaba fría y, al instante, desapareció la última de las telarañas matutinas que aún tenía en la cabeza.

Nadó con cautela hacia la barrera, con cuidado de no tocarla. Dos metros por debajo la barrera estaba negra.

Quinn salió a la superficie, respiró hondo y volvió a sumergirse. Deseó tener aletas, no le resultaba fácil empujar el cuerpo flotante hacia abajo. Debió de bajar unos seis metros antes de salir otra vez.

Entonces volvió a subirse a la barca con la ayuda de Jonas.

—Está así hasta abajo de todo, por lo que he podido ver —informó Quinn.

Los cuatro se miraron.

—¿Y? —preguntó Elise—. Tenemos trabajo que hacer. Los peces no se pescan solos.

Quinn reflexionó. Debería contárselo a alguien. ¿A Caine? ¿A Albert? La verdad es que no quería tener que tratar con ninguno de los dos. Y había murciélagos azules justo debajo de la barca esperando a que los pescaran.

Tanto Caine como Albert podrían atacarlo por retrasarse en el trabajo, solo para informar de algo que igual no significaba nada.

No por primera vez, Quinn deseó tener que informar a Sam, y no a esos otros

dos. De hecho, si había alguien a quien realmente quería contárselo era a Astrid. Qué lástima que nadie la hubiera visto. Incluso puede que estuviera muerta. Pero Astrid era la única que lo vería y de verdad intentaría averiguar qué significaba.

—Vamos, volvamos al trabajo —les ordenó Quinn—. Seguiremos vigilándolo, veremos si cambia al final del día.

## CUATRO 50 HORAS

**DURANTE SUS CINCO** primeros años de vida, Pete Ellison había vivido dentro de un cerebro retorcido y deformado. Pero ya no.

Había destruido su cuerpo moribundo, enfermo, febril.

Puf.

Todo eso había desaparecido.

Y ahora estaba... ¿Dónde? No tenía una palabra para definirlo. Se había liberado del cerebro que hacía que los colores gritaran y que convertía cada ruido en un golpe de platillo.

Pete se deslizaba por un lugar silencioso y feliz. Sin ruidos fuertes. Sin colores demasiado intensos. Sin la complejidad demoledora del furor exaltado. Sin la hermana rubia con el pelo rubio brillante y los ojos de un azul punzante.

Pero la Oscuridad seguía allí.

Seguía buscándolo.

Seguía susurrándole. «Ven a mí, ven a mí».

Sin la cacofonía de su cerebro, Pete veía más claramente a la Oscuridad. Era una mancha resplandeciente en el fondo de una bola.

La bola de Pete.

Se sorprendió al darse cuenta. Pero sí, ahora se acordaba: mucho ruido, gente gritando, su propio padre presa del pánico, todo eso se vertió como lava caliente en

el cráneo de Pete.

No entendía lo que estaba ocurriendo, pero veía claramente el motivo del pánico. Un zarcillo verde había alcanzado y tocaba largas barras brillantes, las acariciaba con un tacto ávido, ansioso. Y entonces ese brazo de la Oscuridad alcanzó a mentes débiles y maleables y exigió que la alimentaran con la energía que emanaban aquellas barras.

Si lo hubieran hecho se habría liberado toda clase de luz, y todos excepto la Oscuridad se habrían desintegrado.

Fusión. Esa era la palabra empleada para definirla. Y, cuando el padre de Pete empezó a correr de un lado a otro mientras Peter gemía y se balanceaba, la fusión ya había empezado, y era demasiado tarde para detenerla.

Demasiado tarde para detener la reacción y la fusión de un modo normal.

Así que Peter tuvo que hacer la bola.

¿Sabía lo que hacía? No. Se maravillaba al pensarlo ahora. Había sido un impulso, una reacción de pánico.

Nunca había pretendido que ocurrieran muchas de las cosas que habían sucedido.

Era como ese tipo que solía aparecer en las historias que Astrid le leía. Ese al que llamaban Dios. El que dijo: «¡Puf, hazlo todo!».

El mundo de Pete estaba lleno de dolor, enfermedad y tristeza. Pero ¿no era también así el mundo de antes?

Ya no tenía su consola. Ya no tenía su cuerpo. Ya no tenía su antiguo cerebro mal conectado. Ya no hacía equilibrios sobre una placa de cristal.

Pete añoraba su antiguo juego. Era lo único que tenía.

Flotaba en una especie de bruma, en un mundo de vapores e imágenes desconectadas y sueños. Estaba en silencio, y a Pete le gustaba el silencio. Y, en aquel lugar, nadie se acercaba nunca a decirle que era hora de hacer esto o lo otro o ir hacia allí o correr hacia allá.

Ya no estaban el pelo amarillo chillón de la hermana, ni sus ojos de un azul punzante.

Pero a medida que transcurría el tiempo —y estaba seguro de que lo hacía, en algún lugar aunque no fuera ese—, empezó a imaginarse a su hermana sin sentir que su sola imagen lo abrumara.

Y eso lo sorprendía. Podía recordar aquel día en la central nuclear y casi pensar en la confusión y los aullidos de las sirenas y el pánico sin llegar a sentir pánico. Seguía afectándole mucho, demasiado, pero ya no tanto como para perder totalmente el control.

¿Es que los recuerdos eran más tranquilos? ¿O algo había cambiado en él?

Tenía que ser lo segundo, porque la mente de Pete ya no parecía la misma. Para empezar, sentía como si pudiera pensar en sí mismo por primera vez en su crispada vida. Preguntarse dónde estaba e incluso quién era.

Lo único que sabía era que estaba aburrido de su existencia desconectada. Durante gran parte de su vida solo había sentido paz y placer en su juego de consola. Pero ya no tenía juego al que jugar donde se encontraba.

Quería un juego.

Había ido a buscar uno, pero no había nada como su antigua consola. Solo avatares que parecían pasar por su lado. Avatares, símbolos con arabescos dentro. Formaban grupos o conjuntos. O a veces iban solos.

Pete notaba que podía haber un juego, pero sin mandos, ¿cómo jugarlo? Muchas veces observaba las formas, y a veces casi le parecía como si lo estuvieran mirando.

Se acercaba a mirar los avatares. Eran interesantes. Tenían formas geométricas pequeñas, pero tan retorcidas y enroscadas por dentro que le parecía que podía caerse dentro de cualquiera de ellos y ver todo un mundo en su interior.

Se preguntaba si era uno de esos juegos donde lo único que tenías que hacer era... tocar. Le parecía que estaba mal y que era peligroso. Pero Pete estaba aburrido.

Así que tocó un avatar.



Se llamaba Terrel Jones, pero nadie lo llamaba así, sino Jonesie. Solo tenía siete años, pero era muy grande para su edad.

Se dedicaba a recoger alcachofas del campo. Era un trabajo duro, muy duro. Jonesie se pasaba seis horas al día recorriendo las hileras de alcachofas que le llegaban a la altura del pecho con un cuchillo en la mano derecha enguantada y una mochila a la espalda.

Las alcachofas más grandes estaban en la parte más elevada de la planta, y las más pequeñas, en la parte inferior. Las «altachofas», que era como llamaban los recolectores a las de arriba, debían de medir unos trece centímetros de ancho. Las «bajachofas», que eran las que quedaban más abajo, debían de medir ocho. Así se aseguraban de que los recolectores no remataban la cosecha entera de una sola vez.

Nadie estaba seguro de si esa regla tenía sentido, pero Jonesie no veía motivos para protestar. Iba recorriendo la hilera cortando con facilidad, pues tenía práctica, y arrojaba las alcachofas por encima del hombro para que cayeran en la mochila. Solo tenía que subir por una hilera y bajar por la siguiente para llenar la mochila. Luego se la quitaría y la arrojaría en la vieja carretilla, un trasto grande y destartado de madera que descansaba sobre cuatro neumáticos gastados.

Y eso era lo único de lo que tenía que preocuparse Jonesie. Solo que cada vez le resultaba más cansado. Le parecía como si no pudiera respirar.

Alcanzó el final de la fila cargado con el peso habitual de alcachofas, pero fue tambaleándose hacia la carretilla. Jamilla se encargaba de ella, y su trabajo era relativamente cómodo porque solo tenía ocho años y era menuda. Lo único que tenía que hacer era recoger las alcachofas que se habían caído al suelo y apilarlas cuidadosamente en la carretilla formando una capa regular, y anotar lo que llevaba cada mochila en una hoja de papel para Albert que servía de registro de la cosecha diaria.

—¡Jonesie! —exclamó Jamilla enfadada cuando el chico no logró levantar su mochila lo bastante alto y se le resbaló entre las manos, con lo que cayeron alcachofas por todas partes.

Jonesie iba a decir algo, pero le falló la voz. Ya no tenía voz.

Intentó tomar aliento para gritar, pero al aire no le circulaba por la boca y hacia los pulmones. Sintió un dolor repentino, agudo, como un corte, como si le clavaran un cuchillo en la garganta, atravesándola de oreja a oreja.

—¡Jonesie! —gritó Jamilla cuando Jonesie cayó al suelo, boca abajo.

El chico trataba inútilmente de tomar aire. Trató de tocarse la garganta, pero no podía mover los brazos.

Jamilla se había bajado de la carretilla. Jonesie veía una imagen brumosa, distante, distorsionada de la chica por encima de él. Un rostro con la boca totalmente abierta, gritando en silencio.

Y, detrás de ella, una figura. Era transparente, pero no invisible. Una mano enorme con un dedo extendido. Ese dedo le alcanzó el cuerpo. No lo notó.

Y a continuación no sintió nada.

El grito de Jamilla atrajo a Eduardo y Turbo, que estaban en los campos de al lado. Se acercaron corriendo procedentes de direcciones distintas, pero Jamilla apenas reparó en ellos cuando llegaron. Miraba fijamente y gritaba sin parar.

Y entonces se dio la vuelta de golpe y echó a correr. Turbo la cogió entre sus brazos. Tuvo que levantarla del suelo para evitar que siguiera corriendo.

—¿Qué pasa? ¿Son los bichos?

Había bichos, gusanos carnívoros que habitaban en muchos de los campos y a los que había que sobornar entregándoles murciélagos azules y pescado malo.

Jamilla se quedó quieta. Turbo estaba allí, y también Eduardo. Eran sus amigos, trabajaban juntos.

Jamilla se serenó para intentar explicar lo que acababa de ocurrir. Pero, antes de que pudiera controlar la voz desgarrada, Eduardo preguntó:

—¿Qué es eso?

Jamilla sintió que Turbo estiraba el cuello para ver detrás de ella. La dejó en el suelo. La chica ya no sentía el deseo de correr, ni de gritar. Turbo dio diez pasos para acercarse a Eduardo.

—¿Qué es eso? —preguntó Turbo—. ¿Eso es lo que te ha asustado, Jammy?

—Parece una especie de pez raro o algo.

—Grande. Y raro —repitió Turbo—. He trabajado un par de días de suplente con Quinn, y nunca había visto algo así.

—Es como un pez, pero con..., no sé, con armadura. ¿Qué hace aquí en pleno campo de alcachofas?

Jamilla no se atrevía a acercarse más. Pero había recuperado la voz.

—Es Jonesie —respondió la chica.

Los dos chicos se volvieron despacio a mirarla.

—¿Qué has dicho?

—Estaba... Algo lo ha tocado. Y el cuerpo entero...

Jamilla describió un movimiento como de retorcimiento con las manos. Retorció los dedos entrelazados como si, de alguna manera, las partes del cuerpo de Jonesie se hubiesen entrelazado, se hubieran vuelto hacia fuera y hubieran formado aquella... cosa.

Los chicos miraban a Jamilla. Probablemente se alegraban de tener una excusa para no mirar a aquella cosa a la que Jamilla llamaba Jonesie.

—¿Algo lo ha tocado, qué lo ha tocado?

—Dios —contestó Jamilla—. La mano de Dios.

Turk llevaba a Cigar con las manos atadas a la espalda.

—Desátalo —pidió Penny.

Cigar estaba nervioso. Penny le sonrió, y pareció relajarse un poco.

—No creo que tenga ningún problema con Cigar —comentó Penny a Turk—. Básicamente es un buen chico.

Cigar tragó saliva y asintió.

Habían clavado contrachapado en las ventanas. La habitación estaba vacía. Antes de abandonar la ciudad, Sam había dejado un pequeño sol de Sammy

brillando en una esquina. Proporcionaba la única luz que había, y producía un efecto lúgubre, al proyectar sombras verde oscuro en las esquinas. Había amanecido, pero era imposible saberlo en aquella habitación. Ni la luz del mediodía podría penetrar en ella.

—Lo siento mucho —dijo Cigar—. Me refiero a lo que ha ocurrido. De hecho, tienes razón. Quiero decir, que no soy malo.

—No, claro que no eres malo —intervino Penny—. Solo un asesino.

Cigar palideció. Su mano izquierda empezó a temblar. No sabía el motivo. ¿Por qué solo la mano izquierda? Reprimió el impulso de agarrársela para mantenerla quieta. Se la metió en el bolsillo e intentó no respirar demasiado fuerte.

—¿Qué es lo que te gusta, Cigar? —preguntó Penny.

—¿Que qué es lo que me gusta?

Penny se encogió de hombros. Lo iba rodeando, sin que sus pies desnudos hicieran ruido.

—¿Qué cosas echas de menos? De los viejos tiempos, quiero decir. De antes.

Cigar se movió incómodo. No era idiota. Sentía que estaba jugando al gato y al ratón con él. Conocía la reputación de Penny. Había oído hablar de ella. Y el modo en que casi pasaba por su lado, pero entonces retrocedía y le lanzaba una mirada inquisitiva y penetrante, lo intranquilizaba.

Cigar decidió darle una respuesta inocua.

—¿Las golosinas?

—¿Las barritas, por ejemplo?

—Los Skittles. O los Red Vines. Cualquier cosa, supongo.

Penny sonrió.

—Mira en el bolsillo.

Cigar se palpó el bolsillo delantero de los vaqueros y notó que había un

paquete que antes no estaba ahí. Lo sacó y miró maravillado una bolsa nueva de Skittles.

—Vamos, cómete unos cuantos —le sugirió Penny.

—No son de verdad, ¿no?

Penny se encogió de hombros y entrelazó las manos detrás de la espalda.

—Pruébalos, ya me contarás.

Cigar abrió la bolsita con dedos temblorosos. Se le cayó media docena de bolitas brillantes al suelo antes de coger las siguientes, y se las metió en la boca.

Cigar nunca había probado nada que fuera ni la mitad de maravilloso.

—¿De dónde... de dónde los has sacado?

Penny se detuvo. Se inclinó hacia él y de repente le clavó un dedo en la cabeza. Le hizo daño, pero solo un poco.

—De ahí. De dentro de tu cabeza.

Cigar miró dudoso los Skittles que aún estaban en la bolsa. Se le hacía la boca agua. Casi se había olvidado del azúcar. Pero estaba bastante convencido de que los caramelos nunca habían sido tan buenos. Estos estaban buenísimos. Podría comerse un millón, y puede que no fueran de verdad, pero lo parecían en su mano, y sabían mejor que los de verdad.

—Están buenos, ¿eh? —comentó Penny.

Seguía estando demasiado cerca.

—Sí, muy buenos.

—La gente cree que si algo no es real el placer no será igual de bueno. Yo antes también pensaba así. Pero las cosas que tienes en la cabeza pueden ser puras, ¿sabes? Más reales que las de verdad.

Cigar se dio cuenta de que se había terminado la bolsa entera. Y quería más. Nunca había querido nada ni la mitad de lo que quería más Skittles.

—¿Puedo comer más? —preguntó.

—Igual si me lo pides bien.

—¿Por favor? Por favor, ¿puedo comer más?

Penny le acercó los labios a la oreja y suspiró:

—Arrodíllate.

El chico apenas dudó. Cuanto más tiempo pasaba sin caramelos más quería. La necesidad era increíblemente apremiante. Lo dejaba sin habla, tenía tantas ganas de comer caramelos...

Cigar se puso de rodillas.

—¿Puedo comer más?

—Es fácil entrenarte —contestó Penny sonriendo.

De repente había un puñado de Skittles en la mano de Cigar, y se los metió en la boca.

—Por favor, ¿más?

—¿Y unos Red Vines?

—¡Sí, sí!

—Lámeme el pie. ¡No, no la parte superior, idiota!

La chica levantó el pie para que pudiera lamerle la planta sucia, y salieron Red Vines de la mano de Cigar. El chico se volvió boca abajo y los engulló, y volvió a chuparle el pie y consiguió más; le daba vueltas la cabeza, todo se arremolinaba, el sabor del regaliz rojo era abrumador, no se parecía a ninguna otra cosa, a nada que hubiera comido en la vida, pero estaban tan buenos... Necesitaba más, desesperadamente.

Los Red Vines estaban en su mano y, por algún motivo, le costaba cogerlos. Como si se hubieran fundido con su piel y tuviera que arrancarlos con las uñas, y eso hizo, y chupó los extremos en cuanto los soltó.

De repente, tras un bandazo horrible, resultó que los Red Vines ya no eran tiras de regaliz rojo, sino las venas de sus muñecas.

—¡Aaah, aaah, aaah! —gritó Cigar horrorizado.

Penny aplaudió.

—¡Ah, jo, jo, jo, Cigar; nos vamos a divertir un montón!

CINCO 44 HORAS, 12 MINUTOS

ASTRID METIÓ toda la comida perecedera en la mochila. No era mucho, pero puede que estuviera un tiempo fuera, y no soportaba la idea de dejar que algo se estropeará.

Comprobó la escopeta. Tenía cuatro cartuchos cargados y cinco más en la mochila.

Nueve cartuchos de escopeta servirían para matar a cualquier cosa.

Excepto a Drake.

Drake la aterrizzaba hasta lo más hondo. Había sido la primera persona en toda su vida que la había pegado. Todavía recordaba el escozor y la fuerza de su bofetada. Recordaba lo convencida que estaba de que no tardaría en pasar a los puños. De que la golpearía y de que hacerlo le produciría placer, por lo que nada de lo que dijera lo detendría.

La había obligado a insultar al pequeño Pete. A traicionarlo.

Claro que a Petey no le había importado. Pero a Astrid la había destrozado. Casi le resultaba extraño recordar el sentimiento de culpa. Entonces no tenía modo de saber que en el futuro le iría mucho, mucho peor.

El miedo al psicópata justificaba en parte que necesitara manipular a Sam. Necesitaba la protección de Sam para ella y más aún para el pequeño Pete. Drake no era Caine, un sociópata cruel e implacable que haría cualquier cosa para aumentar su poder. Pero Caine no se regodeaba con el dolor, la violencia y el miedo. Aunque fuera amoral, Caine era racional.

A los ojos de Caine, Astrid no era más que otro peón del tablero de ajedrez. Para Drake era una víctima esperando que la destruyeran, porque eso le produciría un placer absoluto.

Astrid sabía que no podía matar a Drake con la escopeta. Podía reventarle la cabeza y seguiría sin matarlo.

Pero esa imagen le generaba cierta tranquilidad.

Se colgó la escopeta del hombro. El peso y la extensión del arma, junto con la mochila cargada de botellas de agua, la hacían un poco más lenta y torpe que cuando corría libre por el sendero conocido.

Astrid nunca había calculado la distancia que había entre su campamento y el lago Tramonto, pero se imaginaba que debían de ser unos diez u once kilómetros. Y, si seguía la barrera para no perderse, el camino se volvería agreste, con colinas empinadas sin senderos. Tendría que avanzar a buen ritmo para llegar antes de que anocheciera y ver a Sam.

Sam.

Al pensar en él sentía un nudo en el estómago. Tendría preguntas que hacerle. La acusaría. Se enfadaría. Estaría resentido con ella. Pero todo eso podía asumirlo. Era fuerte.

Pero ¿y si no estaba enfadado ni resentido? ¿Y si le sonreía? ¿Y si la rodeaba con sus brazos?

¿Y si Sam le decía que aún la quería?

Estaba mucho menos preparada para enfrentarse a eso.

Astrid había cambiado. La chica mojigata que estaba segura de muchísimas cosas había muerto con el pequeño Pete. Había hecho algo imperdonable. Y había visto quién era en realidad: una persona egoísta, manipuladora, implacable.

No era una persona a quien Sam pudiera amar. No era una persona que pudiera devolverle su afecto.

Probablemente era un error verlo ahora. Pero fueran cuales fueran sus fallos y tonterías, aún tenía cerebro. Aún era, aunque de forma atenuada, Astrid la genio.



—Sí, claro, la genio —murmuró.

Por eso vivía en el bosque con picaduras en las axilas, oliendo a humo y carroña, con las manos encallecidas y repletas de cicatrices y los ojos disparados, alerta y tensa para identificar cualquier ruido a su alrededor, y por eso practicaba para sacarse rápidamente la escopeta del hombro. Porque desde luego así era la vida de un genio.

Ahora el sendero se acercaba más a la barrera. Conocía bien ese sendero, que se adentraba en ella. El terreno se volvería escarpado en el kilómetro siguiente antes de que apareciera otro sendero. O puede que fuera el mismo sendero que se doblaba sobre sí mismo. ¿Cómo saberlo?

Y ahí, de repente, observó que la parte oscura de la barrera había crecido. Dos puntas de color negro se elevaban por la barrera, como dedos saliendo de la tierra. La más elevada se extendía entre cuatro y seis metros.

Astrid se armó de valor para un experimento necesario. Extendió un dedo y tocó la parte negra de la barrera.

—¡Aaah! —maldijo en voz baja.

Seguía doliendo al tocarla. Eso no había cambiado.

Mientras se abría paso entre arbustos densos y aparecía en un bendito claro, reflexionó sobre el problema de medir el avance de la mancha. En el claro también vio franjas de oscuridad que se alzaban, no tan elevadas como las otras, y más finas. Observó atentamente una de las manchas durante media hora. Estaba ansiosa por si perdía el tiempo, pero quería observarla de todos modos. La parte de su cerebro que tenía aptitudes científicas había quedado intacta, mientras otros aspectos habían disminuido o desaparecido.

Estaba creciendo. Al principio no se había dado cuenta porque esperaba que la mancha se alzara, y lo que había hecho era ensancharse.

«¿Aún te acuerdas de cómo se calcula el área de una esfera? —se preguntó Astrid—. Cuatro pi por r al cuadrado».

Hizo el cálculo mentalmente mientras caminaba. El diámetro de la barrera era de treinta y dos kilómetros, con lo que el radio era la mitad, dieciséis kilómetros.

«Cuatro veces pi es casi 12,6; r al cuadrado es 256. Así que el área es 12,6 por 256. Tres mil doscientos veinticinco kilómetros. Claro que la mitad quedan bajo tierra o sumergidos, así que son mil seiscientos kilómetros de cúpula. Todo consiste en ver cuán rápido se extiende la mancha», se dijo Astrid, disfrutando de la precisión de los números.

Se preguntaba cuánto tardaría en ennegrecerse la cúpula.

Porque Astrid no dudaba que la mancha continuaría extendiéndose.

Recordó algo de hacía mucho tiempo: cuando Sam reconoció que tenía miedo de la oscuridad. Fue en su habitación, en su antigua casa, en la casa que compartía con su madre. Puede que ese fuera el motivo por el que, presa de un pánico repentino, creó el primero de los que llegarían a conocerse como «soles de Sammy».

Sam tenía muchas más cosas terribles que temer ahora. Seguro que ya se le había pasado ese antiguo terror.

Eso esperaba Astrid. Porque tenía la terrible sensación de que se acercaba una larga noche.

El bebé no la miraba. Diana lo miraba pese a que, al hacerlo, sentía un temor horrible.

Ya podía caminar. Pero se trataba de un sueño, por lo que las cosas no tenían por qué tener sentido. Era un sueño. Estaba segura de ello porque sabía que el bebé no podía caminar.

Lo tenía dentro. Un ser vivo dentro de su cuerpo. Un cuerpo dentro de un cuerpo. Se lo imaginaba ahí dentro con los ojos cerrados, retorcido para que sus piernecitas estuvieran alineadas con su pecho ancho.

Dentro de su cuerpo.

Pero ahora también en su cabeza. En su sueño. Se negaba a mirarla.

—No quieres enseñarme los ojos —decía ella.

Llevaba algo en la mano. Los dedos palmeados del feto se aferraban a un muñeco.

El muñeco era blanco y negro.

—No —suplicó Diana.

El muñeco tenía la boca descontenta en forma de puchero. La boca pequeña y roja.

—No —suplicó otra vez Diana, asustada.

El bebé pareció oír su voz y le tendió el muñeco. Como si quisiera que lo cogiera. Pero la chica no podía cogerlo porque tenía los brazos de plomo y le pesaban terriblemente.

—Nooo —gimió—. No quiero verlo.

Pero el bebé quería que mirara, insistía en que mirara, y Diana no podía evitarlo, no podía apartar la vista, no podía moverse ni volverse ni echar a correr, por muchas ganas que tuviera.

—¿Qué pasa, mamá?

La voz no tenía personalidad, solo eran palabras, sin voz, sin sonido, como si alguien las escribiera en un teclado para que pudiera de algún modo oír pero también ver las letras de las palabras, pum, pum, pum, cada letra golpeaba en su cerebro.

—¿Qué pasa, mamá?

El bebé sostenía el muñeco de peluche blanco y negro tendido hacia su rostro, y volvió a preguntarle:

—¿Qué pasa, mamá?

Diana tenía que contestar. No le quedaba opción. Tenía que contestar.

—Panda —dijo, y al decir aquella palabra un torrente de tristeza y odio hacia sí misma estalló en su mente.

—Panda —dijo el bebé, y sonrió sin dientes, sonrió con la boca roja de Panda.

Diana se despertó y abrió los ojos.

Las lágrimas le emborronaban la vista. Se bajó de la cama. El tráiler era diminuto, pero lo mantenía limpio y ordenado. Tenía suerte: era la única persona aparte de Sam en el lago que no compartía habitación.

Panda.

El bebé lo sabía. Sabía que se había comido parte de un chico apodado Panda. Su alma quedaba al descubierto para el bebé. Veía dentro de ella.

Ay, Dios, ¿cómo iba a ser madre cargando con ese crimen terrible en su alma?

Se merecía el infierno. Y tenía la sospecha terrible de que el bebé en su interior era el demonio enviado para llevarla hasta allí.

—No me hace ninguna gracia la idea de dejar esos misiles ahí sin más —insistía Sam.

Edilio no decía nada. Se movía nervioso y volvía la vista hacia el puerto para asegurarse de que no hubiera nadie escuchándoles para cotillear.

Sam, Edilio, Dekka y Mohamed Kadeer estaban en la cubierta superior de la casa flotante a la que todos llamaban la Casa Blanca. No era realmente blanca, sino más bien de un rosa sucio. Pero era allí donde se reunían los líderes, en la cubierta superior abierta. Así que era la Casa Blanca.

También era la casa de Sam, una casa que compartía con Dekka, Sinder, Jizzie y Mohamed.

Mohamed era un miembro sin voto del Consejo del lago Tramonto. Pero lo más importante es que era el enlace de Albert en el lago Tramonto.

Algunos lo llamaban «enlace». Otros, «espía». No había mucha diferencia. Desde el comienzo, Sam había decidido no tener secretos con Albert, pues tenía que saber lo que estaba pasando. Y en cualquier caso lo acabaría averiguando: Albert era lo más parecido que había en la ERA a un millonario, aunque su riqueza se medía en la moneda llamada *bertos*, que eran piezas de juego de McDonald's, comida y trabajos.

En la Casa Blanca había dos camarotes en la popa, cada uno con una sola litera sobre una cama doble. Sinder y Jizzie compartían uno de esos camarotes;

Mohamed y Dekka, otro. Sam tenía el camarote relativamente espacioso de proa para él solo.

—Si la gente de Caine se entera... —intervino Dekka.

—Pues entonces puede que tengamos un problema —asintió Sam—. Pero nunca usaremos esas cosas. Solo nos aseguraremos de que Caine tampoco las use.

—Sí, y Caine se creerá esa explicación porque es muy confiado —dijo Dekka, mordaz.

Los misiles habían formado parte de una estratagema desesperada para ir de la Base Aérea de la Guardia Nacional de Evanston a la costa. Dekka había conseguido utilizar el contenedor como plataforma: con su poder había anulado la gravedad, y el contenedor había pasado rozando por la barrera.

Decididamente el plan era imperfecto. Pero casi había salido bien. Más o menos. Para algo había servido. Pero también habían trasladado las armas hasta un lugar donde podrían encontrarlas.

Encontrarlas y utilizarlas.

La quinta persona que había en la cubierta no formaba parte del Consejo. Era un chico llamado Toto, a quien habían encontrado en unas instalaciones en el desierto —o parte de unas instalaciones, pues el resto se hallaba más allá de la barrera—, donde lo tenían prisionero para estudiar las mutaciones que se daban en la zona de Perdido Beach.

Habían montado aquellas instalaciones ante de que llegara la ERA. En los meses precedentes a la aparición de la barrera, el Gobierno sabía, o por lo menos sospechaba, que estaban empezando a ocurrir cosas muy raras.

Toto debía de estar clínicamente loco. Había pasado siete meses solo, totalmente solo. Aún tenía la costumbre de hablar con Spiderman. Ya no con su viejo busto de Spiderman de espuma de poliestireno, que Sam incineró llevado por la irritación, sino con el fantasma del busto. Lo cual desde luego era una locura. Pero, tanto si estaba loco como si no, tenía el poder de distinguir al instante la verdad de la mentira.

Incluso cuando no convenía.

—Sam no dice la verdad —dijo Toto.

—¡No tengo intención de usar los misiles! —protestó Sam acaloradamente.

—Es verdad —dijo Toto sin levantar la voz—. Pero no es verdad cuando dices que nunca los usarás. —Entonces añadió, en un aparte solapado—: Sam cree que igual tendrá que usarlos.

Sam apretó los dientes. Toto resultaba extremadamente útil. Excepto cuando no lo era.

—Creo que todos lo hemos entendido, Toto —añadió Dekka.

La chica había recuperado las fuerzas tras la terrible e impactante experiencia sufrida cuando los bichos se le metieron en el cuerpo. Pero no se había recuperado del todo de lo que pensaba que sería su confesión en el lecho de muerte, de su declaración a Brianna. Las dos chicas seguían sin poder estar juntas en la misma habitación sin que resultara violento.

Dekka no le había contado a Sam qué había susurrado exactamente al oído de Brianna. Pero él estaba bastante seguro de saberlo. Dekka estaba enamorada de Brianna. Y era evidente que Brianna no sentía lo mismo.

—Sí, ella debe de haberlo entendido —ahora Toto hablaba a su manga.

—Mohamed, ¿qué piensa Albert de todo esto?

Mohamed tenía la costumbre de hacer una larga pausa antes de contestar cualquier pregunta, incluso a «¿cómo estás?». Probablemente era una de las cosas que le hacían granjearse el cariño de Albert, quien se había vuelto suspicaz, algunos dirían que paranoico, respecto a los secretos.

—Albert nunca me ha hablado de ello. No sé si sabe lo de los misiles o no.

—Ajá —dijo Dekka, y puso los ojos en blanco. Extendió la palma en dirección a Toto—. Ni te molestes, Toto; todos sabemos que son tonterías.

Pero Toto replicó:

—Dice la verdad.

Mohamed hizo otra pausa larga. Era un chaval guapo con un atisbo inicial de vello en el labio superior.

—Pero, claro, ahora que lo sé, tendré que decírselo.

—Si los dejamos donde están, tarde o temprano alguien los encontrará —opinó Sam.

—Tío, con todos los respetos, estás intentando convencerte para llevártelos —intervino Edilio.

—Y ¿por qué iba a hacer eso? —exigió saber Sam.

Se inclinó hacia delante en la silla y abrió brazos y piernas, como queriendo indicar que no tenía nada que ocultar.

Edilio sonrió afectuosamente.

—Porque hemos tenido cuatro meses de paz, amigo mío. Y estás aburrido.

—Eso no es... —empezó a decir Sam, pero se quedó callado cuando miró a Toto.

—Aunque, si los misiles han de estar en alguna parte, es mejor que los tengamos nosotros —admitió Edilio, reticente.

A Sam le avergonzaba un poco lo mucho que deseaba aferrarse a ese razonamiento. Sí, era verdad, estaba aburrido. Pero aun así tenía sentido salvaguardar las armas.

—De acuerdo —dijo Sam—. Vamos a cogerlos. Dekka, Jack y tú los moveréis. Brianna inspeccionará la zona, asegurándose de que no hay nadie por allí. Quedan justo dentro de los límites de Caine. Tendremos que llevarlos hasta nuestra frontera tan rápido como sea posible. Cargarlos en una camioneta.

—¿Y gastar gasolina? —preguntó Mohamed.

—Vale la pena —respondió Sam.

Mohamed abrió las manos como excusándose.

—La gasolina la controla Albert.

—Mira, si Albert nos da gasolina es que nos apoya —replicó Sam—. Así que ¿qué te parece si hacemos esto y ya, solo esta vez? No gastaremos más de siete litros. La sacaremos de varios depósitos para que no aparezca en vuestra contabilidad.

Mohamed hizo una pausa aún más larga de lo normal.

—Tú no lo has dicho, y yo no te he oído.

—Eso no es verdad —dijo Toto.

—Ya —contestó Dekka, poniendo los ojos en blanco—. Lo sabemos.

—Vale, pues lo haremos esta noche —dijo Sam—. Brisa, ve tirando. Dekka, Jack y yo iremos en la camioneta. La aparcaremos y los tres nos dirigiremos a la playa. Con un poco de suerte habremos vuelto por la mañana.

—¿Y yo qué, jefe? —preguntó Edilio.

—Tío, a veces lo de teniente de alcalde es una carga pesada.

Sam sonrió, y de repente sintió que se aceleraba al pensar en su audaz misión nocturna. Edilio tenía razón: tras el primer mes de frenesí, llevar el lago resultaba aburrido. Lo cierto es que Sam detestaba encargarse de todos los detallitos y decisiones. Tenía la mayor parte del día ocupado con peleas estúpidas por nada: chavales que se peleaban por un juguete o algo de comer, ideas alocadas para salir de la ERA, descontento por los alojamientos, violaciones de las reglas sanitarias. Cada vez más, y no sin sentirse culpable, Sam se había dedicado a pasar la mayoría de esos asuntos a Edilio.

Habían transcurrido meses desde que Sam se había visto involucrado en alguna locura importante. Y aquella misión era bastante alocada, pero no comportaba ningún peligro real.

La reunión terminó. Sam se levantó, se estiró y se fijó en que Sinder y Jezzie se acercaban corriendo por la costa, procedentes del extremo oriental donde cultivaban un huerto pequeño.

Algo en su lenguaje corporal indicaba que había un problema.



La casa flotante de Sam estaba atada al extremo de lo que quedaba del muelle, y también había servido de escenario para el Viva el Viernes. Sam esperó hasta que Sinder y Jizzie se encontraran debajo de él en el muelle.

—¡Sam! —exclamó Sinder sin aliento.

Estaba en su fase gótica un tanto modificada. Le costaba encontrar maquillaje, pero aún conseguía encontrar ropa negra.

—¿Qué pasa, Sinder? ¡Hola, Jizzie!

Sinder se serenó, respiró hondo y dijo:

—Te va a parecer una locura, pero la pared... está cambiando.

—Estábamos arrancando zanahorias —añadió Jizzie.

—Y entonces la hemos visto, como una mancha negra en la barrera.

—¿Qué?

—La barrera —repitió Sinder—. Está cambiando de color.

## SEIS 43 HORAS, 17 MINUTOS

QUINN DEJÓ a sus pescadores descargando la pesca en el muelle. Normalmente iba directo a ver a Albert para informarle de la redada del día, pero hoy tenía una preocupación más acuciante. Quería ver cómo estaba Cigar.

Aún quedaba una hora o así para que se pusiera el sol. Quería por lo menos gritarle unas palabras de ánimo a su amigo y compañero.

La plaza del pueblo estaba vacía. La ciudad estaba casi toda vacía... Los recolectores seguían en los campos.

Turk vagueaba en los escalones del Ayuntamiento. Se había dormido con una gorra de béisbol encajada sobre los ojos y el rifle entre las piernas cruzadas.

Una chica atravesó la plaza a paso rápido, y miró temerosa hacia el

Ayuntamiento. Quinn la conocía, así que la saludó levantando un poco la mano. Pero ella lo miró, negó con la cabeza y se escabulló.

Preocupado, Quinn entró en el edificio.

Subió las escaleras hasta la sala de castigo donde debía de estar Cigar.

No le costó encontrar la puerta. Se puso a escuchar pegado a ella y no oyó nada dentro.

—Cigar, ¿estás ahí?

La puerta se abrió y apareció Penny. Aún llevaba un vestido veraniego, y seguía descalza. No quería dejarle pasar.

—Aún no es la hora —indicó Penny.

Había sangre en su vestido.

Sangre en sus pies pequeños.

Tenía los ojos febriles. Iluminados. Extáticos.

Quinn lo comprendió todo de un solo vistazo.

—Apártate de mi camino —le ordenó el chico.

Penny lo miró como si intentara ver en el interior de su mente. Analizando. Calculando.

Anticipándose.

—¿Qué has hecho, bruja? —exigió saber Quinn.

Se estaba quedando sin aliento. El corazón le latía con fuerza. La piel de sus brazos tostados se estaba agrietando, se volvía de un blanco cadavérico y se agrietaba como el barro seco. Se le formaban grietas profundas.

—No me estarás amenazando, ¿verdad, Quinn?

La erupción en el brazo del chico se detuvo, se invirtió, y su piel volvió a ser como siempre.

—Quiero ver a Cigar —dijo Quinn, tragándose el miedo.

Penny asintió.

—Vale, vale, Quinn. Entra.

Quinn la empujó para pasar.

Cigar estaba en una esquina. Al principio le pareció dormido. Pero tenía la camisa empapada de sangre.

—Cigar, tío, ¿te encuentras bien?

Cigar no se movía. Quinn se arrodilló junto a él y le levantó la cabeza. Quinn tardó unos pocos y terribles segundos en entender lo que veía.

Los ojos de Cigar habían desaparecido. Dos agujeros rojos y negros con el rostro de Cigar lo miraban.

Entonces Cigar gritó, y Quinn dio un salto atrás.

—¿Qué has hecho, qué has hecho?

—No lo he tocado —afirmó Penny con una risa feliz—. ¡Mírale los dedos! ¡Mírale las muñecas! Se lo ha hecho todo él solo. Ha sido divertido verlo.

El puño de Quinn cogió impulso antes de que pudiera pensarlo siquiera. La nariz de Penny explotó, inclinó bruscamente la cabeza hacia atrás y se cayó de culo.

Quinn agarró con fuerza el antebrazo ensangrentado de Cigar. Mientras Cigar gritaba, Quinn repetía:

—Vamos a ver a Lana.

Penny gruñó, y de repente la carne de Quinn se incendió. El chico aulló de terror. Las llamas no tardaron en quemarle la ropa y devorarle la carne.

Quinn sabía que no era real. Lo sabía. Pero no podía creérselo. No podía negarse a sentir la agonía de la ilusión. No podía evitar oler el humo de la carne que ardía, saltaba y...

Entonces apuntó, desesperado, para dar una patada.

Su zapatilla alcanzó a Penny en un lado de la cabeza, y el fuego se apagó al instante.

Penny se dio la vuelta y se puso en pie, intentando controlar su mente dispersa, pero ahora tenía a Quinn detrás, que le agarraba el cuello con su potente brazo.

—Te partiré el cuello, Penny, te lo juro por Dios. Te partiré el cuello. No podrás hacer nada para impedírmelo.

Penny relajó los músculos.

—¿Crees que el rey te permitirá salirte con la tuya, Quinn? —le siseó la chica.

—Si alguien se mete conmigo, Penny, tú u cualquier otro, haré huelga. Ya veremos cómo disfrutas de la vida sin mí y sin mis pescadores. Sin comida.

Quinn la apartó y volvió a agarrar a Cigar del brazo.

Algunos trabajos eran más duros que otros. Blake y Bonnie tenían el peor trabajo posible: el mantenimiento de la fosa séptica, también conocida como el Hoyo.

Dekka había utilizado sus poderes para ayudar a cavar el hoyo, pero aun así habían necesitado veinte chavales más para sacar la tierra que había hecho levitar. De ese modo, se había formado un agujero en el suelo de más de tres metros de profundidad, más de tres metros y medio de largo y casi un metro de ancho. Más o menos. No es que alguien lo hubiera calculado con una cinta métrica.

Básicamente era una trinchera larga. La trinchera estaba cubierta con el lateral de uno de los furgones de acero del tren de la Nutella. Sam lo había cortado para soltarlo, y Dekka y Orc lo habían cargado durante varios kilómetros procedente del lugar donde se había estrellado el tren.

Sam había perforado cinco agujeros de más de medio metro en el acero.

Y entonces fue cuando pasaron a intervenir Blake y Bonnie. Ninguno de los dos tenía, de por sí, un talento especial para la construcción, pero, de algún modo, juntos poseían una especie de genialidad extraña reconocida por Edilio, su

supervisor directo. Juntos (y con un poco de ayuda de Edilio) se habían dedicado a crear cinco excusados exteriores que quedaban por encima de los agujeros. Lo habían hecho cogiendo cajones de embalaje, quitándoles la parte superior y serrando una especie de entrada. El resultado era un cajón de madera abierto por arriba, con una puerta estrecha cubierta con una cortina de ducha para tener un poco de intimidad.

La parte de arriba descubierta tenía el inconveniente de que se veían las cabezas de las personas altas. La ventaja, no obstante, era que el olor de la fosa séptica no quedaba retenido en un espacio cerrado.

Los excusados individuales tenían bancos hechos con escritorios traídos de la Base Aérea de la Guardia Nacional. Sam había perforado agujeros en cada uno de ellos, y Blake y Bonnie les había pegado asientos de baño con sumo cuidado.

Había algo agradable, una vez te acostumbrabas, en eso de orinar bajo las estrellas o el sol. Excepto que no había papel higiénico.

Blake y Bonnie solucionaban parcialmente el problema vendiendo hojas, informes oficiales y registros de las instalaciones de la Guardia Nacional, así como obras de consulta desfasadas.

Y, por supuesto, los dos B eran responsables de mantener limpias las instalaciones. Lo cual no solía resultar muy duro, porque Bonnie en particular no dudaba en reñir a alguien si la liaba.

Y no eran tantas horas. Como absolutamente nadie quería su trabajo, Blake y Bonnie disfrutaban de mucho tiempo libre. Y como tenían siete y seis años, respectivamente, se pasaban el tiempo libre nadando, recogiendo piedras y jugando a un juego bélico más o menos continuado en el que participaban varias figuritas de acción, las cabezas cortadas de muñecas Bratz e insectos interesantes.

Eso era lo que estaban haciendo, jugar a la guerra en el cajón de arena que habían excavado a unos treinta metros del Hoyo. De hecho, estaban discutiendo sobre si una cabeza de Bratz maltratada había logrado apuntar primero a un grupo de tres escarabajos que no pegaban entre sí.

Dos de los excusados exteriores estaban ocupados: en el primero estaba Pat y en el cuarto Diana, que solía pasarse por allí a menudo porque estaba embarazada.

Enfadado, Blake agarró la cabeza de muñeca Bratz y exclamó:

—Vale, si no sigues las reglas...

Lo cual ocurría unas seis veces al día. En realidad, no había ninguna regla.

Bonnie estaba a punto de negar con vehemencia que estuviera haciendo trampas cuando se le emborronó la cara. Como si su rostro fuera una pintura todavía húmeda, y alguien le hubiera pasado un pincel por encima.

Blake se quedó mirando la cara que mejor conocía del mundo y la vio achatarse, como si de repente solo tuviera dos dimensiones. Y algo que era transparente, pero por algún motivo no resultaba invisible, la atravesaba.

Bonnie se levantó agitándose como una marioneta de la que tirara una cuerda. Abrió mucho los ojos y su cara se emborronó otra vez hasta que la boca se le deslizó hasta la barbilla.

Un dedo hecho de aire, tan grande como un árbol, se abalanzó sobre ella, retrocedió para tocarla y a continuación desapareció.

Bonnie sufrió un solo espasmo terrible, dejó de moverse y aterrizó sobre su ejército.

Blake se quedó mirando algo que ya no era Bonnie. Ni nada que hubiera visto antes. Lo que yacía en la tierra tenía un brazo y media cara, y el resto, que no medía más de medio metro de largo, era igual que un tronco muerto y podrido.

Blake se puso a gritar y Diana y Pat se acercaron tan rápido como pudieron, pero Blake no era de quedarse quieto gritando, sino que entró en acción. Agarró el tronco con media cara humana pegada a su brazo y lo arrojó tan fuerte como pudo en dirección al Hoyo.

No llegó muy lejos, así que volvió a agarrarlo gritando mientras tanto a pleno pulmón, y lo arrastró hacia el excusado número cinco mientras Diana y Pat le gritaban que parara, que parara, que parara, pero no podía: tenía que librarse de eso, de aquella cosa, de aquel monstruo que había sustituido a su amiga.

Diana casi lo alcanza. Pero no.

Blake arrojó aquella cosa por el agujero del excusado número cinco.

—¿Qué está pasando? —preguntó Pat, acercándose a toda prisa.

Blake guardaba silencio.

—Ha tenido una especie de... —empezó a decir Diana. Hizo una mueca y añadió—: No sé qué ha sido.

—Era un monstruo —dijo Blake.

—Jo, tío, casi me matas del susto —se quejó Patrick—. Quiero decir, disfruta del juego o lo que sea, pero no te pongas a gritar cuando estoy haciendo mis cosas —se quejó, y bajó dando zancadas por la colina en dirección al lago.

Diana no gritó a Blake.

—¿Dónde está la otra? ¿Cómo se llama? ¿La chica?

Blake negó con la cabeza débilmente. Un velo le cubrió los ojos.

—No lo sé —dijo el chico—. Creo que ha desaparecido.

Orc estaba sentado leyendo.

La imagen de Orc sentado en una piedra con un libro en las manos aún resultaba inexplicable para Howard.

Orc y Howard habían ido con Sam al lago Tramonto durante la Gran Ruptura. Sam era un coñazo, pero era improbable que decidiera hacerte atravesar una pared como podría hacer Caine.

El único problema del lago era que la mayoría de la gente que bebía y se drogaba se había quedado en Perdido Beach. Howard se encargaba de una destilería de whisky en Coates, pero desplazarse de Coates al lago no era precisamente fácil. Y Howard no podía llevar más de una docena de botellas en la mochila.

Orc podía cargar mucho más, claro. Pero Orc ya no le ayudaba. Orc estaba leyendo. Estaba leyendo la Biblia.

Orc borracho era depresivo, peligroso, impredecible, y en ocasiones mortífero. Pero Orc sobrio era sencillamente inútil. Inútil.

Le habían encargado el trabajo de vigilar el pequeño huerto de Sinder, y eso

quería decir que se pasaba la mayor parte del tiempo sentado en un afloramiento rocoso, leyendo.

El huerto de Sinder no era mucho más grande que un patio, era una parcela en forma de cuña que había sido el lecho de un arroyo cuando aún llovía en las montañas y los arroyos reabastecían el lago. Orc les había ayudado a cavar una red de canales poco profundos que desviaba agua del lago para que irrigara las hileras pulcras.

Sinder y Jezzie se pasaban todo el día, todos los días, plantando y ocupándose del huerto. Orc pasaba el mismo tiempo allí. De hecho, se había instalado una pequeña tienda de campaña junto a la piedra y dormía en ella la mayoría de las noches.

Howard también había pasado un par de noches acampado, intentando mantener viva su amistad con Orc, intentando que Orc pasara de ese rollo nuevo de la sobriedad.

No es que a Howard le gustara Orc borracho. (Orc no tenía dinero, así que lo que se bebía se restaba directamente de los beneficios de Howard). Lo que pasaba era que el Orc sobrio que se dedicaba a leer la Biblia resultaba inútil a Howard. Inútil para intimidar y recaudar deudas, e inútil para cargar priva.

—¿Qué quiere decir «manso»? —preguntó Orc, y lo deletreó para asegurarse de que lo decía bien.

—Yo ya sé deletrear «manso» —replicó Howard—. Significa debilucho, débil. Patético. Lamentable. Un imbécil. Una víctima. Un estúpido. Un tonto con pinta de monstruo que lee la Biblia, eso es lo que quiere decir.

—Pues aquí dice que los mansos son bienaventurados.

—Ya —dijo Howard ferozmente—, porque así es como funciona siempre: los peleles siempre ganan.

—Herederán la tierra —continuó Orc, pero parecía dudar al respecto—. ¿Qué quiere decir que «herederán»?

—Me estás matando con tus preguntas, ¿sabes, Orc?

Orc se movió y giró el libro para ver mejor. El sol se estaba poniendo.



— ¿Dónde están las chicas, la granjera Gótica y la granjera Elmo?

— Han ido a buscar a Sam — gruñó Orc.

— ¿Sam? Y ¿por qué no me lo has dicho, tío?

Howard miró a su alrededor en busca de un lugar donde ocultar su mochila. Iba a hacer una entrega. Y aunque Sam no se esforzaba por cerrar el negocio de Howard, podía emperrarse en confiscarle el producto.

— Creo que «heredarán» significa algo así como que «se apoderarán» — dijo Orc.

Howard deslizó la mochila detrás de un arbusto y retrocedió para comprobar si aún se veía.

— Sí. Apoderarse. Los humildes. Igual que los conejos se apoderan de los coyotes. No seas idiota, Orc.

Howard nunca habría insultado a Orc en los viejos tiempos, cuando Orc era Orc. Pero incluso ahora veía cómo entrecerraba los ojos, una de las pocas partes humanas que le quedaban. Orc era un escorial de grava viva con un trozo de piel humana donde tenía la boca y parte de una mejilla.

Howard casi deseaba que Orc se levantara y lo aporreara. Al menos así volvería a ser Orc. Pero Orc entrecerró los ojos y comentó:

— ¿Sabes? Hay muchos más conejos que coyotes.

— ¿Por qué han ido las chicas a buscar a Sam?

Howard miró en dirección al puerto deportivo, el centro de la vida del lago. Efectivamente, Sam, Jezzie y Sinder se acercaban a paso rápido.

— «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia» — leyó Orc a su manera lenta y laboriosa.

— ¿Quieres preguntarme lo que quiere decir, Orc? — saltó Howard—. Porque no creo que la justicia te interese mucho.

El rostro de Orc no era capaz de mostrar muchas emociones. Pero Howard se

dio cuenta de que le había afectado. Borracho y rabioso, Orc había matado accidentalmente a un chico en Perdido Beach. Solo Howard lo sabía.

—Y eso ¿qué es? —preguntó Howard, señalando.

Acababa de detectar una mancha en la cúpula detrás de Orc.

—Por eso han ido a buscar a Sam.

En ese momento llegaron Sam y las chicas. Sam asintió en dirección a Howard y preguntó:

—Orc, ¿cómo va?

Sam se dirigió hacia la barrera y se quedó mirando el pico negro que sobresalía tras la piedra de Orc.

—¿Lo habéis visto en otro lugar? —preguntó Sam a Sinder.

—Nunca vamos a otro lugar —respondió Sinder.

—Gracias por el tiempo que dedicáis al huerto —dijo Sam, pero no prestaba ninguna atención ni a Sinder ni a Jezzie. Iba recorriendo la barrera en dirección al lago.

Howard avanzó hasta ponerse a su lado. Le aliviaba que Sam no hubiera detectado su mochila.

—¿Qué crees que es? —preguntó Howard.

—Ahí. Otra. —Sam señaló un bulto oscuro mucho más pequeño que salía de la tierra. Se dirigió hacia él y alcanzaron el límite del lago. Ahí volvía a haber una protuberancia baja y ondulante en forma de mancha negra—. Pero ¿qué...? —murmuró—. ¿Tú habías visto algo así, Howard?

Howard se encogió de hombros.

—Probablemente no me habría fijado. Sea como sea, no me paseo mucho cerca de la barrera.

—No —reconoció Sam—. Te limitas a ir y venir a tu destilería de Coates.

Howard sintió un escalofrío repentino.

—Claro que sé lo de tu destilería —comentó Sam—. Sabes que queda al otro lado de la frontera. Es territorio de Caine. Si te pilla, no te gustará lo que te haga, a no ser que estés compartiendo los beneficios con él.

Howard se estremeció y decidió no decir nada.

Sam se quedó mirando la mancha.

—Está creciendo. Acabo de verla crecer. Ahora mismo.

—Yo también lo he visto —añadió Sinder.

Miró a Sam para que la tranquilizara. Qué raro. Howard también se había dado cuenta de que miraba a Sam para que lo tranquilizara. Por muy enemigos que hubieran sido en ocasiones, y que lo siguieran siendo más o menos, Howard quería que Sam tuviera una respuesta rápida para lo de la mancha.

Pero la expresión preocupada en el rostro de Sam no resultaba tranquilizadora.

—¿Qué es? —volvió a preguntar Howard.

Sam negó con la cabeza despacio. De repente, su rostro moreno parecía mucho mayor que sus quince años casi recién cumplidos. Howard se imaginó a Sam de viejo, con el pelo gris y fino y la cara arrugada por la preocupación. Era una cara marcada por todo el dolor y la preocupación que había soportado.

Howard tuvo el impulso repentino, ridículo, de ofrecerle un trago. Parecía necesitarlo.

## SIETE 36 HORAS, 19 MINUTOS

**ASTRID ESTABA** mirando el lago desde las alturas que quedaban al oeste. La barrera por supuesto atravesaba directamente el lago, cortándolo por la mitad. La costa del lago sobresalía, así que no podía seguir la barrera sin desviarse. En cualquier caso, pronto estaría demasiado oscuro para ver la mancha. Había llegado la hora de dirigirse hacia las viviendas.

El sol se estaba poniendo, y una pequeña hoguera lejana ardía en un círculo de tiendas y tráileres. Astrid no veía a los chicos alrededor del fuego, pero sí figuras que ocasionalmente pasaban por delante de las llamas.

Ahora que se encontraba allí ya no podía seguir fingiendo y reprimiendo sus emociones. Iba a ver a Sam. Y a otros también, y desde luego tendría que soportar miradas y saludos y probablemente insultos.

Todo eso lo podría aguantar. Pero iba a ver a Sam. Esa era la cuestión. A Sam.

Sam, Sam, Sam.

—Para —se dijo.

Se acercaba una crisis. Tenía la obligación de ayudar a sus amigos a entenderla.

—Débil —murmuró.

Cada vez sospechaba más que lo único que había hecho era pensarse una excusa para ver a Sam. Y al mismo tiempo sospechaba que buscaba una excusa para retraerse y eludir su obligación de ayudar.

Pensó que quizás en los viejos tiempos se hubiera puesto a rezar en busca de consejo, y la nostalgia la hizo sonreír. ¿Qué había pasado con aquella Astrid? ¿Adónde había ido? No había rezado desde...

—Deja atrás las cosas de niño —citó mentalmente.

Una cita de la Biblia, lo cual le parecía irónico. Se recolocó la mochila y deslizó la escopeta del hombro derecho dolorido al izquierdo. Y se echó a andar en dirección al fuego.

De camino, ingenió un método sencillo para medir la extensión de la mancha oscura en la barrera. Si alguien tuviera una cámara digital que funcionara, resultaría bastante fácil. Hizo los cálculos mentalmente. Puede que bastara con cinco muestras distintas. Si calculara la progresión día a día, obtendría datos bastante buenos.

Los números aún le producían placer. Eso era lo fantástico de los números: no necesitaba la fe para creer que dos y dos eran cuatro. Y las mates nunca, jamás, te

condenaban por tus pensamientos y deseos.

—¿Quién es? —preguntó una voz procedente de las sombras.

—Tranquilo —dijo Astrid.

—Dime quién eres o disparo —dijo la voz.

—Soy Astrid.

—Ni de coña.

Un chico, que probablemente no tendría más de diez años, salió de detrás de un arbusto. La apuntaba con un rifle, con el dedo cerca pero no directamente sobre el gatillo.

—¿Eres tú, Tim? —preguntó Astrid.

—¡Uala, eres tú! —exclamó el chico—. Pensaba que estabas muerta.

—¿Sabes lo que dijo Mark Twain? «La noticia de mi muerte ha sido una exageración».

—Sí, eres tú, desde luego. —Tim se llevó el arma al hombro—. Supongo que está bien que pases. No tengo que dejar pasar a nadie si no lo conozco. Pero a ti te conozco.

—Gracias. Me alegro de que estés bien. La última vez que te vi tenías la gripe.

—Ya ha desaparecido. Esperemos que no vuelva.

Astrid continuó caminando, y a partir de ahí el sendero quedaba más claro y resultaba más fácil seguirlo, aunque avanzara la noche.

Pasó junto a varias tiendas y un tráiler Airstream anticuado. Entonces alcanzó un círculo de tiendas y tráileres que rodeaba la hoguera. Oyó a los chavales reírse.

Se acercó, nerviosa. La primera en verla fue una niña que codeó suavemente a la chica mayor que tenía al lado. Astrid reconoció de inmediato a

Diana, quien la miró sin mostrar la más mínima sorpresa.

—Vaya, hola, Astrid. ¿Dónde has estado?

La conversación y las risas se apagaron, y treinta rostros o más, todos iluminados de naranja y dorado, se volvieron a mirar.

—He estado... fuera —respondió Astrid.

Diana se levantó y Astrid se percató, perpleja, de que estaba embarazada.

Diana vio la mirada en el rostro de Astrid, sonrió y comentó:

—Sí, han pasado un montón de cosas interesantes mientras estabas fuera.

—Tengo que ver a Sam —dijo Astrid.

Diana se echó a reír.

—Sin duda. Te llevo.

Diana la condujo hasta la casa flotante. A pesar del bulto, aún se movía con gracia natural. Astrid deseaba poder moverse así.

—Por cierto, ¿no habrás visto a una niña de camino hacia aquí, verdad? Se llama Bonnie. Tiene siete años, creo.

—No. ¿Se ha perdido alguien?

Edilio estaba sentado en una silla plegable en la cubierta superior, vigilando las tiendas esparcidas, los tráileres, las Winnebagos y los barcos. Tenía un rifle automático sobre el regazo.

—Hola, Edilio.

Edilio se levantó de golpe y bajó por la escalera de cuerda hasta el muelle. Apartó el rifle y rodeó a Astrid con los brazos.

—Gracias a Dios. Ya era hora.

Astrid sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Te he echado de menos —reconoció.

—Supongo que quieres ver a Sam.

—Sí.

Edilio asintió en dirección a Diana para que se marchara. Condujo a Astrid hasta el barco y entraron en un camarote vacío.

—Hay un pequeño problema —susurró Edilio.

—¿No quiere verme?

—Es que... Esto... Está fuera.

Astrid se rio.

—¿Asumo por tu mirada cómplice que es que anda metido en algo peligroso?

Edilio sonrió y se encogió de hombros.

—Sigue siendo Sam. Debería volver por la mañana. Vamos; vamos a buscarte algo de comer y beber. Puedes dormir aquí esta noche.

La furgoneta bajaba deslizándose por la carretera. Se deslizaba por varios motivos. En primer lugar, para ahorrar gasolina. En segundo lugar, conducían con las luces apagadas porque los faros se verían desde muy lejos.

En tercer lugar, la carretera que bajaba desde el lago era estrecha y estaba poco pavimentada.

Y en cuarto lugar: Sam nunca había aprendido a conducir.

Iba al volante con Dekka a su lado. Jack el del ordenador iba encajado en el espacio estrecho detrás del asiento delantero, nada contento.

—No te ofendas, Sam, pero te estás saliendo de la carretera. ¡De la carretera! ¡Sam! ¡Te estás saliendo de la carretera!

—Que no, cállate —le espetó Sam mientras volvía a orientar la furgoneta

enorme hacia la carretera. Por poco vuelca en la zanja.

—Así moriré —insistió Jack—. Así, encajado en una zanja.

—Venga, vamos —dijo Sam—. Aunque nos estrelláramos, eres lo bastante fuerte como para abrirte paso a golpes.

—Hazme un favor y rescátame a mí también —añadió Dekka.

—Vamos bien. Ahora ya controlo —afirmó Sam.

—Se nos comerán los coyotes —se lamentó Jack—. Nos abrirán las tripas y... —se quedó callado.

Sam miró por el retrovisor y vio que la boca de Jack decía «lo siento».

Dekka suspiró.

—Odio cuando os ponéis así. Dejad de tratarme como si me fuera a venir abajo. No ayuda.

Habían tenido que abrir a Dekka para salvarle la vida y sacarle los bichos de dentro. Lana la había curado, pero Dekka no había salido indemne. Se esforzaba por hacerse la fuerte, pero ya no era la chica intrépida e indestructible que parecía antes.

Por lo de los bichos, y por el rechazo evidente de Brianna, se había vuelto retraída. Parecía derrotada, abatida.

—Espero que Brianna esté bien —intervino Jack—. No debería correr por ahí en la oscuridad.

—Mientras siga la carretera y se lo tome con calma, le irá bien —opinó Sam, esperando impedir que siguieran hablando de Brianna.

Jack era extremadamente listo para temas que tenían ver con la tecnología. Pero podía ser un completo y absoluto negado cuando se trataba de seres humanos.

Así que, claro, tuvo que meterse de lleno en el tema.

—Brianna está rara últimamente —continuó comentando Jack—. Desde que



vinimos al lago. Está así como...

Sam se negó a pedirle que continuara.

Dekka miró a Sam de soslayo y preguntó:

—¿Así como qué, Jack?

—Como si... No sé. Como si quisiera..., ya sabes...

—No, no lo sé —gruñó Dekka—. Así que, si tienes algo que decir, suéltalo.

—No sé. Como que se pone amistosa conmigo. Como que se enrolló conmigo el otro día.

—Pobre de ti —dijo Dekka con una voz que habría paralizado a cualquier otra persona más sensible.

Jack abrió las manos.

—Yo estaba ocupado, veía que estaba ocupado.

Llegado ese punto, Sam pensó que podría ser una buena idea desviarse de la carretera y chocar contra el poste de una valla.

—¡Sam, Sam, Sam, Sam! —gritó Jack.

Se sobresaltó de miedo. Lo cual, debido a su fuerza increíble, provocó que empujara el asiento con tanta fuerza que Sam se dio contra el volante.

—¡Ay! —Sam pisó el freno—. Oye, ya vale. ¿Alguno de vosotros dos quiere conducir? ¿No? Pues callaos. Jo, me sangra la cabeza.

La furgoneta se puso en marcha otra vez y las ruedas no tardaron en pasar de la grava al pavimento liso de la carretera. Sam condujo durante medio kilómetro hasta que detectó un punto señalado y aparcó en el arcén de la carretera.

—Cortamos por aquí, ¿verdad? —preguntó.

Dekka se asomó a mirar y asintió.

—Sí, eso parece.

Se bajaron del coche y estiraron las piernas. Aún quedaba casi un kilómetro hasta la costa. Un kilómetro pasando por un campo de bichos.

Los bichos no habían molestado a nadie desde que seres humanos y gusanos habían hecho un trato, y los seres humanos arrojaban murciélagos azules y otros animales no comestibles —para los seres humanos— a los campos, alimentando así a los gusanos. Pero, por si acaso, Dekka llevaba unas bolsitas con entrañas de pescado, trocitos de mapache, tendones de ciervo y similares en un fardo. Vacío una de esas bolsas a sus pies, y al instante los bichos salieron como un hervidero de la tierra y se abalanzaron sobre la comida, pero no atacaron a los chicos.

—A qué cosas nos acostumbramos —comentó Jack meneando la cabeza.

—Escuchad, chicos, no tardaréis en enteraros —intervino entonces Sam—. Algo ha salido de la barrera.

—¿Hay un salido en la barrera?

—No, ha salido una cosa, una cosa rara —y Sam les explicó lo que había visto.

—Igual lo ha provocado los poderes de Sinder —sugirió Jack.

Sam asintió.

—Es posible. Así que mañana tendremos que explorar un poco, ver si está pasando lo mismo en algún punto más.

Ya habían cruzado los campos y ahora tenían que recorrer una hilera de malas hierbas y algas que ocupaban la parte superior del acantilado.

Sam llevaba tiempo sin ver el océano. No había vuelto desde que se habían mudado al lago. Estaba negro, y solo lo cubría el debilísimo brillo de las estrellas. La luna aún no había salido. El ruido del océano llevaba tiempo silenciado: no había olas de verdad en la ERA. Pero el susurro, sh, sh, sh, del agua lamiendo la arena hacía que sintiera algo.

Se habían equivocado al calcular dónde se encontraban, y aún tenían que recorrer cientos de metros en dirección norte por la arena para encontrar el contenedor aplastado. El contenedor de acero, que tenía la palabra «MAERSK» escrita en un lateral, cayó cuando Dekka dejó de controlarlo a varios centenares de

metros del suelo.

Lo que contenía, que eran cajones de embalaje largos y reforzados, se volcó en la arena. Uno de los cajones se había abierto. Sam decidió usar las pilas y encendió una linterna. Se veían unas aletas.

Sam apagó la linterna e hizo una pausa.

Algo no estaba en su sitio.

—Que nadie se mueva —ordenó, y recorrió la arena con la luz—. Alguien ha alisado la arena.

—¿Qué has dicho? —preguntó Jack.

—Mira qué plana y ordenada está la arena por aquí. Es como cuando dragan las playas por la noche y por la mañana ya no quedan huellas ni nada.

—Tienes razón —añadió Dekka—. Alguien ha estado aquí y luego ha cubierto sus huellas.

Nadie dijo nada durante varios minutos, mientras cada uno pensaba en las implicaciones de lo que habían visto.

—Caine podría levantarlos y moverlos sin problemas —opinó Sam.

—Así que, ¿por qué siguen aquí? —preguntó Jack. Entonces respondió a su propia pregunta—. Igual se llevaron los otros misiles y solo han dejado este. Deberíamos comprobar los precintos.

Sam dio un paso lento y cauto hacia delante. Apuntó con el haz de luz hacia la cinta de un amarillo intenso que precintaba cada cajón. Habían cortado la cinta con cuidado y la habían vuelto a pegar.

—No están —dijo Sam sin mostrar emoción—. Los tiene Caine.

—Entonces ¿por qué dejar este? —preguntó Jack.

La respiración de Sam se aceleró.

—Es una trampa.

—¡NO PUEDES dejar que se vaya de rositas! —chilló Penny.

Pero Caine no daba su brazo a torcer.

—¡Bruja estúpida! ¡Nadie te dijo que lo llevaras tan lejos!

—Era mío durante todo el día —siseó la chica, y se llevó un trapo a la nariz, que había empezado a sangrarle otra vez.

—Se ha arrancado los ojos. ¿Qué pensabas que haría Quinn? ¿Qué crees que hará Albert ahora?

Caine se mordió ferozmente el pulgar, un hábito nervioso.

—¡Pensaba que tú eras el rey!

Caine reaccionó sin pensar, y le dio un fuerte revés en la cara. No acertó con el golpe, pero sí con el pensamiento. Penny salió disparada hacia atrás como si la hubiera alcanzado un autobús, chocando bruscamente contra la pared del despacho.

El golpe la dejó perpleja, y antes de que pudiera pensar con claridad ya tenía a Drake delante.

Turk irrumpió en el despacho apuntando con el arma.

—¿Qué está pasando?

—Penny ha tropezado —informó Caine.

La cara pecosa de Penny estaba blanca de furia.

—No —le advirtió Caine, y le rodeó la cabeza con una mano que no se veía, retorciéndola hacia atrás de un modo imposible, hasta que la soltó.

Penny jadeaba y lo fulminaba con la mirada. Pero ninguna pesadilla se apoderó de la mente de Caine.

—Más te vale que Lana pueda arreglar al chico, Penny.

—Te estás ablandando —le soltó Penny jadeando.

—Esto de ser rey no va de ser un chungo enfermizo —protestó Caine—. La gente necesita a alguien al mando. La gente son ovejas y necesitan un gran perro pastor que les diga qué hacer y dónde ir. Pero no funciona si te pones a matar a las ovejas.

—Tienes miedo de Albert —dijo Penny, y soltó una risa burlona.

—No tengo miedo de nadie, y menos de ti, Penny. Vives porque yo te dejo vivir. Recuérdalo. ¿Y los chavales de ahí fuera? —Caine señaló con la mano hacia la ventana, en dirección a la población de Perdido Beach—. Esos chavales de ahí fuera te odian. No tienes un solo amigo. Ahora sal de aquí. No quiero volver a verte en mi presencia hasta que estés dispuesta a arrastrarte y pedirme perdón.

Penny dijo una palabra que empezaba con «j» y acababa con «te».

Caine se rio.

—Creo que lo que has querido decir es: «J---te, Su Alteza».

Caine levantó a Penny con el movimiento leve de una mano y la lanzó por la puerta abierta hacia el pasillo.

—Podría dar problemas, Su Alteza —comentó Turk.

—Ya da problemas. Primero, Drake; ahora, Penny. Estoy rodeado de psicópatas e idiotas.

Turk parecía dolido.

—Una cosa, Turk. Si alguna vez ves que me entra un ataque, como que Penny me está haciendo algo, pues dispara a la bruja, ¿está claro?

—Por supuesto, Su Alteza.

—Pillas que eres el idiota, ¿verdad, Turk?

—Esto...

Caine salió furioso, murmurando:

—Echo de menos a Diana.

Quinn aún bullía de rabia cuando llegó a Clifftop. De rabia, y de miedo también. Se había granjeado un enemigo muy peligroso al liberar a Cigar del control de Penny. O puede que dos. O incluso tres, según qué partido tomara Albert.

Al atravesar el pasillo enmoquetado, palpando en la oscuridad, Quinn se dio cuenta, sorprendido, de que oía voces. Pertenecían a niños que jugaban en la habitación del final del pasillo, donde Lana tenía la suya con vistas al océano.

Se detuvo y escuchó.

—Tú pierdes, lo pierdes todo, Peace.

—¡Porque has mentido, ladronzuelo!

—Chicos, bajad la voz, ¿eh?

Quinn reconoció la voz de Virtue, a quien a menudo también llamaban Choo.

¿Sanjit había trasladado a sus hermanos a Clifftop? ¿Y eso cuándo? Todo el grupito, los chavales isleños, se habían trasladado al lago con Lana. Pero la chica tardó poco en volver. Clifftop había pasado a formar parte de Lana. Era allí donde se sentía segura.

Quinn sintió una punzada de celos al percatarse de que Lana había accedido a que los chavales se instalaran con ella. Nadie discutía con Lana. Y, hasta entonces, había prohibido categóricamente que alguien compartiera ni siquiera un rinconcito de su reducto en Clifftop.

Sabía que Lana se veía con Sanjit, el chico nuevo. Pero ¿dejarle que trasladara a toda su familia a Clifftop?

Hubo una época en la que Quinn pensó que Lana y él igual... Pero los sucesos y las circunstancias habían acabado con su fantasía. Quinn no era más que un trabajador, un pescador. Lana era la curandera. Y, como tal, era la persona más protegida, respetada e incluso venerada de la ERA. Ni siquiera Caine soñaba con

meterse con Lana.

Y, por si eso no resultara bastante intimidatorio, Lana era tan dura como un bate de béisbol con pinchos.

Parecía estar muy muy por encima de Quinn.

Patrick lo oyó y se puso a ladrar fuerte y sin parar.

Quinn llamó, aunque le pareció superfluo. La mirilla se oscureció. Sanjit abrió la puerta.

—¡Es Quinn! —gritó por encima del hombro—. Entra, hombre.

Quinn entró. Bajo el brillo extraño del pequeño sol de Sammy, la transformación de la habitación de Lana resultaba impactante: estaba limpia.

Realmente limpia. Con la cama hecha y la mesita de café despejada. El cenicero normalmente rebosante no se veía por ninguna parte; ni se olía.

Incluso parecía que hubieran bañado y cepillado a Patrick. El perro echó a correr y comenzó a restregarse contra Quinn, probablemente porque esperaba que se le pegara el olor agradable del pescado en lugar de todos los olores que le habían quitado bruscamente al lavarlo.

Sanjit, un chico flaco indio de sonrisa contagiosa y pelo largo y negro, detectó la sorpresa de Quinn, pero no dijo nada.

Lana se apartó del balcón y se acercó. Al menos ella no había cambiado mucho. Aún llevaba la enorme pistola semiautomática metida en un cinturón grueso. Seguía siendo atractiva, pero no guapa. Y su expresión oscilaba entre lo vulnerable y lo severo, como si pudiera romper a llorar o dispararte en el estómago con la misma facilidad.

—Hola, Quinn, ¿qué pasa?

No había nada violento o incómodo en su tono de voz. Si sabía que Quinn estaba celoso, no lo revelaba.

Quinn se recordó que no había ido a verla por eso. Se sentía culpable por dejarse llevar por sus sentimientos, cuando aún tenía la imagen de Cigar fresca en

la mente.

—Es Cigar —explicó—. Está donde Dahra —y explicó rápidamente lo que había pasado.

Lana asintió y agarró su mochila.

—No me esperes levantado —indicó a Sanjit.

Quinn tragó saliva al oír la última frase. ¿De verdad estaba Sanjit viviendo con Lana? ¿En la misma habitación? ¿Lo estaba entendiendo mal? Porque eso era lo que parecía.

Patrick se acercó a Lana, pues detectaba una aventura en ciernes.

Lana le llevó la delantera por el pasillo, las escaleras y la planta baja, donde atravesaron un vestíbulo negro como boca de lobo hasta salir a la noche, que por contraste resultaba luminosa.

—Así que... —empezó Quinn, sin terminar la frase.

—Me siento sola —explicó Lana—. Tengo pesadillas. A veces ayuda tener a alguien aquí.

—No es asunto mío —dijo Quinn entre dientes.

Lana se detuvo y lo miró.

—Sí que es asunto tuyo, Quinn. Tú y yo... —No sabía cómo terminar, así que adoptó un tono más áspero y añadió—: Pero no es asunto de nadie.

Caminaban rápidamente.

—Y ¿a quién iba a contárselo? —preguntó Quinn retóricamente.

—Tendrías que tener a alguien a quien contárselo —respondió Lana—. Ya lo sé, suena raro viniendo de mí.

—Un poco.

Quinn intentaba alimentar su resentimiento, pero la verdad era que le



gustaba Lana. Desde hacía mucho tiempo. No podía seguir enfadado con ella. Y, en cualquier caso, se merecía algo de paz en la vida.

—A veces aún me habla —comentó la chica.

Quinn sabía que se refería a la Oscuridad, a esa cosa que se hacía llamar la *gayáfaga*.

—Y ¿qué quiere de ti? —preguntó Quinn.

Sentía una sombra al hablar de la *gayáfaga*, le costaba respirar y le retumbaba el pecho.

—Quiere al Enemigo, lo está buscando.

—¿El Enemigo?

—Tío, no te enteras de los cotilleos buenos, ¿eh?

—Me paso la mayor parte del tiempo con mi gente.

—Al pequeño Pete, al Enemigo —explicó Lana—. Lo quiere día y noche, y a veces es como si esa voz me gritara en la cabeza. A veces es chungo. Entonces necesito a alguien que, bueno, ya sabes, que me devuelva hasta aquí.

—Pero el pequeño Pete está muerto y desaparecido. —Lana se rio brusca y despiadadamente.

—¿Ah, sí? Cuéntaselo a la voz de mi cabeza, Quinn. La voz de mi cabeza tiene miedo. La *gayáfaga* tiene miedo.

—Eso debe de ser bueno, ¿no?

Lana negó con la cabeza.

—Pues no es así como lo siento, Quinn. Algo importante está pasando. Algo que desde luego no es bueno.

—Yo he visto... —Quinn se estremeció; debería contárselo a Albert primero. Pero ya era demasiado tarde—. La barrera. Parece que esté cambiando de color.

—¿Cambiando de color? ¿Qué color? —preguntó Lana.

—Negro. Puede que se esté volviendo negra.

NUEVE 35 HORAS, 25 MINUTOS

**HASTA AHORA**, Pete había experimentado muy poco con su nuevo juego. Era un juego muy complicado, con muchas piezas. Podía hacer tantas cosas con él...

Había avatares, unos trescientos, lo cual era mucho. No le habían parecido muy interesantes hasta que los miró atentamente y vio que cada uno de ellos formaba una espiral compleja, como si fueran dos escaleras largas de caracol unidas, luego retorcidas y comprimidas, de modo que si mirabas el avatar desde lejos no veías más que un símbolo.

Había tocado un par de avatares, pero cuando lo hacía se difuminaban y se rompían y desaparecían. Así que igual no era eso lo que tenía que hacer.

Pero la pregunta importante era: ¿para qué servía el juego? No veía ninguna puntuación.

Lo único que sabía era que todo estaba dentro de la bola. El juego no estaba fuera de la bola. Estaba todo en su interior, con la Oscuridad brillando al fondo y la bola en sí, y ninguna de las dos se veía afectada por el juego. Había intentado mover a la Oscuridad pero sus mandos no la afectaban.

En algunos sentidos no era un juego muy bueno.

Pete escogió un avatar al azar, y se concentró en él hasta ver las espirales dentro de las espirales. Eran realmente bonitos. Delicados. No era de extrañar que sus movimientos anteriores los hubieran destruido; lo único que había hecho era desordenar su complejo entramado.

Esta vez intentaría algo distinto. Y ahí, revoloteando mágicamente de un sitio a otro, encontró a su avatar perfecto.

Taylor disfrutaba de lo mejor de los dos mundos. Utilizando su poder, podía «saltar» de la isla a la ciudad y el lago. Había resultado que tenía el poder más útil imaginable. Brianna podía quedarse con su supervelocidad y sus zapatillas

desgastadas y sus muñecas rotas cuando se caía, y con todo lo demás.

A Taylor le bastaba imaginarse un lugar en el que hubiera estado y, ¡pop!, ahí estaba. En carne y hueso. Así que, en cuanto Caine hizo que visitara la isla, la isla de San Francisco de Sales que antes pertenecía a Jennifer Brattle y Todd Chance, pudo saltar de vuelta en cualquier momento.

Lo cual quería decir que Taylor dormía en un dormitorio fabuloso en una mansión fabulosa. También podría haberse puesto la ropa maravillosa de Jennifer Brattle, pero le iba grande en varios sentidos.

Y, si se sentía sola, le bastaba imaginarse Perdido Beach para estar allí.

Se había vuelto muy útil. Y por ese motivo había terminado trabajando para el rey Caine y para Albert. Caine quería información sobre Sam y sobre lo que estaba pasando en el lago. Y Albert también quería lo mismo, más información sobre Caine.

Taylor se sabía todos los cotilleos de la ERA. Era el canal TMZ de la ERA.

O la CIA de la ERA.

Pero, en cualquier caso, la vida le iba bien a esta chica lista con el poder de saltar de un sitio a otro sin esfuerzo. Y lo que era igual de importante: de retroceder directamente.

En ese momento yacía en la cama. La habitación en la que se encontraba se llamaba Amazon porque las paredes eran de un verde hoja y la ropa de cama tenía un estampado de jaguar. Había muchos dormitorios en la mansión, e increíblemente aún quedaban sábanas limpias.

¡Sábanas limpias! Era el equivalente a vivir en un palacio comparado con el resto de la miserable ERA, donde tenías suerte si nadie se acababa de mear en tu colchón.

Taylor estaba en la cama mordisqueando unas galletas saladas un poco rancias —tenía que controlarse con los asaltos a la despensa, pues Albert había hecho inventario— y viendo un viejo DVD de *Hey Arnold!* El combustible del generador también estaba controlado y muy limitado, pero disponía de electricidad de vez en cuando como parte de su sueldo.

De repente, Taylor sintió que había alguien más en la habitación. Se le erizó el vello de la nuca.

—Vale, ¿quién anda ahí?

No hubo respuesta. ¿Podría ser Bug? Taylor lo sabría si lo hubieran traído a la isla.

Pero nada. Estaba dejando volar su ima...

Algo se movió. Justo delante de Taylor. La pantalla del televisor se difuminó durante un instante. Como si algo transparente pero con efecto deformante hubiera pasado por delante de ella.

—¡Oye!

Taylor estaba dispuesta a saltar y salir de allí en un abrir y cerrar de ojos. Escuchó atentamente. Nada. Lo que hubiera ya se había ido. O puede que nunca hubiera habido nada; eso era lo más probable. Se estaba imaginando cosas.

Taylor estiró un brazo para coger el mando a distancia y vio que su piel era de oro. Su primera reacción fue pensar que era un efecto de la luz de los dibujos animados. Pero al cabo de unos segundos decidió que no. No, algo raro pasaba.

Taylor se bajó de la cama y se dirigió hacia la ventana. Bajo la luz de la luna, su piel seguía siendo dorada.

Qué locura. No podía ser.

Taylor buscó en la oscuridad y encontró una vela. Torpemente, encendió un mechero y prendió la mecha.

Sí. Tenía la piel de oro.

Con la vela en la mano, Taylor se dirigió hacia el baño para mirarse en el espejo.

Era de oro. De la cabeza a los pies. Su pelo negro seguía siendo negro, pero cada centímetro de su piel era del color del oro amarillo.

Se inclinó hacia delante para mirar el reflejo de sus ojos. Y entonces fue

cuando gritó, porque los iris eran de un dorado aún más intenso.

—Ay, Dios mío —susurró.

Temblando, se quitó la camisa de dormir y se puso unos vaqueros y una camiseta. Porque igual estaba alucinando, así que necesitaba que alguien más la mirara.

Taylor pensó en el hotel de Lana, en el pasillo.

Y saltó hasta allí.

El dolor fue instantáneo e insoportable. Nunca había sentido ni imaginado nada así. Como si hubiera colocado la mano izquierda y la carne exterior de la pantorrilla izquierda sobre un acero al rojo vivo.

Taylor gritó y pataleó y el dolor empeoró. Colgaba de la mano y la pierna, colgaba sin más, no estaba apoyada en nada, solo colgaba de... Volvió a gritar cuando se dio cuenta de que no estaba en Clifftop. Estaba en el bosque, colgada de un árbol alto. La mano izquierda y el borde exterior de la pantorrilla izquierda se habían materializado en el árbol.

En el árbol.

Estaba colgada, gritando, con el brazo derecho y el izquierdo intentando alcanzar, agarrarse, como locos, descontrolados. Su piel dorada brillaba débilmente bajo la luz de la luna.

Y ¡qué dolor!

Tenía que ser un sueño. No podía ser cierto. No había saltado hasta allí. No, no era más que una pesadilla horrible. Tenía que volver a saltar, aunque fuera un sueño, saltar otra vez al dormitorio.

Taylor se esforzó por imaginarse la habitación. Hizo retroceder el dolor durante solo... un segundo...

Y saltó.

La mano había desaparecido. Se había separado con un corte limpio de la muñeca. Sin sangre, terminaba de repente. Taylor no se veía la pantorrilla. Ni la

sentía.

No estaba en su habitación. Estaba en un coche a la entrada de Clifftop.

En un coche. Tenía las dos piernas dentro del coche, pero ella se encontraba encima, sobre el techo polvoriento de un Lexus. Había aparecido allí con las piernas atravesando el techo.

Taylor aulló de dolor y terror.

Se cayó de tanto agitarse. Los muñones de sus piernas no la ayudaban a mantenerse en pie. Rodó una vez, cayó el metro que quedaba hasta el pavimento, y aterrizó boca abajo.

Temblando de miedo, tanteó hasta alcanzar el tirador de la puerta y lo utilizó para auparse hasta quedar sentada. Sus piernas terminaban en muñones bien definidos, justo por encima de las rodillas. Igual que su mano izquierda.

No sangraba.

Pero le dolía mucho.

Taylor gritó, cayó hacia atrás y se desmayó.

A Astrid le había resultado muy inquietante la imagen de una Diana visiblemente embarazada.

Ya era bastante raro ver a una chica de quince años embarazada en cualquier contexto. Pero en la ERA aún resultaba más discordante. La ERA era una trampa, una prisión, un purgatorio quizás. Pero ¿una guardería?

Cada semana transcurrida desde el primer día de la ERA, el número de niños vivos descendía. Siempre descendía, nunca aumentaba. La ERA era un lugar de muerte repentina y horripilante. No un lugar de vida.

Y ¿quién había provocado todo aquello? Una chica cruel y mordaz y un chico que nunca había sido otra cosa que malvado.

Astrid había acabado con una vida, y Diana iba a traer otra al mundo.

Astrid estaba sentada sobre los cojines de plástico pegajoso que rodeaban la

mesita diminuta de la casa flotante. Apoyó los codos sobre la mesa y se aguantó la cabeza con las manos.

Edilio entró, asintió en dirección a Astrid y se sirvió un vaso de agua de la jarra que había en la encimera. Se mostraba discreto, no le hacía preguntas, probablemente no quería asustarla.

— ¿Te gusta la ironía, Edilio?

Durante un instante, Astrid pensó que lo había avergonzado utilizando una palabra que no comprendía. Pero, tras una larga pausa de reflexión, Edilio contestó:

— ¿Te refieres a la ironía de que un emigrante ilegal de Honduras termine siendo lo que soy?

Astrid sonrió.

— Sí, algo así.

Edilio la miró adoptando una expresión sagaz.

— ¿O quizá la de que Diana vaya a tener un bebé?

Astrid se rio por ese último comentario, y negó con la cabeza como lamentándose.

— Eres la persona más infravalorada de la ERA.

— Ese es mi superpoder —contestó Edilio muy seco.

Astrid lo invitó a sentarse. Edilio dejó su arma a un lado con cuidado y se deslizó a un asiento frente a ella.

— ¿Quiénes dirías que son las diez personas más poderosas de la ERA, Edilio?

El chico alzó una ceja con una expresión de escepticismo.

— ¿De veras?

— Sí.

—La primera es Albert —empezó Edilio—. Luego Caine. Sam. Lana.  
—Pensó durante un instante más largo y añadió—: Quinn. Drake, por desgracia.  
Dekka. Tú. Yo. Diana.

Astrid cruzó los brazos.

—¿Y Brianna no? ¿Ni Orc?

—Ambos son poderosos, claro. Pero no tienen la clase de poder que mueve a la gente, ¿sabes? Brianna mola, pero no es alguien a quien los demás sigan. Lo mismo pasa con Jack. Y más aún con Orc.

—¿Te has fijado en algo de las diez personas que has mencionado?  
—preguntó la chica, y a continuación respondió a su propia pregunta—. Cuatro de ellas no tienen poderes o mutaciones.

—¿Una ironía?

—Y la importancia de Diana no se basa en su poder, sino en su bebé. Diana Ladrís: madre.

—Ha cambiado —comentó Edilio—. Y tú también.

—Sí, estoy un poco más morena —dijo Astrid mostrándose evasiva.

—Creo que hay algo más. La antigua Astrid nunca habría desaparecido como hiciste tú. No se habría quedado ahí fuera ella sola.

—Es verdad —reconoció la chica—. Estaba... estaba haciendo penitencia.

Edilio sonrió cariñosamente.

—A la antigua usanza, ¿eh? Como un ermitaño. O un monje. Hombres santos... y mujeres, también. Supongo que... vas al bosque para hacer las paces con Dios.

—No tengo nada de santa.

—Pero ¿has hecho las paces?

Astrid respiró hondo.



—He cambiado.

—Ah, ¿dicho y hecho? —El silencio de Astrid se lo confirmó—. Mucha gente pasa malas épocas y pierde la fe. Pero luego la recupera.

—No he perdido la fe, Edilio: la he matado. La puse a contraluz y la miré directamente y, por primera vez, no me oculté detrás de algo que hubiera leído en alguna parte, o de algo que hubiera oído. No me preocupó lo que pensarán los demás. No me preocupó que pudiera parecer una tonta. Estaba yo sola y no tenía que dar cuentas a nadie... excepto a mí misma. Así que me limité a mirar, y cuando lo hice... —Astrid hizo un gesto con los dedos, como si algo se lo llevara y esparciera el viento—, allí no había nada.

Edilio parecía muy triste.

—Edilio —continuó la chica—, has de creer lo que te parezca correcto, lo que sientas. Pero yo también. Resulta difícil para alguien que lleva el apodo «Astrid la genio» reconocer que se equivocaba. —La chica sonrió con ironía—. Pero he descubierto que soy así... Puede que no más feliz... No es esa la palabra... No es que esté contenta. Pero soy más... sincera. Más sincera conmigo misma.

—¿Así que crees que me miento a mí mismo? —preguntó Edilio en voz baja.

Astrid negó con la cabeza.

—Nunca. Pero yo sí lo hacía.

Edilio se levantó.

—Tengo que volver a salir —el chico se acercó hasta Astrid, la rodeó con sus brazos, y ella también lo abrazó.

—Me alegro de que hayas vuelto, Astrid. Deberías dormir un poco —dijo—. Usa la litera de Sam.

La chica sintió cómo se agolpaba todo el agotamiento que sentía y casi cerró los ojos donde estaba sentada. Una siesta. Cortita. Se dirigió hacia la litera de Sam y se dejó caer en ella.

La cama olía a sal y a Sam. Esos dos olores siempre estaban enlazados en su mente.

Se preguntaba con quién debía estar. Ya debía de haber encontrado a alguien. Pues bien. Bien. Sam necesitaba a alguien que cuidara de él, y esperaba que lo hubiera encontrado.

Astrid palpó a su alrededor buscando una almohada. Hacía mucho mucho tiempo que no usaba almohada, y ahora le parecía algo increíblemente lujoso.

En vez de almohada, su mano tocó una tela muy fina y sedosa. Astrid la atrajo hacia sí y la deslizó por la mejilla. La conocía. Era su viejo camisón, aquella cosita blanca vaporosa que llevaba cuando no tenía que dormir vestida y con la escopeta acurrucada en el pecho.

Su viejo camisón. Sam lo guardaba en su cama.

### DIEZ 34 HORAS, 31 MINUTOS

—**ME VOY A ARRIESGAR** a hacer un poco de luz —propuso Sam.

—Creo que un poco de luz nos vendría fenomenal —dijo Dekka.

Sam alzó las manos, y una bola de luz como un sol verde pálido se formó en el aire. Generaba más sombras que luz, así que se inclinó hacia la derecha tanto como pudo sin mover los pies, y formó una segunda luz en el aire. Las dos luces eliminaron parte de las sombras.

—Vale, arrodillaos muy despacio y mirad alrededor de vuestros pies —les ordenó Sam.

—¡Aaah! —gritó Jack.

—¡No os mováis!

—No me muevo, no me muevo. Tengo el pie bajo un cable. No me muevo. Ay, Dios, ¡voy a morir!

Sam formó una tercera luz bajo los pies de Jack. Ahora veía bien el cable tirante que atravesaba la bota de Jack.

—Dekka, ¿puedes moverte?

—Creo que sí. Bueno, ahora veo por dónde pasa el cable.

—Vale, pues retrocede hasta una distancia segura.

—Y ¿cuánto es una distancia segura?

—Lejos —respondió Sam—. Vale, Jack, quédate quieto. Voy a sacar la arena de debajo de tu pie. Así se relajará la presión del cable.

Sam utilizó los dos dedos índices para empezar a sacar arena con suma delicadeza. Luego se puso con dos dedos de cada mano.

La bota de Jack se soltó un centímetro. Y luego un poco más.

—Vale, ahora mueve el pie hacia atrás.

—¿Estás seguro?

—Estoy justo a tu lado, ¿no? —replicó Sam.

Jack movió el pie. Nada estalló.

—Y ahora nos retiramos todos y ya.

—Eh, ¿qué estáis haciendo, chicos? —Brianna estaba en lo alto del acantilado—. ¿Qué hacéis con toda esa luz? Pensaba que íbamos en plan...

—¡Quédate ahí! —gritó Dekka.

—Vale, jo, no hace falta que grites.

Sam explicó lo que estaba pasando.

—No podemos dejar esta trampa. Algún inocente podría tropezar con ella. O la desactivamos o la hacemos explotar.

—Como yo soy el técnico, y desactivar una trampa digamos que es un problema técnico, voto por que la volemos desde una distancia segura.

—Anda, vamos, Jack, no seas gallina —le tomó el pelo Dekka.

—Brisa —la llamó Sam—, encuentra una cuerda o un cordel largo.

Brianna se esfumó formando un borrón.

—Vale, bajemos todos al agua —indicó Sam.

No tuvieron que esperar mucho. Cinco minutos más tarde, Brianna vibró hasta detenerse a su lado.

—No creo que puedas correr más que una explosión, ¿verdad? —preguntó Sam, dubitativo.

Jack puso los ojos en blanco y suspiró con condescendencia *geek*.

—¿Lo dices en serio? Brianna corre varios kilómetros por hora. Las explosiones ocurren a metros por segundo. No te creas lo que ves en las películas.

—Sí, Sam —dijo Dekka.

—En los viejos tiempos siempre tenía a Astrid para humillarme cuando hacía una pregunta estúpida —recordó Sam—. Qué bien que ahora Jack se encargue de eso.

Lo había dicho alegremente, pero al mencionar a Astrid se hizo un silencio incómodo en la conversación.

Entonces intervino Brianna:

—No puedo correr más que una explosión, pero ataré la cuerda alrededor del cable.

Salió disparada hacia el cable, y volvió disparada con el extremo suelto.

—¿Quién va a tirar de la cuerda?

—Quien ata la cuerda tira de ella —propuso Sam—. Pero primero...

¡BUUUM!

Los contenedores, la arena, trozos de madera y los arbustos del acantilado estallaron formando una bola de fuego. Sam sintió una ráfaga de calor en la cara. Le zumbaban los oídos. La arena le escocía en los ojos.

Y los escombros parecían tomarse su tiempo para volver a caer en la tierra.

Sam interrumpió el silencio que se había formado y comentó:

—Iba a decir que primero deberíamos tirarnos al suelo para no explotar. Pero supongo que también ha salido bien así, Brisa.

Sam miró hacia el norte. Desde donde se encontraba no veía claramente Perdido Beach. No había luces excepto los eternos soles de Sammy, y de noche estarían solamente tras las cortinas.

Ahí abajo en la ciudad, su hermano Caine estaba... ¿Qué estaba haciendo exactamente? Esa era la pregunta. ¿Había sido idea de Caine, lo de la trampa? ¿Había oído o visto la explosión y ahora se estaba regocijando, al creer que Sam había muerto?

¿Qué haría Caine si pensaba que Sam estaba muerto? ¿Atacaría el lago? ¿Podría detenerlo Albert?

Caine no se atrevería a atacar el lago mientras Sam estuviera vivo. Mientras Sam viviera y pudiera unirse a Albert, Caine tendría cuidado.

Pero Sam se preguntaba cuánto tardaría en ir contra Albert y él. ¿De verdad dejaría que Diana tuviera a su hijo y se quedara con Sam?

Durante un breve instante, a Sam se le pasó por la cabeza que puede que no fuera Caine quien se hubiera llevado los misiles. Pero realmente solo había otra posibilidad. Otra posibilidad ridícula.

Ridícula.

No. Caine tenía los misiles. Lo que significaba que la paz que había durado cuatro meses estaba llegando a su fin. Estaba oscuro, y nadie lo miraba, así que no se sintió demasiado culpable por sonreír.

Cigar sintió que unas manos lo tocaban.

Puede. Puede que fueran manos. O puede que fueran las patas de un monstruo que le clavaría sus garras terribles y le arrancaría la piel del brazo.

Cigar gritaba.

Puede. No estaba seguro. ¿Había dejado de gritar en algún momento?

Oyó un llanto lejano, un ruido desesperado, de impotencia. ¿Procedía de él?

—Nunca he conseguido que volviera a crecer un órgano —comentaba la voz de Lana—. La última vez que lo intenté... Esperemos que no termines con ojos de látigo.

Conocía su voz. Sabía que se encontraba junto a él. Sí. Era ella quien lo tocaba. A no ser que fuera la criatura que sonreía antes de arrancarte los dedos y comerte los brazos, con la sonrisa emborronada por la sangre y la boca llena de dientes como agujas, que se reía de su dolor, que lo masticaba y desgarraba hasta que Cigar gritaba y volvía a gritar, y la garganta que gritaba se convertía en un animal que rugía, en la boca de un león rugiendo al salir de su garganta...

—¡Mira! Está pasando algo.

Cigar no reconocía esa voz. Era una voz de chico, ¿no?

—¿Quién eres? —preguntó Cigar.

—Soy Lana.

—¿Quién eeeeres?

—Creo que se refiere a mí. Soy yo, Sanjit.

Había serpientes en las cuencas con sangre seca de Cigar. Las notaba. Se estremecían como locas.

—Nervios —dijo Sanjit.

—Puede que estés sintiendo algo —le avisó Lana.

—¡Aaaah! —gritó Cigar.

Intentó arañarse los ojos, pero tenía las manos sujetas. Estaba indefenso. Le habían arrancado los brazos a mordiscos, ¿verdad? Ya no tenía brazos. Así que, ¿cómo se había arrancado las cucas de los ojos si no tenía brazos? Contesta a eso, Bradley. Su nombre de verdad era Bradley.

Contesta a eso.

Y si no tienes brazos, ¿cómo te encendías esos puros, esos cigarros grandes, y aspirabas hasta que la punta brillaba y estaba muy caliente y luego hundías la punta ardiendo en el agujero vacío del ojo y luego chillabas de dolor y suplicabas a Dios: «Mátame, mátame, mátame»?

—Los nervios vuelven a crecer. Increíble —intervino Sanjit.

—Otra vez intenta arrancarse los ojos —dijo Lana.

—Sí —le dio la razón Sanjit—. Esto no puede volver a pasar. Hay que parar a esa bruja.

—Es culpa de Caine —comentó Lana, enfadada—. Ya sabe cómo es Penny. Está para que la encierren. Es malvada. Siempre fue retorcida, pero, con lo de las heridas, algo se quebró en esa chica.

—¡Mis ojos! —gritó Cigar.

Algo. Una franja de luz débil, distante. Como cuando empieza a entreverse el amanecer, como si la negrura fuese solo un poco menos negra.

—Algo está pasando —señaló Sanjit—. ¡Mira, mira!

—¡Mis ojos!

—Todavía no, tío, pero algo está creciendo. Unas bolitas blancas, no son más grandes que bolitas de caramelo.

Sanjit puso la mano sobre el pecho de Cigar y le hundió los dedos de aguja que cortaban y desgarraban y...

No, no, no era verdad. No era verdad.

La franja de luz, el brillo débil, estaba aumentando. Cigar la miraba, deseando que fuera real. Necesitaba que algo fuera real. Necesitaba que algo no fuera una pesadilla.

—Cigar —dijo Sanjit con un tono de voz amable—. Parece que los boquetes y los cortes se están curando. Y parece que se están formando unos ojitos.

Pero entonces Lana añadió, con voz más cáustica:

—No te hagas muchas ilusiones.

La curandera puso las manos sobre las sienes de Cigar. Sobre su frente. Lenta, muy lentamente, Lana exploraba en dirección a sus cuencas negras.

—¡No, no, no, noooo! —aulló el chico.

Los dedos de Lana se retrajeron.

Lana era real. Su tacto era real. La luz que Cigar veía era real. Se esforzaba tanto por aferrarse a todo eso...

—Te vamos a tapar los ojos con un trapo, ¿vale? —le explicó Sanjit—. Se te mueven mucho los globos, e igual es porque les molesta la luz del sol de Sammy.

Transcurrió una eternidad durante la cual Cigar perdía el conocimiento y despertaba de pesadillas que le hacían gritar. A veces estaba en llamas. Otras, su piel crujía como el beicon. Otras, unos escorpiones le hurgaban en la carne.

Mientras tanto, Lana tenía las manos en su cara.

—Escúchame —dijo finalmente la chica—. ¿Me oyes?

¿Cuánto tiempo había pasado? La locura no había quedado atrás, pero estaba diluida, debilitada. Los gritos aún amenazaban con desgarrarle la garganta, pero podía contenerlos, al menos podía resistirse un poco.

—Llevamos aquí toda la noche —comentó Lana—. Así que lo que tienes es lo que hay. Ya no puedo hacer más.

—Yo también estoy aquí, hermano. Soy yo, Quinn. —El chico apoyó una mano callosa en el hombro de Cigar, y ese gesto hizo que le entraran ganas de llorar—. Escúchame, tío, pase lo que pase, tienes un sitio con tu tripulación. Eres uno de los nuestros.

—Ahora vamos a sacarte el trapo —indicó Sanjit.

Cigar sintió que el trapo se deslizaba.



Quinn ahogó un grito.

Cigar vio algo que se parecía mucho a Quinn, pero era Quinn con una tormenta de luz morada y roja alrededor de la cabeza. Quinn envuelto en lo que parecía el comienzo de un tornado.

Y veía a Sanjit detrás de él. Brillaba débilmente, con una luz plateada continua.

Entonces vio a Lana. Sus ojos eran bonitos. Arcoíris en movimiento. Rayos repentinos y penetrantes como la luz brillante de la luna. Eclipsaba tanto a Quinn como a Sanjit. Era la luna de sus estrellas.

Pero rodeando a la chica había un zarcillo de un verde enfermizo, como una serpiente infinitamente larga que se estremecía y tanteaba, buscando un modo de entrar en su cabeza.

Y eso era todo lo que veía Cigar. Porque lo que rodeaba a los tres chicos era una oscuridad vacía y absoluta.

No hubo bromas ni conversación ni siquiera en el viaje de vuelta al lago. Sam conducía despacio. Jack dormía, roncando de vez en cuando, pero no tan alto como para molestar a Sam.

Dekka miraba por la ventanilla. Habían esperado hasta el amanecer, pues no tenía sentido arriesgarse a conducir otra vez a oscuras. A fin de cuentas, hacía tiempo que se había esfumado la necesidad de mantener todo aquello en secreto.

A Sam no le cabía duda de que Caine tenía los misiles.

Sin duda. Pese a la voz que en el fondo de la mente le insistía en que si Caine tuviera los misiles los habría utilizado para asaltar el lago tiempo atrás.

No. Esa idea era una estupidez. Seguramente Caine esperaba el momento oportuno. Esperaba.

Brianna se acercó corriendo a la furgoneta e hizo la señal de «baja la ventanilla».

—¿Me necesitas para algo más? —preguntó Brianna—. Si no, me iré a echar una cabezada.

—No, estoy bien, Brianna.

Pero no salió disparada, les siguió el ritmo. La furgoneta no iba a más de cincuenta kilómetros por hora, lo cual resultaba un agradable paseo para Brianna.

—No vas a dejar que Caine se quede con esas cosas, ¿verdad? —preguntó Brianna.

—Esta noche no, ¿vale? Estoy derrotado. No quiero pensar en ello. Solo quiero arrastrarme hasta mi litera y taparme con las mantas.

Parecía que Brianna fuera a discutirle, pero suspiró dramáticamente, guiñó un ojo a Sam como si ya le hubiera leído el pensamiento, y salió disparada por la carretera.

Sam se dio cuenta de que Dekka se negaba a mirarla. Pensó en hablarlo con ella, pero decidió que no. Apenas podía mantener los ojos abiertos.

Y aun así seguía teniendo la sensación de que no acababa de ver algo. Notaba que unos ojos lo miraban, que lo observaban desde ahí fuera, en la noche oscura del desierto.

—Coyotes —murmuró. Y casi se lo creyó.

Llegaron al lago cuando la luz débil del amanecer empezó a brillar procedente del sol falso de la ERA. Los amaneceres eran bonitos en el lago, si te olvidabas de que el «sol» era una ilusión que subía arrastrándose por una barrera que no quedaba ni a un kilómetro de la orilla.

Sam estaba tenso y cansado. Se deslizó hasta la casa flotante con cuidado de no despertar a nadie, y recorrió sigilosamente el pasillo estrecho hasta su litera. Las cortinas estaban echadas y por supuesto no había luces, así que fue palpando hasta el borde de su cama y gateó por ella para encontrar la almohada.

Cayó rendido de espaldas.

Pero, aunque estaba a punto de dormirse, se dio cuenta de que había algo distinto en su cama.

Entonces notó el aliento suave en la mejilla.

Se volvió, y los labios de ella estaban sobre los suyos. No lo besó delicada ni suavemente, sino intensamente, y fue como si lo hubiera despertado un cable eléctrico.

Ella lo besó y se deslizó encima de él.

Sus cuerpos hicieron el resto.

En algún momento, en las horas posteriores, Sam preguntó:

—¿Astrid?

—¿No crees que tendrías que haberte asegurado de eso hace tres veces?  
—preguntó Astrid en su tono de voz habitual, levemente condescendiente.

Después se dijeron muchas cosas el uno al otro, pero ninguna con palabras.

**FUERA**      **MARY TERRAFINO** había atravesado la barrera cuatro meses atrás. Saltó por el acantilado de la ERA en el preciso instante en que cumplía quince años.

Y aterrizó. No en la arena y las rocas bajo el acantilado, sino a tres kilómetros de la barrera. Apareció en un barranco seco, y habría muerto de no haber sido por los dos motoristas que corrían entre baches y pendientes, gritando y bramando, y sin buscar lo que encontraron.

Los motoristas no llamaron a una ambulancia, sino a control de animales. Porque pensaban que habían visto un animal destrozado. Fue un error comprensible.

Mary se encontraba en una sala especial del hospital de UCLA, en Los Ángeles. En aquella sala había dos pacientes: Mary y un chico llamado Francis.

La doctora al mando se llamaba Chandiramani. Tenía cuarenta y ocho años y llevaba la bata blanca sobre un sari tradicional. La doctora Chandiramani tenía una relación tensa pero correcta con el comandante Onyx. Se suponía que el comandante era el enlace con el Pentágono, y en teoría solo estaba allí para ofrecer a la doctora Chandiramani y su equipo el apoyo que necesitaran.

En realidad, el comandante parecía convencido de que estaba al mando de la sala. Los doctores y el comandante solían chocar.

Todos eran muy educados, nadie alzaba la voz. Pero las prioridades del Pentágono eran un tanto distintas de las de los médicos. Los médicos querían mantener a sus dos pacientes, que habían sufrido daños terribles, con vida y a gusto. Los soldados necesitaban respuestas.

El comandante Onyx había hecho que instalaran equipos en esa habitación, y en las dos contiguas, que no tenían nada que ver con el estado de Mary. La doctora Chandiramani fingía que no entendía nada, pero no siempre se había dedicado a la medicina. Antes de ser médico había empezado a estudiar física muy en serio, por lo que sabía reconocer un espectrómetro enorme. Sabía que aquella habitación, y la de Francis, se encontraban dentro de una especie de espectrómetro enorme supersensible. Solo podía hacer conjeturas respecto a qué eran los demás instrumentos que ocupaban las paredes, el techo y el suelo.

Francis estaba vivo. Pero aún no habían hallado el modo de comunicarse con él. Había actividad cerebral, así que estaba consciente. Pero no tenía boca ni ojos. Tenía un apéndice que podía ser un brazo, pero sufría espasmos constantes, así que, aunque los dedos no hubieran sido garras pegadas de un modo extraño, no habría podido utilizar ni un teclado ni un lápiz.

En cierto sentido, Mary presentaba más potencial. Tenía boca y parecía disponer de una funcionalidad limitada para el habla. Le habían quitado parte de los dientes grotescos que le habían salido por las mejillas. Y también la habían operado para arreglarle la lengua, la boca y la garganta, lo mejor que habían podido.

Por lo que Mary podía hablar.

Por desgracia, lo único que había hecho era gritar y llorar a través del borrón que era su único ojo.

Pero ahora acababan de dar con la combinación adecuada de sedantes y medicamentos para que no tuviera ataques, y la doctora Chandiramani por fin había accedido a que un psicólogo del ejército interrogara a la chica.

Las primeras preguntas fueron demasiado amplias.

— ¿Qué puedes contarnos de las condiciones de vida de ahí dentro?

— ¿Mamá? — preguntó la chica con una voz que apenas era un susurro.

—Tu madre vendrá más tarde —respondió el psicólogo con voz tranquilizadora—. Soy el doctor Greene. Conmigo está el comandante Onyx. Y la doctora Chandiramani, que ha cuidado de ti estos últimos meses desde que escapaste.

—Hola, Mary —dijo la doctora Chandiramani.

—¿Y los peques? —preguntó Mary.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el doctor Greene.

—Los peques. Mis niños.

El comandante Onyx tenía el pelo negro muy corto, los ojos de un azul intenso y estaba bronceado.

—La información de la que disponemos es que cuidó de los niños pequeños.

El doctor Greene se acercó a la chica, pero la doctora Chandiramani vio que se esforzaba por reprimir las náuseas que la gente siempre sentía al ver a Mary.

—¿Te refieres a los niños pequeños a los que cuidaste?

—Los maté —dijo Mary.

Brotaron lágrimas del único conducto por el que podían, y corrieron por su piel quemada y hervida como de langosta roja.

—Seguro que no —dijo el doctor Greene.

Mary gritó. Era un grito de desesperación y lamento.

—Cambie de tema —pidió la doctora Chandiramani, mirando el monitor.

—Mary, esto es muy importante: ¿Alguien sabe cómo empezó todo esto?

Nada.

—¿Quién lo hizo, Mary? —preguntó la doctora Chandiramani—. ¿Quién creó la anom... el lugar al que llamáis la ERA?

—El pequeño Pete. La Oscuridad.

Los dos médicos y el soldado se miraron, perplejos.

El comandante frunció el ceño y sacó su iPhone. Tocó varias teclas.

—Wiki de la ERA —explicó—. Tenemos dos «Pete» o «Peters» en la lista.

—¿De qué edades? —preguntó la doctora Chandiramani.

—Uno de doce; otro de cuatro. No, perdone, ahora tendrá cinco.

—¿Tiene usted hijos, comandante? Yo sí. A ningún chaval de doce años le gustaría que lo llamaran «pequeño Pete». Debe de estar hablando del de cinco años.

—Son delirios —dijo el doctor Greene—. Un niño de cinco años no creó la anomalía —frunció el ceño, pensativo, y garabateó una nota—. Oscuridad. Quizá teme a la oscuridad.

—Todo el mundo teme a la oscuridad —replicó la doctora Chandiramani. Greene empezaba a ponerla nerviosa, y también el comandante y su mirada horrorizada.

El monitor situado encima de la cama de Mary pitó de repente con urgencia.

La doctora Chandiramani pulsó el panel de llamada y gritó: «Código azul, código azul», pero no fue necesario porque las enfermeras ya entraban a toda prisa por la puerta.

Al mismo tiempo, el *smartphone* del comandante Onyx empezó a sonar. No contestó, pero abrió una aplicación.

Un médico alto y delgado vestido con bata verde entró tras las enfermeras. Miró el monitor, se llevó el estetoscopio a los oídos y preguntó:

—¿Dónde tiene el corazón?

La doctora Chandiramani señaló un punto improbable. Pero sabía que no había nada que hacer. Todas las líneas del monitor se habían vuelto planas. Todas al mismo tiempo. Y no era así como sucedía. El corazón, el cerebro, todo había muerto, repentina e irreversiblemente.

—Verán que el otro también se ha ido —afirmó el comandante Onyx con

calma, consultando su teléfono—. Francis. Alguien lo ha desenchufado.

—Pero ¿de qué me habla? —le espetó la doctora Chandiramani.

El comandante sacudió la cabeza, indicando que el médico y las demás enfermeras debían salir. No se lo discutieron.

El comandante Onyx cerró la aplicación y guardó el teléfono.

—Las personas que fueron expulsadas cuando se creó la cúpula salieron limpias. Y las gemelas también. El resto, los que han aparecido desde entonces..., siempre han tenido una especie de... cordón umbilical... que los conectaba a la cúpula. Lo llamamos «ondas J». Pero no me pregunte lo que son, porque no lo sabemos. Las podemos detectar, pero no se encuentran en la naturaleza.

—¿Qué significa «onda J»? —preguntó la doctora.

El comandante Onyx ladró una risa.

—Un físico sabihondo del CERN las llamó «ondas de Jehová». Según él, ya podrían venir de Dios, porque desde luego no sabemos qué efecto tienen o de dónde vienen. El nombre se ha quedado.

—Pero ¿qué es lo que acaba de cambiar? ¿Ha ocurrido algo con estas ondas J?

El comandante iba a contestarle, pero, esforzándose mucho, y mirando horrorizado a Mary por última vez, se contuvo.

—Esta conversación que acabamos de tener... nunca la hemos tenido.

El comandante se marchó, y la doctora Chandiramani se quedó sola con su paciente.

Cuatro meses después de su espantosa aparición, Mary Terrafino estaba muerta.

ONCE26 HORAS, 45 MINUTOS

**SAM SE DESPERTÓ** con una sensación de completo, profundo e increíble alivio.

Cerró los ojos en cuanto los abrió, temiendo que estar despierto incitara a que ocurriera algo horrible.

Astrid había vuelto. Y estaba dormida con la cabeza sobre su brazo. Sam tenía el brazo dormido, completamente entumecido, pero, mientras esa cabeza rubia estuviera allí, su brazo podía seguir entumecido.

Astrid olía a hojas de pino y humo de fogata.

El chico abrió los ojos con cuidado, casi resistiéndose, porque la ERA no acostumbraba a permitir la alegría pura y absoluta. La ERA tenía la costumbre de aplastar cualquier cosa que se pareciera ni que fuera un poco a la felicidad. Y aquel nivel de felicidad seguro que animaba al contraataque. La caída podía ser muy muy dura desde aquella altura.

El día anterior, Sam estaba aburrido y ansiaba el conflicto. Le horrorizaba recordarlo. ¿De verdad había sonreído en la oscuridad ante la perspectiva de pelearse con Caine?

Seguro que no. No era esa clase de tipo, ¿verdad?

Y si lo era, ¿cómo podía haber dado un giro repentino de 180 grados y ahora sentirse tan distinto? ¿Por Astrid? ¿Porque estaba en su cama?

Sin moverse, veía la parte superior de la cabeza de la chica. Parecía como si le hubieran cortado el pelo con una máquina de desbrozar. Veía parte de su mejilla derecha, sus pestañas, el final de la nariz, y más abajo una pierna larga y torneada, repleta de cicatrices y moretones y enroscada a la suya.

Una de las manos de Astrid estaba sobre el pecho del chico, justo encima de su corazón, que empezaba a latir más rápido, tan rápido y con tanta insistencia que temía que la vibración la despertara. Su aliento le hacía cosquillas.

La mente de Sam estaba encantada con que aquello siguiera eternamente. Su cuerpo tenía una idea distinta. Tragó saliva.

Astrid parpadeó. Su respiración cambió, y acabó diciendo:



—¿Cuánto tiempo nos queda hasta que tengamos que hablar?

—Un rato más —respondió él.

Ese rato más llegó a su fin. Astrid acabó apartándose e incorporándose. Sus miradas se encontraron.

Sam no sabía qué esperaba ver en sus ojos. Culpa quizás. Remordimientos. Odio. Pero no vio ninguna de esas cosas.

—Me he olvidado de que por qué estaba tan en contra de hacerlo...  
—comentó Astrid.

Sam sonrió.

—Yo no te lo voy a recordar.

Astrid lo miró con una franqueza que lo avergonzó. Como si hiciera inventario. Como si estuviera guardando imágenes en la memoria.

—¿Has vuelto? —preguntó Sam.

La mirada de Astrid se apartó, evasiva. Entonces pareció pensárselo mejor, y lo miró directamente.

—Tengo una idea. ¿Y si solo te digo la verdad?

—Eso estaría bien.

—No estés tan seguro. Pero es que me falta práctica mintiendo. Supongo que lo de vivir sola me ha vuelto intolerante a las tonterías. Sobre todo las mías.

Sam se incorporó.

—De acuerdo, hablemos. Pero primero bañémonos en el lago un minuto.

Se dirigieron a cubierta y se sumergieron en el agua helada.

—La gente nos verá —dijo la chica, alisándose el pelo hacia atrás y mostrando la línea del bronceado en la frente—. ¿Estás preparado para eso?

—Astrid, ahora no solo todos los del lago, sino todos los de Perdido Beach y

probablemente quienquiera que esté en la isla sabe lo que ha pasado. Taylor debe de haber ido y vuelto, y seguramente Bug también.

Astrid se rio.

—Estás sugiriendo que los cotilleos se mueven a velocidades imposibles.

—¿Un cotilleo tan jugoso como este? La velocidad de la luz no es nada comparada a la velocidad en que se moverá esto.

—¿Se moverá «esto»? —se burló la chica—. Tu «esto» queda colgando ahí...

Sam recordó fragmentos de chistes verdes sobre cosas que colgaban, pero Astrid fue más rápida, negó con la cabeza y añadió:

—No. No lo digas. Sería un chiste muy bajo, incluso para ti.

Qué gusto daba que hubiera vuelto.

Se subieron a bordo y se secaron. Se vistieron y salieron a la cubierta superior con el desayuno: zanahorias, pescado a la brasa del día anterior y agua.

Entonces Astrid fue al grano.

—He venido porque la cúpula está cambiando.

—¿La mancha?

—¿Lo has visto?

—Sí, pero pensamos que igual la había provocado Sinder.

Astrid alzó las cejas.

—¿Por qué Sinder?

—Está desarrollando un poder. Puede hacer que las cosas crezcan a un ritmo acelerado. Tiene un pequeño huerto pegado a la barrera. Estamos experimentando, comemos un poco de verdura, vemos si produce alguna clase de..., ya sabes, de efecto.

—Muy científico por tu parte.

El chico se encogió de hombros.

—Bueno, mi novia científica estaba en el bosque. He hecho lo que he podido.

¿Acababa de reaccionar Astrid a la palabra «novia»?

—Lo siento —dijo Sam rápidamente—. No pretendía... —se disculpó, pero no estaba seguro de lo que no pretendía decir.

—No ha sido por la palabra «novia» —explicó la chica—. Ha sido por el posesivo. El «mi». Pero me doy cuenta de que ha sido una estupidez por mi parte. No hay otra manera mejor de expresarlo. Es que hace tiempo que no pienso en mí misma como si fuera el algo de alguien.

—Ninguna chica es una isla.

—¿De verdad me estás citando mal a John Donne? ¿A mí?

—Oye, igual me he pasado los últimos cuatro meses leyendo poesía. Tú qué sabes.

Astrid se rio. A Sam le encantaba esa risa. Entonces se puso seria.

—La mancha está por dondequiera que he mirado, Sam. He recorrido la barrera. Está por todas partes, a veces solo se ven unos centímetros, pero he visto zonas donde se alzaba más de seis metros.

—¿Crees que está creciendo?

La chica se encogió de hombros.

—Sé que está creciendo: lo que no sé es cuán rápido. Me gustaría intentar medirla.

—Y ¿qué crees que es? —preguntó Sam.

La chica negó con la cabeza despacio.

—No lo sé.

Sam sintió como si una mano le estrujara el corazón. La ERA castigaba la

felicidad, y él había cometido el error de ser feliz.

—¿Tú crees...? —empezó a preguntar, pero no conseguía que le salieran las palabras, así que cambió la pregunta—: ¿Y si sigue creciendo?

—La barrera siempre ha sido un tipo de ilusión óptica. Mira la que te queda delante y verás una superficie gris lisa, no reflectante. Una nada continua. Mira hacia arriba y verás la ilusión de un cielo. Cielo diurno, cielo nocturno..., pero nunca un avión. La luna crece y decrece como debería. Es una ilusión, pero también es nuestra única fuente de luz. —Astrid pensaba en voz alta, del modo en que a veces lo hacía. Del modo que Sam había echado de menos—. No sé, pero esto parece una avería. ¿Recuerdas cómo a veces la imagen del proyector de una película, como el que teníamos en la escuela, se va oscureciendo hasta que tienes que entrecerrar los ojos para ver algo?

—¿Estás diciendo que se va a oscurecer totalmente?

Sam sintió alivio al comprobar que su voz no revelaba el temor que sentía.

Astrid hizo el gesto de tocarle la pierna y se detuvo. Entonces entrelazó los dedos para tener algo que hacer. No miraba al chico directamente a los ojos, sino un poco por detrás de él, primero a su izquierda y luego a su derecha.

—Es posible —dijo ella—. Eso creo, sí. Quiero decir, esa fue mi primera idea. Que se está oscureciendo.

Sam respiró hondo. No iba a volverse loco; de eso estaba convencido. Pero el único motivo por el que se sentía seguro era porque él mismo tenía el poder de generar luz. Lastimosos solecitos de Sammy y rayos cegadores, no soles amarillos brillantes o incluso lunas. Pero él tendría luz. No tendría que estar completamente a oscuras.

No podía estar en la oscuridad. No en la oscuridad absoluta.

Se dio cuenta de que tenía las palmas de las manos húmedas y se las secó en los pantalones cortos. Cuando alzó la vista, supo que Astrid lo había visto, y que sabía lo que sentía.

Sam intentó esbozar una sonrisa irónica.

—Qué estúpido, ¿eh? La cantidad de cosas por las que hemos pasado, y

seguir teniendo miedo a la oscuridad.

— Todo el mundo tiene miedo a algo — afirmó Astrid.

— Como si fuera un niño pequeño.

— Eres un ser humano.

Sam miró alrededor del lago y el sol que centelleaba en el agua. Algunos de los chavales se reían, había niños pequeños jugando en la orilla del agua.

— La oscuridad absoluta — dijo Sam para oírlo, para ver si podía aceptarlo—. No crecerá nada. No podremos pescar. Va... vagaremos en la oscuridad hasta morirnos de hambre. Los chicos se darán cuenta, y les entrará el pánico.

— Puede que la mancha se detenga — intervino Astrid.

Pero Sam no la escuchaba.

— Es el fin.

Sanjit y Virtue se encontraron a Taylor aquella mañana cuando salieron a hacer un poco de ejercicio: Sanjit iba y venía corriendo, rodeando a un Virtue que jadeaba y resoplaba; correr no era lo suyo.

— Vamos, Choo, esto te irá bien.

— Ya lo sé — dijo Virtue apretando los dientes—. Pero no significa que tenga que disfrutarlo.

— Oye, tenemos una buena vista de la playa y del...

Sanjit se detuvo, porque Virtue había desaparecido detrás de un coche. Volvió sobre sus pasos, vio a su hermano inclinado sobre algo y a continuación vio el qué.

— Pero ¿qué...? Ay, Dios mío, Pero ¿qué le ha pasado?

Sanjit se arrodilló junto a Virtue. Ninguno de los dos la tocó. Ahí estaba la chica con la piel del color de un lingote de oro, a la que le faltaban las dos pantorrillas y le había desaparecido una mano. Amputadas.

Virtue contuvo el aliento y acercó la oreja a la boca de Taylor.

—Creo que sigue viva.

—¡Traeré a Lana! —Sanjit volvió corriendo a Clifftop hasta la habitación que compartía con Lana. Entró gritando—: ¡Lana, Lana!

Y se encontró mirando el extremo malo de la pistola.

—¡Sanjit, cuántas veces tengo que decirte que no me des sustos! —bramó Lana.

El chico no dijo nada, se limitó a cogerla de la mano y se la llevó con él.

—Sí que respira —informó Virtue cuando se acercaron corriendo—. Y le he encontrado el pulso en el cuello.

Sanjit miró a Lana como si ella pudiera entender qué quería decir todo aquello. De repente, había aparecido una chica con la piel dorada sin mano y sin las dos piernas. Pero Lana se limitaba a mirarla con el mismo horror que él.

Entonces vio un destello de sospecha, la mirada dura y furiosa que traslucía Lana cuando sentía el tacto lejano de la *gayáfaga*. Seguida, como de costumbre, por los músculos tensos y la mandíbula apretada.

Movido por un instinto siniestro, Sanjit miró por las ventanillas sucias del coche.

—He encontrado las piernas.

—Cógelas —dijo Lana—. Virtue, tú y yo la llevaremos dentro.

—¿Y vamos a salir? ¿Después de lo que han hecho a Cigar?

Phil estaba indignado. Y no era el único.

Quinn no decía nada. No se fiaba de lo que pudiera decir. Sentía un volcán en su interior. La cabeza le daba vueltas por no haber dormido. Recordaba la imagen de Cigar, con los globos oculares espeluznantes y aterradores del tamaño de canicas colgándole de nervios serpenteantes dentro de unas cuencas que eran como cráteres negros...

Se había arrancado los ojos.

Quinn no dejaba de pensar que era uno de los suyos, y se repetía la misma frase una y otra vez: «Es uno de los míos».

Cigar había obrado mal, había hecho un daño terrible. Merecía un castigo. Pero no que lo torturaran. Ni que lo volvieran loco. Ni que lo convirtieran en una criatura monstruosa a la que nadie podría mirar sin ahogar un grito.

Quinn se subió a su barca. Los tres miembros de su tripulación dudaron, se miraron los unos a los otros y se subieron tras él. Las otras tres barcas hicieron lo mismo.

Soltaron amarras y subieron los remos, dirigiéndose mar adentro.

Habían recorrido doscientos metros, una distancia a la que la gente de la costa aún podría verlos fácilmente, y Quinn dio una orden tranquila.

—Remos adentro —indicó.

—Pero no hay pescado tan cerca —protestó Phil.

Quinn no dijo nada. Los remos entraron en las barcas, que se balanceaban casi imperceptiblemente sobre el débil oleaje.

Quinn observaba el muelle y la playa. No tardarían mucho en informar a Albert y/o a Caine de que la flota pesquera no estaba pescando.

Se preguntaba quién reaccionaría primero.

¿Sería Albert o Caine?

Caine cerró los ojos y se hundió el sombrero en la cabeza.

—Voy a dormir un poco —anunció—. Usad los remos solo para mantenernos en nuestro sitio, si hace falta. Avisadme si viene alguien.

—Hecho, jefe.

Albert fue el primero en enterarse de lo de Quinn. Tanto Caine como Albert tenían espías —a veces eran los mismos chicos—, pero Albert pagaba mejor.

Ahora Albert llevaba guardaespaldas las veinticuatro horas. Había estado a punto de morir cuando lo que quedaba de la Pandilla Humana entró en su casa, le robó y disparó.

Caine había ejecutado a uno de los villanos, un chaval llamado Lance. El otro, Turk, fue indultado y ahora trabajaba para Caine. Así amenazaba Caine a Albert: quedándose con Turk.

Drake había matado al anterior guardaespaldas de Albert.

Ahora Albert tenía contratados a cuatro. Cada uno trabajaba un turno de ocho horas, siete días a la semana. El cuarto estaba de guardia, y vivía en el nuevo complejo de Albert. Cada vez que Albert salía por la puerta iba acompañado del guardia que estuviera de servicio, más el que estuviera de guardia. Dos chavales duros, armados hasta los dientes.

Pero todo eso no bastaba para la seguridad de Albert. Él también se había acostumbrado a llevar un arma. Solo una pistola, no un arma larga, pero tenía una nueve milímetros metida en una funda de piel marrón, un arma importante, peligrosa. Y también había aprendido a dispararla.

Y, para rematar, Albert había hecho saber a todos que pagaría a quien le trajera pruebas de un complot en su contra. Siempre salía más a cuenta ponerse de parte de Albert.

Por desgracia, aún quedaba Caine. El rey ungido a sí mismo.

Albert sabía que nunca podría derribar a Caine en una pelea. Así que se aseguraba de saber exactamente qué tramaba. Alguien muy próximo a Caine trabajaba en secreto para Albert.

Y a pesar de todo eso, pese a todos aquellos preparativos, Albert había dejado que se le presentara ese nuevo problema.

Había una buena caminata desde el complejo de Albert, situado al límite de la ciudad, hasta el puerto deportivo. Se apresuró, pues tenía que resolver lo que estaba pasando antes que Caine. El rey tenía mal genio. La gente con mal genio no era buena para el negocio.

Lo que vio Albert desde el final del muelle no pintaba bien. Cuatro barcas y quince chavales sin hacer nada. Albert hizo cuentas: comida para tres días, y solo



dos días de murciélagos azules. Si dejaban de suministrar murciélagos, no podrían atravesar los campos infestados de gusanos.

—¡Quinn! —gritó Albert.

Se puso furioso al ver que había tres chicos en la playa, escuchando a escondidas. ¿Es que no tenían nada mejor que hacer?

—Hola, Albert —le respondió Quinn.

Parecía angustiado. Y Albert estaba seguro de haber visto que hacía señas a alguien para que no se levantara.

—¿Cuánto se supone que va a durar esto? —preguntó Albert.

—Hasta que consigamos justicia —respondió Quinn.

—¿Justicia? La gente lleva esperando justicia desde la época de los dinosaurios.

Quinn no dijo nada, y Albert se enfadó consigo mismo por permitirse un comentario sarcástico.

—¿Qué es lo que quieres, Quinn? En términos prácticos.

—Queremos que Penny desaparezca —anunció Quinn.

—No puedo permitirme pagarte más —replicó Albert.

—No hablo de dinero —comentó Quinn, perplejo.

—Ya lo sé: quieres justicia. Normalmente, lo que la gente quiere de verdad es dinero. Así que ¿por qué no me dices lo que quieres?

—Que Penny se vaya de la ciudad. Y que no vuelva. Cuando eso ocurra, pescaremos. Hasta entonces, nos quedaremos sentados —dijo Quinn, y se sentó para enfatizar sus palabras.

La frustración extrema hizo que Albert se mordiera el labio.

—Quinn, ¿te das cuenta de que si no resuelves este tema conmigo tendrás

que hacerlo con Caine?

—No creemos que sus poderes lleguen tan lejos —opinó Quinn. Parecía, si no arrogante, al menos decidido—. Y nos parece que también le gusta comer.

Albert reflexionó mientras hacía cálculos mentales.

—Vale. Mira, Quinn: puedo subir tu porcentaje un cinco por ciento. Pero es lo máximo que puedo hacer.

Hizo el gesto de lavarse las manos, indicando que o lo tomaba o lo dejaba.

Quinn se encajó el sombrero encima de los ojos. El fedora era casi irreconocible, pues estaba manchado, cortado, rayado, roto y retorcido. Apoyó los pies en la borda.

Albert lo observó durante un rato. No, no podría sobornar a Quinn.

Respiró hondo para liberar su frustración. Caine había provocado un problema que podría hacer que todo se desmoronara. Todo lo que Albert había construido.

Sin Quinn no había pescado, y sin pescado no había cosechas. Era así de simple. Caine no cedería, no era de esos. Y Quinn, conocido en el pasado por su cobardía, se había hecho mayor, había madurado y se había convertido en una persona útil.

Uno de los dos tenía que desaparecer, y, si había que elegir entre Caine y Quinn, la respuesta estaba clara.

Lo peliagudo sería cómo darle la noticia a Caine. La trampa que hacía tiempo que había tendido al rey estaba lista para usar. Y ojalá hubiera algún modo de librarse de Penny al mismo tiempo. Ya estaba harto de los dos, ambos le resultaban insoportables: Albert estaba intentando llevar un negocio.

Igual había llegado la hora de contar a Caine que había unos juguetes muy interesantes metidos en cajones de embalaje en una playa poco frecuentada.

Puede que hubiera llegado la hora de matar al rey.

Por el bien del negocio.

## DOCE25 HORAS, 8 MINUTOS

**CAINE:TE ESCRIBO** porque no me queda más remedio. Probablemente pensarás que tramo algo. Así que cuando acabe de escribir esta carta la leeré en voz alta delante de Toto y Mohamed. Mo podrá confirmarte que Toto declara que digo la verdad. Algo le pasa a la barrera. Se está volviendo negra. Lo llamamos «la mancha». Estamos intentando averiguar con qué rapidez se extiende. Aún no sabemos nada, pero es posible que siga creciendo. Es posible que toda la barrera se oscurezca. Y entonces estaremos en la oscuridad más absoluta. Estoy seguro de que te imaginas lo malo que sería que pasara eso. Si la ERA se oscurece, haré lo posible por colgar soles de Sammy por donde pueda. No brillan mucho, pero esperemos que eviten que la gente se vuelva loca hasta que sepamos... Lo siento, tengo que dejar de escribir. Empezaba a sonar como si tuviera algún plan. Y no lo tengo. Si tú tienes alguno, me gustaría oírlo. Mientras tanto, envió una copia de esta carta a Albert y os pido que me dejéis ir a Perdido Beach a hacer unas cuantas luces. Sam Temple Sam leyó la carta en voz alta, como había prometido. Toto murmuró «es verdad» un par de veces. Mohamed esperó mientras Sam escribía una copia para Albert. Cogió las dos cartas y se las metió en el bolsillo de los vaqueros.

—Escúchame, Mo, otra cosa más: di a Caine, a mi hermano, que esperaba que usara los misiles en nuestra contra. Y que estaba preparado para la guerra. Pero todo eso ha quedado atrás.

—Vale.

—Toto, ¿he escrito y dicho la verdad?

Toto asintió, y añadió:

—Él cree que sí, Spidey.

—¿Es suficiente, Mo?

Mohamed asintió.

—No te retrases —dijo Sam, y añadió en tono mordaz—: Y disfruta de la luz del sol.

—Tráeme un cuchillo —pidió Lana cuando extendieron lo que quedaba de

Taylor en una habitación de hotel vacía.

Sanjit había cargado con las piernas, una en cada mano, y las había colocado en la cama junto a la chica.

—¿Cuchillo?

Ahora solo estaban Lana y Sanjit. Virtue estaba cuidando del resto de la familia. No tenía estómago para eso. Y no quería que los niños entraran y vieran ese horror.

Lana no se explicó, así que Sanjit le pasó su cuchillo. Lana observó la hoja durante un instante y a continuación miró a Taylor, cuya respiración ahora resultaba un poco más audible; emitía un ruido débil y vacilante. Lana levantó un poco la camiseta de Taylor y le pasó la hoja por el abdomen. Era un corte poco profundo, por lo que la chica apenas sangró.

—Y eso ¿para qué es?

Sanjit no dudaba de Lana, pero quería saberlo, y al seguir conversando evitaba pensar en Taylor.

—He intentado que volvieran a crecer unos globos oculares y me han salido una especie de caramelos. Y antes, cuando intenté que saliera una extremidad entera, tampoco conseguí lo que esperaba —comentó Lana.

—¿Te refieres a Drake?

—A Drake. Solo quiero probar mis poderes con Taylor antes de...

Lana se quedó callada al tocar la herida que le había hecho. La herida no se cerraba sino que burbujeaba, como si alguien le hubiera vertido peróxido.

Lana se retrajo.

—Algo no va bien.

Sanjit vio que fruncía mucho la frente. Casi parecía apartarse de Taylor con rechazo.

—¿Es la Oscuridad? —trató de adivinar Sanjit.

Lana negó con la cabeza.

—No. Algo... algo más. Algo va mal.

Lana cerró los ojos y se balanceó despacio hacia atrás. Entonces, como si intentara sorprender a alguien, volvió bruscamente la cabeza para mirar tras ella.

—Te lo diría si alguien te estuviera espiando.

—No es la Oscuridad —repitió Lana—. Esta vez no. Pero noto... algo.

Sanjit era de naturaleza escéptica. Pero Lana le había explicado con detalle sus batallas desesperadas con la *gayáfaga*. Entendía que la chica aún sintiera que la mente de la criatura alcanzaba la suya, que su voz la llamaba. Cosas que habría desdeñado como imposibles en los viejos tiempos, cosas que eran imposibles ocurrían en la ERA.

Pero aquella vez se trataba de algo distinto, o eso decía Lana. Y sus ojos no estaban llenos de la rabia apenas contenida y el miedo que mostraba cuando la Oscuridad la alcanzaba. Ahora parecía perpleja.

De repente, Lana agarró a Sanjit del brazo, tiró de él para que se acercara y puso la palma de la mano sobre su frente. Entonces lo soltó y colocó la palma sobre la frente de Taylor.

—Está fría —indicó Lana. Le brillaban los ojos.

—Ha perdido mucha sangre —le recordó Sanjit.

—¿Tú crees? Porque a mí me parece que tiene todas las heridas cerradas.

—Entonces ¿por qué está tan fría?

Sanjit también lo había notado. Tocó las piernas amputadas, luego la frente de Taylor y luego la suya. Las piernas de Taylor estaban a la misma temperatura que su torso.

A temperatura ambiente.

—Sanjit, date la vuelta —pidió Lana.

Levantó la camiseta a Taylor y Sanjit apartó la vista rápidamente.

A continuación, Sanjit oyó que Lana le bajaba la cremallera de los vaqueros.

—De acuerdo —anunció Lana—. Nada que no debieras ver.

Sanjit se volvió y ahogó un grito.

—Es... Vale, no sé qué es...

—He olvidado cuáles son las características exactas de un mamífero —dijo Lana sin exaltarse—. Pero se supone que dan a luz a los bebés y luego les dan de mamar. Y, aunque es de sangre caliente, Taylor ya no tiene ninguna de... esa... esas... —Lana negó con la cabeza, intentando aclararse—. Taylor ya no es un mamífero.

—Pelo —añadió Sanjit—. Los mamíferos tienen pelo. —El chico tocó el pelo de Taylor. Era como una lámina extendida de plastilina—. ¿Así que es una rara? —sugirió.

—Ya era una rara —le recordó Lana—. Y a ninguno de los raros les ha salido nunca un segundo poder. Ni han dejado de ser humanos. Incluso Orc parece humano bajo su armadura.

—Así que las reglas están cambiando —comentó Sanjit.

—O alguien las está cambiando —añadió Lana.

—¿Qué hacemos con ella? Sigue viva.

Lana no respondió. Parecía mirar el espacio que quedaba a unos cuantos centímetros de su cara. Sanjit quería tocarla, acariciarle el brazo, recordarle que no estaba sola. Pero se contuvo. El muro de soledad de Lana se estaba alzando, encerrándola en el mundo que compartía con fuerzas que Sanjit no podía entender.

Sanjit la dejaba estar, se limitaba a mantenerse cerca, pero le hacía sentirse muy aislado. La mirada se le iba de manera irresistible hacia la monstruosa parodia de Taylor.

La boca de Taylor se abrió de golpe. Una lengua bífida larga y oscura salió disparada, como si quisiera probar el aire, y se retrajo. Afortunadamente la chica

seguía con los ojos cerrados.

Sanjit sintió como si volviera a las calles de Bangkok. Uno de los mendigos de allí tenía un perro de dos patas al que llevaba con una correa. Y el mendigo no tenía piernas y sus manos estaban formadas por dos dedos gruesos y un muñón por pulgar.

Otros chavales de la calle lo llamaban «el monstruo de dos cabezas», como si el hombre y el perro fueran una sola criatura deforme. A veces le arrojaban piedras. Era un raro, un monstruo. Los asustaba.

Pero Sanjit pensó que no eran los monstruos completamente distintos los que daban miedo, sino los que son demasiado humanos. Pues llevan consigo la advertencia de que lo que les pasó a ellos también te podría pasar a ti.

Una parte de Sanjit le decía que matara a ese monstruo. No había manera de ayudarla. Sería un acto caritativo. A fin de cuentas, Taylor no era más que la manifestación de una conciencia que continuaría eternamente. De *samsara*. El karma de Taylor determinaría su siguiente encarnación, y Sanjit obtendría buen karma por su obra caritativa.

Pero Sanjit también había oído a gente de su misma religión decir: «No puedes arrebatarse una vida, porque si lo haces interrumpes el ciclo correcto de renacimiento».

—¿Alguna vez tienes sentimientos que no sabes explicarte? —le preguntó Lana.

Sanjit se sobresaltó al salir de sus pensamientos.

—Sí, pero ¿qué quieres decir?

—Como... como cuando sientes que se acerca una tormenta. O que más te vale no subirte a un avión. O que si giras por la esquina equivocada en el momento equivocado te encontrarás cara a cara con algo terrible.

Sanjit sí que le cogió la mano entonces, y ella no lo rechazó.

—Una vez iba a ver a un amigo al mercado. Y era como si mis pies se negaran a moverse. Como si me dijeran: «No, no camines».

—¿Y?

—Y explotó un coche bomba.

—¿En el mercado al que no querías ir?

—No. A tres metros del lugar donde me encontraba cuando mis pies me dijeron que no me moviera. Ignoré a mis pies y fui al mercado. —Sanjit se encogió de hombros—. La intuición me estaba diciendo algo. Pero no lo que pensaba que me decía.

Lana asintió. Su expresión era muy adusta.

—Está pasando.

—¿Qué está pasando?

Lana agitó la mano y la dejó caer. Entonces sonrió con ironía y volvió a coger la mano a Sanjit, sujetándola entre las suyas.

—Parece como si se acercara una guerra. Hace ya tiempo.

Sanjit sonrió abiertamente.

—Ah, ¿y eso es todo? En ese caso, lo único que tenemos que hacer es averiguar cómo sobrevivir. ¿No te he dicho lo que significa «Sanjit»? Es «invencible» en sánscrito.

Lana sonrió de verdad, algo tan poco habitual que a Sanjit se le partió el corazón.

—Me acuerdo: no eres vencible.

—No soy vencible, cariño.

—La Oscuridad se acerca.

La sonrisa se esfumó del rostro de Lana.

—No puedes adivinar el futuro —afirmó Sanjit—. Nadie puede. Ni siquiera aquí. Así que, ¿qué hacemos con Taylor?



Lana suspiró.

—Búscales una habitación.

## TRECE 25 HORAS

**NO SE PODÍA DIBUJAR** en la superficie de la cúpula ni marcarla. Así que Astrid pensó un plan para Sam, y Sam pidió a Roger, a quien le gustaba que lo llamaran Roger el artero, que construyera diez marcos de madera idénticos. Como marcos de cuadros, de medio metro por medio metro.

Los marcos se colocaron sobre postes de metro y medio cada uno.

Y entonces Astrid, acompañada de Edilio por seguridad y Roger ayudando a cargar, recorrió la barrera de oeste a este. Dieron trescientos pasos, y, usando una cinta métrica larga, calcularon treinta metros desde la base de la barrera. A continuación, cavaron un agujero y colocaron el primer marco. Luego dieron trescientos pasos más, volvieron a calcular cuidadosamente treinta metros, y colocaron otro marco.

Tras poner cada marco, Astrid retrocedía diez pasos perfectamente calculados. Y hacía una foto a través de cada uno, apuntando cuidadosamente el día y la hora y aproximadamente qué parte de la superficie dentro del marco parecía cubierta por la mancha.

Ese era el motivo por el que había vuelto. Porque puede que Jack fuera lo bastante listo como para plantearse medir la mancha, pero también que no lo fuera.

No se trataba de que Astrid se sintiera sola. Ni de que lo único que buscara fuera una excusa para ver a Sam.

Y, aun así, todo lo que había pasado cuando, por fin, había ido a verlo.

Astrid sonrió y se volvió para que Edilio no la viera y no sentirse avergonzada.

¿Eso era lo que había querido desde el principio? ¿Encontrar una excusa para volver corriendo a ver a Sam y echarse en sus brazos? Esa era la clase de pregunta que habría preocupado a Astrid en los viejos tiempos. A la antigua Astrid la

habrían preocupado mucho sus motivos, tendría mucha necesidad de justificarse. Siempre había necesitado un marco moral y ético, un estándar abstracto que le sirviera para juzgarse.

Y, claro, juzgaba a los demás del mismo modo. Pero cuando tuvo que sobrevivir, que hacer lo que fuera para terminar con el horror, hizo algo implacable. Sí, una cruda lección moral podía derivarse de lo sucedido: había sacrificado al pequeño Pete por un bien mayor. Pero todos los tiranos y malhechores de la historia habían recurrido a esa misma excusa: sacrificar a uno o a diez o a un millón por una idea del bien común.

Lo que Astrid había hecho era inmoral. Estaba mal. Había dejado de lado su fe religiosa, pero el bien seguía siendo el bien, y el mal seguía siendo el mal, y arrojar a su hermano a las fauces literales de la muerte...

No es que dudara de que hubiera obrado mal. No es que dudara de que se mereciera un castigo. De hecho, era la idea misma del perdón lo que la sublevaba. No quería perdón. No quería librarse de su pecado. Quería reconocerlo y llevarlo como una cicatriz, porque era real, lo había cometido y ya no podía retroceder.

Astrid había hecho algo terrible. Y eso formaría parte de ella para siempre.

—Y así debe ser —susurró—. Y así debe ser.

Astrid pensó que era muy extraño que reconocer tus pecados, negarte al perdón pero jurar no repetirlos, pudiera hacerte sentir más fuerte.

—¿Cuándo volveremos a revisarlo? —le preguntó Edilio cuando acabaron de instalarlo todo.

La chica se encogió de hombros.

—Probablemente mañana, por si la mancha se mueve más rápido de lo que parece.

—Y ¿qué haremos? —preguntó Edilio.

—La mediremos. Veremos cuánto avanza en las primeras veinticuatro horas. Y luego cuánto avanza en el segundo y el tercer periodo de veinticuatro horas. Veremos cuánto crece y si se está acelerando.

—Y luego ¿qué haremos? —volvió a preguntar Edilio.

Astrid negó con la cabeza.

—No lo sé.

—Supongo que rezaré —añadió Edilio.

—Daño no hará —reconoció Astrid.

Se oyó un ruido.

Los tres se volvieron hacia él. Edilio se sacó la metralleta del hombro, la montó y le quitó el seguro en un abrir y cerrar de ojos. Roger se deslizó detrás de Edilio.

—Es un coyote —siseó Astrid.

No se había traído la escopeta porque cargaba con la mitad de los marcos de medir. Pero llevaba su revólver, y lo sacó.

Quedó claro casi de inmediato que el coyote no era una amenaza. En primer lugar, estaba solo. En segundo, apenas podía caminar. Iba arrastrándose, y parecía andar torcido.

Y tenía algo raro en la cabeza.

Tan raro que Astrid apenas lo entendía. Lo miró fijamente y pestañeó. Negó con la cabeza y volvió a mirarlo.

Lo primero que se le ocurrió fue que el coyote llevaba la cabeza de un niño en la boca.

No.

No era eso.

—Madre de Dios —sollozó Edilio.

Echó a correr hacia la criatura que ahora se encontraba a tan solo seis metros de distancia y resultaba terriblemente visible. Roger le puso una mano en el hombro

para confortarlo, pero él también parecía angustiado.

Astrid se quedó clavada donde estaba.

—Es Bonnie —afirmó Edilio, con voz estridente—. Es ella. Es su cara. Noooo... —gritó, y soltó un larguísimo gemido.

La criatura ignoró a Edilio, se limitó a seguir caminando con dos patas delanteras de coyote y dos piernas retorcidas, sin pelo animal, en la parte trasera. Siguió avanzando como si sus ojos humanos azules y vacíos estuvieran ciegos, y sus orejas humanas rosadas y parecidas a unas conchas fueran sordas.

Edilio se echó a llorar.

Astrid apuntó con el revólver al corazón de la criatura, justo detrás del hombro, y disparó. Sintió el retroceso en la mano, y apareció un agujero pequeño, redondo y rojo que empezó a gotear.

Entonces volvió a disparar, alcanzando a la criatura en el cuello canino.

El coyote cayó. Manaba sangre de su cuello, y se formó un charco en la arena.

Una vez más, el avatar se había roto.

Peter había intentado jugar con el avatar saltarín y el avatar se había roto, había cambiado de color y de forma hasta detenerse.

También había intentado jugar con otro avatar que se había fundido y convertido en algo distinto.

¿De eso iba el juego?

Pues no era divertido.

Y Pete empezaba a sentirse mal cuando los avatares se rompían. Como si fuera un chico malo.

Así que volvió a imaginarse los avatares como eran al principio.

No pasó nada. Pero siempre pasaban cosas cuando Pete lo deseaba con mucha fuerza. Quería que los gritos y las sirenas terribles pararan y el mundo no se

quemara, y había creado la bola en la que todos vivían.

También había deseado otras cosas que habían pasado. Si deseaba algo lo suficiente, pasaba, ¿no era así?

Pero ahora se sentía mal y quería que los avatares volvieran a estar bien, como antes, pero no lo estaban.

Pete se corrigió. No. Siempre había tenido miedo cuando pasaban cosas importantes y repentinas. No bastaba con que las deseara e hiciera que pasaran. Siempre había tenido miedo. Pánico. Oía gritos en su cerebro sobrecargado.

Pero ahora no tenía miedo. El frenesí que solía dominarlo ya no podía alcanzarlo. Ese era el Pete de antes. El nuevo Pete no tenía miedo de los ruidos, los colores y las cosas que se movían demasiado rápido.

El nuevo Pete simplemente estaba aburrido.

Un avatar pasó flotando y Pete lo reconoció. Incluso sin los ojos de un azul brillante y punzante, sin la voz aguda, Pete la reconoció. Era su hermana, Astrid. Un patrón, una forma, una espiral.

Se sentía muy solo.

¿Se había sentido solo alguna vez, antes?

Ahora sí que se sentía solo. Y ansiaba comunicarse, y, tocándola apenas, hacerle saber que estaba allí.

Pero es que eran tan delicados aquellos avatares... Y Pete solo tenía pulgares por dedos...

Esa tontería le hizo reír.

¿Se había reído antes?

Ahora se reía. Y eso bastaba, al menos durante un rato.

Desde el comienzo, Albert había decidido jugar al ridículo juego de la lealtad con Caine. Si Caine quería llamarse a sí mismo «rey», y quería que la gente lo llamara «Su Alteza», pues bien, eso no le costaba un solo *berto*.

La verdad es que Caine no mantenía la paz, sino que obligaba a que las reglas se cumplieran, y a Albert le gustaban las reglas y las necesitaba.

Robaban muy poco en el centro comercial, que era como llamaban irónicamente a los puestos de comida y mesas plegables que formaban el mercado fuera de la escuela.

Había menos peleas. Menos amenazas. Incluso había percibido un descenso en el número de armas que llevaba la gente. No es que hubiera descendido mucho, pero de vez en cuando veías a algún chaval que se había olvidado de cargar con su bate remachado con clavos o con su machete.

Todo eso eran buenas señales.

Y la mejor de todas, los chavales acudían al trabajo y se quedaban todo el día.

El rey Caine asustaba a los chavales. Y Albert les pagaba. Y, entre la amenaza y la recompensa, las cosas iban mejor que cuando estaban Sam o Astrid.

Así que si Caine quería hacerse llamar «rey»...

—Su Alteza, he venido con mi informe —se presentó Albert.

Albert esperó de pie, paciente, mientras, sentado en su escritorio, Caine fingía estar concentrado leyendo algo.

Finalmente alzó la vista, fingiendo indiferencia.

—Adelante, Albert —indicó.

—La buena noticia es que sigue saliendo agua de la nube. Sale limpia, la mayor parte de la tierra, los detritos y el aceite viejo ya se los ha llevado la corriente. Así que probablemente se puede beber en el embalse de la playa y también de la lluvia. Fluye a setenta y cinco litros por hora. Lo cual son mil ochocientos litros al día, que es más de lo que necesitamos para beber, y nos sobra para regar huertos y demás.

—¿Y para lavarse?

Albert negó con la cabeza.

—No, y tampoco podemos dejar que los chavales se duchen bajo la lluvia. Se lavan el culo en lo que acabará siendo agua de beber en cuanto abramos el embalse.

—Haré una proclama —anunció Caine.

Había veces en que Albert casi no podía resistir el impulso de echarse a reír. Una proclama. Pero se mantenía serio, impasible.

—La comida no va igual de bien —continuó Albert—. He hecho un gráfico.

Sacó un póster de veinte por tres centímetros de su maletín, y se lo pasó a Caine para que lo viera.

—Aquí está la producción de alimentos durante la última semana. Buena y constante. Y hoy ves una caída porque no tenemos nada de los pescadores. Y esta línea punteada es el suministro de comida de la semana que viene, proyectado.

El rostro de Caine se oscureció. Se mordió el pulgar, pero enseguida se contuvo.

—Como sabes, Cai... Su Alteza..., el sesenta por ciento de nuestra fruta y verdura procede de los campos infestados de gusanos. Y el ochenta por ciento de nuestras proteínas viene del mar. Sin Quinn, no tenemos con qué alimentar a los gusanos. Lo que significa que lo de recolectar y plantar está parado. Y, para empeorar las cosas, corre por ahí una historia de locos de que uno de los recolectores de alcachofas se ha convertido en un pez.

—¿Qué?

—No es más que un rumor loco, pero ahora mismo no hay nadie cosechándolas.

Caine maldijo y negó con la cabeza despacio.

Albert dejó el gráfico a un lado y prosiguió:

—De aquí a tres días el hambre será generalizada. Dentro de una semana los chavales empezarán a morir. No tengo que recordarte lo peligrosas que se ponen las cosas cuando pasan hambre.

—Podemos sustituir a Quinn. Poner a otros en las barcas —propuso Caine.

Albert negó con la cabeza.

—Hay una curva de aprendizaje. Quinn tardó mucho en llegar a ser tan bueno y eficiente como es. Además, tiene las mejores barcas, y todas las redes y cañas. Si decidiéramos sustituirlo, seguramente nos costaría cinco semanas que la producción volviera a subir hasta no pasar hambre.

—Entonces más nos vale ponernos en marcha —replicó Caine.

—No —lo interrumpió Albert, y añadió—: Su Alteza.

Caine dio un puñetazo en el escritorio.

—¡No dejaré que Quinn se salga con la suya! ¡Quinn no es el rey! ¡Lo soy yo!  
¡Yo!

—Le he ofrecido dinero, pero no quiere más —explicó Albert.

Caine se levantó de un salto de la silla.

—Claro que no. No todos son como tú, Albert. No todos son unos avaros...  
—Caine decidió no terminar de decir lo que estaba pensando, pero siguió despotricando—. Lo que quiere es poder. Quiere derrocar me. Sam Temple y él son amigos desde hace mucho mucho tiempo. No debería haberle dejado quedarse. ¡Debería haber hecho que se fuera con Sam!

—Quinn pesca en el océano, y nosotros estamos en el océano —señaló Albert.

Esa clase de arrebatos irritaban a Albert. Eran una pérdida de tiempo.

Parecía que Caine no lo había oído.

—Mientras tanto, Sam está sentado ahí arriba con el lago repleto de peces, y sus propios campos, y no sé cómo ha conseguido Nutella, Pepsi y fideos instantáneos, y ¿qué crees que pasará si los chavales de aquí empiezan a pensar que no tenemos comida? —Caine estaba rojo de ira. Furioso. Albert se recordó que, aunque fuera un ególatra descontrolado, también era extremadamente poderoso y peligroso, y decidió no responder a la pregunta—. Ambos sabemos lo que pasará —continuó Caine amargamente—. Los chavales se marcharán de la ciudad y se irán al lago. —Fulminó a Albert con la mirada como si todo fuera culpa suya—. Por ese



motivo no está bien que haya dos ciudades distintas. Pueden irse a la que más les guste.

Caine se reclinó en la silla, pero se golpeó la rodilla contra el escritorio. Con un gesto enfadado, lanzó el escritorio contra la pared. El impacto fue lo bastante fuerte para que cayeran fotos antiguas, todas esas fotografías que se había hecho el engreído del alcalde. El escritorio marcó una abolladura larga y triangular en la pared.

Caine se quedó sentado mordiéndose el pulgar y Albert se quedó de pie, pensando en todas las otras cosas útiles que podría estar haciendo. Al fin, Caine utilizó sus poderes para volver a colocar el escritorio rápidamente en su sitio. Parecía necesitar algo en lo que apoyarse de un modo melodramático, porque eso fue lo que hizo: colocar los codos sobre la mesa con los dedos en forma de tienda de campaña, casi como si rezara, y darse golpecitos con las puntas en la frente, como si pensara.

—Tú eres mi consejero, Albert —dijo al fin—. ¿Qué me aconsejas?

¿Desde cuándo Albert era su consejero? Pero respondió:

—De acuerdo, ya que me lo pides, creo que deberías hacer que Penny se marche.

Caine se dispuso a llevarle la contraria, pero Albert, mostrando por fin su impaciencia, alzó la mano.

—En primer lugar, porque Penny es una persona enferma e inestable. Ya sabíamos que iba a causar problemas, y más que causará. En segundo lugar, porque lo que le ha ocurrido a Cigar los vuelve a todos en tu contra. No se trata solo de Quinn: todos creen que ha estado mal. Y, en tercer lugar, si no lo haces y Quinn se mantiene firme, esta ciudad se vaciará.

«Y si no lo haces —añadió Albert en silencio—, de repente me enteraré de que hay un alijo de misiles en la costa. Y tú, rey Caine, irás a buscarlos».

Las manos en posición de rezo de Caine cayeron planas sobre el escritorio.

—Si cedo, todos pensarán... —Soltó una respiración entrecortada—. Soy el rey. Pensarán que se me puede vencer.

Albert estaba realmente sorprendido.

—Claro que se te puede vencer, Su Alteza. Se puede vencer a todo el mundo.

—¿Excepto a ti, Albert? —preguntó Caine con amargura.

Albert sabía que no debía morder el anzuelo. Pero el golpe bajo le dolió.

—Turk y Lance me dispararon —recordó, con la mano en el pomo de la puerta—. Solo estoy vivo por suerte y por Lana. Créeme: he dejado de pensar que fuera invencible.

Y pensó en los planes que había hecho al respecto, pero no se los contó.

## CATORCE 24 HORAS, 29 MINUTOS

**OBSERVARON A MOHAMED** marcharse.

Y luego, tras asegurarse de que Sam dispondría de al menos dos minutos para pensar con claridad, Astrid le explicó lo que habían encontrado en el desierto.

—Edilio lo va a traer para que podamos echarle un vistazo. He venido directamente. Cuando lo traigan, veré qué puedo averiguar.

Sam apenas parecía prestar atención. Tenía los ojos concentrados en la barrera. No era el único. La mancha resultaba claramente visible a los chavales mientras trabajaban. Seguramente los chicos que estaban en los campos no se habían dado cuenta, pero los que seguían en la ciudad, alrededor del puerto deportivo, no podían evitar verla.

Llegaban solos o en parejas o tríos a preguntarle qué quería decir. Y Sam respondía:

—Volved al trabajo. Ya os haré saber si tenéis que preocuparos.

Y cada vez que lo decía, y debía de haberlo dicho un montón de veces, empleaba el mismo tono de voz brusco aunque tranquilizador.

Pero Astrid sabía que no estaba tranquilo, que supuraba tensión por todos

los poros. Veía cómo hundía las comisuras, cómo se le formaban arrugas verticales dobles de preocupación en el entrecejo.

No necesitaba nada nuevo de lo que preocuparse. Así que el monstruo horripilante que acababan de encontrar tendría que esperar. Porque ahora Sam solo tenía tiempo para el avance hipnótico de la mancha. La imaginación lo estaba torturando. Astrid lo percibía en cómo cerraba los puños, los tensaba y enseguida los soltaba, pero lo hacía de un modo forzado, consciente, acompañándolo cada vez de una exhalación deliberada.

Se estaba imaginando un mundo de oscuridad absoluta.

También Astrid. Y, aunque no tenía sentido, se preocupaba por sus tiendas. Había que ir tensando las cuerdas periódicamente o empezarían a aflojarse. Y había que comprobar cómo estaba la tela de la tienda en sí, porque las roturas se agrandaban enseguida, y a los escarabajos y hormigas se les daba muy bien encontrar esas aberturas.

Recordó una vez en que se despertó en la tienda y se encontró con un torrente continuo de hormigas que le pasaban por encima de la cara y mordisqueaban un bocado que se le había caído. Se levantó de un salto y corrió al agua, pero las hormigas ya se habían asustado de su pánico, y le mordieron una docena de veces.

Ahora sonreía al recordarlo. Entonces había llorado por lo rara y triste que era su estúpida vida.

Pero aprendió de la experiencia, y nunca más volvió a dejar una miga en su tienda.

¿Y aquella vez que se encontró una serpiente en la bota? Entonces también había aprendido una lección.

Si nadie cogía las moras, los pájaros las cogerían.

Se pasó un rato así, plenamente consciente de que añoraba cosas que en general habían resultado bastante lamentables, y se dio cuenta de que estaba tan atrapada como Sam, esperando incesantemente la fatalidad.

Y entonces recordó de repente la imagen del coyote con rostro humano y piernas, y sintió que no podía respirar.

PUM, PUM. Oía mejor el ruido del arma al recordarlo que cuando disparó. En ese momento se había quedado como atontada. Pero ahora también recordaba el retroceso, y cómo se había desangrado la abominación en la arena.

Cómo se había relajado la cara de la niña al morir, y cómo se le habían nublado los ojos ciegos.

¿Qué cosa terrible había sucedido? ¿Por qué no podía descifrarlo? ¿Por qué no podía ayudar a Sam a lograr otra victoria imposible?

Uno de los grandes alivios de vivir por su cuenta era que no tenía que cumplir con ninguna expectativa. No tenía que ser Astrid la genio, ni Astrid la alcaldesa, ni Astrid la novia de Sam, ni por-qué-no-te-callas-Astrid.

Lo único que tenía que hacer era conseguir comida suficiente cada día. Un logro enorme que le pertenecía en exclusiva.

Sam había cogido unos prismáticos e inspeccionaba la barrera. A continuación los volvió hacia el interior.

—Mo está de camino —comentó, y se movió levemente—. Y también Howard. Va delante de él, está a menos de medio kilómetro. Solo está... Vale, ahora no lo veo. —Bajó los prismáticos—. Vaya. Howard se dirige a su destilería a traer otra remesa de priva.

Astrid sonrió con ironía.

—La vida continúa, supongo.

Sam frunció el ceño.

—Me estabas contando algo. Antes.

—Vuelve al trabajo. Si necesito que te preocupes te lo haré saber.

—Muy graciosa —replicó Sam, a punto de esbozar una sonrisa.

De repente le pareció muy joven. Bueno, es que lo era, pensó Astrid. Y ella también. Pero se habían olvidado de ser jóvenes en aquel mundo en que eran los mayores. Le parecía un chaval, un adolescente, un chico que tendría que estar gritando alegremente mientras se encaramaba a la ola con su tabla.

Esa imagen le resultaba dolorosa, y se le formó una lágrima. Astrid fingió que tenía una mota de polvo en el ojo y se lo secó.

Pero Sam no se dejó engañar. La rodeó con sus brazos y la atrajo hacia él. Astrid no podía mirarlo porque temía echarse a llorar. No veía miedo en el chico, y no quería abrazarlo como si fuera un niño pequeño.

—No —susurró Sam—. Tienes que abrir los ojos, Astrid. No sé cuántas veces más los veré.

La chica tenía la mejilla mojada cuando la apretó contra la suya.

—Quiero volver a hacer el amor contigo —dijo Sam.

—Y yo quiero hacer el amor contigo, Sam —contestó la chica—. Tenemos miedo.

Sam asintió y vio que apretaba la mandíbula.

—No es el momento, supongo.

—Es humano —dijo ella—. La gente se ha pasado la mayor parte de la historia de la humanidad acurrucada, temiendo la oscuridad. Viviendo en chozas con sus animales. Creyendo que los bosques que los rodeaban estaban habitados por espíritus. Lobos y hombres lobo. Terrores. La gente se abrazaba para no tener miedo.

—Pronto tendré que pedirte que hagas algo peligroso —indicó Sam.

—Quieres que salga y vuelva a comprobar las medidas.

—Sé que habíamos pensado en mañana por la mañana...

La chica asintió.

—Pero se está extendiendo rápidamente. Creo que tienes razón. Creo que hemos de saber si amanecerá mañana.

El rostro de Sam había adoptado una expresión sombría. No miraba a Astrid, sino detrás de ella. Parecía que quisiera echarse a llorar, pero que supiera que resultaba inútil hacerlo.

Una vez más, Astrid lo vio como debía de ser mucho mucho tiempo atrás. Como un chico grande y guapo en las olas, contando chistes con Quinn, excitado porque iban a saltarse la escuela. Feliz y despreocupado.

Se lo imaginaba cogiendo fuerzas del sol que le daba en los hombros morenos.

Por fin la ERA había hallado el modo de vencer a Sam Temple. Sin luz no podría sobrevivir. Cuando llegara la noche final, sin perspectivas de amanecer, estaría acabado.

La chica lo besó. Él no le devolvió el beso, sino que se quedó mirando la mancha que crecía.

Tiempo atrás, a Sinder le gustaba mucho el color negro. Se pintaba las uñas de negro. Se teñía el pelo castaño de negro azabache. Se ponía ropa que o bien era negra o de un color secundario que acentuara el negro.

Ahora su color era el verde. Le encantaba el verde. Las zanahorias eran de color naranja, y los tomates, rojos, pero cada uno de ellos vivía dentro del verde. El verde convertía la luz en comida.

—¿A que mola la fotosíntesis? —le decía a Jezzie, que estaba arrodillada a media docena de hileras de distancia, concentradísima en buscar malas hierbas, bichos o enfermedades que pudieran poner en peligro sus queridas plantas. Una madre sobreprotectora no era nada en comparación con Jezzie. La chica odiaba las malas hierbas con toda su alma.

Jezzie no contestó. No solía hacerlo cuando Sinder se ponía locuaz.

—Quiero decir, recuerdo que lo estudié en la escuela, pero, tío, ¿a quién le importaba, verdad? ¿Foto... qué? Pero es que convierte la luz en comida. La luz se convierte en energía que se convierte en comida y vuelve a convertirse en energía cuando nos la comemos. Es que es un... Ya sabes...

—Es un milagro —gruñó Orc.

—No —dijo Jezzie—. Sería un milagro si no pasara lo mismo con las malas hierbas. Entonces sí que sería un milagro.

Había encontrado la raíz de algo que no le gustaba y tiraba de ella,

resoplando del esfuerzo.

—Podría arrancarlo por ti —se ofreció Orc.

—¡No, no, no! —exclamaron las dos chicas—. Pero gracias, Orc.

Orc no llevaba zapatos, pero si hubiera llevado habrían sido del número cincuenta y tantos. Muy muy anchos. Cuando pisaba el huerto, tendía a aplastar las verduras.

A Sinder le gustaba agacharse y mirar sus plantas de cerca. Por un lado, veía las hojas milagrosas recortadas contra el fondo del lago y el puerto deportivo. Por el otro, las veía casi como especímenes colocados sobre el vacío gris perlado de la barrera.

Y ahora miraba la estructura plumosa de la parte superior de una zanahoria contrastada con la mancha negra lisa. Producía un efecto extraño, como si la hoja fuera una obra de arte abstracto.

Sinder levantó la vista y vio que la mancha salía disparada de repente hacia arriba. Lo que había sido una onda irregular de color negro que se extendía solo tres metros y medio por encima de su cabeza floreció como una de las plantas que cuidaba y se convirtió en una flor negra terrible de diez, quince metros de altura, hasta que aminoró y se detuvo.

Sinder esperaba que Jizzie no lo hubiera visto. Pero cuando su amiga se levantó le corrían lágrimas por las mejillas.

—Me encuentro mal —dijo Jizzie sin más.

Sinder asintió y miró a Orc, pero el chico estaba absorto en la lectura.

—Yo también, Jezz. Como... —No tenía palabras para describirlo. Así que negó con la cabeza.

Jizzie trató de quitarse la tierra que tenía en la frente, pero lo que consiguió fue mancharse más. Miraba hacia el puerto deportivo. Sinder siguió su mirada y vio a Sam y Astrid abrazados en la cubierta superior de la Casa Blanca flotante.

—Al principio, cuando me han dicho que había vuelto, he pensado que era buena señal. Pensaba que Sam se pondría contento. Ya sabes, como ha estado

solo... —comentó Jezzie.

Era una realidad de la ERA que los chicos sin TMZ ni Facebook ni las idas y venidas de Hollywood y los *reality shows* concentraban sus ansias de cotilleo en lo más cercano a los famosos con lo que contaban: Sam, que gustaba a la mayoría de la gente y por quien todos se preocupaban; Diana, que no gustaba a la mayoría de la gente pero por quien todos se preocupaban; el bebé, apostando sobre todo respecto a su sexo y posibles poderes; saber de Caine en Perdido Beach; la especulación cariñosa sobre Edilio y la naturaleza de su amistad con Roger el artero; las teorías sobre Astrid, en las que se discutía apasionadamente si era buena persona y buena para Sam o si no lo era, si era una especie de Jadis, la bruja blanca de Narnia; y, por supuesto, susurrar y especular muchísimo sobre la relación (o falta de ella) entre Brianna y Jack y/o Brianna y Dekka.

Los comentarios sobre el estado de ánimo de Sam no eran más inusuales de lo que habían sido las especulaciones sobre Lindsay Lohan o Justin Bieber. Solo que cada persona del lago sentía que su destino estaba estrechamente ligado al de Sam Temple.

—No tiene buen aspecto —comentó Jezzie.

Sam formaba una figura diminuta y lejana desde donde ella se encontraba. Y puede que Sinder se lo hubiera señalado algún otro día. Pero lo cierto es que había algo en el modo en que Sam abrazaba a Astrid que resultaba mala señal.

Sinder recorrió el huerto con la mirada, las plantas que conocía como si fueran personas, muchas con nombres que les habían puesto con Jezzie. Y vio que la línea de la marca empujaba lenta, lenta pero incesantemente, en dirección al cielo.

La luz resultaba casi insoportable para Drake. El sol que se ponía le provocaba punzadas de dolor en los ojos. ¿Cuánto tiempo había transcurrido desde la última vez que había visto el sol? ¿Semanas? ¿Meses?

No había tiempo en la guarida de la *gayáfaga*, ni luna que se alzara o se pusiera, no había hora de comer, de bañarse, de despertarse.

Los coyotes lo estaban esperando en la ciudad fantasma que quedaba bajo la entrada de la mina. El líder de la manada —bueno, el actual líder de la manada, no el original— se lamía una costra de la pata delantera derecha.

—Llévame al lago —pidió Drake.



El líder de la manada lo miraba fijamente con sus ojos amarillos.

—Manada hambrienta.

—Pues lo siento. Llévame.

El líder de la manada le mostró los dientes. Los coyotes de la ERA no eran los alfeñiques de antaño. No eran tan grandes como lobos, pero eran grandes. No costaba darse cuenta de que no estaban bien. Tenían la piel sarnosa. Todos mostraban trozos sin pelo, donde se veía carne gris y roja. Tenían los ojos apagados. Las cabezas les colgaban bajas y arrastraban la cola.

—Humanos tienen todas presas —explicó el líder de la manada—. Oscuridad dice no matar humanos. Oscuridad no alimenta manada.

Drake frunció el ceño y contó cuántos eran. Vio siete. Todos adultos, no había cachorros.

Como si le leyera la mente, el líder de la manada explicó:

—Muchos mueren. Mata Manos Brillantes, mata Chica Rápida. No hay presas. No hay comida para manada. Manada sirve Oscuridad y manada pasa hambre.

Drake soltó una risa incrédula.

—¿Te estás quejando de la *gayáfaga*? ¡Te arrancaré la piel a latigazos!

Drake desenroscó su tentáculo del torso.

El líder de la manada se retiró unos pocos metros. Puede que la manada estuviera debilitada por el hambre, pero seguían siendo demasiado rápidos para que los atrapara. Se sentía intranquilo. A la *gayáfaga* no le interesaban las excusas. Drake tenía una misión. Había estado en el lago antes, pero nunca solo. Sabía que podía seguir la barrera, pero la barrera en sí quedaba muy lejos. Puede que lo detectaran si se dedicaba a deambular. El éxito de su misión radicaba en el sigilo y la sorpresa.

Y luego estaba el problema de Brittney. ¿Le había dicho la *gayáfaga* qué hacer? Y ¿lo haría? ¿Sabría orientarse si los coyotes no la guiaban?

—Y ¿cómo voy a alimentarlos? —exigió saber Drake.

—Oscuridad dice coyote: no matar humano. No dice no comer humano muerto.

Drake se rio con deleite. El actual líder de la manada era desde luego más listo que el original. La *gayáfaga* había ordenado a las bestias que no mataran seres humanos por miedo a que, sin saberlo, mataran a alguien útil: a Lana, o al Enemigo. Pero Drake sabía qué humanos eran prescindibles.

—¿Sabes dónde puedo encontrar un humano? —preguntó.

—Líder de manada sabe —respondió el líder de la manada.

—Pues vale. Voy a conseguiros algo de cena. Y luego iremos a buscar a Diana.

Astrid se encontró a Edilio que volvía del Hoyo. Roger el artero y Justin, el niño al que Roger cuidaba, iban con él, pero Edilio les pidió que se marcharan cuando vio a Astrid.

—He metido esa cosa, esa... lo que fuera... bajo una lona. ¿Quieres echarle un vistazo? —preguntó Edilio.

—No. Siento que hayas tenido que hacerlo. No debe de haber sido muy agradable.

—No lo ha sido —dijo Edilio sin cambiar la entonación.

—Oye, parece que la mancha se está acelerando. Sam quiere que vaya antes a comprobarlo con los marcos.

—La he visto crecer. Más rápido. Mucho más rápido —comentó Edilio—. Pero entiendo que Sam quiera más información.

Cansado, el chico dejó escapar aire de los pulmones, y bebió agua de una botella.

—No hace falta que vengas. Envía a uno de tus chicos.

Edilio la miró incrédulo.

—¿Y contarle a Sam que te ha pasado algo porque yo no estaba?

Astrid se lo tomó como un chiste y se echó a reír, pero Edilio no se rio con ella.

—Sam es lo único que tenemos. Tú eres lo único que tiene. Vamos, será un paseo rápido y fácil sin tener que cargar con esos marcos.

El plan había sido dejar que pasaran veinticuatro horas antes de volver a comprobar cómo estaban los marcos. La idea era que en un marco donde la mancha ocupaba un diez por ciento podría haber crecido hasta un veinte por ciento, y que así Astrid podría calcular la velocidad de crecimiento.

Pero ahora el plan parecía absurdamente optimista. Todos los marcos estaban cubiertos de negro al cien por cien. No se podía hacer un cálculo preciso, la mancha había crecido demasiado, demasiado rápido. Y la aceleración solo podía aumentar exponencialmente.

Astrid alzó la vista y estiró el cuello para ver el dedo negro más largo que había. Se extendía casi cien metros en vertical por el lateral de la cúpula.

Y mientras miraba seguía aumentando. Lo veía moverse.

Entonces, desde un punto bajo de la mancha, un nuevo zarcillo negro salió disparado hacia arriba tan rápido como un coche por la autopista. Parecía explotar hacia arriba. Seguía subiendo, y Astrid inclinó la cabeza para verlo, y seguía y seguía subiendo.

La mancha atravesó la línea entre el cielo gris perlado vacío y la luz del sol, hasta que aminoró. Pero ese dedo negro flaco profanaba el cielo como un grafiti encima de la Monalisa. Era vandálico. Era feo.

Era el futuro escrito claramente, para que Astrid pudiera verlo.

**QUINCE** 22 HORAS, 16 MINUTOS

**MOHAMED SALIÓ** del lago siguiendo el camino pesado hasta Perdido Beach en cuanto consiguió una botella de agua y se metió algo de comida en la panza.

Llevaba pistola y cuchillo, pero no estaba realmente preocupado. Todo el mundo sabía que estaba bajo la protección de Albert. Y nadie se metía con la gente de Albert.

Desde que empezó la ERA, Mohamed había pasado desapercibido la mayor parte del tiempo, se había mantenido apartado de todos los peces gordos que estaban ocupados matando y matándose.

Por alocadas que fueran las cosas en la ERA, lo inteligente era hacer lo mínimo para conseguir comida y cobijo, y a veces ni siquiera cobijo.

Mohamed tenía trece años, ya era un hombre. Estaba delgado y empezaba a crecer, había crecido de repente y los pantalones cortos se le habían quedado demasiado cortos, y los zapatos demasiado pequeños. Su familia acababa de trasladarse a Perdido Beach porque su madre había conseguido un trabajo en la central nuclear. Se suponía que la escuela era mejor que a la que había ido en King City. Su padre seguía trabajando allí, trabajaba diez horas al día en el Circle K de la familia vendiendo gasolina, cigarrillos y leche a una población mayoritariamente hispana. El trayecto era largo, y algunas noches su padre no volvía a casa, lo cual hacía que todos se sintieran extraños y abandonados.

Pero su padre le había explicado que así eran las cosas. Un hombre trabajaba y hacía lo que tuviera que hacer para cuidar de su familia, aunque lo vieran menos.

A veces Moomaw, la abuela paterna de Mohamed, hablaba de volver a Siria. Pero el padre de Mohamed la frenaba enseguida. Se marchó de Siria cuando tenía veintidós años y no lo echaba de menos, ni un poco, no, señor. Sí, allí era estudiante de medicina y ahora vendía perritos calientes a peones del campo, pero aun así las cosas eran mejores ahora.

¿A veces resultaba duro ser el único musulmán en la escuela de Perdido Beach? Sí. Orc lo había mandoneado unas cuantas veces. Los chavales se burlaban de él por rezar. Por negarse a comer *pizza de pepperoni*. Pero Orc había perdido el interés enseguida, y la mayoría de los chavales no se planteaban de dónde procedían sus padres ni cómo rezaba.

Por suerte, la familia de Mohamed nunca había sido demasiado estricta respecto a las reglas alimentarias. No había comido cerdo desde el comienzo de la ERA, pero lo habría hecho en un santiamén si alguien tuviera. Había comido rata, gato, perro, pájaro y pescado y cosas asquerosas que no sabía cómo se llamaban, así

que se habría abalanzado sobre una *pizza de pepperoni* si alguien hubiera tenido. Mantenerse con vida no era pecado: Alá lo veía todo; Alá lo entendía todo.

Algún día todo aquello terminaría; Mohamed estaba seguro de ello.

O al menos eso intentaba pensar. Algún día la barrera bajaría y su padre y su madre y sus hermanos y su hermana estarían esperándolo.

¿Cómo se llevaría con sus hermanos? Le harían todas las preguntas que sus padres no harían. Le preguntarían qué había hecho. Le preguntarían si los había dejado en buen lugar. Le preguntarían si había dado la cara o se había acobardado. Así eran los hermanos, al menos los suyos.

Cuando bajara la barrera, habría toda clase de personas hablando con los medios de comunicación y contando toda clase de historias. Y la gente no tardaría en darse de cuenta de que no se habían limitado a quedarse sentados haciendo los deberes.

La gente se daría cuenta de que más bien había sido como una guerra. Y luego vendrían todas las preguntas: «¿Tenías miedo, Mohamed?». «¿Se metieron contigo?». «¿Te enfrentaste alguna vez con esos raros chalados de los que hemos oído hablar en la tele?».

«¿Mataste a alguien?». «Y ¿cómo fue?».

No había matado a nadie. Se había metido en un par de peleas, una de ellas bastante dura. Le clavaron un clavo en el culo y le rompieron la muñeca.

Mohamed pensó que cambiaría un poco la historia. Lo del clavo en el culo sonaba divertido. Sí que había pasado, pero, si alguna vez llegaba a salir, contaría otra historia.

Y respecto a los raros, el único con el que había pasado tiempo era Lana, quien le había curado el culo y la muñeca.

Así que sí, no te metas con los raros, no delante de Mohamed.

Cuando llegó el momento de la Gran Ruptura, Mohamed se vio obligado a tomar partido en uno u otro sentido, fue a ver a Albert y le pidió consejo. Hasta entonces, Mohamed se había dedicado a trabajar en los campos, pero Albert había visto algo en él.

A Albert le gustaba porque no tenía amigos de verdad, no tenía familia dentro de la ERA. Le gustaba cómo había conseguido pasar desapercibido. Todas esas cosas, además de la inteligencia básica de Mohamed, lo hacían perfecto para el trabajo que Albert le tenía reservado: representar a AlberCo en el lago.

Mohamed seguía sin tener amigos. Pero tenía trabajo. Un trabajo importante. Albert querría enterarse de los detalles del retorno de Astrid. Querría saber que estaba midiendo una especie de mancha en la cúpula. Puede que quisiera oír hablar del animal raro y mutante al que supuestamente había matado Astrid. Y desde luego querría enterarse de lo que Mohamed sabía acerca de la misión secreta a la que habían acudido Sam y Dekka.

Mohamed caminaba por la conocida carretera polvorienta.

Solo.

Howard ya se encontraba de camino a Coates. Le esperaba un largo día de trabajo. Confiaba en que sus socios habrían subido un poco de maíz, verduras y frutas surtidas a Coates, y guardado los materiales en los armarios de acero a prueba de ratas de la cocina.

Howard tendría que trocear los alimentos tan menudos como su paciencia le permitiera, y luego llevarlos al alambique. Había preparado un poco de leña que esperaba bastara para encender la cocina. Y luego, mientras hirviera la mezcla, tendría que ir a dar vueltas por los bosques en busca de árboles caídos, para luego cortarlos.

Todo eso solía hacerlo Orc, que podía cargar muchas botellas y mucha leña. Orc blandía el hacha de forma muy diferente de Howard. A Orc le bastaban dos golpes y, zas, el leño quedaba cortado. Howard podía tardar quince minutos en hacer lo mismo.

Lo del contrabando se estaba volviendo menos divertido. Se parecía mucho más al trabajo de verdad. Perplejo, de repente Howard se dio cuenta de que ahora trabajaba más que casi cualquier otro. Ni siquiera los chavales que recogían verdura en los campos trabajaban tanto como Howard.

—Tengo que conseguir que Orc sea normal otra vez —murmuró Howard a los arbustos—. El tío tiene que tomarse un trago o seis y volverá a ser como antes.

A fin de cuentas, Orc y él eran amigos.

Drake estaba subido a un promontorio. Acababa de volver tras un episodio de Brittney, y se sorprendió al ver que había seguido avanzando con los coyotes.

—Humano —dijo el líder de la manada.

Drake siguió la dirección de la mirada intensa del animal. Un chaval, Drake no veía bien quién era, se encontraba muy por debajo, avanzando a ritmo constante por la carretera de tierra y grava.

—Sip —dijo Drake—. Ahí está vuestro almuerzo.

## DIECISÉIS 22 HORAS, 5 MINUTOS

—ASÍ QUE... ¿QUÉ es? —preguntó Sam.

Sam preguntaba por lo que habían subido a una mesa de *picnic* no muy lejos del Hoyo. Habían extendido una lona de plástico por encima y por debajo. A fin de cuentas, los chavales a veces utilizaban esas mesas. La zona de *picnic* tenía una ubicación incómoda lejos de la ciudad, pero seguía disfrutando de una vista agradable del lago.

—Es un coyote —indicó Astrid—. Con cara humana. Y piernas traseras.

Sam la miró para comprobar si estaba tan calmada como parecía. No, no lo estaba, pero Astrid era capaz de ponerse así, de fingir que controlaba cuando en realidad estaba flipando.

Parecía calmada cuando volvió de su salida rápida con Edilio. Se había mantenido calmada mientras decía:

—Puede que salga el sol mañana, y puede que no. A no ser que cambie algo, mañana será el último amanecer.

El propio Sam se había esforzado mucho por parecer tranquilo. Había ordenado a Edilio que pensara una lista de lugares donde podría colgar soles de Sammy, y habían discutido, muy calmados también, otras maneras de prepararse: empezar a racionar alimentos; probar el efecto de los soles de Sammy en el cultivo de plantas; a fin de cuentas, quizá su luz podía desencadenar la fotosíntesis, y pasar a utilizar más redes para pescar; puede que si hubiera un sol de Sammy cerniéndose

sobre el agua saliera más pescado a la superficie.

Sabían que sus planes eran chorradas.

Sabían que solo servían para prolongar la agonía.

Sabían que fracasarían en cuanto los chavales de Perdido Beach se dieran cuenta de que la única luz que iban a ver estaba allí arriba en el lago.

Sam hacía lo que le correspondía. Fingía. Se hacía el valiente para retrasar el colapso social, total e inevitable.

Su mente daba vueltas como una loca. Una solución, una solución, una solución. ¿Cuál era la solución?

Astrid había preparado un cuchillo grande de chef, de carnicero, que habían pedido prestado a un chaval de siete años que lo llevaba para protegerse, y un cúter con la cuchilla imperfecta.

—Pero qué grima —comentó Sam.

—No tienes por qué estar aquí, Sam —indicó ella.

—No, me encanta ver autopsias de monstruos mutantes asquerosos —replicó Sam.

Ya tenía ganas de vomitar, y Astrid ni siquiera había empezado.

Una solución, una solución, una solución...

Astrid se había puesto unos guantes rosa de Playtex.

Dio la vuelta a la criatura.

—Se ve la línea donde acaba la cara humana y empieza el pelo. No hay pelo humano, solo de coyote. Y fíjate en las piernas. No se difumina, es una línea clara. Pero ¿y los huesos de dentro? Son de coyote. Está articulada como una pata de coyote cubierta de piel humana y probablemente también de músculo.

A Sam se le habían acabado las cosas útiles que decir, o la energía para decirlas. Se esforzaba por contener la bilis que se le acumulaba en la garganta, y



esperaba no vomitar. Una ráfaga repentina de viento trajo el olor del Hoyo, lo cual no ayudó. Además, la criatura ya olía. A perro mojado, orina y descomposición dulce y pegajosa.

Y, mientras tanto, Sam seguía buscando una solución. ¿Dónde estaba? ¿Dónde estaba la respuesta?

Astrid cogió el cuchillo y lo clavó en el vientre descubierto de la criatura. Hizo un corte de más de quince centímetros. No sangró: las cosas muertas no sangran.

Sam se preparó para quemar lo que saliera de repente del corte, como si fuera un *alien*. Pero no salió nada de golpe ni retorciéndose. Los recuerdos de lo que había tenido que hacer con Dekka eran terribles. La quemó para abrirla y sacarle los bichos de dentro. Había sido la cosa más asquerosa que había hecho en la vida. Y ahora que Astrid utilizaba el cuchillo grande para serrar y abrir el corte lo recordaba todo.

La chica se apartó del olor para recobrar la compostura. Sacó un trapo y se lo ató alrededor de la boca y la nariz. Como si fuera a servir de algo. Pero era una bandida muy guapa.

Por increíble que resultara, una segunda idea se abrió paso a empujones en la conciencia de Sam. El chico deseaba a Astrid. No aquí ni ahora, pero sí pronto. Pronto. El carrusel imparable y desesperado del cerebro que cantaba la canción de la solución también cantaba otra canción mucho más agradable. ¿Por qué no podía limitarse a arrastrarse a su litera con Astrid y dejar que alguien más se partiera el alma buscando una solución inexistente?

Ahora la chica cortaba en vertical, estaba abriendo al animal a lo largo.

—Mira esto.

—¿Tengo que hacerlo?

—Se ven órganos pegados que no encajan. Es raro. El tamaño del estómago no corresponde con el del intestino grueso. Es como si un fontanero muy malo intentara enganchar tuberías de distintos tamaños. No me puedo creer que esta cosa viviera tanto como lo ha hecho.

—¿Así que es un mutante? —preguntó Sam, ansioso por llegar a algún tipo

de conclusión y luego enterrar los huesos y hacer todo lo posible por olvidarse de lo sucedido y volver a pensar en las dos corrientes paralelas de «solución» y «sexo».

Astrid no respondió. Continuó mirando la criatura en silencio un rato más, hasta que dijo:

—Todos los mutantes que ha habido hasta ahora han sobrevivido. Tú disparas luz por las manos y nunca te quemas. Brianna corre a cientos de kilómetros por hora pero no se parte las rodillas. Las mutaciones aún no han dañado a nadie. De hecho, en realidad, las mutaciones han sido herramientas de supervivencia. Como si el objetivo fuera construir un ser humano más fuerte y competente. Pero no, esto es distinto.

—Vale, y ¿qué es?

La chica se encogió de hombros, se quitó los guantes y los arrojó sobre la herida abierta.

—Tiene partes de ser humano, probablemente de la niña perdida, y de coyote. Juntas y revueltas. Como si alguien hubiera cogido al azar partes de uno y las intercambiara por partes del otro.

—Y ¿por qué habría...? —empezó a preguntar Sam.

Pero Astrid continuaba hablando, más consigo misma que con él.

—Como si alguien agitara dos ADN distintos en un sombrero y sacara esto y lo otro e intentara encajarlos... Qué... qué estúpido, ¿verdad?

—¿Estúpido?

—Sí, estúpido —Astrid lo miraba como si ahora le sorprendiera hablar con Sam—. Quiero decir que no tiene sentido. No sirve para nada. Es evidente que no funcionaría. Solo un idiota pensaría que puedes pegar trozos de ser humano a un coyote.

—Espera un momento. Lo dices como si lo estuviera haciendo alguien, una persona. ¿Cómo sabes que no se trata de algo natural? —Sam reflexionó un instante, suspiró y añadió—: O al menos de lo que puede considerarse natural en la ERA.

Astrid se encogió de hombros.

—¿Qué ha pasado hasta ahora? Los coyotes han desarrollado una capacidad de hablar limitada. A los gusanos les salen dientes y se vuelven agresivos y territoriales. A las serpientes les salen alas y desarrollan un nuevo tipo de metamorfosis. Algunos de nosotros desarrollamos poderes. Hasta ahora han pasado muchas cosas extrañas, pero no estúpidas. Pero esto, esto —y apuntó con el dedo hacia los restos de la monstruosidad— es estúpido.

—¿Ha sido la *gayáfaga*? —preguntó Sam, aunque intuía que no era la respuesta correcta.

Astrid lo miró a los ojos durante un instante, pero su cerebro estaba en otra parte.

—No es estúpida —comentó.

—Acabas de decir...

—... Me he equivocado. No es alguien estúpido. Es ignorante. Alguien que no tiene ni idea.

—¿Es un...?

Sam no se sorprendió cuando Astrid lo interrumpió como si no hubiera estado hablando.

—... poder increíble, y una ignorancia absoluta.

—Y eso ¿qué quiere decir?

Astrid no escuchaba. Volvía la cabeza lentamente, con la mirada orientada hacia la derecha, como si pensara que alguien la espiaba.

Era tan hipnótico que Sam siguió la dirección de su mirada. No vio nada, pero reconoció el movimiento: ¿cuántas veces durante los meses pasados había hecho él lo mismo? Mirar de soslayo, como un paranoico, hacia algo que no estaba allí...

Astrid negó con la cabeza despacio.

—Me... me tengo que ir. No me encuentro bien.

Sam la vio marcharse. Resultaba irritante, y eso era quedarse corto. Exasperante.

En los viejos tiempos la habría reñido por eso, le habría exigido saber lo que estaba pensando.

Pero notaba que lo que tenía con Astrid era frágil. Había vuelto, pero no del todo. No quería empezar a pelearse con ella. Se acercaba una guerra, no era el momento de discutir con alguien a quien quería.

Pero su marcha abrupta produjo el efecto de dejarle con un solo hilo a seguir, una sola cosa en la que pensar: la solución.

La solución que no existía.

Penny vivía sola en una casa pequeña situada en el extremo oriental de la ciudad. Veía una franja estrecha del océano desde su dormitorio en el piso de arriba, y eso le gustaba.

Habría querido trasladarse a Clifftop, pero Caine había denegado su petición. Clifftop era para Lana, para que hiciera lo que quisiera con el lugar. Incluso cuando Lana se trasladó al lago —lo cual resultó temporal—, Clifftop quedó como zona prohibida.

—Nadie se mete con Lana —había decretado Caine.

Lana, Lana, Lana. Todos amaban a Lana.

Penny había pasado algún tiempo con ella cuando le arregló las piernas. Tardó mucho, de hecho, porque tenía muchos huesos rotos. A Penny le había parecido una estirada. Realmente era un alivio que le arreglaran las piernas, y muy agradable no sentir dolor, pero eso no le daba derecho a mostrarse tan arrogante y tan por encima de todo...

Y, además, tenía el hotel entero, enorme, para ella sola. Y decidía quién entraba o salía.

A Penny le molestaba que Lana suscitara tanto respeto. Porque Penny sabía que podía hacer que se arrastrara, llorara y se arrancara los ojos como había hecho Cigar.

Claro que sí. Claro que sí. Cinco minutos a solas con la señorita curandera... y a ver qué le parecía. A ver si se mostraba tan arrogante entonces...

El único problema era que Caine mataría a Penny. No sentía nada por ella. La chica esperaba que después de marcharse Diana... Pero no, Caine no ocultaba su mirada de desprecio cuando veía a Penny.

Todavía, pese al poder que Penny acumulaba, Caine seguía siendo el pez gordo, el chico popular, el chico guapo que escupiría a alguien como ella, con su pelo quebradizo, sus brazos torpes y huesudos y el pecho plano como una tabla de planchar. Todavía la vida se basaba en quién estaba bueno y quién no.

Pero Caine no era el único chico que había.

Llamaron suavemente a la puerta de atrás. Penny la abrió para Turk.

—¿Has tenido cuidado? —preguntó la chica.

—Me he apartado del camino. Y luego he saltado un par de vallas.

El chico tenía la respiración agitada y sudaba. Penny se lo creyó.

—¿Y has hecho todo eso solo para verme? —preguntó Penny.

Turk no contestó. Se dejó caer en una de las poltronas y soltó una nube de polvo. Apoyó el arma contra un lado de la silla y se quitó las botas para ponerse cómodo.

De repente, un escorpión se le subió por el brazo. El chico gritó, le dio manotazos como un loco y se levantó de un salto de la silla.

Entonces vio la sonrisa en el rostro de Penny.

—¡Oye, no me hagas eso! —gritó.

—Pues no me ignores —replicó ella.

Detestaba el tono suplicante en su voz.

—No te estaba ignorando.

El chico volvió a sentarse inspeccionando cuidadosamente por si había escorpiones, como si hubiera sido real.

Penny reconoció suspirando que Turk no era el chico más listo del mundo. No era Caine. Ni Sam. Ni siquiera Quinn. Puede que ellos pudieran ignorar a Penny y no tratarla como a una chica, y poner mala cara, asqueados, al verla. Pero Turk no.

Turk no era más que un gamberro tonto.

Penny sintió que una furia muy intensa se acumulaba en su interior, y tuvo que apartarse para ocultarla. Penny era la ignorada, la olvidada, la que pasaban por alto.

Era la mediana de tres chicas en su familia. Su hermana mayor se llamaba Dahlia. Su hermana menor se llamaba Rose. Las dos tenían nombres bonitos de flor. Y la fea de Penny quedaba en medio.

Dahlia era una belleza. Desde que Penny podía recordar, su padre amaba a Dahlia. La vestía con toda clase de conjuntos..., plumas, ropa interior de seda..., y le tomaba cientos de fotos. Hasta que Dahlia empezó a desarrollarse.

Y cuando su padre perdió el interés por Dahlia, Penny asumió que ella sería la elegida, la amada, la admirada. Asumió que ella sería la que posaría, la que se inclinaría hacia un lado y el otro, la que enseñaría y ocultaría, la que pondría carita tímida o asustada según lo que su padre necesitara.

Pero su padre apenas reparó en ella, y pasó a la pequeña y bonita Rose.

Y Rose no tardó en protagonizar las fotos que su padre subía a internet.

Penny tardó unos años en entender que lo que su padre hacía iba en contra de la ley.

Entonces, tuvo que esperar hasta que su padre estuviera en el trabajo para llevarse el portátil a la escuela y mostrar las fotos a sus compañeros. Un profesor las vio y llamó a la policía.

Arrestaron a su padre. La madre de Penny empezó a beber más que nunca. Y enviaron a las tres chicas a vivir con el tío Steve y la tía Connie.

Y, oh, sorpresa, las pobres víctimas Dahlia y Rose —las pobres y bonitas

Dahlia y Rose— acapararon toda la compasión y la atención.

Su padre se colgó en su celda después de que unos reclusos le dieran una paliza.

Penny vertió desatascador de tuberías en los cereales de Rose para ver lo guapa que estaría con la garganta quemada, y entonces fue cuando la mandaron a Coates.

No había sabido nada de sus hermanas durante los dos años que había pasado en Coates. Ni de sus tíos. Su madre le había escrito una vez, una postal de Navidad incoherente y autocompasiva.

En Coates, la ignoraban tanto como siempre. Hasta que empezó a desarrollar su poder. Le vino tarde, tras la primera gran batalla de Perdido Beach, cuando Caine se marchó al desierto con el líder de la manada.

Cuando por fin volvió, despotricando y aparentemente enloquecido, Penny se guardó su secreto. Sabía que no debía enseñárselo a Drake, que era implacable y la habría matado. Caine era más dulce y listo que Drake. Cuando por fin recuperó cierta cordura, Penny comenzó a enseñarle lo que era capaz de hacer.

Pero Caine seguía ignorándola a favor de Drake y, lo que es peor, de esa bruja de Diana, que nunca lo había querido, que siempre lo criticaba, que incluso lo había traicionado y se había peleado con él.

En ese momento terrible en que se encontraron en el borde del acantilado de la isla de San Francisco de Sales, cuando Caine solo podía salvar a una de las dos, a Diana o a Penny, el chico eligió.

Penny había soportado un dolor hasta entonces desconocido. Pero le sirvió para aclararse, para fortalecerse. Eliminó cualquier eco débil de piedad que aún quedara en ella.

A Penny ya no la ignoraban.

La odiaban.

La temían.

Ya no la ignoraban.

—¿Tienes algo para beber? —preguntó Turk.

—¿Quieres decir agua?

—No seas estúpida; ya sabes que no quiero decir agua.

El agua ya no escaseaba. El chaparrón inquietante creado por el pequeño Pete seguía cayendo. Una corriente bajaba por la calle. Habían bloqueado cuidadosamente todas las alcantarillas para que fuera a parar a una abertura en la pared que formaba un depósito en la arena de la playa.

Penny cogió una botella de la cocina. Estaba medio llena del líquido vomitivo que había preparado Howard. Oía a animal muerto, pero Turk tomó un trago largo.

—¿Quieres que nos enrollemos? —preguntó Turk.

Penny se deslizó encima de él, imitando sin ser consciente cosas que había visto hacer a Dahlia y Rose.

Turk puso mala cara.

—No, así no. No si eres tú.

Penny lo sintió como una bofetada en la cara.

—Como hiciste la otra vez. Ya sabes, en mi cabeza. Hazlo como la otra vez.

—Ah, así —dijo ella sin cambiar la voz.

Penny tenía el poder de provocar visiones horripilantes. Pero también tenía el poder de generar ilusiones hermosas. Eran lo mismo. Y esas ilusiones le habían servido para llevar a Cigar al límite. Había descubierto una imagen de su madre y le había hecho ver...

Entonces creó una visión de Diana para Turk.

Al cabo de un rato, usó la imagen de Diana para decir:

—Turk, ha llegado la hora.



—¿Mmmm?

—Caine me ha humillado —dijo Penny con la voz de Diana.

—¿Qué?

—Él es el único que puede detenerme —prosiguió Penny—. Él es el único que puede humillarme de esa manera.

Turk era tonto, pero no tanto, y la apartó.

Penny volvió a ser ella misma.

—Un día te matará, Turk —le advirtió Penny—. ¿Recuerdas lo que hizo a tu amigo Lance? —preguntó, y dibujó un arco largo en el aire, puntuado con un ¡paf!

Turk miró nervioso a su alrededor.

—Sí, me acuerdo; por eso soy leal al rey. Él es el rey, y yo no me meto con él.

Penny sonrió.

—No, solo acabas de fantasear con su novia.

Turk abrió mucho los ojos y tragó saliva, nervioso.

—Ya, bueno, ¿y tú qué?

Penny se encogió de hombros.

—Sea como sea, ya no es su novia —replicó Turk.

Penny se quedó callada, esperando. Sabía que era muy débil y miedoso.

—Pero ¿de qué me hablas, Penny? —exclamó Turk—. Estás loca.

Penny se rio.

—Todos estamos locos, Turk. La única diferencia es que yo sé que lo estoy. Lo sé todo sobre mí. ¿Sabes por qué? Porque estuve sentada con las piernas rotas y con ganas de gritar a cada minuto del día, comiendo las sobras que Diana me traía, y todo eso te hace pensar con claridad y empiezas a ver las cosas como son.

—¡Me largo de aquí! —gritó Turk, y se levantó de un salto.

Había recorrido poco más de medio metro cuando se encontró a Caine en su camino. Turk dio un paso atrás y le flaqueó una pierna. Estuvo a punto de caerse.

La ilusión de Caine desapareció.

—Déjame ir, Penny —suplicó Turk con voz temblorosa—. Nunca se lo diré a nadie. Déjame ir. Caine y tú..., lo que sea, ¿vale?

—Creo que acabarás haciendo lo que quiero que hagas —dijo Penny—. Estoy harta de que me ignoren y estoy harta de que me humillen.

—No voy a matar a Caine. Digas lo que digas.

—¿Matar? ¿Matarlo? —Penny negó con la cabeza—. ¿Quién ha hablado de matar? No, no, no. Nada de matar. —La chica sacó un frasco del bolsillo, lo abrió y vertió seis pastillas pequeñas, pálidas y ovaladas, en la palma—. Pastillas para dormir.

Volvió a meter las pastillas en el frasco y lo cerró.

—Las he sacado de Howard. Es muy útil. Le dije que me costaba dormir y le pagué con... Bueno, digamos que Howard tiene sus propias fantasías. Que, por cierto, no te las creerías.

—¿Pastillas para dormir? —repitió Turk en tono agudo y desesperado—. ¿Crees que vas a cargarte a Caine con pastillas para dormir?

—Pastillas para dormir —repitió Penny, y asintió satisfecha—. Pastillas para dormir y cemento.

La cara de Turk se volvió lívida.

—Encuentra un modo de traérmelo, Turk. Tráemelo. Entonces nosotros tres lo manejaremos todo.

—¿Qué quieres decir con «nosotros tres»?

Penny sonrió y dijo con los labios de Diana:

—Tú, yo y Diana.

Howard los oyó antes de verlos. Los coyotes olían a carne podrida.

El chico reprimió el impulso de echar a correr presa del pánico cuando el líder de la manada apareció arrastrándose en la carretera delante de él. No podía correr más rápido que un coyote. Pero hacía mucho tiempo que los coyotes no atacaban a nadie.

Se rumoreaba que Sam los había amenazado. Eso era lo que decía la gente, que Sam había impuesto la ley y amenazado con ponerse medieval con toda la población de coyotes si se metían con alguien.

Los coyotes temían a Manos Brillantes. Todo el mundo lo sabía.

—Oye —empezó Howard, tan bravucón como pudo—. Soy buen amigo de Manos Brillantes. ¿Sabes de quién hablo? De Sam. Así que voy a seguir caminando.

—Manada hambrienta —dijo el coyote con su voz arrastrada, aguda y alterada.

—Ay, qué divertido —replicó Howard. Tenía la boca seca. Le latía el corazón muy fuerte. Dejó la mochila pesada en el suelo—. No tengo mucha comida. Solo una alcachofa hervida. Te la puedes quedar. —Metió la mano en la mochila, tanteando ruidosamente entre botellas vacías, buscando el tacto del metal. Lo encontró, cerró las manos en torno a un cuchillo pesado y lo sacó. Entonces lo agitó delante de él y exclamó—: ¡No hagas ninguna estupidez!

—Coyote no mata humano —dijo el líder de la manada.

—Sí, sí, más te vale que no. ¡Mi chico Manos Brillantes os quemará enteros, perros sarnosos!

—Coyote come. No mata.

Howard intentó hablar un par de veces, pero no le salían las palabras. De repente, los intestinos se le habían vuelto agua. Le temblaban tanto las piernas que temía desmayarse.

—No puedes comerme sin matarme —acabó diciendo.

—Líder de manada no mata. Él mata.

—¿Él?

Howard sintió un pinchazo en la nuca. Se volvió despacio. El horror le estaba debilitando los músculos.

—Drake... —susurró.

—Sí. Eh, hola, Howard. ¿Cómo te va?

—Drake.

—Sí, eso ya lo has dicho.

Drake desenroscó la mano de látigo. Parecía más lobuno que los coyotes que salían al descubierto para formar un círculo en torno a Howard.

—Drake, tío, no, no. No, no, no. No lo hagas, Drake, tío.

—Solo te dolerá un rato —afirmó el psicópata.

Y chasqueó su látigo. Era como fuego en el cuello de Howard.

El chico se volvió y echó a correr presa del pánico, pero Drake lo alcanzó en la pierna y lo hizo caer boca abajo en la tierra. Howard alzó a la vista y vio que uno de los coyotes lo miraba con gula intensa y se relamía el hocico.

—¡Soy útil! —exclamó Howard—. Debes de estar tramando algo. ¡Puedo ayudarte!

Drake se sentó a horcadas sobre él, y despacio, casi delicadamente, enroscó su brazo de tentáculo alrededor de la garganta de Howard y empezó a apretar.

—Puede que seas útil —concedió Drake—. Pero mis perros tienen que comer.

A Howard se le salían los ojos de las órbitas. Parecía que le fuera a estallar la cabeza de la presión de la sangre. Sus pulmones no aspiraban nada.

Mohamed vio el círculo de coyotes y se agachó rápidamente tras un arbusto

pelado que no lo ocultaría si alguien lo estuviera buscando. Pero fue lo único que encontró para resguardarse. La carretera ascendía un poco llegado ese punto y, tras subir la cuesta, el chico estaba prácticamente encima de los coyotes antes de verlos.

Entonces se dio cuenta de que veía algo más que coyotes.

Veía a Drake.

Mohamed respiró con fuerza de repente, y las orejas del coyote más cercano, que debía de encontrarse a varios centenares de metros de distancia, se agitaron un poco.

Había algo..., no, alguien... en el suelo. Drake tenía su mano de látigo en torno al cuello de alguien. Mohamed no veía quién era.

Mohamed tenía una pistola. Y un cuchillo. Pero todos sabían que no se podía matar a Drake con un arma. Si intentaba hacerse el héroe, también lo matarían.

No había una solución correcta. No había manera de parar lo que estaba presenciando. Solo le quedaba sobrevivir.

Mohamed se apartó arrastrándose como un cangrejo a gatas. En cuanto dejó de ver el horror sangriento, se puso en pie y echó a correr hacia el lago.

Corrió y siguió corriendo sin detenerse. Nunca había corrido tanto ni tan rápido en su vida. Alcanzó el bendito, bendito lago, se abrió paso a empujones entre unos chavales que preguntaron: «¿Cómo te va?», y corrió hasta la casa flotante.

Sam estaba en cubierta, sentado con Astrid. Mohamed se dio cuenta de que había salido a explicar a Albert que Astrid estaba allí, y se dio cuenta de lo poco que le importaba contarle nada a Albert.

Saltó al barco, se volvió como si estuviera medio convencido de que los coyotes lo habían seguido, y cayó jadeando en la cubierta. Sam y Astrid se le acercaron. Astrid le puso una botella de agua sobre los labios resecos.

—¿Qué pasa, Mo? —preguntó Sam.

Al principio Mohamed no lograba responder. Sus pensamientos formaban una maraña de imágenes y emociones. Sabía que debía intentar controlar la situación, encontrar una manera de dar una imagen más favorable, pero no le

quedaban fuerzas.

—Drake —dijo Mohamed de forma entrecortada—. Coyotes.

De repente, Sam se quedó muy quieto. Su voz bajó de volumen y registro.

—¿Dónde?

—Yo estaba... en la carretera a PB.

—¿Drake y los coyotes? —apuntó Astrid.

—Estaban... Tenían a alguien. En el suelo. No he visto quién era. ¡Quería pararlos! —Mohamed exclamó la última frase en tono suplicante—. Tenía un arma, pero... Yo...

Mohamed miró a Sam, intentó mirarlo a los ojos, buscando algo: ¿comprensión?, ¿perdón?

Pero Sam no lo miraba. El rostro de Sam era como de piedra.

—Te habrían matado —añadió la chica.

Mohamed agarró a Sam de la muñeca.

—Pero ni siquiera lo he intentado.

Sam lo miró como si acabara de recordar que Mohamed estaba allí. Su mirada fría parpadeó y volvió a ser humana.

—No es culpa tuya, Mo. No podrías haber parado a Drake. El único que podría haberlo hecho soy yo.

## **DIECISIETE 20 HORAS, 19 MINUTOS**

—**HAZ SONAR** la alarma —ordenó Sam.

La alarma era una gran campana de latón que habían cogido de uno de los barcos y colgado sobre la oficina de dos pisos del puerto deportivo.

Edilio corrió hasta la torre, trepó y tocó la campana.

La mente de Sam sentía curiosidad por ver lo bien que se portaría todo el mundo. Lo habían practicado tres veces: cuando sonara la campana, algunos chavales debían correr a los campos y alertar a los chavales que allí hubiera.

Cada tienda o tráiler tenía un barco asignado para salir, tanto si se trataba de una casa flotante, de un velero o de un barco más pequeño; mientras fuera más grande que un bote de remos serviría.

Edilio tocó la campana, y los pocos chavales que había cerca se quedaron inmóviles, perplejos.

—¡Oíd! —gritó Sam—. ¡Esto no es un simulacro, esto va en serio! ¡Haced lo que os enseñó Edilio!

Como de costumbre, Brianna apareció sorprendiéndolos.

—¿Qué pasa?

—Drake —respondió Sam—. Pero, antes de que te preocupes por él, asegúrate de que traemos a todos de los campos. ¡Ve!

Dekka se acercó corriendo, aunque más despacio que Brianna.

—¿Qué ocurre?

—Drake.

Algo eléctrico circuló entre ellos y Sam tuvo que contenerse para no reírse en voz alta. Drake. Algo definido. Algo real. Un enemigo real y tangible. No un proceso vago, ni una fuerza misteriosa.

Drake. Sam se lo imaginaba claramente.

Y sabía que Dekka estaba haciendo lo mismo.

—Lo han visto con una manada de coyotes. Parece que han matado a alguien. Seguramente a Howard.

—¿Crees que viene hacia aquí?

—Probablemente.

—Y ¿cuánto tardará? —preguntó Dekka.

—Pues no lo sé. Ni siquiera estoy seguro de que venga. En cuanto Brianna esté libre la mandaré a inspeccionar.

—Esta vez sin compasión —dijo Dekka.

—Ninguna —Sam estaba de acuerdo—. Ocúpate de tu parte.

«Tu parte» se refería básicamente a ser Dekka. Los chavales la respetaban hasta la reverencia. Todos sabían que se había enfrentado a una muerte terriblemente truculenta. Y también había salvado a los peques cuando Mary hizo puf. Y, claro, todos sabían que Sam la tenía muy bien considerada.

Así que, durante los simulacros, Dekka se había quedado en el muelle mientras todos corrían a los barcos. Era la presencia antipática. No podías fliparte cuando Dekka te repasaba.

Torrentes de chavales volvían de los campos cargando con toda la comida que podían, vigilados por una Brianna que los recorría revoloteando.

A los que estaban acampados ya los habían sacado de sus tráileres y tiendas, y habían empezado a ocupar sus sitios en los barcos del puerto.

En cuanto tenían a todos sus pasajeros asignados, los barcos zarpaban y remaban, o se impulsaban con pértiga o sencillamente iban a la deriva, hacia el interior del lago.

Orc apareció acompañando a Sinder y Jizzie, los tres cargados de verduras. Sam no sabía si compartir sus sospechas con Orc, pero decidió que no. Puede que necesitara su fuerza y su carácter casi indestructible. No podía permitir que el chico monstruo atacara por su cuenta.

En treinta minutos, la mayor parte de la población estaba a bordo del conjunto variopinto de veleros, lanchas motoras, yates a motor y casas flotantes que formaban la armada del lago Tramonto.

Al cabo de una hora, los ochenta y tres chavales se encontraban repartidos en diecisiete embarcaciones distintas.



Sam miraba hacia el lago y se sentía satisfecho. Habían planeado ese día e, increíblemente, el plan había funcionado. Toda esa gente estaba en el agua. El agua era potable, así que no tenían que preocuparse por la sed. El lago proporcionaba una cantidad razonable de peces, y todas sus reservas de comida se encontraban en los barcos.

Así que los chavales podían sobrevivir en los barcos durante una semana larga, puede que incluso dos, sin problemas.

Si ignorabas que habría accidentes. Y estupideces.

Y si ignorabas que el mundo entero se oscurecería muy pronto.

Y que había algo que se dedicaba a mezclar chavales y coyotes como quien hace una tortilla.

El único barco que no salió fue la Casa Blanca flotante. Sam, Astrid, Dekka, Brianna, Toto y Edilio se encontraron en cubierta, donde los chavales ansiosos de las embarcaciones desaparejas que los rodeaban pudieran verlos. (Habían mandado a Sinder, Jezzie y Mohamed a otros barcos). Era importante transmitir la idea de que tenían las cosas bajo control. Sam se preguntaba cuánto duraría esa ilusión.

—Vale, lo primero es lo primero —empezó a decir Sam mirando a Brianna.

—Allá voy —respondió la chica.

Llevaba su mochila de corredora. La de la escopeta recortada con dos cañones que salía por abajo, de modo que la mochila también hacía de funda.

—¡Espera! —gritó Sam antes de que pudiera desaparecer—. Encuentra, mira... —Sam apuntó a Brianna con el dedo y se inclinó hacia delante, asegurándose de que así lo oyera— y vuelve.

Brianna adoptó una expresión falsa como si se sintiera herida, y replicó:

—¿Qué, crees que voy a empezar una pelea? ¿Yo?

El comentario provocó la risa de todos excepto de Dekka, y el sonido de esa risa resultó tranquilizador para los chavales asustados de los barcos.

Brianna se convirtió en un borrón y Sam oyó que la vitoreaban desde varios

barcos.

—¡Vamos, Brisa!

—¡Sí, la Brisa!

—¡La Brisa contra Mano de látigo!

Sam miró a Edilio y comentó:

—Justo lo que Brianna necesita: que le suban el ego. —Y añadió—: ¿Alguien tiene idea de a quién han matado? ¿Quién falta?

Edilio se encogió de hombros. Se levantó, se dirigió a la borda y gritó a los barcos:

—Eh, escuchadme. ¿Falta alguien?

Durante un rato, nadie respondió. Entonces Orc, que estaba en la proa de un velero, y pesaba tanto que el barco entero se hundía más de medio metro por la parte delantera, comentó:

—No he visto a Howard. Pero él siempre..., ya sabes..., anda solo por ahí.

Las miradas de Sam y Edilio se encontraron. Ya se habían dado cuenta de que era quien faltaba.

Sam vio que Orc se levantaba, con lo que el barco entero se movió y asustó a Roger, Justin y Diana, que estaban allí con él. Orc volvió a sentarse.

—Qué bien que hayas vuelto —dijo Sam a Astrid—. Orc confía en ti. Puede que más tarde...

—No creo que Orc y yo... —empezó a contestar ella.

—No me importa. Puede que necesite a Orc. Así que igual tendrás que hablar con él —replicó Sam.

—Sí, señor —dijo ella con un levísimo tono de sarcasmo.

—¿Dónde está Jack? —preguntó entonces Edilio, malhumorado—. Se

supone que tiene que fichar.

—De camino —respondió Dekka, y señaló con la barbilla—. Lo veo. Solo se está entreteniendo.

—¡Jack! —aulló Sam.

Jack se encontraba a unos cien metros de distancia, y levantó la cabeza al oír su nombre. Sam puso los puños en jarras y lo fulminó con la mirada, impaciente. Entonces Jack se puso a correr como lo hacía, a grandes saltos potentes.

En cuanto alcanzó el muelle, Edilio le preguntó qué pensaba que estaba haciendo.

—Se supone que has de ir armado y se supone que has de estar en el Hoyo.

—¿Qué está pasando? —preguntó Jack tímidamente—. Estaba dormido.

—¿Brianna no te ha despertado? —preguntó Sam.

Jack parecía incómodo.

—No nos hablamos.

Sam señaló enfadado los barcos que cabeceaban en el lago.

—Tengo a niños de cinco años metiendo a niños de dos años donde se supone que tienen que estar, ¿y uno de mis dos genios oficiales se ha dormido?

—Lo siento —dijo Jack.

—Así es —confirmó Toto.

Sam lo ignoró. Rebosaba adrenalina. Estaba dispuesto a olvidar la mutación asquerosa que había bajo de la lona. Dispuesto a olvidar, al menos por el momento, que puede que fuera el último día de verdad con el que contaban. Dispuesto a olvidar su preocupación por Caine y los misiles. Dispuesto a dejar a un lado todos esos problemas intratables y preguntas sin responder, porque ahora —ahora, por fin— se presentaba una pelea directa.

Astrid lo agarró del hombro y lo llevó aparte. Sam no quería discutir con ella;

tenía cosas que hacer. Pero no podía decirle que no. No sin escucharla primero.

—Sam, esto significa que tu carta no va a llegar ni a Caine ni a Albert.

—Ya, ¿y?

—¿Y? —Astrid se mostró tan brusca en su incredulidad, que Sam tuvo que dar un paso atrás—. ¿Y? Las luces van a apagarse igualmente, Sam. Y aún nos enfrentamos a un posible desastre. Y no sabes lo que pueden hacer Albert o Caine.

—De eso me encargaré cuando pueda —dijo el chico, cortando el aire con la mano para interrumpir el debate—. Tenemos una pequeña urgencia entre manos.

—A todo esto, ¿dónde está la tontaina de Taylor? —preguntó la chica, enfadada—. Si no se presenta, manda a Brianna a entregar la nota a Albert y Caine.

—¿A Brianna? ¿Y apartarla de la caza de Drake? Te deseo suerte...

—Entonces manda a Edilio y a un par de sus...

—Ahora no, Astrid. Prioridades.

—Tú estás estableciendo prioridades, Sam. Te encargas de lo fácil en vez de ser listo.

A Sam le dolió que le dijera eso.

—¿Lo fácil? Drake se presenta de repente tras cuatro meses desaparecido. ¿No te parece que igual todo es lo mismo? ¿Drake, la mancha, lo que sea esa fuerza «ignorante»?

—Claro que sospecho que todo es lo mismo —replicó Astrid apretando los dientes—. Por eso quiero que busques ayuda.

Sam levantó un puño y empezó a recorrer una lista, sacando un dedo por cada punto a tratar.

—Uno: Brisa lo localiza. Dos: Dekka, Jack y yo nos reunimos. Tres: tanto si se trata de Drake como de Brittney, lo cortamos, lo quemamos a fondo, trozo a trozo, y hundimos las cenizas que queden en el lago, dentro de una caja de metal cerrada y pesada. —Sam volvió a cerrar los dedos en un puño—. Vamos a acabar con Drake

de una vez por todas.

Drake oyó el repique de la campana. Era un ruido lejano, pero resultaba estridente y penetrante. Sintió el apremio que implicaba. Se imaginó lo que quería decir.

Maldijo a los coyotes, y no precisamente en voz baja.

—Han encontrado el desastre que habéis dejado en la carretera. Ahora estarán preparados para nosotros.

El líder de la manada no le dijo nada.

¿Cuánto tardarían en mandar a Brianna tras él? Poco. Si los encontraba, despacharía a los coyotes en escasos y sangrientos segundos. Y luego evitaría que Drake avanzara.

Había luchado con Brianna antes. La chica no podía matarlo, pero sí retrasarlo. Le había cortado extremidades, y esa clase de daño tardaba en arreglarse.

Y por supuesto se traería a Sam. A Sam y sus pequeños ayudantes. Puede que esta vez no lo retrasara el surgimiento de Brittney. Puede que esta vez lo quemara centímetro a centímetro, como empezó a hacer cuando...

—¡Aaaarrrg! —gritó Drake.

Alzó su tentáculo y lo dejó caer con un chasquido estentóreo.

Los coyotes lo observaban impasibles.

—Tengo que esconderme —anunció el psicópata. Le avergonzaba reconocerlo—. Tengo que esconderme hasta que llegue la noche.

El líder de la manada inclinó la cabeza y dijo como pudo:

—Cazador humano ve. No huele ni oye.

—Una observación brillante, Marmaduke. —Pero era verdad: Brianna no era un coyote. No podía olerlo ni oírlo, a no ser que hiciera mucho ruido. Solo necesitaba que no lo vieran—. Vale, buscadme un lugar donde no me vean hasta

que se haga de noche.

—Sitio alto con grietas profundas.

—Vamos rápido, antes de que se decidan a mandarnos a vuestra amiga Chica Rápida.

Los coyotes no se entretuvieron. Se marcharon al trote, esquivando los obstáculos con una especie de fluidez incesante. Fueron subiendo hasta llegar a la cima de un promontorio. Allí Drake vio que la barrera se encontraba a unos cuatrocientos metros.

Se detuvo y se quedó mirando.

Era como si su dueña se alzara desde lo más hondo de la tierra con garras negras. Como si intentara agarrar y envolver aquel mundo antinatural con miles de dedos.

Debería haberlo motivado. Pero se sintió inquieto. Se trataba de la misma mancha negra que había empezado a extenderse por la *gayáfaga*.

Le recordaba que puede que la Oscuridad no estuviera bien del todo. Le recordaba que aquella misión no se basaba solamente en la ambición de la *gayáfaga*, sino también en el miedo.

—Muévete —le instó el líder de la manada, ansioso.

Sus siluetas se recortaban parcialmente sobre el risco. Drake se agachó. Veía el lago extendido por debajo. Si él podía verlos, ellos también.

Corría tras el líder de la manada, que desapareció rápidamente entre un laberinto de piedras caídas y el risco erosionado por la lluvia.

Drake tuvo que tomar aire para encajarse en la grieta que habían encontrado para él. Una de las ventajas de ir con coyotes era que nadie conocía mejor el terreno.

No había espacio para sentarse, y apenas para mantenerse en pie. Pero Brianna no lo encontraría; de eso estaba seguro.

Y desde allí veía una franja estrecha del lago, unos pocos barcos y un fragmento del cielo.

La noche se acercaba.

**FUERA LA ENFERMERA CONNIE** Temple se tragó el Zoloft. Le iba mejor que el Prozac, la dejaba menos cansada.

Y a continuación se tomó casi una copa de vino tinto, lo cual la haría sentir cansada.

Encendió el televisor y fue cambiando de canal, aunque en verdad no le interesaban las películas que ofrecían. No estaba en su tráiler. Estaba en el Avania Inn de Santa Bárbara. Allí era donde se veía regularmente con el sargento Darius Ashton.

Habían empezado a salir unos meses atrás. Se había presentado uno de los viernes que Connie cocinaba. Y poco después se dieron cuenta de que debían mantener su relación en secreto.

Connie oyó que llamaban a la puerta de una forma familiar, y dejó entrar a Darius. Era bajo, solo unos cinco centímetros más alto que ella, pero tenía un cuerpo compacto y duro decorado con tatuajes y cicatrices que se había traído de Afganistán.

Llevaba seis latas de cerveza en una mano, y sonreía avergonzado.

A Connie le gustaba. Le gustaba que fuera lo bastante listo como para saber que en parte estaba con él —no del todo, solo en parte— porque lo utilizaba para sacarle información. Había perdido casi toda la vista de un ojo, así que Darius nunca volvería a combatir. Actualmente se encargaba del mantenimiento en Camp Camino Real. No tenía acceso directo a nada clasificado, pero oía cosas. Veía cosas. Odiaba su trabajo, y si no podía ser soldado de combate estaba decidido a dejar el servicio cuando terminara el periodo de reclutamiento.

Básicamente, el sargento Darius Ashton se dedicaba a matar el tiempo. Y le gustaba hacerlo con Connie.

La mujer estaba sentada en la cama bebiendo vino tinto. Darius se estaba bebiendo su tercera cerveza y se dejó caer en la silla con los pies subidos al extremo de la cama; a ratos jugaba con los dedos de los pies de Connie.

—Algo pasa —dijo sin más preámbulos—. He oído que el coronel amenazaba con dimitir.

—¿Por qué?

Darius se encogió de hombros.

—Y ¿se ha ido? —preguntó Connie.

—Nooo. El general ha venido en helicóptero. Han tenido una charla que se oía a cierta distancia. Entonces el general se ha ido, y ya está.

—¿Y tienes idea de qué iba?

Darius negó con la cabeza despacio. Dudó si continuar, y Connie supo que iba a decirle algo importante. Algo que no se atrevía a contarle.

—Mis hijos están ahí dentro —le recordó la mujer.

—¿Hijos, en plural? —Darius la miró con dureza—. Solo te he oído hablar de tu chico, Sam.

Connie tomó un trago largo de vino.

—Quiero que confíes en mí —dijo—. Así que te voy a contar la verdad. Así va lo de la confianza, ¿verdad?

—Me suena que sí.

—Tuve gemelos. Sam y David. Supongo que entonces me gustaban los nombres bíblicos.

—Nombres buenos y fuertes.

—Bivitelinos, no idénticos. Sam era el mayor, por unos minutos. Aunque fue el pequeño, pesó casi doscientos gramos menos.

Connie se sorprendió al detectar que su voz la traicionaba y temblaba. Pero se forzó a seguir, decidida a no echarse a llorar.

—Tuve depresión posparto. Muy fuerte. ¿Sabes lo que es eso?

Darius no respondió, pero Connie se dio cuenta de que no lo sabía.

—A veces, tras dar a luz, a la mujer se le alteran las hormonas. Yo ya lo sabía.



A fin de cuentas soy enfermera, aunque no trabaje mucho de enfermera últimamente.

—Así que hay pastillas y cosas así —sugirió Darius.

—Las hay —confirmó Connie—. Y no se me fue la cabeza. Pero desde el principio tenía una... una fantasía, supongo..., de que había algo malo en David.

—¿Malo?

—Sí, malo. No quiero decir físicamente. Era un bebé precioso. Y listo. Era muy raro, porque me preocupaba preferirlo a Sam, porque era más grande, y tan despierto y guapo...

Darius dejó a un lado su cerveza ahora vacía y abrió otra.

—Entonces pasó lo del accidente, lo del meteorito.

—Me suena —comentó Darius, interesado—. Pero eso fue hace veinte años, ¿no?

—Trece.

—Debió de ser para verlo. ¿Un meteorito que destroza una central nuclear? La gente debió de alucinar.

—Se podría expresar así —dijo Connie muy seca—. Sabes que siguen llamando «El Rincón Radioactivo» a Perdido Beach. Claro que nos dijeron que todo iba bien... Bueno, a mí no. De hecho, lo que me dijeron fue que mi marido, el padre de mis dos hijos, había sido la única víctima.

Darius se incorporó, inclinó la cabeza y se acercó a ella.

—¿Por la radioactividad?

—No, por el impacto en sí. No sufrió. Ni siquiera supo lo que se avecinaba. Solo estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado.

—Muerto por un meteorito.

Darius negó con la cabeza. Connie sabía que había visto la muerte de cerca

en Afganistán.

—Después de eso, volví a deprimirme. Fue peor que nunca. Y entonces me convencí, estaba tremendamente convencida de que había algo malo en David. Algo muy muy malo.

El recuerdo de aquellos días se apoderó de Connie, y no pudo seguir hablando. La locura resultó tan real... Lo que empezó como síntoma de depresión posparto había llegado a convertirse en una especie de síntoma psicótico. Como si tuviera una voz en la mente susurrándole, susurrándole que David era peligroso, que era malvado.

—Tenía miedo de hacerle daño —reconoció Connie.

—Qué duro.

—Sí, qué duro. Yo lo quería, pero le tenía miedo. Temía lo que pudiera hacerle. Así que... —Connie soltó una respiración entrecortada—. Así que lo entregué. Lo adoptaron de inmediato. Y durante mucho tiempo desapareció de mi vida. Concentré mi atención en Sam, y me dije que había hecho lo correcto.

Darius frunció el ceño.

—Me he leído el Wiki. No hay ningún David Temple. Me habría fijado, por el apellido.

Connie sonrió levemente.

—Nunca supe quién lo había adoptado. Nunca supe quién era. Hasta que un día estaba en el trabajo, en Coates. Por aquel entonces ni siquiera me habían contratado: sustituía a la enfermera de siempre, que estaba de baja por maternidad. Y trajeron al chico. Lo supe de inmediato, sin dudarlo. Le pregunté cómo se llamaba, y me dijo que se llamaba Caine.

—Y ¿cómo era? Quiero decir, que tenías la idea de que se volvería malo...

Connie bajó la cabeza.

—Seguía siendo hermoso. Y muy listo. Y tan encantador... Tendrías que haber visto cómo se congregaban las chicas a su alrededor.

—La belleza le viene de su madre —comentó Darius, intentando mostrarse galante.

—También era cruel, manipulador, implacable. —Connie pronunciaba las palabras con sumo cuidado, pensándose cada una de ellas—. Me asustaba. Y fue uno de los primeros en empezar a mutar. Al mismo tiempo que Sam, de hecho, pero Sam era una persona completamente distinta. Sam arremetía con su poder, perdía el control y luego se quedaba destrozado. Pero Caine utilizaba su poder sin preocuparse por nadie más que por él mismo.

—¿Misma madre, mismo padre, y sin embargo tan distintos?

—Misma madre —afirmó Connie, sin cambiar la voz—. Yo entonces tenía una aventura. Nunca les hice una prueba de ADN, pero es posible que tuvieran padres distintos.

Connie percibió que Darius estaba sorprendido. No le parecía bien lo que había contado. Pero ¿por qué tendría que parecerle bien? Ni a ella misma le parecía bien.

De repente la habitación pareció enfriarse.

—Más vale que me vaya —dijo Darius—. ¿Harás costillas el viernes?

—Darius, te he contado mi secreto —dijo Connie—. Te lo he dado todo. ¿Qué es lo que no me estás contando?

Darius se detuvo en la puerta. Connie se preguntaba si volvería alguna vez. Había visto una faceta de ella que no se esperaba.

—No te lo puedo contar todo —repuso Darius—, excepto que a los militares les encantan los acrónimos. Justo el otro día vi uno nuevo que no reconocí, en unos vehículos que entraron al campamento. EAUN. Parece inocente, ¿eh?

—¿Qué es EAUN?

—Búscalos. Te veré el viernes si puedo.

Darius se marchó.

Connie abrió su portátil y se conectó a la red inalámbrica del hotel. Abrió

Google y escribió EAUN. Tardó unos segundos en averiguar que EAUN significaba Equipo de Apoyo en Urgencias Nucleares.

Eran científicos, técnicos e ingenieros a los que llamaban para enfrentarse a un incidente nuclear.

Un equipo para intervenir en urgencias nucleares.

Y el coronel amenazando con dimitir.

Algo estaba ocurriendo. Puede que se tratara de un nuevo y polémico experimento. De algo peligroso. De algo relacionado con la posible extensión de una radiación.

Que puede que fuera el origen de todo aquello.

**DIECIOCHO**      18 HORAS, 55 MINUTOS

**NOCHE CERRADA.**

Sam había convocado a Brianna cuando el sol descendió. La oscuridad era mortal para ella. Un solo tropiezo, y sería un saco de huesos rotos.

Brianna se enfureció y exigió que la dejara libre otra vez. Pero sabía que no debía. Sam la envió a una de las literas libres de debajo y le ordenó que descansara. Pocos segundos después la oyó roncar.

Cambiaron los guardias. Edilio estaba sentado y pestañeaba para no dormirse. Dekka rumiaba. Hacía un rato que Sam no había visto a Astrid. Se imaginaba que estaría en su litera. Puede que estuviera furiosa con él. Probablemente. Y puede que se lo mereciera. Había sido cortante con ella.

Sam quería bajar al camarote y estar con ella. Pero sabía que si cedía a esa necesidad, si encontraba la paz y el olvido, puede que no tuviera fuerzas para volver a salir.

La luz estaba desapareciendo. Pero se alzaba la luna, o la ilusión de una luna. Aún no había oscuridad de verdad. Pero se acercaba.

—¿Dónde está? —se preguntó Sam por millonésima vez.

Inspeccionó la playa, ya oscurecida. Recorrió los bosques y el acantilado con la mirada. Drake podía estar en cualquier de esos sitios. Bajo esos árboles oscuros. O subido a aquellas rocas.

Sam se hundió en la silla de lona.

—¿Estás lo bastante despierta como para mantener los ojos abiertos?  
—preguntó a Dekka.

—Échate una cabezada, Sam.

—Sí —dijo el chico, y bostezó.

Astrid lo estaba esperando.

—Siento haber saltado antes —se excusó Sam.

Ella no dijo nada, sino que lo besó sujetándole la cara con las manos. Hicieron el amor despacio, en silencio, y cuando terminaron Sam se quedó dormido...

Cuando Cigar miraba a Sanjit veía a una criatura feliz que bailaba y daba vueltas, parecida a un galgo que caminara erguido. El otro al que llamaban Choo parecía un gorila dormido, cuyo corazón rojo latía despacio.

Cigar sabía que no veía lo que veían los demás. No sabía si lo que veía era producto de tener nuevos ojos, o si la locura lo había vuelto todo tremendamente extraño e increíble.

Ojos extraños. Cerebro extraño. ¿O una combinación de ambos?

Incluso los objetos —las camas, las mesas, los escalones de Clifftop— brillaban de manera inquietante, vibraban, formando una luz continua como si, en vez de estar fijos en un sitio, se movieran.

Ojos locos, cerebro loco.

Recuerdos que hacían que salieran gritos de su garganta descarnada.

Cuando eso pasaba, Sanjit, Choo o el pequeño, Bowie, que parecía un gatito blanco espectral, se le acercaban y le decían palabras tranquilizadoras. En esas ocasiones, a Cigar le parecía ver algo parecido al polvo en un rayo intenso de sol, y esa... esa..., no sabía cómo llamarla, pero esa... cosa... calmaba el pánico.

Hasta el siguiente ataque.

Había otra cosa, muy distinta del polvo que brillaba iluminado por el sol, una cosa que extendía zarcillos por el aire, atravesando los objetos, alzándose a veces como humo desde el suelo, y otras veces como un látigo lento de un verde pálido.

Cuando Lana se acercaba, el látigo verde la seguía, intentaba tocarla, se apartaba deslizándose y lo intentaba otra vez, insistente.

Y a veces a Cigar le parecía que lo buscaba. No tenía ojos. No podía verlo. Pero sentía algo... algo que le interesaba.

Cuando se acercaba a Cigar, el chico tenía visiones de Penny, y visiones de él mismo haciéndole cosas terribles, escalofriantes.

Haciéndola sufrir.

Cigar se preguntaba si el humo que se alzaba, el látigo verde lento, aquella cosa, le daría poder respecto a Penny. Se preguntaba si, si decía que sí —«sí, alcánzame; aquí estoy»—, podría vengarse de Penny.

Pero los pensamientos de Cigar nunca duraban mucho. Reunía imágenes en su mente, pero luego se dispersaban como si un rompecabezas explotara.

A veces venía el niño pequeño.

No era fácil verlo. El niño pequeño siempre se quedaba a un lado. Cigar sentía su presencia y miraba en dirección al niño, pero por rápido que moviera la cabeza no lo veía claramente. Era como ver a alguien a través de la abertura estrecha de una puerta. Apenas alcanzaba a verlo, y el niño desaparecía.

Más locura.

¿Si tenías ojos inhumanos y la mente destrozada, cómo podrías llegar a saber lo que era real y lo que no?

Cigar se dio cuenta de que debía dejar de esforzarse. No importaba, ¿verdad? ¿Realmente alguien llegaba a ver lo que lo rodeaba? ¿Tan perfectos eran los ojos comunes o tan despejadas estaban las mentes normales? ¿Quién podía afirmar que lo que Cigar veía ahora no era tan real como lo que veía en los viejos tiempos?

¿Acaso los ojos comunes no eran ciegos a toda clase de cosas? A los rayos X, a la radiación y a los colores más allá del espectro visible.

El niño pequeño le había metido esa idea en la cabeza.

Cigar se dio cuenta de que volvía a estar junto a él, justo donde no le alcanzaba la vista. El indicio de una presencia estaba justo ahí, donde ni Cigar podía verlo.

Los pensamientos de Cigar volvieron a fragmentarse.

Se levantó y se dirigió hacia la puerta que vibraba y latía y lo llamó.

Llamaron a la puerta de Penny.

La chica no temía que llamaran, así que la abrió sin mirar siquiera por la mirilla.

Caine estaba allí, enmarcado por la luz plateada de la luna.

—Tenemos que hablar —dijo.

—Es noche cerrada.

El chico entró sin esperar que lo invitaran.

—Primero, lo más importante: si veo cualquier cosa que no me guste, aunque solo sea una pulga, cualquier cosa que salga de tu imaginación enferma, Penny, no dudaré. Te estamparé contra la pared más cercana. Y luego haré que te caiga encima.

—Hola a ti también, Su Alteza.

La chica cerró la puerta.

Caine se dejó caer en la silla favorita de Penny. Como si la casa le

perteneciera. Se había traído una vela. La encendió con un mechero Bic y la puso sobre la mesa. Muy propio de Caine: lo disponía todo para que tuviera una iluminación melodramática, aunque costaba más encontrar velas que diamantes en la ERA.

El rey Caine.

Penny reprimió la rabia que amenazaba con desbordarse. Lo haría arrastrarse. ¡Lo haría gritar una y otra vez!

—Sé por qué has venido —dijo la chica.

—Turk me ha dicho que estás dispuesta a ser realista, Penny. Me has dicho que querías negociar unas condiciones. Me parece bien. Suéltalo.

—Mira —empezó Penny—, la he cagado con lo de Cigar. Y sé lo que ocurre si el suministro de comida se agota. No soy tan guapa como Diana, pero no por eso soy estúpida.

—Vale —dijo él sin estar convencido.

—Así que, como he dicho a Turk que te dijera, me voy a ir de la ciudad. Ya he guardado algunas cosas. —Señaló una mochila que se encontraba en un rincón—. Pero creo que no debería parecer que has hecho que me fuera, porque entonces es como si ganara Quinn. Creo que debería parecer que la decisión de marcharme ha salido de mí.

Caine la miró fijamente; era evidente que intentaba entender qué tramaba.

Entonces Penny dejó translucir cierto enfado.

—Oye, a mí tampoco me hace gracia, ¿vale? Pero me las arreglaré. Aunque no lo creas puedo sobrevivir sin ti, rey Caine.

—Llévate toda la comida que quieras —dijo el chico.

—Qué generoso por tu parte —replicó ella—. El trato es que me marchó, pero tienes que asegurarte de que no me muera de hambre. Una vez a la semana me encontraré con Bug en la carretera, junto al camión volcado de FedEx. Si necesito algo, él me lo traerá. Eso es lo que pido por marcharme y ponértelo fácil.



Caine se relajó un poco. Inclino la cabeza hacia un lado y la miró, pensativo.

—Me parece bien.

—Pero tenemos que hablar sobre cómo hacer que pinte bien. Reconócelo, Caine: tú y podemos sernos útiles en el futuro, ¿verdad? Así que necesito que sigas al mando. Es mejor que la alternativa.

—¿Qué tienes en mente?

Penny suspiró.

—Ahora estoy pensando en chocolate caliente. Taylor me trajo un poco de la isla. Tómame una taza conmigo y pensaremos algo.

Caine no le preguntó por qué Taylor le había traído algo tanpreciado como chocolate de la isla. Sin duda, Taylor utilizaba el poder de generar fantasías de Penny para algo.

Penny vio la mirada de desagrado de Caine mientras se lo pensaba. Se dirigió a la cocina y encendió el hornillo que utilizaba para calentar el agua y el cacao.

Caine no la siguió.

Seguía sentado, perplejo, cuando Penny le pasó la taza.

Ambos sorbieron.

—Así que supongo que, si me voy y hago que parezca que no es culpa tuya, tendríamos que comportarnos como si estuviéramos peleados —propuso Penny.

—Tendríamos que hacerlo donde la gente pueda oírnos. Pero no al descubierto, porque entonces parecerá falso. —Caine volvió a sorber—. Un poco amargo —comentó, haciendo una mueca.

—Podría añadirle un poco de azúcar.

—¿Tienes azúcar?

Penny fue a buscarlo. Cogió dos terrones y los metió en la taza de Caine, que

el chico hizo girar para que el azúcar se disolviera.

—Tienes razón en una cosa, Penny —reconoció Caine—. Eres útil. Estás loca, pero eres útil. Nadie tiene azúcar, pero tú sí.

Penny se encogió de hombros modestamente.

—A la gente le gusta desconectar, ¿sabes? Pensar en algo más divertido que la vida, el trabajo y todo eso.

—Ya, pero aun así, ¿azúcar de verdad? Eso vale mucho.

—Supongo que sabes que estoy colada por ti...

—Ya, bueno, no te ofendas, pero yo no.

Penny tuvo que controlarse para no atacarlo y hacer que le ardiera y burbujeara la piel.

—Pues qué pena. Porque puedo ser cualquiera... en tu imaginación.

—Hazme un favor... No me des detalles. Ahora... —Caine bostezó—. Vamos a hacer planes. He tenido dos días muy largos, y quiero acabar con esto.

Así que Penny hizo una sugerencia.

Y Caine contraatacó con otra.

Y ella sonrió y puso una pequeña objeción.

Y él bostezó, largo y tendido.

—Pareces cansado, Caine. ¿Por qué no cierras los ojos y descansas unos minutos?

—No puedo... —empezó a decir, pero volvió a bostezar—. Ya hablaremos... por la mañana.

El chico intentó levantarse. Apenas podía, y volvió a hundirse. Parpadeó y miró fijamente a Penny.

La chica casi lo veía pensar, lenta, muy lentamente. Caine frunció el ceño, se

obligó a abrir los ojos y preguntó:

—¿Me has...?

Ella no se molestó en responder. El juego la aburría, y estaba harta de hacerse la simpática.

—Te mataré.

Caine alzó una mano, pero se tambaleó en el aire. La chica se levantó rápidamente y se hizo a un lado. A continuación, se puso detrás de él.

El chico trató de volverse, pero no podía. No lograba que el cuerpo le respondiera.

—No te preocupes, Su Alteza. De hecho, no creo que vayas a preocuparte por nada ahora mismo. Además del Ambien he puesto un poco de Valium.

—Te... m... —empezó a balbucear el chico, y resopló, incapaz de continuar.

—Que sueñes con los angelitos —dijo Penny, y cogió una bola de nieve pesada de la estantería con adornos.

Sin duda había sido una posesión preciada de quienquiera que fuera el dueño de aquella casa. La bola de nieve tenía un pequeño casino Harrah's dentro. Un recuerdo hortera.

Penny estampó la bola contra la nuca de Caine, y el chico se desplomó hacia delante.

El cristal se rompió, con lo que hirió a Caine en el cuero cabelludo y Penny se cortó el pulgar.

La chica miró la sangre de la mano.

—Ha valido la pena —gruñó.

Se enrolló una toallita en el corte y a continuación trajo una ensaladera de madera grande y una jarra de agua.

Luego sacó a rastras la bolsa pesada de cemento del armario.

ASTRID SALIÓ del camarote silenciosa como una sombra. Costaba tanto abandonar la calidez del cuerpo de Sam. El chico era un imán, y Astrid una limadura de hierro, por lo que la atraía de manera casi irresistible.

Casi.

Astrid se deslizó por el pasillo. Brianna roncaba. A Astrid casi se le escapó la risa al darse cuenta de que roncaba a una velocidad normal, como todo el mundo.

Encontró su ropa y se vistió entre las sombras. Camiseta, vaqueros remendados múltiples veces y botas. Revisó su mochila. Los cartuchos seguían allí. Rellenaría la botella de agua en el lago. Le vendría bien un poco de comida, pero hacía tiempo que se había adaptado a pasar largo periodos sin ella.

Con un poco de suerte la salida no duraría mucho. Si no ocurría nada, llegaría caminando a Perdido Beach en qué, ¿cinco horas? Suspiró. Caminar hasta Perdido Beach de noche o arrastrarse otra vez a la cama con Sam y dejar que la rodeara con sus fuertes brazos y entrecruzar sus piernas con las de él y...

—O ahora o nunca —susurró.

Tenía las cartas, las que Mohamed no había logrado entregar. Las dobló y se las metió en el bolsillo delantero, donde no podrían caérsele.

El plan se basaba en lo que se encontrara cuando subiera a cubierta. La casa flotante seguía atracada en el muelle como forma simbólica de rebeldía, pero habría alguien de guardia.

Astrid salió por el lado del muelle. Puede que quien estuviera en la cubierta superior no se diera cuenta. Puede que lograra marcharse sin más.

—¡Alto ahí! —dijo una voz. Era Dekka.

Astrid maldijo entre dientes. Ya había recorrido dos metros, pero seguía a su alcance, con lo que no tenía ninguna posibilidad de escapar. Dekka anularía la gravedad bajo sus pies, y costaba correr mientras flotabas en el aire.

Dekka se dirigió al límite de la cubierta superior y saltó. Anuló la gravedad durante medio segundo, lo suficiente como para caer en silencio.

—¿Has salido a buscar un tentempié? —preguntó, muy seca—. Pues cógeme una bolsa de pastelitos.

—Voy a Perdido Beach —explicó Astrid.

—Ah. ¿Te vas a hacer la gran heroína y a entregar la carta de Sam?

—Pues sí, quitando lo de «gran heroína».

Dekka inclinó el pulgar hacia tierra.

—Drake está ahí fuera. Y también los coyotes que se han comido a Howard para almorzar. No te ofendas, querida, pero tú eres el cerebro, no el músculo.

—He aprendido algunas cosas —repuso Astrid.

Sin dejar de mirar a Dekka, inclinó la culata de su escopeta hacia arriba y de lado. La culata de madera alcanzó a Dekka en un lado de la cara. No llegó a noquearla, pero la hizo caer de rodillas.

Astrid se desplazó rápidamente hasta colocarse detrás de Dekka y aprovecharse de su conmoción momentánea. La empujó hasta dejarla boca abajo, sobre los tablones ásperos.

—Lo siento, Dekka —dijo, y enroscó un trozo de cuerda alrededor de sus muñecas. Luego le metió un calcetín viejo en la boca—. Escúchame, Dekka. Necesitamos a Caine. Caine nos necesita. Así que tengo que hacer esto. Y aquí no me necesitáis.

Dekka tironeaba para quitarse las ataduras y escupía la mordaza de la boca.

—Si despiertas a Sam, mandará a Brianna tras de mí.

Así consiguió que Dekka dejara de forcejear.

—Ya sé que es una mierda, ya me lo devolverás luego —continuó Astrid—. Dame veinte minutos antes de ir a buscar a Sam. Dile que alguien te ha noqueado. Tendrás un buen moretón para enseñarle, te creará.

Astrid se apartó. Dekka no forcejeaba.

—Dile que te he dicho que necesitaba hacerlo. Dile que no pararé hasta que lo consiga.

Dekka había conseguido escupir la mordaza. Podría gritar y todo se iría al traste. Pero se limitó a decir:

—Ataja por el bosque, y mantente alejada del risco. Te apuesto lo que sea a que Drake está en las cuevas y grietas del risco. La Brisa ha peinado bastante bien los bosques.

—Gracias.

—¿Quieres que le diga alguna otra cosa a Sam?

Astrid sabía qué le estaba preguntando.

—Sabe que lo quiero —entonces añadió, con un suspiro—: Vale. Dile que lo quiero con todo mi corazón. Pero dile también que esta batalla no depende solo de él. Yo también estoy metida en esto.

—Vale, rubita. Buena suerte. Y oye, dispara primero; ya te lo pensarás después, ¿eh?

Astrid asintió.

—Sí...

Se marchó rápidamente. En parte se sentía cruelmente decepcionada por haber podido dejar atrás a Dekka. Si la hubiera detenido, habría recibido cierto reconocimiento por su valiente intento. Y habría vuelto con Sam, en vez de seguir avanzando, tensa y temerosa, hacia el límite de los bosques.

Diana no pensaba que fuera capaz de dormirse en un velero. No es que hubiera olas, pero aún recordaba intensamente los días de las náuseas matutinas. Y tampoco le hacía gracia algo que pudiera alterar la delicada paz que había conseguido alcanzar en su estómago.

Pero se había dormido en uno de los bancos estrechos acolchados que había en la popa del velero.

En ese barco iban Roger, Justin y una de las amigas de Justin, una niña que tenía el nombre interesante de Atria. Estaban dormidos. O por lo menos estaban callados, lo cual desde el punto de vista de Diana era igual de bueno.

Había visto a Roger con los dos pequeños. Se preguntaba si conseguiría aunar esa misma paciencia y espíritu lúdico. Roger había encontrado tiza en alguna parte, y había conseguido mantenerlos tranquilos dibujando personajes divertidos en la cubierta. Justin y Atria parecían pensar que estaban en una especie de *picnic*.

El otro ocupante del barco era Orc. Había decidido que su sitio se encontraba en la cubierta delantera, en la proa o como quiera que la llamaran. Su peso elevaba la popa, de modo que se inclinaba y amenazaba con arrojar a Diana de su asiento. Pero la chica había enganchado un brazo alrededor de un poste de cromo y el otro, incómodamente, en torno a una cornamusa, se había cubierto bien con una manta que la tapaba hasta la barbilla, y así sí que se había dormido.

Pero tenía uno de esos sueños extraños. No estaba del todo inconsciente, sino sumida en una especie de sueño agradablemente difuso que bordeaba su conciencia y la hacía sonreír.

Diana oía voces, pero no las entendía o no quería entenderlas.

Notaba cómo el barco se levantaba y hundía cuando Orc se movía, o cuando otro barco se deslizaba y empujaba al suyo.

Fue en ese estado en el que Diana oyó la voz. Era una voz nueva y conocida al mismo tiempo. Resonaba desde su vientre.

Sabía que era un sueño. Aunque estuviera un poco avanzado para su edad, el bebé aún no tenía el cerebro en funcionamiento, y ya no digamos el poder de formular palabras, pensamientos y frases.

El bebé estaba caliente...

El bebé estaba a oscuras...

El bebé estaba a salvo...

Era un sueño, una fantasía agradable inventada por su subconsciente.

Diana sonrió.

—¿Qué eres? —preguntó su mente soñadora.

—Un bebé.

—No, tonto, quiero decir, que si eres niño o niña.

Sintió que su bebé soñado estaba confundido. Pues sí, claro, ya le parecía normal. A fin de cuentas, todo aquello era un sueño, y la conversación era una fantasía; ambas voces procedían de su subconsciente, y como no sabía qué...

—Me quiere.

De repente, el sueño vago de Diana se llenó de nubes de tormenta. Desapareció su sonrisa, y apretó los músculos de la mandíbula.

—Me susurra.

—¿Quién? ¿Quién te susurra?

—Ya sabes quién...

El corazón de Diana dio un vuelco, y empezó a latir con fuerza para compensar.

—¿Te refieres a Caine?

—Dice que debo ir a verl...

—Te he hecho una pregunta: ¿te refieres a Caine? ¿Te refieres a Caine?  
—Diana estaba despierta y tenía la piel de gallina—. ¿Te refieres a Caine?

Respiraba con esfuerzo. Tenía gotas de sudor en la frente. Se notaba sudorosa.

Los otros chavales la miraban. Veía ojos blancos en la oscuridad que era casi de boca de lobo.

Había estado gritando.

—Estaba soñando —susurró, y añadió—: Lo siento. Volved a dormir.

No podía mirarlos. No podía soportar que la miraran.



—¿Te refieres a Caine? —susurró Diana.

Ninguna voz contestó. Pero no importaba. Diana había sentido la respuesta. Sabía la respuesta desde el principio.

No...

Se envolvió en la manta raída y se dirigió hacia la cubierta. Necesitaba aire fresco para contrarrestar su imaginación hiperactiva. Seguramente era culpa de las hormonas. Ahora tenía el cuerpo muy raro.

Vio a Orc sentado, dándole la espalda. Sus escasas características humanas resultaban invisibles desde donde lo observaba. Pero aún había algo humano en sus hombros de grava hundidos. La cabeza le colgaba tan baja que apenas sobresalía.

—¿No tienes frío aquí fuera? —preguntó Diana.

Era una pregunta estúpida. Ni siquiera estaba segura de que Orc pudiera sentir frío.

Orc no respondió. Diana dio unos pasos hacia él.

—Siento lo de Howard —dijo.

Intentó pensar en algo agradable que decir acerca del ladrón y traficante de drogas. Tardó demasiado, así que no dijo nada.

Se preguntaba si Orc había estado bebiendo. Orc borracho podía resultar peligroso. Pero cuando por fin habló, pronunció las palabras con toda claridad:

—He mirado en el libro y no he encontrado nada.

—¿En el libro?

—No decía nada de benditos sean los chicos que son como comadrejas.

Ah, ese libro. Diana no tenía nada que decir, y ahora lamentaba haber empezado a decirle cosas. De repente el catre le resultaba atractivo, y tenía que mear.

—Howard era... único, supongo —acabó diciendo la chica, preguntándose

mientras pronunciaba las palabras que quería decir.

—Yo le gustaba —dijo Orc—. Cuidaba de mí.

Diana pensó que sí, que hacía lo posible por mantenerlo borracho, que lo utilizaba. Pero se lo calló.

Como si Orc le hubiera leído el pensamiento, continuó:

—No digo que no fuera mala persona muchas veces. Pero yo también. Todos hacemos cosas malas. Yo, peores que la mayoría.

Diana volvió de repente a sus recuerdos. A cosas que había hecho y en las que no soportaba pensar.

—Bueno, igual está en un sitio mejor, como dice la gente.

Qué comentario más estúpido por su parte. Pero ¿no era eso lo que decía la gente? En cualquier caso, ¿dónde podía haber un sitio peor que aquel? A Howard lo habían estrangulado hasta matarlo, y luego le habían roído la piel de los huesos.

—Me preocupo porque igual está en el infierno —dijo Orc, con un tono de voz torturado.

Diana maldijo sin que pudiera oírla. ¿Cómo se había metido en aquella conversación? De verdad que tenía que mear.

—Orc, se supone que Dios perdona, ¿verdad? Así que seguramente ha perdonado a Howard. Quiero decir, que ese es su trabajo, ¿verdad? Perdonar...

—Si haces algo malo y no te arrepientes, vas al infierno —comentó Orc, como si ansiara que se lo refutaran.

—Ya, bueno, ¿sabes qué? Si Howard está en el infierno, supongo que los demás no tardaremos en reunirnos con él —respondió, y se volvió para marcharse.

—Yo le gustaba —insistió Orc.

—Seguro que sí —replicó Diana. Se estaba cansando de la conversación—. Eres un osito grande y adorable, Orc.

«Y un matón y un asesino», añadió en silencio.

—No quiero empezar a beber otra vez —dijo Orc.

—Pues no lo hagas.

—Pero nunca jamás he matado a nadie sobrio.

A Diana se le había acabado el tiempo. Bajó corriendo las escaleras, encontró el orinal que todos compartían, se agachó y suspiró aliviada.

El barco se balanceó bruscamente. Uno de los niños gritó, adormilado:

—¡Oye!

Diana volvió a la cubierta y vio que Orc había desaparecido. El bote de remos pequeño que antes estaba atado a una de las cornamusas se encontraba a treinta metros de distancia y avanzaba rápidamente hacia la costa, movido por la propulsión potente y sobrehumana de los remos.

Caine seguía dormido. Penny no sabía cuánto tardaría en despertarse. Pero no tenía prisa.

En absoluto. Ahora no.

Estaba sentada observándolo. La verdad es que se encontraba en una postura muy incómoda. Se había quedado sentado hundido hacia delante en el sofá. Tenía las manos metidas hasta las muñecas en la ensaladera. El cemento se había secado muy rápido.

El rey Caine.

Por lo menos no intentaría abrirse los ojos. No con casi veinte litros de cemento en las manos, el volumen de la ensaladera. Apenas podría levantarse.

Penny lo examinó. El tremendo cuatro barras. El raro más poderoso de Perdido Beach, solo uno de los dos que tenían cuatro barras.

Indefenso.

Derrotado, totalmente derrotado, por la huesuda y nada atractiva Penny.

La chica cogió unas tijeras de la cocina. Caine se movió un poco y gimió algo mientras le cortaba la camisa y se la quitaba.

Mucho mejor. Así tenía un aspecto mucho más vulnerable. Después de todo lo que había sufrido, aún tenía muy buen torso. Los músculos destacaban en su estómago plano.

Pero antes de exhibirlo, necesitaba algo más. Se le ocurrió algo que la hizo reír, encantada.

Había un rollo de papel de aluminio en la cocina. Lo encontró, lo desenrolló, y se puso manos a la obra a la luz de las velas.

Drake lo había visto todo desde el promontorio que quedaba por encima del huerto de Sinder. Se alegró mucho al ver que Sam y los pequeños a su cargo estaban aterrados en los barcos. Eso demostraba el poder de Drake.

Pero, por desgracia, así le costaría mucho llegar a Diana. No tenía modo de saber dónde estaba. Podría estar en cualquiera de las varias docenas de barcos.

Se había pasado todo el anochecer agazapado ahí arriba porque cada media hora pasaba un torbellino. Brianna.

Cada vez que pasaba, Drake se deslizaba otra vez entre las rocas. Los coyotes volvían las orejas hacia el ruido y se quedaban quietos. Temían a Chica Rápida.

Pero Brianna no los había visto. Y ahora era noche cerrada, y Chica Rápida no era igual de rápida en la oscuridad.

Drake tuvo suerte. Envuelta en un chal o algo parecido, la mismísima Diana apareció en uno de los barcos. En el velero en cuya proa estaba sentado Orc.

La reconocía pese a la débil luz de las estrellas. Nadie más se movía como Diana.

Claro. Tendría que haberlo pensado. Sam quería asegurarse de que contaba con un protector fuerte, así que, claro, estaba en el barco con Orc.

El látigo de Drake tembló al verla. Lo desenroscó de la cintura. Quería sentir su poder interno mientras la miraba.

Al principio se haría la valiente. Podías decir lo que quisieras de Diana, pero no era ni blanda ni débil. Pero el látigo la haría cambiar de actitud. Drake no haría nada para dañar al bebé, pero aun así le quedaban muchas posibilidades.

Si supiera cómo llegar hasta ella. Y dejar atrás a Brianna. Y a Orc.

Drake miró en dirección a la casa flotante grande, lo único que seguía atado al muelle. Quedaba más alejada, y no estaba bien situado para ver nada más que la cubierta superior. Antes Dekka estaba de guardia. Ahora había desaparecido. Pero Drake sabía que habían dejado la casa flotante allí para atraerlo. Querían que fuera tan estúpido como para atacar.

Sintió una rabia repentina. Pero mira qué listo Sam, trasladando a toda su gente vulnerable a los barcos. No le pareció tan listo cuando lo azotó hasta arrancarle la piel y lo hizo gritar de dolor y llorar a lágrima viva...

Drake emitió un gruñido de placer que puso nerviosos a los coyotes.

Entonces ocurrieron dos cosas: primero, que Orc se bajó pesadamente del velero a un bote de remos que resultaba cómico de lo pequeño que era.

¡Perfecto! Que Orc se acercara con el bote. Drake esperaría hasta que el mastodonte se fuera, y entonces podría hundir el velero para coger a Diana.

El único problema fue lo segundo que ocurrió: Drake tuvo la sensación mareante que sentía cuando surgía Brittney.

Chasqueó su látigo, frustrado. Pero el látigo ya se había consumido hasta quedar reducido a un tercio de su extensión habitual.

Drake se mordió rápidamente el dedo índice y salió sangre. Encontró una superficie plana de roca y en los pocos segundos que le quedaban garabateó la palabra: «Vele...».

**VEINTE** 17 HORAS, 20 MINUTOS

**SAM SE DESPERTÓ** de repente y supo que había ocurrido algo.

Se quedó echado con la manta retorcida durante unos segundos, intentando

reunir los hilos de percepción inconsciente. Movimientos, sonidos, nociones vagas de conversación murmurada.

Hasta que se levantó rápidamente. Se vistió y salió al pasillo principal. Se dirigía hacia las escaleras cuando se detuvo, se volvió y vio la confirmación: la mochila de Astrid ya no estaba.

Abrió un armarito con puerta deslizable. Su escopeta tampoco estaba.

Entonces Dekka bajó las escaleras. Se sorprendió al verlo levantado. A Sam le pareció detectar una mirada culpable en su rostro antes de que la reprimiera.

—Ha cogido las cartas —afirmó Sam sin cambiar el tono de voz.

—Me ha noqueado —explicó la chica, y señaló el moretón en un lado de la cabeza.

A continuación, giró la cara para que lo viera bajo la luz de un solecito de Sammy.

Sam torció el gesto hasta emitir un gruñido salvaje.

—Vale, Astrid... te ha noqueado.

—Me ha dado con la culata de la escopeta.

—Ya lo veo. Y también sé lo que cuesta derribarte, Dekka. —La chica se encendió, enfadada, pero Sam sabía que era la verdad, y ella sabía que él lo sabía—. Voy a mandar a Brianna a buscarla.

—Astrid tiene razón: necesitamos que PB sepa lo que está pasando, y tenemos que colaborar con ellos. Alguien tiene que llevar esa carta a Albert y Caine.

—Astrid no —replicó Sam.

Hizo el gesto de empujarla para acercarse a donde Brianna dormía, felizmente inconsciente. Dekka se le puso delante.

—No, Sam.

Sam se encaró con ella. Se acercó tanto que casi se tocaban.

—No me digas que no, Dekka.

—Si mandas a Brianna a buscarla, pasará una de estas dos cosas: la Brisa la encontrará y la traerá a rastras. Y Astrid te odiará por eso. O la Brisa chocará con una roca a más de cien kilómetros por hora y terminará muerta o destrozada.

Sam iba a replicarle, pero se le quebró la voz:

—¡Drake está ahí fuera! —intentó decir algo más, pero las palabras no lograban atravesar el nudo que se le había formado en la garganta, así que apuntó con el dedo, furioso, hacia la tierra.

—Está haciendo lo que debe —insistió Dekka—. Y no puedes enviar a morir a la chica que amo para rescatar a la que amas tú.

Sam sintió que le temblaba el labio. Quería estar furioso, pero emocionarse de una manera tan evidente lo estaba debilitando. Tragó saliva y negó con la cabeza una vez, sirviéndose de la rabia para zafarse del miedo y la sensación de pérdida que se acumulaban en su interior.

—Yo iré tras ella. Yo la traeré.

—No, jefe —intervino Edilio. Salió de detrás de Dekka—. Si los chavales se despiertan mañana por la mañana y ven que te has ido sin dar explicaciones, se acabó todo, tío. Tienes que parecer fuerte y mantenerte fuerte. Tú tienes la luz, Sam, y eso es lo único que mantendrá unida a la gente.

—No lo entiendes —le suplicó Sam—. Drake está enfermo. Odia a Astrid. No sabes lo que puede hacer.

—Drake odia a todo el mundo —replicó Edilio.

De repente, Sam halló la ira que se le escapaba.

—No entiendes nada, Edilio; tú no tienes a nadie, no tienes a nadie que necesites o ames o que te importe, estás tú solo.

Sam lamentó las palabras en cuanto acabó de pronunciarlas, pero ya era demasiado tarde.

Los ojos tristes y normalmente cálidos de Edilio se entrecerraron y se

volvieron fríos. Se abrió paso empujando a Dekka y se puso delante de Sam, apuntándole a la cara con el dedo.

—Hay muchas cosas que no sabes, Sam. Hay muchas cosas que no te cuento. Sé quién soy —afirmó con una ferocidad equivalente a la ira de Sam—. Sé lo que hago, y qué soy para este lugar. Sé lo que soy para ti, y cuánto dependes de mí. Puede que tú seas el símbolo, y puede que seas a quien todos recurren cuando algo va mal y que seas la hostia, pero yo soy el que se encarga de que las cosas funcionen día sí día también. Así que no hago que todo gire alrededor de mí. —Prácticamente escupió la palabra «mí»—. No vivo la vida para que todos me presten atención. Hago mi trabajo sin convertirme en noticia, y sin que la gente se pregunte qué me pasa.

Sam parpadeó. Lo inundaban las sensaciones, y ninguna de ellas casaba con las demás. En el tornado de miedo y furia que experimentaba sintió vergüenza. Todo lo que decía Edilio era verdad.

Pero Edilio no había terminado. Era como si se hubiera guardado muchas cosas durante mucho tiempo, y ahora que la presa había reventado iban a salir.

—Astrid y tú dais el espectáculo. Los chavales están muertos de miedo, y lo que ven es a Astrid y a ti pasándooslo en grande. No juzgo lo que hacéis, no es asunto mío, pero antepones tu vida privada, y eso no lo puedes hacer: eres Sam Temple. Toda esta gente depende de nosotros, de ti, de Dekka y de mí, y de Astrid ahora que ha vuelto, y ¿qué ven? A Astrid y a ti sacudiendo la casa flotante cada vez que podéis, y a Dekka gruñendo a todos porque Brianna no es lesbiana y no quiere ser su novia. El único que se guarda sus asuntos personales soy yo. Y ¿te vas a poner chungo conmigo?

Edilio se volvió y apartó a Dekka, enfadado.

—Poneos las pilas, vosotros dos, que ya tenemos suficientes problemas —sentenció Edilio, y se alejó caminando a grandes zancadas.

Brianna continuó roncando.

La luz de la luna hizo destacar a Orc en un montón de piedras revueltas. Astrid se preguntó si Sam sabía que Orc había desembarcado. Se preguntó si tenía que avisar.

Pero no. Su misión era más importante. Tenía que llegar a Perdido Beach.



Puede que Albert y Caine supieran lo que se avecinaba. O no. Si los chavales de la ciudad no estaban preparados, les entraría el pánico y entonces todos estarían perdidos.

Una imagen le vino a la mente, espontánea y no deseada: la imagen de niños en una oscuridad absoluta, andando perdidos por el desierto. Caminarían hasta que un bicho hambriento, un coyote o Drake los atraparan. Y esos serían los afortunados. La mayoría moriría de una muerte espantosa, de hambre y sed.

Astrid se apartó de Orc, que buscaba algo o a alguien. Seguro que buscaba a Drake, lo cual era bueno.

Intentó pensar en algo distinto a la imagen que su mente había creado, la imagen de morir lentamente de hambre en la oscuridad más absoluta.

Tenía que pensar.

La oscuridad no era el estado final, ¿verdad? Seguro que algo estaba provocando que se oscureciera la barrera. Detrás de la mancha había un motivo o incluso un objetivo. Significaba algo. Pero ¿qué?

Debía de estar vinculada a la *gayáfaga*, ese mal incognoscible. El Satán de la ERA.

Nadie sabía gran cosa al respecto. A Lana no le gustaba hablar de ella. El pequeño Pete había estado en contacto con ella, y lo había manipulado. La quimera que se hacía llamar Nerezza había sido su criatura. También había atraído a Caine en un determinado momento, o eso contaban, pero Caine se había liberado.

Astrid echó a correr, vigilando el camino que pisaba. En cuanto se alejara del lago, su intención era mantenerse lejos de la carretera de grava. No estaba segura de si era un plan astuto o muy estúpido, pero razonó que cualquiera que la buscara miraría primero en las carreteras.

Así tardaría más. Pero nadie esperaría que ella, precisamente ella, atravesara un terreno agreste.

Bueno, pues no la conocían. En los últimos cuatro meses se había acostumbrado bastante al terreno agreste.

Iba trotando, disfrutando de la sensación de poder suscitada por superar el

miedo. Sí, estaba oscuro. Sí, había fuerzas malvadas sueltas. Pero las vencería corriendo, pensando o incluso luchando, si fuera necesario.

Y si no lograba hacer ninguna de esas cosas, entonces lo soportaría.

Una punzada de culpa le sobrevino sin avisar. Tendría que haber presentado sus argumentos a Sam e intentar convencerlo para que accediera a que se marchara. No tendría que haber huido sin decirle nada.

Pero él nunca habría accedido.

Estaba haciendo lo que debía. Por una vez había decidido actuar. No manipular o convencer, sino actuar.

Con un poco de suerte llegaría a Perdido Beach por la mañana.

Y, con un poco más de suerte, estaría de vuelta con Sam al día siguiente por la noche.

Brittney sabía lo que tenía que hacer la mayor parte del tiempo. La diosa que se hacía llamar *gayáfaga* les había dicho a Drake y a ella qué hacer. Pero la *gayáfaga* no le había concedido el poder de conservar los recuerdos de Drake como si fueran suyos. Cada vez que surgía, se encontraba en una situación completamente inesperada.

En aquel momento reconoció la grieta del risco y supo que se estaba ocultando de Brianna. Pero se había hecho de noche, y eso sí que la sorprendía.

Casi tanto como el hecho de que cuando se asomó a mirar vio a Orc alzándose, enorme, a poco más de quince metros de la abertura.

Brittney se quedó paralizada. Los coyotes ya estaban tan callados y quietos como estatuas.

Orc subía con esfuerzo la colina, buscando de un modo constante y metódico que no se parecía a nada que hubiera visto antes en su antiguo carcelero.

Inspeccionaba meticulosamente el terreno pisoteando arbustos y apartando rocas grandes. Orc tardaría en encontrarlos, y los coyotes mostrarían otro escondite a Brittney si lo necesitara, pero había algo inquietante en el modo en que Orc buscaba. Metódico. Tranquilo. Peligroso.

Los coyotes no le servirían de nada contra Orc. Y Brittney estaría indefensa. Orc era potente. Podía hacerla pedazos. Esas manos enormes de grava podían desgarrarla tan fácilmente como si cortara un pedacito de pan.

No podía matarla, y tampoco a Drake, o eso parecía. Pero incluso ahora, pese a hallarse lo más lejos posible de su vida anterior, la aterrorizaba pensar en lo que Orc haría. Puede que ya no sintiera el dolor como antes, pero algo sentiría.

Orc avanzaba pesadamente, como una bestia iluminada por las estrellas. Brittney no entendía por qué la buscaba, o por qué buscaba a Drake, pero estaba segura de que ese era su objetivo.

La mano de la chica rozó la cara lisa de la roca y sintió algo húmedo.

—Mano de látigo ha hecho sangre —señaló el líder de la manada.

—Está demasiado oscuro para ver —comentó Brittney—. ¿Podrías...?

No, eso era una estupidez. El líder de la manada no sabía leer. Pero aun así, puede que supiera algo. No tuvo que preguntarle.

—Piedra Que Vive vino de allí.

El líder de la manada no podía señalar con el dedo, pero sí con la mirada. A través de la abertura en la roca, Brittney vio lo que podía ser un bote de remos pequeño. Avanzó despacio, en silencio, temiendo que una mano enorme de piedra la alcanzara desde arriba. Fue centímetro a centímetro hasta que salió de la cueva. Se quedó quieta. Escuchó. Y oyó al monstruo moviendo piedras, pero no muy cerca.

La luna brillaba e iluminaba el bote abandonado. Tenía una banda pintada, seguramente de verde, era imposible asegurarlo.

Brittney examinó los barcos anclados, que cabeceaban lentamente al final de los cabos, o que en algunos casos parecían ir a la deriva sin motivo. Un velero le llamó la atención. Tenía una banda muy parecida a la del bote.

—Tenemos que irnos —dijo Brittney al líder de la manada—. Cogeré el bote de Or... de Piedra Que Vive. Espera en la costa para enfrentarte a quien venga.

Los ojos fríos e inteligentes del líder de la manada la miraban fijamente.

—Manada se esconde de Chica Rápida y Piedra Que Vive.

—No —dijo Brittney—. Ya no podemos seguir escondiéndonos.

—Chica Rápida mata muchos coyotes.

—Tendréis que arriesgaros. La Oscuridad manda.

El líder de la manada meneó la cola.

—Mano Brillante está allí. —Señaló la casa flotante con el hocico—. Piedra Que Vive está cerca. Líder de manada no ve Mano de Látigo. No ve Oscuridad.

Brittney apretó los dientes. Así estaban las cosas. Los coyotes estaban calculando las probabilidades de éxito que tenían, y no les gustaba lo que veían. Qué cobardes.

—¿Es que sois perros? —les provocó Brittney.

Pero el líder de la manada no se inmutó.

—Manada casi ida. Solo hay tres cachorros.

—¡Si Drake estuviera aquí, os arrancaría la piel a latigazos!

—Mano de Látigo no está aquí —dijo el líder de la manada plácidamente.

—Bien. Pues espera aquí. Iré sola.

El líder de la manada no discutió, ni se mostró de acuerdo.

Brittney empezó a descender en silencio, con mucho cuidado, hacia la costa. Avanzaba resguardada por las rocas cuando podía, y muy agachada cuando no le quedaba otra opción que recorrer un espacio abierto.

No dejaba de vigilar la casa flotante. No necesitaba los recuerdos de Drake para saber que allí estaría Sam. Y escuchaba atentamente los ruidos de Orc.

En los últimos cincuenta metros no tenía dónde resguardarse, no podía hacer nada para esconderse al cruzar la costa pedregosa en dirección al bote. Se agachó y miró atentamente la casa flotante. No vio a nadie en la cubierta superior. Lo cual no

quería decir que no hubiera alguien mirándola desde las ventanas. Pero si Brittney apenas los veía, lo lógico era que solo pudieran verla si miraran directamente hacia ella.

En cuanto el barco empezara a moverse...

Brittney corrió hasta el bote y se agachó bajo su sombra sin dejar de mirar la casa flotante. Si intentaba mover el bote, detectarían su presencia. Puede que Drake lo consiguiera, pues se movía con rapidez, de un modo en que ella no podía. Pero Brittney no tenía ni idea de remar, y probablemente haría ruido.

Si nadaba aún sería peor. Sabía nadar, pero solo a crol, y el ruido atraería a todos los oídos de aquella flota pequeña.

Sam y su gente la oirían y la atraparían, y Sam la quemaría hasta convertirla en cenizas.

Fallaría a Drake. Fallaría a la *gayáfaga*.

Entonces tuvo una ocurrencia genial. Casi se echa a reír en voz alta.

Soltó aire, aunque no necesitaba respirar.

Brittney empezó a coger piedrecitas y a metérselas en los bolsillos. Se ató la parte inferior de la camiseta tan fuerte como pudo y se metió más piedras por delante, aguantándolas con los brazos como si fuera el vientre de una mujer embarazada.

Con el peso auestas se metió en el agua. Mientras el agua se alzaba a su alrededor mantenía la mirada fija en el velero. Caminaba directamente hacia él, con la dirección fija en su mente.

El agua se alzaba por encima de su cintura, de su pecho, de su boca y nariz. Y acabó rodeándole la cabeza.

No veía prácticamente nada en el agua. La única luz procedía de la luna, y solo parecía penetrar unos pocos metros en el lago.

Brittney concentró su energía en avanzar en línea recta. Las piedras evitaban que saliera a la superficie, pero aún flotaba un poco, con lo que le costaba mucho seguir en línea recta.

El agua helada le llenaba los pulmones. Notaba que estaba fría, pero el frío no la molestaba. Lo que sí la molestaba era la certeza de que se estaba desviando de su rumbo. ¿Cuántos pasos debería dar? ¿Cuán lejos quedaba el velero? Le parecía que debían de ser unos doscientos pasos, pero había perdido la cuenta tras tropezar y perder parte de las piedras que la mantenían hundida.

Ahora no le quedaba más remedio que salir a la superficie. Se abrió la parte inferior de la camiseta y dejó que cayeran las piedras. Sus pies se alzaron del fondo pedregoso del lago y comenzó a ascender.

Tardó mucho. No era muy boyante.

Mientras tanto miraba a su alrededor, y no vio nada hasta casi llegar a la superficie. Entonces vio un cabo inclinándose hacia la oscuridad por debajo de ella.

Brittney nadó bajo el agua, en silencio, sin que le salieran burbujas de la boca. Agarró el cabo y empezó a auparse hacia arriba, procurando no tirar de él.

Salió de cara. Los alambres retorcidos de su aparato dental brillaban bajo la luz de la luna. Un barco, un velero con el mástil elevado y lo que parecía ser una banda verde, quedaba justo por encima de ella.

Brittney no estaba segura de si correspondía pronunciar una oración de agradecimiento a la *gayáfaga*. Puede que fuera así en el caso de su antiguo Dios. Pero sonrió con la fe renovada de tener un objetivo, y de estar sirviendo bien a su señora.

**VEINTIUNO**      15 HORAS, 12 MINUTOS

**EL PLAN DE ASTRID** habría sido brillante, pero al distanciarse de la carretera por seguridad se había perdido.

Aquel casi desierto no era el bosque conocido. Y lo curioso de una carretera era que a lo lejos, de noche, no podías verla realmente si no veías farolas o luces de coches.

Pero en la ERA no había ninguna de esas dos cosas.

Así que la carretera de grava desapareció de su vista y, aunque estaba segura

de que iba en paralelo en ella, ahora parecía encontrarse en un campo mucho menos austero que el que la carretera atravesaba.

La luna se había puesto y las estrellas proporcionaban muy poca luz. Así que iba cada vez más despacio. Y luego había intentado girar bruscamente en ángulo recto para cruzar a la carretera. Pero no estaba allí. O, si lo estaba, quedaba mucho más lejos de lo que se había imaginado.

—Qué estúpida —se dijo Astrid.

Vaya con la nueva Astrid la competente. Había logrado perderse en solo dos horas.

Y, por mucho que detestara reconocerlo, lo único inteligente que podía hacer era quedarse donde estaba y esperar a que amaneciera. Si es que amanecía. Se le hizo un nudo de miedo en el estómago al pensarlo. Pese a la luz de las estrellas, estaba indefensa. En la oscuridad absoluta podría vagar eternamente. O, para ser más precisos, vagar hasta que el hambre y la sed la mataran.

Se preguntaba qué sería lo primero. La gente asumía que tenía que ser la sed. Pero había leído en un libro que el hambre...

—Eso no ayuda —dijo en voz alta, solo para tranquilizarse al oír su propia voz—. Si... Cuando salga el sol, podré localizar las crestas y colinas y puede que incluso vea un poquito el océano.

Así que encontró un terreno con hierbas altas y se sentó con cuidado.

—Empezamos mal —reconoció. Perdida en la jungla. ¿Cuánto tiempo pasaron Moisés y los hebreos perdidos en la península del Sinaí antes de encontrar la tierra que querían reconquistar? ¿Cuarenta años?—. Con una columna de humo de día y otra de fuego de noche. Y aun así no supieron salir del Sinaí —murmuró Astrid—. Me conformo con un solo día más de sol.

Llegó un punto en que se durmió y empezó a tener sueños inquietantes. Y cuando por fin se despertó vio que el único deseo que había pedido no se había cumplido.

Al levantar la vista vio un círculo de un azul intenso y muy oscuro que empezaba a iluminar el extremo oriental y apartaba las estrellas.

Bajo ese negro azulado, el cielo estaba negro. No negro como la noche y las estrellas y la Vía Láctea y las galaxias lejanas, sino negro como una mancha continua, absoluta.

El cielo ya no se extendía de horizonte a horizonte. El cielo era un agujero encima de un cuenco puesto en vertical. El cielo era el círculo en lo alto de un pozo. Y, antes de que terminara el día, el cielo habría desaparecido del todo.

Caine se despertó. El corazón le latía con fuerza. Le dolía tanto la cabeza que pensó que estaba a punto de desmayarse debido al dolor repentino.

Entonces sintió otra cosa. Parecían cortes. Le picaban y pinchaban al mismo tiempo, por toda la cabeza.

Intentó levantar la mano para tocarse. Pero no podía mover las manos.

Caine abrió los ojos.

Vio el bloque de cemento gris en forma de ensaladera. Apoyado sobre la mesa de centro. Tenía las manos metidas en un bloque, hundidas hasta las muñecas.

Le entró miedo. Pánico.

Intentó controlarlo pero no pudo. Y gritó:

—¡No, no, no, no!

Intentó sacarlas, soltar las manos, pero estaban encajadas en el cemento, que le irritaba y apretaba la piel. Él había hecho lo mismo a otra gente, había ordenado que hicieran eso mismo y sabía lo que pasaría, sabía lo que provocaba, sabía que el cemento no se soltaba sin más; sabía que estaba atrapado, impotente.

¡Impotente!

Se puso en pie de un salto, pero el bloque de cemento le pesaba y le hizo caer hacia delante y darse con la rodilla en el borde puntiagudo del cemento. Sintió dolor, pero no era nada comparado con el pánico, con el dolor de cabeza terrible.

Caine gimoteó como un niño asustado.



Entonces aunó fuerzas para levantar el bloque de cemento. Se golpeaba con el bloque en los muslos, pero sí, podía levantarlo, podía cargar con él.

Aunque no mucho. Quiso apoyarlo pero no alcanzó la mesa, así que cayó de golpe al suelo, y se dobló en forma de U invertida.

Tenía que controlarse. No debía entrarle el pánico.

Tenía que averiguar...

Estaba en casa de Penny.

Penny.

No.

Un temor tremendo, terrible, se apoderó de él.

Levantó la vista como pudo y allí estaba Penny, avanzando hacia él. Se detuvo a escasos centímetros de su cabeza inclinada. Caine le veía los pies.

—¿Te gusta? —preguntó Penny.

La chica sostenía un espejo ovalado para que Caine pudiera verse la cara. La cabeza. Los chorritos de sangre seca que habían salido de la corona de papel de aluminio que Penny había hecho y que le había grapado a la cabeza.

—No se puede ser rey sin corona —afirmó la chica—, Su Alteza.

—¡Te mataré, gusano enfermo y retorcido!

—Qué gracia que menciones a los gusanos.

Caine vio uno. Un gusano. Solo uno. Salía retorciéndose del bloque de cemento. Pero en realidad no salía del cemento, sino de la piel de la muñeca.

Lo miró fijamente. ¡Le había metido gusanos en las manos!

Y ahora salía otro. No era mayor que un grano de arroz. Le iba devorando la piel, le salía de...

No, no, era una de las ilusiones de Penny. Ella le hacía ver todo eso.

Le hurgarían en la piel y...

«¡No, no! ¡No te lo creas!».

No era real. El cemento era real, pero nada más, aunque ahora los notaba, no eran uno ni dos, sino cientos, cientos de ellos que se le estaban comiendo las manos.

—¡Para, para! —gritó Caine. Tenía lágrimas en los ojos.

—Claro, Su Alteza.

Los gusanos desaparecieron. Caine dejó de sentir que le hurgaban. Pero el recuerdo persistía. Y, aunque sabía perfectamente que no eran reales, las sensaciones que acompañaban al recuerdo eran intensas. Era imposible ignorarlas.

—Ahora vamos a dar un paseo —anunció Penny.

—¿Qué?

—No seas tímido. Vamos a exhibir esa tableta de chocolate que tienes. Y que todos vean tu corona.

—Yo no voy a ninguna parte —replicó Caine.

Pero entonces le cayó algo en las pestañas del ojo izquierdo. No lo veía con claridad, pero era pequeño y blanco, y se retorció.

La resistencia de Caine se desmoronó.

En pocos minutos había pasado de rey, de ser la persona más poderosa de Perdido Beach, a esclavo.

Dio un tirón desesperado, levantó el bloque y fue tambaleándose hacia la puerta.

Penny la abrió y vaciló al dar otro paso.

—Aún es de noche —señaló Caine.

Penny negó con la cabeza.

—No, tengo reloj. Es de mañana.

Penny lo miró angustiada y preocupada, como si sospechara que hubiera hecho algún truco.

—Pareces asustada, Penny.

Pero la chica volvió a mirarlo con dureza.

—Vámonos, rey Caine. No tengo miedo de nada —se rio, encantada de repente—. ¡No tengo miedo, soy el miedo!

Le gustó tanto que lo repitió, cacareando como una criatura enloquecida.

—¡Soy el miedo!

Diana se encontraba en la cubierta del velero. Tenía una mano en el vientre, que se frotaba distraída.

Veía a los líderes, a Sam, Edilio y Dekka, de pie en la Casa Blanca flotante, mirando el punto por donde debía salir el sol.

«Mi bebé».

En eso pensaba. «Mi bebé».

Ni siquiera sabía qué quería decir. No comprendía por qué le ocupaba la mente y le apartaba sin más cualquier otro pensamiento.

Pero, al mirar cada vez más horrorizada el cielo oscuro, lo único en que podía pensar era: «Mi bebé, mi bebé, mi bebé».

Cigar deambulaba sin saber muy bien dónde estaba. Nada tenía el aspecto que debía tener. En su mundo, las cosas —las casas, los bordillos, las señales de la calle, los coches abandonados— no eran más que sombras. Solo alcanzaba a verles la silueta para evitar tropezar con ellos.

Pero los seres vivos eran fantasmas retorcidos de luz. Una palmera se convertía en un tornado estrecho y silencioso. Los arbustos junto a la carretera formaban un millar de dedos retorciéndose como las manos de un avaro de dibujos animados. Una foca flotaba por encima de su cabeza como si fuera una mano pequeña y pálida despidiéndose.

¿Había algo real en todo aquello?

¿Cómo podía saberlo?

Cigar tenía recuerdos de cuando era Bradley. Recordaba cosas muy distintas a las de ahora: gente que parecía plana y en dos dimensiones, como si fueran fotos de una revista envejecida, sitios tan iluminados que estaban descoloridos.

—Bradley, ¿ya has limpiado tu habitación?

Su habitación. Sus cosas. Su Wii. El mando estaba en las mantas desordenadas de la cama.

—Tenemos que irnos, Bradley, así que hazme un favor y limpia tu habitación, ¿vale? No me hagas gritar. No quiero tener otro día igual.

—¡Ya me pongo! ¡Jo, ya he dicho que lo haría!

Delante de él había alguien parecido a un zorro. De aspecto raro. Se movía más rápido que él, se alejaba, volvía la vista con ojos duros de zorro y luego se alejaba corriendo.

Cigar siguió al zorro.

Más gente. Uau. Era como un desfile de ángeles y diablos que brincaban y perros que caminaban erguidos y, ah, incluso un pez andante con aletas finas.

Levantaban polvo rojo, que se iba espesando a medida que se congregaban más chavales. El polvo rojo se puso a latir como un corazón, como una luz estroboscópica lenta.

Cigar sintió que el miedo le oprimía el corazón.

Ay, Dios; ay, no, no, no. El polvo rojo era miedo, y, mira, también salía de él, y cuando lo miraba atentamente veía que no eran partículas de polvo: eran centenares y miles de gusanitos que se retorcían.

Ay, no, no; todo aquello no era real. Era una visión de Penny. Pero el polvo rojo fluía por encima de las cabezas y se hundía en las bocas, orejas y ojos de la concurrencia enloquecida que brincaba, giraba y corría.

Entonces Cigar sintió la presencia del niño pequeño.

Se volvió a mirar, pero no estaba detrás de él. Ni delante. Ni a un lado. Estaba en algún punto al que no podía volverse a mirar. Pero estaba allí, en el espacio que quedaba justo a un lado, justo donde sus ojos no alcanzaban a verlo, en esa franja de realidad que no estaba donde pudieras verla.

Pero lo sentía.

El niño pequeño en realidad no lo era tanto. Puede que fuera inmenso. Puede que pudiera alcanzarlo con un dedo gigante y volverlo del revés.

Pero puede que el niño pequeño fuera tan sospechoso como todas las otras cosas que veía Cigar, que siguió a la multitud que se dirigía hacia la plaza.

Lana se encontraba en su balcón. Había luz suficiente para ver la mancha negra que había cubierto gran parte del cielo. En realidad, el cielo en lo alto estaba empezando a ponerse azul. Azul cielo. La cúpula era como un globo ocular visto desde el interior: donde tendría que ser blanca era de un negro opaco, pero con un iris azul encima.

Lana estaba rabiosa. Menuda farsa. Una luz falsa en un cielo falso mientras la oscuridad se cernía para apagar lo que quedaba de luz.

Había tenido la oportunidad de destruirla, a la Oscuridad. Estaba convencida de ello. Y todas las criaturas malvadas que habían surgido de aquella entidad monstruosa eran culpa suya.

Pero la Oscuridad la había derrotado, la había vencido con su fuerza de voluntad.

Lana había terminado a gatas.

La Oscuridad la había utilizado, la había convertido en parte de ella. Hizo que salieran palabras de su boca. Hizo que apuntara a un amigo y le disparara.

La mano de Lana se dirigió a la pistola que tenía en su cinturón.

Cerró los ojos y casi podía ver el zarcillo verde que se extendía para tocarle la mente e invadirle el alma. Respiró entrecortadamente, e hizo descender el muro de resistencia que había construido a su alrededor. Quería decirle que aún no estaba

derrotada, que no estaba asustada. Y quería que lo oyera.

Una vez más, como había ocurrido algunas veces en los últimos tiempos, Lana sentía el hambre, la necesidad de la *gayáfaga*. Pero sentía algo más.

Miedo.

La que provocaba el miedo también tenía miedo.

Lana había cerrado los ojos, y los abrió de golpe. Sintió escalofríos.

— ¿Tienes miedo? — susurró Lana.

La *gayáfaga* necesitaba algo. Lo necesitaba desesperadamente.

Lana volvió a cerrar los ojos de golpe, obligándose a hacer lo que se había negado a hacer antes: intentar comunicarse a través del vacío y tocar a la *gayáfaga*.

— ¿Qué es lo que tanto ansías, monstruo? ¿Qué necesitas? Dímelo para que puede matarlo y matarte a la vez.

Una voz —Lana habría jurado que era una voz de verdad, una voz de chica— susurró:

—Mi bebé.

Albert observaba a la multitud de chavales que se abría paso a empujones en dirección a la plaza. Sentía el miedo. Sentía su desesperación.

No se recogerían cosechas. El mercado no volvería a abrirse.

Era el fin. Y quedaba poco tiempo.

Unos niños pasaron por su lado rozándolo, se pararon, se dieron cuenta de con quién habían tropezado y uno de ellos preguntó:

— ¿Qué va a pasar, Albert?

— ¿Qué significa esto?

— ¿Qué se supone que vamos a hacer?

«Tener miedo», pensó Albert. Tener miedo, porque ya no queda nada por hacer. Así que hay que tener miedo, y luego pánico, y luego propagar la violencia y la destrucción.

Se sentía fatal.

En pocas horas, todo lo que había construido habría desaparecido. Lo veía muy claramente.

—Pero siempre supiste que acabaría mal —susurró.

—¿Qué?

—¿Qué ha dicho?

Albert miró a los chavales. Ahora había una multitud rodeándolo. Las multitudes eran peligrosas. Tenía que mantenerlos calmados el tiempo suficiente para escapar.

Alzó una ceja con un gesto de reproche.

—Podéis empezar por no flipar. El rey se encargará de ello. —Y luego, con su fría arrogancia característica, añadió—: Y si no lo hace, lo haré yo.

Albert se volvió y se alejó de ellos. Oyó un par de vítores vacilantes a sus espaldas, y algunas palabras de ánimo.

De momento se lo habían tragado.

Qué idiotas.

Mientras avanzaba repasaba una lista mental. Su criada, Leslie-Ann, porque le había salvado la vida. Y Alicia, porque sabía manejar un arma pero no era ambiciosa. Y era mona. ¿Uno de los chavales de seguridad? No. Cualquiera de ellos podría volverse en su contra. No, se llevaría a esa chica llamada Pug: era muy fuerte, y demasiado tonta para causar problemas.

Solo ellos cuatro subirían a la barca en dirección a la isla.

Eso bastaría para vigilar y cargar los misiles que había conseguido robar hasta la isla. Y para echar a cualquier otro que se presentara sin haberlo invitado.

## VEINTIDÓS 14 HORAS, 44 MINUTOS

—VEN, REY Caine —lo provocó Penny.

Caine arrastraba la piedra entre las piernas, doblado. La sangre de las grapas en la cabeza se había secado, pero de vez en cuando las heriditas sangraban otra vez. Y entonces la sangre se le metía por el ojo derecho, y solo veía de color rojo hasta que al parpadear lograba eliminarla.

A veces cogía fuerzas, levantaba la piedra y avanzaba dolorosamente erguido. Pero no aguantaba mucho rato.

Había una larga y lenta caminata, infinitamente dolorosa y humillante, hasta la plaza.

Estaba exhausto, al límite. Tenía la boca y la garganta reseca.

Y durante mucho rato pensó que aún era de noche. La calle estaba a oscuras, pero de un modo extraño e inquietante que no correspondía a la luz de la luna. La luz parecía brillar débilmente desde arriba, como una linterna casi apagada.

Las sombras también eran extrañas e inquietantes. Eran como sombras estrechas del mediodía, pero muy débiles. El aire parecía haber adoptado un tono sepia, como si mirara una fotografía antigua.

Caine se fijó en que Penny estiraba el cuello y miraba hacia el cielo. Parpadeó para sacarse la sangre de los ojos y retorció dolorosamente el cuello para mirar.

La cúpula estaba negra. El cielo era un agujero azul en una esfera negra.

Caine empezó a fijarse en los chicos en la calle. Todos iban hacia la plaza. Sus voces sonaban alocadas y nerviosas, como ocurría cuando tenían miedo. Observaba sus nuca mientras estiraban el cuello para mirar el cielo.

La gente caminaba agachada, como si pensarán que pudiera caérseles encima.

Pasó un rato hasta que una persona se fijó en Penny y Caine. Los gritos del niño hicieron que todas las miradas se volvieran hacia Caine.



No sabía qué esperar. ¿Indignación? ¿Alegría?

Lo que obtuvo fue silencio. Había chavales hablando, y cuando se volvían y lo veían arrastrando el bloque de cemento las palabras se apagaban en su boca. Abrían mucho los ojos. Si les producía algún placer, lo ocultaban muy bien.

—¿Qué le está pasando al cielo? —exigió saber Penny, al fijarse por fin en algo más aparte de sí misma, y fulminó con la mirada al chico que le quedaba más cerca—. ¡Respóndeme o haré que desees estar muerto!

Los chicos se encogían de hombros. Negaban con la cabeza. Se apartaban rápidamente.

—Sigue avanzando —gruñó Penny a Caine.

Ya habían llegado a la plaza, y la chica lo empujó en dirección al Ayuntamiento.

—Necesito agua —dijo Caine con voz áspera.

—Sube las escaleras —ordenó Penny.

—¡Vete al diablo!

Y al instante, un par de perros rabiosos con collares de hierro enormes en el cuello, y cuyos dientes brillaban rosados tras bocas repletas de espuma rabiosa, lo atacaron por detrás.

Caine sintió cómo le clavaban los dientes en el trasero.

El dolor... Pero él se decía que no, que no y que no..., que era una ilusión, una ilusión. Pero era demasiado real: resultaba imposible no creérselo cuando los perros lo desgarraban y él gritaba de agonía y rabia y arrastraba su carga hacia el primer escalón.

Los perros se quedaron atrás, pero gruñían y sacaban espuma y ladraban tan alto que Caine pensó que se quedaría sordo.

Siguió arrastrando su carga un escalón tras otro, y al llegar arriba, en el mismo lugar donde solía dirigirse a la multitud como rey, se desmayó, temblando de agotamiento. Cayó sobre sus manos aprisionadas.

Al cabo de un rato, alguien le tiró de la cabeza hacia atrás y sintió que una jarra le alcanzaba los labios. Caine bebió el agua de un trago, se ahogaba pero no le importaba.

Entonces abrió los ojos y vio que la multitud había aumentado. Y que había avanzado. Sus rostros reflejaban horror y miedo.

Caine había hecho enemigos durante los cuatros meses que había estado al mando. Pero lo que estaba ocurriendo ahora lo borraba todo. La multitud estaba asustada. Muerta de miedo. Los ojos salían disparados hacia el cielo una y otra vez, comprobando si aún había luz, algo de luz.

Caine examinó a la multitud con ojos llorosos. Tenía una esperanza: Albert.

Seguramente no dejaría que la cosa siguiera así. Albert tenía guardias armados. Ya debía de estar pensando cómo salvarlo.

Pero otra parte de la mente de Caine se lamentaba de que no hubiera modo de escapar del cemento. Él ya lo sabía: les había hecho lo mismo a los raros cuando comenzó la ERA. Y la única razón por la que habían logrado escapar había sido porque el pequeño Pete intervino.

Entonces no sabía que lo había hecho el pequeño Pete. Había actuado como un sordo, tonto, ciego y estúpido al no darse cuenta de que el niño autista y raro era el que tenía el auténtico poder. Y ahora el pequeño Pete estaba muerto y desaparecido.

Solo le quedaba la opción de romper el cemento trocito a trocito con un mazo.

El dolor resultaría insoportable. Se le romperían todos los huesos de las manos. Puede que Lana pudiera ayudarle, pero primero sentiría mucho dolor.

En cuanto Albert se encargara de Penny.

—¡Aquí está vuestro rey! —exclamó la chica, regodeándose—. ¿Lo veis? ¿Veis la corona que le he puesto? ¿Os gusta?

Nadie respondió.

—He dicho, ¿no os gusta? —chilló Penny.

Un par de chavales asintieron o murmuraron:

—Sí.

—Vale —dijo Penny—. Pues vale. —No parecía estar segura de qué hacer a continuación. Su fantasía no había llegado más lejos. Y ahora Caine sabía que intentaba discurrir cómo disfrutar de su victoria. De su victoria temporal—. ¡Ya sé! Veamos si el rey Caine puede bailar. ¿Qué os parece?

Una vez más, el público aturdido y traumatizado no sabía cómo responder.

—¡Baila! —bramó Penny con una voz que acabó convertida en un chillido—. ¡Baila, baila, baila!

De repente, la piedra caliza bajo los pies de Caine se incendió. El dolor fue instantáneo e insoportable.

—¡Baila, baila, baila! —gritaba Penny, dando saltos.

Agitaba los brazos torpes en dirección a los chavales, instándoles a que gritaran con ella.

Como las llamas le quemaban la piel de las piernas, Caine se puso a patalear y a agitarse como un loco en lo que parecía una parodia extraña de un baile.

Entonces las llamas se detuvieron.

Caine jadeaba a la espera del siguiente asalto.

Pero ahora parecía que Penny se había quedado sin gas. Se hundió un poco y lo miró. Sus ojos se encontraron, y Caine le lanzó una mirada de odio que no tuvo ningún efecto. El chico sabía que estaba loca. Siempre había sabido que era una psicópata, pero los psicópatas podían resultar útiles.

Pero aquello no era tan simple como la maldad implacable de Drake. Lo de Penny era auténtica locura. Miraba a unos ojos que ya no formaban parte de la realidad.

Estaba loca, y Caine había contribuido a enloquecerla.

Y ahora toda su rabia, sus celos, todo el odio que Caine había utilizado en

beneficio propio se estaba volviendo en su contra.

Era un juguete indefenso en manos de una lunática con el poder de enloquecerlo tanto como lo estaba ella.

Sin ánimo, pensó que en eso consistía la ERA. Siempre había sabido que terminaría en locura y muerte.

Por primera vez pensó en el bebé de Diana. Su hijo o hija. Lo único que quedaría de Caine cuando Penny acabara con él.

Pero no estaba claro cómo pintaban las cosas para Penny en ese momento. La multitud estaba nerviosa e indecisa.

—Ahora soy la reina, soy la que manda —anunció la chica—. Y no hace falta que os recuerde lo que puedo hacer, ¿verdad?

No hubo respuesta. Solo un silencio cauto.

Entonces se oyó una voz procedente de atrás.

—¡Déjalo marchar! ¡Lo necesitamos!

Caine no reconocía la voz. Y al parecer tampoco Penny.

—¿Quién ha dicho eso?

Silencio.

Caine oía jadear a Penny. Estaba muy excitada. No sabía qué hacer a continuación. Se esperaba... algo. Pero no se esperaba quedar eclipsada por aquella oscuridad terrible.

—¿Dónde está Albert? —exigió saber, petulante—. Quiero que venga para decirle cómo irán las cosas a partir de ahora.

No hubo respuesta.

—¡He dicho que traigáis a Albert! —insistió Penny—. ¡Albert, Albert! ¡Sal, cobarde!

Nada.

Pero la multitud pasó de mostrarse temerosa a furiosa. No les gustaba lo que estaba ocurriendo. Estaban asustados y habían venido en busca de alguien que los tranquilizara. En cambio, se encontraban con una chica chillona que había lisiado a la persona más poderosa de la ciudad justo cuando necesitaban desesperadamente que alguien hiciera algo respecto al hecho de que la luz se estaba apagando.

— ¡Déjalo marchar, bruja estúpida!

Caine agradeció el apoyo, pero la parte fría y calculadora de su mente se preguntaba dónde diablos estaba Albert, quien contaba con media docena de chavales que dispararían a Penny si se lo ordenaba. Bastaba con que Albert dijera algo así como: «Quien quiera un trabajo mañana que la ataque ahora».

¿Dónde estaba?

El tercio superior de la cúpula se estaba iluminando. Pero eso solo servía para ver mejor los tentáculos de la mancha que, como un círculo de dientes, avanzaban despacio.

¿Dónde estaba Albert?

Quinn condujo sus barcas al puerto deportivo.

Pensó que quizá por última vez, y le pareció que se le iba a romper el corazón.

Se había despertado muy temprano en su campamento de la costa, pues tenía el reloj biológico de pescador, y había visto que la mancha se comería el sol.

Habían pescado lo que habían podido durante las primeras horas de la mañana. Pero estaban descorazonados. La huelga había terminado, quisieran o no: su mundo estaba muriendo, y tenían problemas más graves que la injusticia cometida o la lealtad que debían a Cigar.

Albert y tres chicas bajaban por el muelle en dirección a Quinn. Cada una de ellas llevaba una mochila. Albert cargaba con el libro grande de contabilidad que utilizaba para hacer el seguimiento de sus negocios.

— ¿Por qué no estás pescando? —preguntó Albert.

Quinn no se dejó engañar.

—¿Dónde vas, Albert?

Albert no dijo nada. Quinn pensó que era muy raro que no respondiera.

—No es asunto tuyo, Quinn —contestó finalmente Albert.

—Estás huyendo.

Albert suspiró, y dijo a sus tres acompañantes:

—Adelantaos y meteos en la barca, en la Boston Whaler. Sí, en esa. —Y añadió, volviéndose hacia Quinn—. Me ha gustado hacer negocios contigo. Si quieres, puedes venir con nosotros. Nos queda sitio para otro más. Eres un buen tipo.

—¿Y mi gente?

—Recursos limitados, Quinn.

Quinn se rio un poco.

—Eres un sinvergüenza, ¿no, Albert?

Albert no pareció molestarse.

—Soy un hombre de negocios. Todo se basa en sacar beneficios y sobrevivir. Y así he mantenido a todo el mundo vivo durante meses. Así que..., en fin..., siento que no te guste, Quinn, pero lo que se nos viene encima no son negocios. Lo que se nos viene encima es locura. Volvemos a la época de pasar hambre. Pero esta vez a oscuras. Locura. Demencia.

Sus ojos brillaron al pronunciar la última palabra. Quinn vio miedo en ellos. Demencia. Sí, eso aterrorizaría al hombre de negocios tan racional.

—Lo único que pasará si me quedo —continuó Albert— es que alguien decidirá matarme. Ya estuve a punto de morir una vez.

—Albert, eres un líder, un organizador. Te necesitamos.

Albert agitó la mano, impaciente, y miró por encima del hombro para ver si la Boston Whaler estaba lista.

—Caine es un líder. Sam es un líder. ¿Yo? —Albert reflexionó un segundo y desdeñó la idea—. No. Yo soy importante, pero no soy un líder. Pero te diré una cosa, Quinn: en mi ausencia, habla por mí. Si eso te ayuda, pues me alegro.

Albert se subió a la Boston Whaler. Pug puso en marcha el motor y Leslie-Ann soltó amarras. Parte de la poca gasolina que quedaba en Perdido Beach hizo que la barca saliera resoplando del puerto deportivo.

—¡Oye, Quinn! —gritó Albert—. ¡No vengas a la isla sin enseñar una bandera blanca! ¡No quiero hacerte pedazos!

Quinn se preguntaba cómo podría llegar siquiera a la isla. Y cómo podría Albert ver una bandera blanca. A no ser que cambiara algo, nadie vería nada. Sería un mundo de ceguera universal.

Eso le hizo pensar en Cigar y sus ojos chungos de caramelo. Tenía que encontrarlo. Pasara lo que pasara, seguía siendo uno de los suyos.

Oyó un ruido repentino procedente de la plaza, de voces que gritaban, y una voz aguda que chillaba. Reconocía ese chillido.

Empezó a caminar hacia la ciudad, hasta que se detuvo y esperó a que sus pescadores se reunieran en torno a él.

—Chicos. Yo... yo..., esto..., no sé qué está pasando. Puede que no podamos volver a pescar juntos nunca más. Y ya sabéis... Pero creo que es mejor que sigamos juntos.

Como discurso para inspirarlos y unirlos, era bastante malo. Pero aun así funcionó. Quinn se dirigió hacia los sonidos de miedo y rabia con toda su gente tras él.

Lana llevaba la capucha bien encasquetada. No quería que nadie de la multitud la reconociera. Había bajado a la ciudad solo para ver si Caine pondría una escolta armada a su servicio, y se había encontrado con una escena sacada de una desquiciada novela de terror.

En las sombras extrañas e inquietantes, una multitud de unos doscientos

chavales armados con bates de béisbol con pinchos, palancas, patas de mesas, cadenas, cuchillos y hachas, vestidos con trapos que no combinaban y restos de disfraces, se enfrentaban a una lunática descalza de ojos salvajes que brincaba y amenazaba con los puños, junto a un chico guapo con una corona grapada en el cuero cabelludo y las manos presas en un bloque de cemento.

Ahora entonaban:

—¡Déjalo marchar, déjalo marchar!

Gritaban por Caine. Estaban muertos de miedo, y ahora, por fin, de verdad querían un rey. De verdad querían a cualquiera que pudiera salvarlos.

—¡Déjalo marchar, déjalo marchar!

Y a continuación:

—¡Queremos al rey, queremos al rey!

Entonces se oyeron gritos repentinos de los que estaban más próximos a los escalones. Lana veía que los chavales retrocedían, arañándose la cara, gritando.

¡Penny había atacado!

—¡Matad a la bruja! —aulló una voz.

Un palo salió volando por los aires, pero no acertó. También un trozo de cemento, un cuchillo... Todos fallaron.

Penny alzó las manos por encima de la cabeza y se puso a gritar obscenidades. Un trozo de algo la alcanzó en el brazo y le salió sangre.

A los chavales que se habían visto afectados por sus visiones les entró el pánico y salieron corriendo, pero otros chavales empujaban hacia delante. Era un tumulto, un caos de brazos y piernas y armas, gritos, órdenes; y de repente, procedente del otro extremo, se acercó una cuña de chavales disciplinados que avanzaban con los brazos unidos, abriéndose paso entre los escalones y la multitud.

Lana reconoció al chico en el centro de la cuña y se rio, sorprendida y compungida.



—Quinn — se dijo a sí misma—. Vale.

Penny se estaba mirando, petrificada, la herida del brazo, pero al final reaccionó y atacó a Quinn.

—¡Tú!

El chico gritó de agonía. No había modo de saber lo que Penny le estaba haciendo, pero debía de ser espantoso.

Lana estaba harta. Había chavales heridos. Y más que iba a haber. No podría cumplir con su misión de advertir a Diana.

Así que sacó su pistola.

—Apartaos de mi camino — gritó a dos chavales que le bloqueaban el paso.

Se movía rápido, sin que repararan en ella. Bajó por First Avenue y rodeó a la multitud siguiendo la dirección opuesta de Quinn.

Reinaban el caos y el terror en la base de los escalones mientras Penny provocaba todo el daño que su mente enferma era capaz de imaginar. Los chavales se atacaban los unos a los otros, pues veían monstruos donde no los había.

Lana se estremeció cuando una palanca se alzó y se oyó un crujido escalofriante cuando descendió.

La chica llegó hasta los escalones de la iglesia y desde allí cruzó hasta el Ayuntamiento. Caine miró hacia su lado y la vio. Penny no.

Entonces Lana apuntó a Penny con la pistola.

—Para —dijo Lana.

El rostro enrojecido de Penny palideció. Las visiones que infligía a la gente cesaron. Los chavales gritaban de dolor, sollozaban por los recuerdos.

—Ah, todos tienen que seguirte el rollo, ¿verdad, curandera?

Penny escupió la última palabra. Formó unas garras con las manos y arañó el aire. Tenía los labios retraídos y mostraba los dientes gruñendo como un animal.

—Si te disparo, no te curaré —dijo Lana sin perder la calma.

La amenaza pilló desprevenida a Penny, pero se recuperó enseguida. Bajó la cabeza y comenzó a reírse. Empezó en voz baja, y fue aumentando poco a poco los decibelios.

El brazo de Lana se incendió.

Una soga colgaba de la pared en ruinas de la iglesia. La soga le cayó por la cabeza, le aterrizó en los hombros y se estrechó en torno a su garganta.

De repente, la piedra caliza bajo sus pies era un bosque de cuchillos, todos dispuestos a apuñalarla.

—Ya —dijo la chica—. Eso no te resultará conmigo. Me he enfrentado a la *gayáfaga*, que te podría enseñar unas cuantas cosas. Para. Ahora. O pum.

La risa de Penny se interrumpió. Parecía herida. Como si alguien le hubiera dicho una crueldad. Las visiones cesaron tan repentinamente como si alguien hubiera apagado un televisor.

—Como que me opongo al asesinato —comentó Lana—. Pero si no te das la vuelta y te vas, te haré un agujero donde se supone que tienes el corazón.

—No puedes... —empezó a replicar Penny—. Tú... No...

—Una vez intenté matar al monstruo y fallé. Siempre lo he lamentado —explicó Lana—. Pero tú eres humana. O algo parecido. Así que te daré una oportunidad: camina. Sigue caminando.

Durante lo que pareció un rato muy largo, Penny se quedó mirando a Lana. No con odio, sino incrédula. Lana la veía con mucha claridad: era una cabeza que descansaba sobre la mira de su pistola.

Penny dio un paso atrás. Y luego otro. La seguía mirando desafiante, hasta que esa mirada se esfumó.

Se dio la vuelta sobre sus talones y se marchó a toda prisa.

Quinn hizo señas a tres de los suyos para que la siguieran.

Una docena de chavales o más gritaban pidiendo su sangre, pidiendo que la mataran.

Lana se metió otra vez la pistola en la cinturilla.

—No creo que Caine esté en condiciones... —empezó a decir. Entonces alzó la voz para que la oyeran. Como de costumbre, parecía irritada e impaciente—. Así están las cosas: Quinn es el jefe. Por ahora. Si os metéis con él, os metéis conmigo. Y no os curaré. Si perdéis una pierna, me quedaré mirando cómo os desangráis. ¿Queda claro?

Al parecer quedaba claro.

—Bien. Ahora tengo trabajo que hacer. Apartaos de mi camino —ordenó, y bajó al escenario sangriento que Penny había dejado a su paso.

Quinn se acercó hasta ponerse a su lado.

—¿Yo? —dijo el chico.

—Por ahora. Asegúrate de que Penny se marcha de la ciudad. Mátala si quieres, porque dará problemas si vive.

Quinn puso mala cara.

—No creo que sea la clase de tipo que se dedica a matar gente.

Lana mostró su sonrisa tan poco común.

—Ya, ya me había dado cuenta. Que uno de los tuyos traiga a Sanjit. Tiene que localizar a Sam, así que búscale un arma. Taylor está acabada, y tenemos que colaborar con Sam, así que nos comunicaremos a la antigua usanza. Si seguimos divididos, moriremos todos.

—Hecho.

La sonrisa de Lana se esfumó.

—La Oscuridad está buscando a Diana. Hay que advertirle.

—¿A Diana, por qué?

—Porque tiene un bebé en su vientre. Y la Oscuridad necesita nacer.

**VEINTITRÉS**      14 HORAS, 39 MINUTOS

**SURGIÓ DRAKE.**

No tenía ni idea de dónde estaba. Era un lugar estrecho y húmedo que olía a aceite. Movi6 levemente la cabeza y sintió un impacto que en los viejos tiempos habría resultado doloroso. Había chocado con algo de acero.

Parpadeó. Había muy poca luz. Procedía de un cuadrado en el techo bajo. Se dio cuenta de que era el borde de una escotilla, que quedaba a pocos centímetros por encima de él.

Con la mano y el tentáculo, Drake palpó el espacio diminuto. Tardó un rato en entender cómo iban las cosas. El objeto de metal complejo. El cuadrado de luz. El modo en que el suelo parecía moverse levemente bajo sus pies. El olor a aceite.

Estaba en un barco.

En el cuarto de máquinas.

Y apenas tenía espacio para moverse.

Drake sonrió. Vaya, vaya: qué lista, Brittney. Buen trabajo. De algún modo había conseguido subirse a escondidas a uno de los barcos.

Probablemente no al mismo en el que había visto a Diana. ¿Lo habría conseguido? ¿Brittney la simple, la de la boca de metal?

No. Pero era un barco. Desde luego.

Qué bien.

Y ahora ¿qué? Aún tenía que encontrar a Diana.

Del dicho al hecho... Primero tenía que saber dónde estaba. Se pasó veinte minutos largos intentando escurrirse para apoyar la cabeza en la escotilla. No podía aguantar mucho en la misma postura.

Se aguantó apoyando la mano en el bloque del motor, y luego utilizó la punta del tentáculo para empujar muy delicadamente la escotilla hacia arriba.

Se desplazó con bastante facilidad. Menos de un centímetro. Un centímetro. Y entonces vio una franja muy larga y estrecha del mundo que quedaba por encima. El radio de un timón. Un cubo. Luego un pie.

Bajó la escotilla tan silenciosamente como la había levantado.

Algo había chocado contra la borda del barco. Oyó una voz amortiguada, de chico.

Luego oyó una segunda voz masculina que lo heló hasta la médula. Sam.

¡Sam!

Entonces oyó los ruidos de alguien que subía por la borda. Y ahora oía las voces más claramente.

—¿Qué passa, Roger? —dijo Sam—. Eh, Justin. Eh, Atria. ¿Cómo lo lleváis, chicos?

La primera voz masculina, presumiblemente la de «Roger», quienquiera que fuera, respondió:

—Estamos bien. Vamos bien.

—Vale. Bien. Solo he venido a colgaros unas luces.

—¿Soles de Sammy? Así que... —Roger titubeó—. ¿Por qué no os vais a jugar, niños? Los mayores tenemos que hablar. —Se oyeron pies que corrían, pero no voces agudas, y a continuación—: Así que... ¿así están las cosas?

—Bueno, Roger, no lo sabemos seguro —dijo Sam, exhausto.

¿Podría Drake derribarlo? ¿Aquí y ahora que estaba solo, sin Brianna o Dekka para sumarse a su poder?

Pero Drake se dijo que no. No conseguiría salir de la escotilla antes de que Sam se dispusiera a quemarlo. Y su misión era llevarse a Diana, no matar a Sam.

—¿Va a estar totalmente oscuro? —preguntó Roger con un leve temblor en la voz.

—No del todo —respondió Sam intentando tranquilizarlo—. Por eso he venido. Tendréis mucha luz a bordo. ¿Está levantada o dormida?

Se alejaron y Drake ya no podía oírlos, debían de haber entrado en el camarote. Pero había oído la última frase.

¿Podía ser? ¿Estaba Diana en ese mismo barco?

El psicópata sonrió en la oscuridad. Esperaría hasta asegurarse. Ya se presentaría la oportunidad. Había depositado su fe en la *gayáfaga* y aún no le había fallado.

Sam remaba de barco en barco, uno tras otro.

Subía a cada barco y se agachaba para entrar en el camarote correspondiente. En los veleros o lanchas más pequeñas instalaba uno o dos soles de Sammy.

Los soles de Sammy eran la manifestación duradera de su poder. En vez de disparar luz con un rayo asesino, podía formar bolas de luz, que ardían sin calentarse y se cernían en el aire. Habían experimentado un poco y descubierto que el sol de Sammy se quedaba en su sitio cuando el barco se movía, lo cual era algo a tener en cuenta.

Algunos de los barcos, por ejemplo las casas flotantes, conseguían hasta tres o cuatro soles de Sammy.

A mitad de camino, Sam se percató de que estaba muy cansado. Había tenido la misma sensación tras las batallas en las que había utilizado sus poderes. Siempre pensó que no era más que el abatimiento posterior a la pelea, pero ahora se preguntaba si utilizar su poder no resultaba agotador de por sí.

Puede. Pero no importaba. Los soles de Sammy tranquilizaban a los chavales. Nadie, y mucho menos Sam, podía soportar la idea de quedarse atrapado en una oscuridad permanente. Era inconcebible. Los aterrorizaba hasta lo más hondo.

Los últimos soles de Sammy eran para la casa flotante grande. Cinco en total, incluido uno particularmente grande que flotaba junto a la barandilla delantera.

Estarían a oscuras, pero no totalmente ciegos.

—Eso ayudará —comentó Edilio, recibéndolo de nuevo.

—Un rato —dijo Sam en tono grave.

—Un rato —reconoció el otro.

Sam no pudo evitar coger los prismáticos e inspeccionar la zona. Orc seguía ahí fuera, buscando. Bien. Si tenían suerte, puede que encontrara a Drake, y Sam correría a ayudarlo.

Pero no le interesaba especialmente observar a Orc. Era a Astrid a quien buscaba.

Si llegaba a Perdido Beach, ¿cuán rápido podría volver? Tendría que ser antes de que el cielo se cerrara. Si se quedaba atrapada en la oscuridad, tendría que arrastrarse literalmente por la carretera. Y no todo necesitaba de la luz para cazar y matar. La oscuridad podría mantener a Drake a raya, pero los coyotes, las serpientes y los bichos...

Sam tenía que hacer algo, pero no sabía el qué. Y eso lo devoraba por dentro, no saber qué hacer.

—Podría colgar soles de Sammy por la carretera —propuso.

—En cuanto hagamos un trato con Albert y Caine —concedió Edilio—. Pero si los ponemos ahora, no será más que un faro animando a todo Perdido Beach a venir. Y no estamos preparados para eso.

Sam apretó los labios al cerrar la boca. No esperaba que Edilio dijera nada al respecto. Lo único que hacía era pensar en voz alta. Y seguía furioso con Edilio. Necesitaba estar furioso con alguien, y Edilio estaba allí.

Y lo que era peor, Edilio no parecía temer a la oscuridad que se avecinaba. Estaba como siempre, calmado y dispuesto. Normalmente, eso a Sam le resultaba tranquilizador. Pero le costaba el simple hecho de tomar y soltar aire. Estaba exhausto de colgar soles y de decir cosas tranquilizadoras a su gente en los barcos.

No se creía lo que decía. Astrid estaba ahí fuera en alguna parte. La oscuridad se acercaba. Se estaba acercando al juego final. Y él no tenía un plan.

No tenía ningún plan.

Sam levantó la vista. Ahora empezaba a parecer como si el sol se alzara por encima del límite de la mancha. Estaba muy arriba, demasiado arriba, en el cielo. Pero la luz era bienvenida. Bienvenida y descorazonadora, cuando Sam se percató de que puede que no volviera a verla.

El agua destelló. Los cascos blancos se iluminaron. El pueblo, el pequeño campamento y los bosques cercanos se iluminaron.

Edilio estaba observando uno de los barcos a través de los prismáticos.

—Es Sinder —informó—. Pide permiso para ir a la costa con Jezzie y recoger sus verduras.

—Ya, me parece lógico. —Sam alzó la voz hasta gritar—. ¡Brisa, Dekka, a cubierta! —Entonces, con voz normal, añadió a Edilio—: Sinder necesitará que alguien le cubra las espaldas.

Brianna apareció segundos después de que el sonido de su apodo se apagara. Dekka llegó unos instantes más tarde.

—Hay suficiente luz para ti, Brisa —comentó Sam.

—Sí, es como Florida en julio.

Brianna puso los ojos en blanco ante la luz extraña, como manchada de té.

—Pensé que querías volver a salir —replicó Sam, lacónicamente.

—Tío, claro que quiero. Calma. Solo era un chiste.

—Ya —dijo Sam con los dientes aún apretados. Le dolía la mandíbula. Tenía los hombros llenos de nudos dolorosos—. En cuanto Sinder se acerque a la costa, ve donde ella. Y quédate con ella hasta que Jezzie y Sinder hayan terminado.

—No tengo que quedarme sentada ahí encima, ¿verdad? —comentó Brianna fingiendo inocencia—. Quiero decir, que puedo entrar y salir, ¿no? Vigilarlas, correr requetelejos por la carretera, ver qué está...

Antes de que Sam pudiera replicarle, Edilio intervino:



—Necesitamos una estrategia, no un montón de gente corriendo en varias direcciones. Astrid ya debe de estar en PB. Si Drake nos ataca, te necesitaremos, Brianna. Pero si te topas con él sin Sam, como máximo conseguirás empatar.

Tenía todo el sentido del mundo. Pero no respondía al deseo desesperado de Sam de hacer algo. De hacer. No de hablar, o de mirar, o de preocuparse, sino de hacer.

La misión de capturar los misiles le había servido de muy poco para apaciguar el deseo de acción. Sam levantó las palmas ante su rostro sin pensar en lo que hacía. ¿Cuánto tiempo había transcurrido desde la última vez que disparó la luz cegadora en vez de limitarse a colgar luces?

Entonces se dio cuenta de que Edilio y Dekka lo miraban con expresión solemne. Brianna mostraba una sonrisita. Los tres le habían leído el pensamiento.

—Bueno, por lo menos podremos comernos unos rábanos que no veas —murmuró Sam tontamente.

—Pero esto solo es para ir tirando —añadió Dekka—. No sirve para ganar.

—Drake está aquí. En alguna parte. La *gayáfaga* está... nadie sabe exactamente dónde —recordó Edilio—. Ni siquiera sabemos qué está pasando en Perdido Beach. No sabemos qué está tramando Albert. No sabemos dónde se sitúa Caine en todo esto. No sabemos por qué Taylor no ha saltado para contarnos qué está pasando.

—Ya, ya lo pillo —dijo Sam amargamente—. Astrid tiene razón en lo de intentar llegar a Perdido Beach. Y mientras estamos atascados. Atados. Como las moscas en esas tiras pegajosas.

A Sam le picaban las manos. Apretó fuerte los puños.

Estaba la lógica. Y luego estaba el instinto. El instinto de Sam le gritaba que con cada segundo, pasivo y paciente que dejaba que pasara, más probable era que perdiese la pelea.

El sol que se alzaba proyectaba sombras profundas en el alma de Astrid. Una cosa era saber qué iba a ocurrir, y otra muy distinta verlo.

El cielo estaba desapareciendo. Ese sería el último día de luz de la ERA.

La chica miró a su alrededor intentando orientarse, y estuvo a punto de dejarse llevar por el pánico. La carretera del lago a Perdido Beach iba en dirección sudoeste por la ladera occidental de las colinas de Santa Katrina, y luego se cruzaba con la carretera principal.

Pero Astrid había perdido de vista esa carretera. Y sin saber cómo había ido deambulando hasta una abertura entre las dos colinas.

Las de Santa Katrina no eran las colinas más grandes, aunque de cerca podían resultar imponentes. Estaban secas, claro, porque en la ERA no había llovido. Astrid recordaba haberlas visto desde la carretera principal mucho tiempo atrás, después de la lluvia de diciembre, cuando de repente se volvieron verdes. Pero ahora no tenían más que piedras y hierbas secas y árboles pequeños y anchos que se esforzaban por sobrevivir.

La carretera que buscaba debía de encontrarse retrocediendo directamente hacia el oeste. Pero igual había que recorrer una gran distancia, y puede que acabara dando con ella a uno o dos kilómetros del lago Tramonto. Eso resultaría humillante si Sam había mandado a Brianna a buscarla: la misión de advertir a Perdido Beach parecería mucho menos digna de un héroe revolucionario americano, y mucho más el plan descabellado de una chica incompetente.

Ya se había visto retrasada. El amanecer, si es que se lo podía llamar así, había llegado. La gente de Perdido Beach lo vería sin su ayuda.

Lo cual quería decir que lo único que podía hacer ahora era esperar llevarles un mensaje de solidaridad y ofrecer los servicios de Sam como portador de luz.

Pero incluso eso dependía de la velocidad. Estaba segura de que ya había chavales saliendo de Perdido Beach.

Si quería ir más rápido, tendría que ir por las colinas. Si ese paso seguía una línea más o menos recta, no habría problema. Si acababa de golpe en alguna colina tendría que escalar, y eso sería peliagudo.

Astrid echó a correr al trote. Estaba muy en forma tras los meses que había pasado corriendo por los bosques, y mientras tuviera agua podría avanzar medio corriendo medio caminando durante horas.

Las colinas se alzaban a ambos lados. La de la derecha empezaba a resultarle opresiva, empinada y ceñuda. El pico era roca descubierta donde una tormenta o

terremoto acontecido tiempo atrás había eliminado la fina capa superior del suelo. Así que la roca expuesta parecía una cara adusta.

El sendero continuaba resultando bastante fácil. Antiguamente había agua corriente, pero ahora el lecho del arroyo estrecho estaba enmarañado con hierbas secas.

Astrid vio algo moverse a su derecha, en la ladera escarpada de lo que le parecía Monte Caralarga. No se detuvo, sino que siguió avanzando, miró y ya no vio nada.

—No te dejes asustar — se dijo.

Muchas veces pasaban cosas así en el bosque: un ruido, un movimiento repentino, un destello de una cosa u otra. E inevitablemente temía que fuera Drake. E igual de inevitablemente se trataba de un pájaro, una ardilla o una mofeta.

Pero ahora le costaba dejar de sentir que la observaban. Como si Monte Caralarga fuera realmente una cara y la estuviera observando y no le gustara lo que veía.

Más adelante el camino se curvaba hacia la izquierda, y Astrid agradeció la oportunidad de alejarse de la montaña siniestra, pero al mismo tiempo, al coger la curva, tuvo la sensación casi inaguantable de que lo que fuera que la había estado observando ahora se encontraba detrás de ella.

Y se estaba acercando.

No pudo resistir el impulso de echar a correr del todo. Pero no podría mirar mientras huía, presa del pánico.

Astrid llegó a una esquina ciega y casi se estrella contra él.

La chica se detuvo y se quedó mirándolo, gritando.

Gritando de tal manera que se olvidó de sacar el arma, hasta que ya estaba gritando y alejándose, hasta que acabó sacando la escopeta y buscó a tientas el gatillo. Alzó el arma hasta la altura del hombro y bajó el cañón.

Apuntó a los ojos. Esos ojos horribles como canicas en cuencas de un negro sanguinolento.

Era un chico, lo cual tardó unos cuantos latidos largos en penetrar en su conciencia. No era un monstruo gigante, sino un chico. De hombros fuertes y muy bronceado. Tenía cortes en la cara, como marcas de garras de un animal salvaje. Parecían recientes. Y vio sangre en sus uñas.

Era imposible descifrar su expresión. Los ojos, esos ojos horribles como guisantes, impedían interpretar cualquier emoción.

—No te muevas o te vuelo la cabeza —amenazó Astrid.

El chico dejó de caminar. Los ojos parecían incapaces de localizarla, miraban hacia arriba y hacia la izquierda y hacia todos lados menos directamente a Astrid.

—¿Eres de verdad? —preguntó el chico.

—Soy de verdad. Y mi escopeta también.

Astrid sintió el temblor en la voz, pero tenía el arma bien sujeta y la mantenía fija en el blanco. Bastaba con apretar el dedo índice derecho y se oiría un ruido fuerte y aquella cabeza horripilante explotaría como un globo de agua.

—¿Eres... eres Astrid?

La chica tragó saliva. ¿Cómo sabía su nombre?

—¿Quién eres?

—Bradley. Pero todos me llaman Cigar.

El arma bajó varios centímetros por sí sola.

—¿Qué? ¿Cigar?

La boca del chico dibujo una especie de sonrisa. La sonrisa mostró dientes rotos y que le faltaban dientes.

—Te veo —dijo Cigar, y alargó una mano ensangrentada en dirección a ella, como un ciego que intentara tocar algo que no llegaba a localizar.

—No te acerques —replicó la chica, y volvió a colocarse el arma sobre el hombro—. ¿Qué te ha pasado?

—Yo...

Cigar intentó sonreír otra vez, pero la sonrisa se convirtió en mueca y luego en un gruñido terrible, en un grito de agonía que se alargó y se alargó hasta acabar en un ataque de risa enloquecido.

—Escúchame, Cigar, tienes que contarme lo que ha pasado —insistió Astrid.

—Penny —susurró—. Me ha enseñado cosas. Tenía las manos...

Cigar alzó las palmas para mirarlas, pero sus ojos estaban en otra parte, y un gemido salió de lo más hondo de su garganta.

—¿Penny te ha hecho esto?

Astrid bajó el arma. Hasta la mitad. A continuación, dudosa, la bajó del todo. Pero no se la colgó del hombro. La tenía bien agarrada, con el dedo apoyado en el seguro.

—Mira, me gustan las golosinas, e hice una cosa mala y luego tenía golosinas en el brazo y luego me las estaba comiendo y, ah, estaban tan buenas, ya sabes, y Penny me dio más, así que me las comí y me dolía y había sangre, igual, mucha sangre, igual, igual...

Los ojitos se volvieron de repente para mirar detrás de Astrid.

—Es el niño pequeño —comentó Cigar.

Astrid miró por encima del hombro, echó un vistazo rápido, casi involuntario, porque no estaba lista para bajar la guardia, no estaba lista para volverse. Ya estaba mirando otra vez a Cigar cuando se dio cuenta de lo que había visto.

¿Visto? No mucho. Una distorsión. Un retorcimiento del campo visual.

Volvió a mirar. Nada.

Y miró otra vez a Cigar.

—¿Qué ha sido eso?

—El niño pequeño. —Cigar se rio tontamente y se llevó la mano a la boca como si hubiera dicho una palabrota. Luego añadió, susurrando bajito—: El niño pequeño.

La garganta de Astrid estaba en tensión. Se le puso la piel de gallina.

—¿Qué niño pequeño, Cigar?

—Te conoce —comentó Cigar en tono muy confidencial, como si le estuviera contando un secreto—. Pelo amarillo que grita. Ojos azules que pinchan. Me ha dicho que te conoce.

Astrid trató de hablar, pero no pudo. No podía hacer la pregunta. No podía aceptar la respuesta posible. Pero, finalmente, unas palabras ahogadas salieron de su boca:

—El niño pequeño... ¿se llama Pete?

Cigar hizo ademán de tocarse un ojo, pero se detuvo. Durante un instante pareció como si estuviera escuchando algo, aunque no se oía nada salvo la brisa suave y los saltamontes chirriantes. Entonces asintió entusiasta y respondió:

—El niño pequeño dice: «Hola, hermana».

**FUERA EL SARGENTO DARIUS** Ashton era muy hábil con el motor de un camión. Lo cual no quería decir que se le diera necesariamente bien un compresor de aire. Pero su teniente había dicho que necesitaban un mecánico en el otro extremo de la cúpula.

—Esa es la base aérea, teniente —protestó Darius—. ¿No tienen un mecánico de climatización allí?

—No tienen a nadie habilitado —explicó el teniente.

—¿Se necesita habilitación de seguridad para un aire acondicionado?

El teniente no era mal tipo, era joven pero no arrogante, y respondió:

—Sargento, yo pensaba que con su larga experiencia vistiendo uniforme ya no se esperaría que todo tuviera sentido.

Darius no se lo podía discutir. Lo saludó y se volvió sobre sus talones. Una conductora alegre, una cabo que se conocía muy bien el camino, lo esperaba tras el volante de un Humvee. Darius cargó sus herramientas en la parte trasera. ¿Cómo saber qué llevarse si ni siquiera sabía qué se suponía que tenía que reparar?

La cabo había estado destinada en Kabul, igual que Darius, así que de eso hablaron durante el largo y tortuoso viaje en coche. Y hablaron de ese nuevo lanzador cubano supuestamente maravilloso que había llegado a Estados Unidos en balsa. Los Angels lo iban a contratar.

Subieron por la carretera principal y luego continuaron por varias carreteras secundarias de grava. Había otro modo de llegar a la Base Aérea de la Guardia Nacional de Evanston, pero entonces tendrían que recorrer toda la I-5 y luego retroceder hacia el sur. En el trayecto actual había muchos baches y polvo, pero era más rápido.

Gran parte del recorrido lo hicieron con la pecera a la vista. Darius ya se había acostumbrado. Quince kilómetros de altura y treinta y dos de diámetro. Parecía como si alguien hubiera dejado caer una luna pequeña y pulida en la costa del sur de California.

Pero no había cráter ni fisuras. No había aterrizado; no había explotado: había empezado a existir así, de repente. Como un terrario gigante.

— ¿Llevas tiempo aquí? — preguntó Darius, señalando la cúpula.

— Me trasladaron el mes pasado — respondió la cabo —. Lo vi en la tele, como todos. Pero en persona impresiona.

— Pues sí...

— Qué raro pensar que hay chavales ahí dentro.

Se detuvieron en un complejo que era evidente que acababan de construir, y que presentaba la pulcritud y el orden obsesivos propios del mundo militar. Constaba de una docena de edificios en filas rectas como reglas. Había un cuartel, alojamiento para oficiales, varios tráileres de control centralizado, y un edificio de comunicaciones repleto de antenas parabólicas y de otras clases.

La base era un hervidero de actividad. Hombres y mujeres iban y venían con expresiones concentradas en sus rostros. Nadie vagueaba ni fumaba un cigarrillo ni

charlaba por teléfono. Eran muy conscientes de que Algo Muy Importante estaba pasando.

El complejo estaba rodeado por una alambrada rematada por cuchillas con pinta de ser muy peligrosas. La puerta estaba custodiada por policías militares que no sonreían. Contrastaron sus identificaciones con un manifiesto que indicaba que sí, que a los dos los estaban esperando.

Uno de los policías militares los acompañó hasta uno de los tráileres. La cabo se fue por su lado y Darius se metió en un chorro de aire acondicionado.

Un sargento volvió a pedirle la identificación, y acto seguido le pasó un papel para que lo firmara. El papel le exigía que no revelara nada respecto al motivo de su visita, la existencia del complejo, el trabajo que hacían allí o el personal asignado.

Había mucha jerga oficial y algunas palabras definitivamente amenazadoras.

—¿Comprende, sargento, que rige este protocolo de seguridad?

—Sí, sargento, lo comprendo.

—¿Comprende que cualquier violación del protocolo derivará en acciones penales?

Habían enfatizado la palabra «derivará», y no de manera precisamente sutil.

—Creo que ya lo capto, sargento.

El sargento sonrió.

—Lo mantienen oculto. Preséntese en el edificio cero-uno-cuatro. Su conductor sabrá dónde está.

El conductor lo sabía.

El edificio 014 quedaba a menos de un kilómetro del resto del campamento, y a un kilómetro entero de la pared de la cúpula. Era una estructura enorme de hojalata tipo hangar. Enorme e imponente. Estaba pintada del color del desierto que la rodeaba.



Darius cargó con su bolsa de herramientas y en la puerta lo recibió un policía militar, que volvió a comprobar su identificación. Entonces Darius entró en el hangar.

Se quedó mirando sorprendido lo que veía. Había media docena de camiones repletos de tierra, y una torre que parecía hecha de pedacitos sueltos de un puente colgante, o puede que de la Torre Eiffel.

El policía militar lo condujo hasta un civil que llevaba un casco de trabajador de la construcción, y lo dejó a su cargo.

—Charlie. Solo Charlie —se identificó el civil al darle la mano—. Sentimos haberlo arrastrado hasta aquí, pero nuestra mecánica de climatización está de baja por maternidad, y su ayudante se ha roto un tobillo haciendo surf. No tendrá claustrofobia, ¿verdad?

La pregunta sorprendió a Darius.

—¿Por qué?

—Porque vamos a las profundidades. La unidad que necesitamos que mire es un calefactor del kilómetro seis.

—Y eso ¿qué quiere decir?

—Quiere decir que vamos a bajar tres kilómetros, amigo mío. Dos *clicks* directamente hacia abajo y cuatro hacia el sur. El kilómetro seis.

Darius sintió frío.

—Pero entonces están... pegados a la cúpula... Por qué..., quiero decir, qué...

Charlie se encogió de hombros y añadió:

—Amigo mío, lo primero que se aprende al trabajar aquí es a no hacer preguntas.

La bajada en ascensor parecía eterna.

Y aun así fue más rápida que el tren de vía estrecha que transportó a Darius a

través de un túnel impresionante y opresivo, lo bastante ancho como para que cupieran dos líneas férreas con espacio a ambos lados. El túnel estaba reforzado con traviesas a intervalos regulares.

El kilómetro seis resultó ser una caverna más grande que el hangar. El extremo más alejado lo ocupaba la barrera, que estaba negra, no de un gris perlado.

—Fue una suerte encontrar esta cueva —explicó Charlie—. Habría costado mucho tiempo y esfuerzo cavarla. Ya sabe, lo normal sería tener a un centenar de tipos aquí abajo. Pero, como puede oler, el aire se está volviendo un poco espeso.

—Para eso he venido, ¿verdad?

En la cueva había unos andamios elevados inclinados de manera extraña, como la Torre de Pisa. Darius sabía lo bastante de maquinaria como para reconocer una plataforma de perforación.

Desde aquel punto estaban perforando todavía más, por debajo de la cúpula. No un túnel para seres humanos, sino un pozo redondo al que se podría bajar una bomba, hasta el punto más bajo por debajo de la cúpula.

Charlie debía de haber visto la cara que ponía Darius, porque lo agarró del brazo y lo empujó a un lado. Estaban solos, pero Charlie susurraba de todos modos.

—Vale, no es usted tonto. Sabe lo que está ocurriendo aquí. Pero tiene que saber que los de seguridad vigilan a todos lo que entran y salen de este lugar. Quiero decir, que a partir de ahora escucharán lo que diga por el móvil, y puede que haya micros en su habitación. A buen entendedor...

Darius asintió.

—¿Qué le pasó de verdad al tipo de climatización?

Charlie se rio amargamente.

—Abrió la boca en un bar. Treinta minutos más tarde, el FBI lo recogió cuando entraba en su coche.

**VEINTICUATRO 14 HORAS, 2 MINUTOS**

**ASTRID HABÍA** conseguido que Cigar la siguiera al apartarse del camino. Le preocupaba que alguien apareciera: si ella se perdía del lago a Perdido Beach, también podían perderse otros.

Encontró un sitio junto a lo que había sido el arroyo, oculto por un enorme rododendro mortecino. Pidió a Cigar que se sentara, y lo ayudó a moverse para que lo hiciera sobre un saliente polvoriento que casi formaba un banco.

Ella se sentó a pocos metros, procurando no apartar la vista de la colina con expresión adusta. Incluso ahora, su sombra la inquietaba de un modo que no era capaz de definir.

Astrid sentía el tictac implacable, el tictac que la instaba a seguir hacia Perdido Beach. Pero puede que lo que tenía entre manos fuera aún más importante.

Y, en cualquier caso, no podía marcharse. No teniendo en cuenta lo que le había explicado Cigar.

—Bradley, quiero ponértelo fácil. Te voy a hacer unas preguntas. Lo único que tienes que decir es sí o no, ¿vale?

Los globos oculares diminutos giraban como locos, pero el chico respondió:

—Vale. ¿Por qué dice que tu pelo grita? Eres un ángel con alas y brillas, brillas, y llevas una larga espada con llamas y...

—Solo escúchame, ¿vale?

Cigar asintió, y mostró una sonrisa tímida.

—Has hecho algo malo.

—Sí —dijo él solemnemente.

—Y te han castigado entregándote a Penny durante media hora.

—Media hora. —Cigar se rio y retorció tanto la mandíbula que Astrid pensó que igual se la había dislocado. Como si intentara romperse los dientes—. No media hora.

—Te han entregado a Penny —repitió Astrid con paciencia.

—Del anochecer al amanecer.

Al principio Astrid pensó que hablaba del cielo extraño e inquietante. Pero poco a poco sus sospechas fueron aumentando y tomaron forma.

—¿Te han entregado a Penny un día entero? ¿Todo el día?

—Sí —dijo Cigar, calmado de repente, y adoptando un tono de voz bastante razonable.

Astrid no se sentía igual. ¿Qué clase de pirado era capaz de sentenciar a ese chaval a un día con Penny? No le extrañaba que estuviera loco.

Entonces a Astrid se le ocurrió que él mismo se había arrancado los ojos. Esa imagen hizo que le entraran ganas de vomitar. Pero no podía vomitar. Ahora no.

—Estos ojos nuevos, ¿son de Lana? —preguntó Astrid.

—Lana también es un ángel. Pero ella la toca, intenta cogerla.

—Sí que lo hace..., pero Lana es muy fuerte.

—¡Poderosa!

Astrid asintió. Así que Penny lo había vuelto loco. Y Lana había hecho lo que había podido. Y por alguna razón había terminado vagando hasta salir de la ciudad, él solo.

Lo cual quería decir que las cosas estaban muy mal en Perdido Beach. Cigar era uno de los pescadores de Quinn, o lo había sido, por lo que ella sabía.

—Eres uno de los pescadores de Quinn, ¿verdad?

—¡Sip! —Cigar sonrió como un lunático, al tiempo que arrugaba la frente mostrando su ansiedad—. Pescado, ja, ja...

—Ahora, el niño pequeño...

—¡Pescado, pescado!

—El niño pequeño —insistió Astrid. Tendió la mano y la puso sobre la de

Cigar, quien reaccionó como si lo electrocutaran. El chico retiró la mano de golpe y Astrid temió que saliera disparado—. Quédate, Cigar. Quédate. Quinn te diría que te quedaras y hablaras conmigo.

—Quinn —dijo Cigar. A continuación, sollozó y acabó gritando—. ¡Ha venido a por mí! Ha pegado a Penny. Yo no podía verlo, pero lo he oído... Quinn y pum y uaaa y vamos a ver a Lana te mataré bruja.

—Es un buen tipo, Quinn.

—Sí.

—Quiere que me hables del niño pequeño.

—¿El niño pequeño? Está junto a ti.

Astrid reprimió el impulso de volverse a mirar. No había nadie junto a ella.

—No lo veo.

Cigar asintió como si ya lo supiera, como si fuera un hecho consumado.

—Es un niño pequeño. Pero también es grande. Puede tocar el cielo.

Las palabras se trabaron en la garganta de Astrid.

—¿Puede?

—Ah, sí. El niño pequeño es mejor que un ángel, ¿sabes? Tiene una luz tan brillante que brilla a través de ti. ¡Fiuuuu! A través de ti.

—Y ¿se llama Petey?

Cigar se quedó callado y bajó la cabeza. Otra vez era como si estuviera escuchando. Pero puede que lo único que oyera fueran los gritos terribles, pesadillescos, de su cabeza.

A continuación, con una lucidez perfecta que a su manera resultaba más extraña que todos los tics y brotes repentinos y gestos raros, Cigar dijo:

—Era Pete.

Astrid sollozó.

—Ese era el nombre de su cuerpo.

—Sí —dijo Astrid, demasiado paralizada para secarse las lágrimas—. ¿Me... me oye?

—¡Lo oye... todo! —y Cigar volvió a emitir el cacareo enloquecido, un ruido casi extático.

—Lo siento, Petey —dijo Astrid—. Lo siento mucho.

—El niño pequeño está libre ahora —afirmó Cigar con voz cantarina—. Está jugando a un juego.

—Lo sé —dijo Astrid—. ¿Petey? No puedes jugar a eso. Estás haciendo daño a la gente.

Una vez más, Cigar bajó la cabeza para escuchar. Pero, aunque Astrid esperó mucho rato, no dijo nada más.

Así que, en voz baja, Astrid pidió:

—Petey, la barrera se está oscureciendo. ¿Puedes pararlo? ¿Tienes el poder de pararlo?

Cigar se rio.

—El niño pequeño se ha ido.

Y Astrid sintió que era verdad. La sensación de que algo invisible la estaba mirando había desaparecido.

Sanjit no viajaba solo. Pretendía hacerlo, y Lana le había dicho que debía hacerlo así, pero cuando llegó a la carretera principal en dirección a la salida al lago se encontraba en un grupo de niños.

La gente huía de Perdido Beach. Sanjit veía por lo menos a veinte personas, formando grupos de dos o tres. Había un grupo de tres a su alrededor. Dos chicas de doce años, Keira y Tabitha, y un niño pequeño de unos tres años con nombre muy de persona mayor, Mason.

Mason intentaba ser un buen soldadito, pero no habían recorrido ni un kilómetro y ya tropezaba porque tenía las piernas muy cansadas. Las chicas eran más duras: ambas echaban horas trabajando en los campos, así que eran fuertes y tenían energía para pasar largas horas en la carretera. Pero Mason era un niño pequeño cargado con una mochila repleta de sus cosas favoritas: juguetes rotos, un libro ilustrado sobre bebés de búho, y una foto enmarcada de su familia.

Las chicas empujaban sus cosas, así como comida y agua, en un carrito de la compra de Ralph's con una rueda torcida. Traqueteaba a medida que avanzaban. Sanjit sabía que no sobreviviría a la carretera de tierra y grava que conducía al lago.

Mason complicaba aún más las cosas al insistir en llevar un casco de plástico de Iron Man que le cubría la cabeza entera. Tenía un cuchillo a juego en un cinturón blanco de mujer.

Lana había contagiado la necesidad de darse prisa a Sanjit cuando le entregó el sobre mugriento con la nota dentro. Y el chico sabía que podía dejar atrás a sus tres compañeros de viaje. Pero por algún motivo, como iba con ellos, no conseguía hacerlo, y había terminado cargando con Mason.

—Lana y tú... como que... ¿estáis juntos? —preguntó Tabitha.

—Mmm... Sí. Supongo que se puede decir que sí.

—He oído que es mala —sugirió Keira.

—No —protestó Sanjit—. Es dura. Eso es todo.

—¿Sabes quién es realmente malo? —comentó Tabitha—. Turk. Una vez me empujó y me caí y me despellejé las dos rodillas.

—Siento que...

—Y luego fui a ver a Lana y me dijo que fuera a lavarme al océano y no la molestara. —Tabitha bajó la voz y añadió—. Pero lo dijo peor, con un montón de palabrotas.

Sanjit reprimió la sonrisa que quería extenderse por su cara. Esa era Lana, desde luego.

—Quizás estaba ocupada en ese momento.

Venía muy bien un poco de cotilleo tonto para distraerlos. Y las dos chicas parecían contar con una fuente inagotable: quién le gustaba a quién, quién no le gustaba a quién, quién podría gustarle a quién.

Sanjit no conocía a la mitad de la gente de la que hablaban, pero seguía siendo mejor que levantar la vista al cielo y observar que la mancha crecía y el círculo irregular de luz disminuía.

¿Qué iban a hacer cuando se apagaran las luces?

Como si le leyera el pensamiento, o quizá porque se había fijado en su expresión preocupada, Keira recordó:

—Sam Temple puede hacer luces.

—Con las manos —explicó Tabitha.

—Como lámparas. —Entonces, sin que la animaran, Keira dio unas palmaditas en el casco de Iron Man de Mason y dijo—: No te preocupes, Mase: por eso vamos al lago.

Y entonces Mason se echó a llorar.

Sanjit no podía culparlo. Nada sonaba más falso que un comentario tranquilizador en aquel lugar.

En cuanto entregara el mensaje a Sam, tendría que averiguar cómo volver a Perdido Beach. ¿Habría algo de luz para entonces? ¿Cómo iba a volver con Lana si tenía que atravesar más de quince kilómetros de vacío en la oscuridad?

Pero de una cosa estaba seguro: de que volvería.

—Tengo que hacer caca —dijo Mason.

Sanjit lo deslizó hasta tocar el suelo.

Más retraso. Menos probabilidades de que hubiera luz en el camino de vuelta.

El sol ya había atravesado la mayor parte del cielo reducido. Sanjit sabía que debía separarse de ellos, salir corriendo. Podía correr todo el camino hasta allí.



Entregaría antes el mensaje y volvería antes y...

Entonces vio que algo se movía en el arbusto, en el límite hasta donde le alcanzaba la vista excelente. Algo bajo y rápido atravesaba con sigilo el arbusto.

Coyotes.

Lana le había ofrecido una pistola, le había instado a cogerla.

—No sé disparar —le había dicho, devolviéndosela.

—Cógela o yo misma te dispararé con ella.

Luego se habían besado. Había sido un beso precipitado a la sombra de la iglesia, mientras Lana se desplazaba entre chavales heridos. Y Sanjit había sonreído con desenfado, y con ese mismo desenfado había hecho un gesto de despedida con la mano y se había marchado.

¿Y si nunca volvía a verla?

Mason terminó con lo suyo. Ya no se veía a los coyotes. El sol alcanzaba el extremo más alejado del cielo que quedaba.

Caine esperaba. Con paciencia, pues las circunstancias lo obligaban a ser paciente. Lana estaba ayudando a las víctimas del ataque de Penny.

Quinn se dedicaba a dar vueltas. Cogía la escasa pesca de aquella mañana y la cocinaba en un fuego en la plaza. Caine reconocía su astucia. El olor del pescado a la parrilla y el ruido tranquilizador de la hoguera contribuirían a evitar que los niños se marcharan.

Por lo menos algunos.

Ahora Quinn ya podía encargarse de él.

—Sácame de aquí —le exigió Caine.

—No es fácil —dijo Quinn—. Ya deberías saberlo: tú eres el cerdo que inventó lo del cemento.

Caine no replicó. No tenía elección. Primero, porque era verdad. Segundo,

porque estaba indefenso. Y, por último, porque se había meado encima. No se había dado cuenta cuando ocurrió, pero en algún momento, durante uno de los ataques feroces y pesadillescos de Penny, lo había hecho, y ahora olía mal.

Con lo cual se encontraba en una posición vulnerable.

—Tendremos que ir desconchándolo poco a poco —opinó Quinn—. Si intentamos darle con un mazo grande, alguien se equivocará y te dará en la cabeza o las muñecas.

Quinn encargó a un par de pescadores, Paul y Lucas, que se pusieran con la tarea. Tenían un mazo pequeño con el mango corto y un cincel. Les había costado un poco conseguirlos, ya que ambos se usaban como armas. Había que pagar a los chicos que se los habían cedido. Y ya nadie aceptaba *bertos*: solo había trueque.

—Avisa si duele —pidió Paul, y golpeó con el mazo el cincel que sujetaba Lucas.

¡PING!

Le dolió. La intensidad del golpe se tradujo en un dolor sordo que Caine sintió en los huesos de las manos. No tan fuerte como si le hubieran golpeado directamente con el mazo, pero casi.

Caine apretó los dientes.

—Seguid.

Lana se acercó caminando con aire arrogante, con un cigarrillo encendido colgándole de los labios. Aún había niños heridos que lloraban, pero Caine no veía que quedaran muchos casos graves. Dahra Baidoo estaba con Lana, ayudando con los heridos. A Caine le parecía que tenía una pinta un poco rara, como si fuera sonámbula, o una enferma mental colgada de las pastillas. Pero ¿y? La locura empezaba a ser la norma. Y Dahra tenía más motivos para estar loca que la mayoría: había sufrido los estragos del ataque de bichos en la ciudad.

Lana se puso junto a Dahra, le llevó la mano a la cabeza, y durante un segundo le hizo apoyarla sobre su hombro. Dahra cerró los ojos durante un instante, y parecía que iba a echarse a llorar. Entonces se frotó la cara con las manos y negó con la cabeza casi con violencia.

Lucas dio un segundo golpe y se desprendió un trozo de cemento de más de siete centímetros.

—Caine... —empezó a decir Lana.

—Sí, Lana. ¿Quieres hacer algún comentario malicioso sobre la ironía y el karma?

Lana se encogió de hombros.

—Nooo. Sería demasiado fácil. —La chica se arrodilló junto a Caine, y, al notarse agotada, se sentó con las piernas cruzadas—. Escúchame, Caine, he enviado a Sanjit que advierta a Sam de...

—¿De que una oleada de refugiados está en camino? Pronto lo averiguará, ¿no? Puede hacer luz. —Caine fulminó el cielo con la mirada, como si fuera su enemigo particular—. Dentro de un par de horas la gente solo se preocupará por la luz.

—No he enviado a Sanjit por eso. Iba a ir yo misma antes de este último fiasco. Lo he enviado porque creo que Diana está en peligro.

El corazón de Caine dio un vuelco. Su reacción lo sorprendió. Igual que el nudo que se le hizo en la garganta cuando preguntó, tan fríamente como pudo:

—¿En peligro? Quieres decir, ¿más que todos nosotros?

¡PING!

Mientras tanto, Paul y Lucas se dedicaban a descascarillar el cemento. Caine se estremecía con cada martillazo. Se preguntaba si se le estaban rompiendo los huesos. Se preguntaba cómo quitarían la parte final del cemento, la que tenía pegada a la piel. Además del dolor agudo repentino sentía un dolor sordo constante y un picor exasperante.

—A veces noto su mente —comentó Lana.

Caine la miró con dureza.

—¿Su mente?

—No te hagas el tonto, Caine.

Lana le tocó en la cabeza, donde los pinchazos de las grapas aún sangraban. Casi al instante, el dolor en la cabeza disminuyó. Pero de nada sirvió cuando, con el siguiente golpe del mazo y el cincel, sintió como si le rompieran los dedos.

¡PING!

—¡Aaaah! —gritó.

—Tú estuviste con ella —insistió Lana—. Sé que a veces aún la notas.

Caine frunció el ceño.

—No, no la noto.

Lana resopló.

—Ajá...

No iba a discutir con Lana por eso. Ambos sabían la verdad. Era algo que compartía con la curandera: habían pasado demasiado tiempo con y cerca de la *gayáfaga*. Y sí, dejaba cicatrices, y sí, a veces era como si la criatura pudiera alcanzar el filo de la conciencia de Caine.

El chico cerró los ojos y la pesadilla vino como una ola que trajera la tormenta. Entonces solo pensaba en el hambre. La *gayáfaga* necesitaba el uranio de la central nuclear. El hambre era tan intensa, tan frenética, que Caine aún tenía la sensación agobiante que le oprimía el corazón y la garganta.

¡PING!

—¡AAAAH! —advirtió Caine, con los dientes apretados—: No dejo que la Oscuridad me toque.

El cincel estaba cortando más cerca ahora. Más de la mitad del cemento se había soltado. La verdad es que Penny no lo había mezclado muy bien. Lo había hecho sin grava, y la grava era lo que lo endurecía. Drake y él ya lo habían descubierto.

—Lo siento —dijo Lucas, aunque no lo pensara.

¡PING!

Caine pensó que no, que no se preocupaban por él. Lo necesitaban, pero eso no quería decir que les gustara.

—Se está poniendo el sol —señaló Lana casi sin emoción—. A los chicos se les va a ir... Incendiarán cosas. Esa es la gran preocupación, supongo, que acabarán lo que Zil empezó, quemando el resto de la ciudad.

—Si alguna vez salgo de esta, los detendré —gruñó Caine, reprimiendo un grito de dolor cuando el mazo se alzó y volvió a caer.

—Va tras Diana —insistió Lana—. Quiere el bebé. Tu bebé, Caine.

—¿Qué?

El mazo esperó, suspendido. No era una conversación que tuvieran precisamente en privado, y Paul estaba impactado. Pero reaccionó y volvió a dar otro golpe terrible.

¡PING!

—¿No la notas? —exigió Lana.

—¡Lo único que noto es que me están rompiendo los dedos! —gritó Caine.

—Yo te arreglaré los dedos —dijo Lana, impaciente—. Te lo estoy preguntando. ¿La notas? ¿La notas? ¿Dejarás que...?

—¡No!

—¿Tienes miedo?

Los labios de Caine se retrajeron y gruñó.

—Maldita sea, claro que tengo miedo. Escapé de ella. ¿Y dices que debería abrirme a ella otra vez?

¡PING!

—Yo no le tengo miedo —afirmó Lana, y Caine se preguntó si era realmente

cierto—. La odio. Me odio por no haberla matado cuando tuve la oportunidad. La odio.

La chica tenía los ojos oscuros, pero ardían como el carbón.

—La odio —repitió Lana.

¡PING!

—¡Aaaaah! —Caine respiraba soltando gritos breves—. Yo no... ¿Por qué estás tan segura de que va tras Diana?

—No lo estoy. Por eso estoy hablando contigo. Porque me ha parecido que te podría importar que ese monstruo vaya tras tu hijo.

Caine sentía las manos más ligeras. El bloque de cemento se había roto. Había una cuña del tamaño de un trozo doble de pastel colgando de su mano izquierda. Pero seguía teniendo las manos pegadas a una masa desmigajada, que parecía la piedra a partir de la cual un escultor cincelaría un par de manos.

Paul y Lucas cambiaron de postura. Caine levantó las manos y con mucho, mucho cuidado, utilizó un trocito de cemento para rascarse la nariz.

—Caine... —dijo Paul.

—Dadme un minuto. Todos vosotros. Un minuto.

Cerró los ojos. Sentía dolor en las manos, la sensación intensa de que algo —o quizá varias cosas— se le había roto. El dolor era terrible.

Pero lo peor sin duda era la humillación.

Penny había sido más lista que él. Un fallo. Le había hecho soportar la tortura que habían inventado con Drake. Otro fallo.

Caine se sentó en los escalones del Ayuntamiento, los escalones donde no hacía ni dos días que ejercía de rey. Se sentó con los pantalones oliéndole a pis, sintiéndose débil, pequeño y cobarde por culpa de Lana.

No había caído tan bajo desde que se marchó derrotado al desierto con el líder de la manada. Desde que se arrastró llorando y desesperado, y el monstruo

malévolo y brillante le sorbió el seso.

Lana podía dejarle que le alcanzara la mente. Lana era fuerte.

Pero él no podía. Porque no lo era.

Caine se preguntaba por qué aún era importante para todos. Por fin había llegado el final. Caería la oscuridad y el sol nunca volvería a salir y deambularían en una negrura impenetrable hasta morir de hambre. Los listos se meterían en el océano y nadarían hasta ahogarse.

¿Por qué importaba Caine? Y ya no digamos Diana... O el... como se llamara. El bebé. El niño. Como se llamara.

El chico cerró los ojos y se imaginó a Diana. Una chica bonita, Diana. Lista. Lo bastante lista como para seguirle el ritmo. Lo bastante lista como para jugar a sus juegos con él.

Habían sido felices la mayor parte del tiempo en la isla, Diana y Caine. Fueron buenos tiempos. Entonces llegó Quinn con el mensaje de que necesitaba salvar a Perdido Beach.

Tenía que volver. Diana le había advertido que no lo hiciera. Pero había vuelto. Y se había proclamado rey a sí mismo. Porque los chavales necesitaban un rey. Y porque tras salvar sus estúpidas vidas se merecía ser rey.

Diana también le había advertido al respecto.

Y en cuanto quedó al mando se dio cuenta de que el jefe de verdad era Albert. Y nadie respetaba realmente a Caine. No se daban cuenta de lo mucho que hacía por ellos.

Desagradecidos.

Y ahora lo querían, pero solo porque todos temían a la oscuridad.

—Ahora probaremos con un mazo más pequeño —comentó Paul, ansioso.

Caine apretó los dientes, anticipándose al golpe.

¡PING!

—¡Aaaah!

El cincel no acertó. El cincel de acero endurecido se desvió y se le clavó en la muñeca. Salió sangre que se derramó sobre el cemento.

Caine quería echarse a llorar. No de dolor, sino por lo absolutamente espantosa que era su vida. Tenía que ir al baño. Y ni siquiera podía bajarse los pantalones o limpiarse.

Lana le cogió la muñeca, y la hemorragia remitió.

—Tienes que dejarles que sigan —indicó la chica—. Será mucho peor en la oscuridad.

Caine asintió. No tenía más que decir.

Bajó la cabeza y gritó.

## VEINTICINCO 12 HORAS, 40 MINUTOS

**SINDER LLORABA** mientras arrancaban las verduras con Jizzie. Todo había terminado. El trabajo duro casi había terminado. Esa sería la última cosecha.

Su sueño de contribuir a que las cosas fueran mejor para todos se estaba acabando. Y, como todas las esperanzas fallidas, ahora les parecía estúpida. Habían sido idiotas por tener esperanza. Idiotas.

Así era la ERA. Cuando tenías esperanza, te daba una patada en la cara.

Idiotas.

Llenaban bolsas de basura de plástico con zanahorias y tomates. Y lloraban en silencio mientras Brianna las vigilaba, y fingía que no se daba cuenta.

A Orc le costaba inclinar la cabeza hacia atrás y mirar hacia el cielo. A su cuello de piedra no le gustaba doblarse de esa manera. Pero hizo el esfuerzo cuando, a una velocidad vertiginosa, el sol se vio devorado por el extremo occidental del agujero dientado que había en el cielo.



Justo delante de él, por encima de su cabeza, el cielo estaba azul, del azul despejado propio de primeras horas de la tarde en California. Pero por debajo ese cielo era una pared lisa negra. Orc se encontraba a escasos metros de él. Podía acercarse y tocarlo si quería.

Pero no quería. Era... demasiado. No sabía cómo llamarlo. Howard sí habría sabido.

Orc emanaba una energía extraña. No había dormido. Se había pasado la noche buscando, pues estaba seguro de que Drake estaba ahí fuera, y seguro de que podría encontrarlo. O, si no lo encontraba, al menos quería estar cuando apareciera.

Y entonces lo destrozaría. Lo haría pedacitos y se los comería y los cagaría y los enterraría en la tierra.

¡Sí! Por Howard.

A nadie le importaba que Howard ya no estuviera. A Sam, a Edilio, a esos chicos: no les importaba. No les importaba Howard. Solo les importaba que estuviera pasando algo malo. A alguien tenía que importarles que Howard estuviera muerto y desaparecido. Y que nunca fuera a volver.

Pero a Orc sí que le importaba. A Charles Merriman tenía que importarles que su amigo Howard hubiera desaparecido.

La gente no lo sabía, pero Orc aún podía llorar. Todos pensaban que no... Pero no, no era así; no tenían ni idea. No veían otra cosa que un monstruo hecho de grava.

No podía culparlos.

El único que veía otra cosa era Howard. Puede que Howard utilizara a Orc, pero ya le parecía bien, porque Orc también lo utilizaba. La gente hacía esas cosas, incluso la gente que se gustaba. Era su buen amigo, su mejor amigo.

Su único amigo.

Orc seguía un recorrido adelante y atrás. Caminaba desde casi la cúpula hasta llegar al muelle, y luego unos cien metros más; iba y venía, y cada vez cien metros más. Había seguido todo el camino hasta el otro extremo alejado del lago y había vuelto. Pero algo le decía que Drake no daría la vuelta de esa manera.

No, Drake no. Orc lo conocía de cuando Drake se encargaba de las cosas de Caine mucho tiempo atrás, en Perdido Beach. De cuando Drake no era más que un chungo, pero un chungo ser humano.

Y había llegado a conocerlo en cierta manera mientras fueron sus carceleros con Howard. Se había pasado horas oyéndolo despotricar y desvariar.

Era culpa de Orc que Drake hubiera llegado a escaparse.

Claro que Drake podía ser astuto, pero no era como Astrid, Jack u otro de esos chavales realmente listos. No tendría ningún gran plan. Se escondería hasta que viera un modo de...

¿Un modo de qué? Orc no lo sabía. Sam y los demás no le habían explicado nada al respecto. Solo que Drake había matado a Howard y dejado que se lo comieran los coyotes. Y que andaba suelto.

Orc mantenía la mirada baja la mayor parte del tiempo. Así era más fácil avanzar. Además estaba buscando algo: una huella, puede. Huellas de coyote, si lograba encontrarlas. Pero aún sería mejor encontrar las huellas de Drake.

Había oído lo que contaban, que no se lo podía matar. Podías destrozarlo y cortarlo en pedacitos y aún sería capaz de recomponerse.

Pues bien. La mayoría de la gente se desanimaría con eso. Pero mientras Orc borracho se agotaba bastante rápido, Orc sobrio y decidido tenía mucho tiempo y mucha energía. No le importaría desmontar a Drake una y otra vez. Y no se notaba cansado. Se notaba más despierto todo el rato.

Orc avanzaba bajo la sombra siniestra de un risco escarpado. Había grietas en todas esas rocas, y ahora había decidido inspeccionar cada una de ellas. Una a una. Cada grieta. Bajo cada roca.

Entonces se quedó paralizado. ¿Eso era...? Sí, era una huella. Gran parte de una huella. La tierra estaba dura, y el único motivo por el que la veía era porque una ardilla o lo que fuera que hacía agujeros ahí arriba había sacado un poco de tierra fresca.

Y en esa tierra había media huella. De un pie descalzo, no de un zapato.

Orc se la quedó mirando, y puso su pie junto a ella, con lo que aún parecía

más pequeña. Parecía tremendamente pequeña para ser de Drake, que era un tío bastante grande. Más bien era de un niño pequeño, o de una chica.

Veía tres dedos del pie, los más pequeños. Tres dedos que apuntaban hacia el agua.

Orc siguió la dirección de los dedos con la mirada. Qué rara la luz, qué rara. La costa del lago parecía extraña. Algo no iba bien.

Entonces se distrajo al ver a Sinder y Jezzie arrancando las verduras del huerto. Y allí estaba también Brianna, vigilándolo, cuando tendría que haber estado vigilando a Sinder y Jezzie.

Orc alzó un brazo enorme para saludar a Brianna, y segundos más tarde la chica estaba a su lado.

—Oye, Orc: cámbiame el trabajo. Sam me tiene de canguro de esas jardineras lloronas. Tú podrías vigilarlas.

—No —contestó Orc, negando con la cabeza.

Brianna inclinó la suya, como un pájaro. Orc recordó cuando la conoció; acababa de bajar de Coates con Sam. Se había vuelto muy creída desde aquella época.

—Estás buscando a Drake, ¿verdad? —preguntó Brianna—. ¿Quieres vengarte por lo de Howard? Ya lo pillo, de verdad. Howard era tu chico.

—No finjas que te importa —gruñó Orc.

—¿Qué? No te he entendido bien.

Orc rugió:

—¡No finjas que te importa! ¡A nadie le importaba Howard! ¡A nadie le importa que esté muerto! ¡Solo a mí! —gritó tan alto que su voz hizo eco.

Entonces, presa de una frustración violenta, agarró una piedra pequeña y la lanzó. La piedra salió volando más de seis metros y chocó contra el risco, lo cual provocó dos cosas: una pequeña avalancha de guijarros y piedras medianas, y el movimiento repentino de unos coyotes aterrorizados.

Orc se los quedó mirando. Los ojos de Brianna se iluminaron.

Se acercó a Orc, y susurró con dureza:

—Te apuesto a que esos son los coyotes que se lo han comido. Puedes elegir: ¿quieres que los coja o no?

Orc tragó saliva. Los coyotes ya se habían subido al risco, y al cabo de pocos segundos estarían en terreno llano y echarían a correr, libres. Nunca los atraparía.

—Guárdame uno —dijo Orc.

Brianna le guiñó un ojo y salió disparada.

Albert lo había pensado todo con sumo cuidado.

El mero hecho de salir al mar y llegar a la isla resultaba muy difícil para quienes no tenían poderes como Caine o Dekka. Así que había dispuesto que Taylor llevara una soga enrollada hasta la isla, la atara en torno a un árbol muy robusto y la dejara caer sobre el acantilado.

Estaba ahí mismo, a simple vista. Cualquiera que rodeara el lado occidental de la isla, pasado el yate estrellado, podría verla. Albert le había atado —bueno, había pagado a un chaval para que le atara— trocitos de tela de colores, de modo que incluso ahora, bajo la sombra marrón extraña e inquietante, no costaba encontrarla.

Guio la barca hasta allí. No había olas, solo el oleaje suave habitual. No se le daba muy bien manejarla, pero había aprendido lo suficiente, lo bastante como para colocarla junto a la soga, que cayó al mar, por lo que era más larga —y, por lo tanto, más cara— de lo necesario. Pero ya no importaba. La soga estaba donde había dispuesto que estuviera.

Los nudos la convertían casi en una escalera. Una escalera muy incómoda que tenía la tendencia lamentable a apartarse cuando intentabas enganchar los pies en los nudos. Pero si lograbas empezar se podía trepar bien, sobre todo cuando sujetaron el final de la cuerda al arcón en el fondo de la barca.

El ascenso era largo, y Albert lamentaba no haber llegado antes. No debería haber esperado tanto. Si hubieran tardado una o dos horas más no habría podido ver la escalera, y ya no digamos trepar por ella.

Fue el primero en subir hasta el borde del acantilado. Dio un último empujón y se encaramó hasta las hierbas altas, rodó a un lado y se quedó mirando el cielo boca arriba.

Qué extraño todo. Era como estar en el interior de un huevo pasado por agua con la parte superior desconchada. Era un cielo, un cielo aparentemente normal, pero solo cubría lo que debía de ser una cuarta parte del espacio.

Y la mancha que crecía no era la noche. No había estrellas. No había nada en absoluto. Solo negrura.

Albert se levantó y ayudó a las otras chicas a medida que, una a una, fueron alcanzando la cima.

El mar se extendía varios kilómetros hasta chocar con la cúpula negra. A lo lejos, hacia el sur y el este, quedaba Perdido Beach, iluminada en sepia como una foto vieja y arrugada de hace mucho tiempo.

Albert se volvió y miró la mansión con satisfacción contenida. Estaba a oscuras, claro. Nadie había accionado el generador, lo cual quería decir que Taylor no estaba allí.

Eso era lo que preocupaba a Albert. Taylor podía entrar y salir de un salto cuando quisiera, por lo que podía resultarle útil: podía hacerle saber lo que estaba pasando en Perdido Beach y en el lago.

Por otra parte, costaba controlarla. Y por eso Albert se había traído un saco pequeño de cerraduras de combinación. Una de ellas iría a la despensa, otra a la funda del interruptor del generador. Solo él se sabía las combinaciones, de modo que solo él controlaría la comida y las luces. Así limitaría un poco la independencia de Taylor.

Albert ordenó a las chicas que subieran la cuerda y la enrollaran bien apartada del borde del acantilado. A continuación, examinó el mar entre Perdido Beach y la isla. No se veían barcas. Lo cual quería decir que nadie vendría en breve.

Pero acabarían haciéndolo. Sentados en la oscuridad, aterrorizados, hambrientos y desesperados, los chavales veían un punto lejano de luz. Se darían cuenta de que era la isla, y esa luz implicaría esperanza.

Así que en cuanto descansaran un poco, comieran algo y echaran un vistazo,

Albert las pondría a cargar un par de misiles hasta la planta superior de la mansión. Porque cuando llegara una barca, cuando fuera, también tendría una luz. Un solo punto de luz en la oscuridad.

Albert suspiró. Había sobrevivido. Pero había tenido que renunciar a todo. A todo AlberCo. A todo lo que había logrado. A todo lo que había construido.

Echaría de menos el reto de los negocios.

—Vamos, chicas —comentó—. Venid a ver nuestro nuevo hogar.

Drake estaba bastante seguro de que Brittney había surgido por lo menos una vez desde que estaba metido en ese cuarto de máquinas estrecho y aceitoso. Pero ahora Drake había vuelto, y Brittney no se había movido.

Se concentró por si oía la voz de Sam, pero no oyó nada. Lo cual no demostraba que se hubiera ido, pero quería decir que Drake podría arriesgarse un poco.

Con el brazo de tentáculo levantó la escotilla poco más de medio centímetro.

Desde luego la luz era distinta. Extraña. Como si brillara a través de una botella de Coca-Cola o algo así.

No era natural, sino perturbadora.

Empujó la escotilla un poquito más. Había un pie que no se movía. Ahí mismo, unos dedos dirigidos hacia él. Drake se movió. Un segundo pie. Había alguien sentado ahí mismo, a pocos centímetros. Dirigido hacia él.

¿Problema u oportunidad?

Esa era la pregunta.

La escotilla cayó de repente, volvieron a encajarla de golpe unos pies que correteaban.

—¡Eh, chicos, tened cuidado!

¡Era la voz de Diana! La reconocería en cualquier parte.

—¡Justin, te vas a partir el cuello!

Drake cerró los ojos y dejó que el placer se apoderara de él. Estaba allí mismo. Y, por lo que podía oír, había niños pequeños a bordo.

Era perfecto.

Absolutamente perfecto.

Más allá de la carretera principal, en el vacío en el límite del desierto, Penny pisó una botella rota.

Era el culo de una botella, la base de lo que seguramente había sido una botella de vino. Cristal verde. Irregular. Un trocito atravesó la planta del pie encallecida y se le clavó en la carne del talón.

—¡Aaaah!

¡Qué daño!

Se le llenaron los ojos de lágrimas y le empezó a salir sangre del pie, encharcándose en la arena. Penny se sentó bruscamente, se acercó el pie a la cara y vio el corte. Lana tendría que...

Vendas. Tiritas.

—¡Aaaay, aaay!

Penny se puso a llorar en alto. Se había hecho daño y nadie la ayudaría. Y ¿qué le ocurriría cuando estuviera a oscuras?

¡Era todo tan injusto! Muy injusto. Estaba muy mal.

No había salido ganando, ni siquiera durante unos minutos. Tenía a Caine justo como quería, pero a nadie le gustaba, y lo único que hacían era odiarla, y ahora se había hecho daño en el pie y le sangraba.

Aunque no era tan malo como cuando se rompió las piernas. No tanto. Y a eso había sobrevivido, ¿verdad? Había sobrevivido y había salido airosa. Se preguntaba qué le parecería a Caine tener las manos metidas en un bloque de cemento. Si intentaban sacárselo, le romperían las manos como se le habían roto a

ella las piernas.

Solo Lana lo ayudaría, ¿verdad?

Tendría que haberse encargado de Lana cuando tuvo la oportunidad. Podía ser casi inmune al poder de Penny, Pero ¿sería inmune a un arma? Penny tendría que haber hecho que Turk matara a la curandera. Sí, eso es lo que tendría que haber hecho.

Las sombras no se alargaban; la luz no procedía de un solo sitio. Era como si Penny estuviera metida en un pozo con el sol brillando en lo alto justo por encima, de modo que la luz tenía que rebotar para alcanzarla.

Pronto estaría a oscuras.

Y entonces ¿qué?

Diana se puso en pie con esfuerzo justo cuando Justin pasó otra vez a toda velocidad, repleto de alegría alocada y energía.

Atria se había quedado sin cuerda. Ahora estaba en la proa, leyendo. Justin tropezó y cayó de cabeza, como un proyectil dirigido directamente al vientre gigantesco de Diana.

Pero no le dio.

El niño pequeño salió disparado hacia delante, con la boca abierta y los brazos extendidos a modo de defensa, hasta que se detuvo, retrocedió y cayó bruscamente sobre la cubierta.

Diana se estaba acercando al niño, preocupada, cuando vio el tentáculo alrededor de su tobillo. Se quedó paralizada. No tenía sentido. ¡El tentáculo venía del suelo!

No... La escotilla.

Y de repente la escotilla se abrió y Drake se empujó torpemente hacia arriba.

Diana miró como una loca en todas direcciones, buscando un arma. Nada.

Drake había salido del cuarto de máquinas. Estaba de pie en la cubierta. Le



sonreía.

Diana sabía que debía gritar, pero se había quedado sin aliento. El corazón le latía sin ritmo, le aporreaba desenfrenadamente el pecho.

Drake levantó al chaval de la cubierta sin esfuerzo, lo cargó hasta la borda y lo hundió en el agua.

Diana se lo quedó mirando horrorizada. ¿Qué hacía allí? ¿Cómo podía ser?

—¿Qué? ¿Te has quedado sin réplica mordaz, Diana?

Diana vio unas piernas que pateaban por debajo de la superficie del agua. Drake retorció su tentáculo solo un poco para que la cara del niño pequeño resultara visible. Para que Diana pudiera ver sus ojos blancos muy abiertos. Para que pudiera ver que estaba desperdiciando con sus gritos el poco aire que le quedaba, en una explosión de burbujas suicidas.

—Déjalo marchar —dijo Diana, pero sin fuerza, porque sabía que Drake no la escucharía.

—Hay un bote amarrado. Sube tu culito a bordo, Diana. En cuanto estés, subiré al niño. No antes. Así que si yo fuera tú me daría prisa.

Diana sollozó una sola vez, exhalando brusca y profundamente.

Veía el miedo en los ojos del niño. La súplica.

Si dudaba, se ahogaría. Y Drake seguiría allí.

Diana corrió hasta la proa, trepó por la barandilla y se dejó caer torpemente en el bote.

—¡Ya estoy! —gritó—. ¡Déjalo marchar!

Drake se fue paseando por el velero, con el brazo de látigo metido en el agua. Arrastraba al niño a través del agua, lo mantenía sumergido.

Atria lo vio entonces y se puso a gritar.

Se oyeron unos pasos acelerados que venían de debajo. Roger apareció en

cubierta, jadeando. Drake le sonrió.

—Me parece que no he tenido el placer —comentó.

Entonces sacó a Justin del agua. El niño pequeño estaba callado, con los ojos cerrados, pálido como la muerte.

La expresión de Roger se volvió asesina, y echó a correr, rugiendo, hacia Drake, quien utilizó a Justin como una bola de demolición mojada y golpeó tan fuerte a Roger que lo hizo caer por la borda.

Cuando alcanzó la proa, Drake se encontró con la mirada llorosa de Diana. Soltó a Justin como una bolsa de basura en el bote y comentó antes de subirse:

—Creo que se está echando una siesta.

Diana se arrodilló junto a Justin. El niño tenía los ojos cerrados y los labios azules. Cuando le tocó la cara la tenía helada.

Recordó cosas muy antiguas. ¿Un vídeo que habían enseñado en clase? ¿En otro mundo?

Con su vientre actual, a Diana le costaba agacharse lo suficiente para poner la boca sobre los labios del niño pequeño. Tuvo que levantarle la cabeza, y apenas tenía fuerzas para hacerlo.

Respiró en la boca del niño e hizo una pausa. Volvió a respirar. E hizo una pausa.

Drake desató el cabo y se instaló en los remos. Enroscó más de medio metro de tentáculo en torno al remo derecho.

Respirar, pausa, respirar.

Pulso. Diana debía comprobar el pulso, y colocó dos dedos sobre el cuello del chico.

Drake se había puesto a cantar. Era una canción de la atracción de *Piratas del Caribe* que había en Disney World.

Diana sintió algo. Una palpitación en el cuello del niño.

Respirar, pausa, respirar.

El niño tosió. Volvió a toser y escupió agua. Diana tiró de él hasta que quedó sentado.

—Vaya, quién te ha visto y quién te ve, Diana: acabas de salvarle la vida —se burló Drake—. ¿Quieres mantenerlo con vida? —Y esperó como si realmente esperara respuesta. Como ella no dijo nada, continuó—. Si quieres mantenerlo con vida, no abras la boquita. Un solo ruido y lo ahogaré como un cachorrito.

El bote ya se estaba acercando a la orilla. No faltaban más de veinte golpes de remo.

La chica volvió la vista hacia la casa flotante. Vio a Dekka en la cubierta superior, pero no miraba en dirección a ellos, sino hacia el cielo que se encogía.

No estaba Sam. No estaba Edilio.

—Ya, ¿vaya mierda, no? —dijo Drake alegremente—. Sea como sea, Dekka no podría hacer nada. No desde tan lejos.

Dianna examinó la costa a la que se estaban acercando. Nadie.

Espera. Sinder. Estaba arrastrando un saco enorme de algo por la costa. Jizzie iba detrás de ella.

Drake vio la mirada esperanzada de Diana y le guiñó un ojo.

—Ah, no te preocupes: pararemos a hablar con ellas. Les contaremos que has decidido tomarte unas pequeñas vacaciones. Diles que vas a volver con Caine.

¿Podía Drake ser tan estúpido como para creerse que alguien iba a tragarse esa historia? ¿Imaginarse que Sinder y Jizzie se quedarían hablando tranquilamente de las cosas con Mano de Látigo?

Puede. ¿Quién sabía qué tramaba Drake? ¿Cómo saber cuánto se había deteriorado su mente psicopática?

—¿Qué quieres, Drake? —exigió saber Diana, haciéndose la valiente.

Drake sonrió.

—¿Te he dado alguna vez las gracias por serrarme el brazo, Diana? Entonces estaba furioso. Pero, si no lo hubieras hecho, no sería Mano de Látigo.

—Tendría que haberte serrado el cuello —escupió Diana.

—Ya. —Drake le devolvió la mirada furiosa y aterrorizada sin estremecerse—. Tendrías que haberlo hecho. De veras.

**FUERA EL SARGENTO DARIUS** Ashton vio que en su ausencia habían entrado en su habitación. La mayoría de la gente no se habría dado cuenta, pero Darius estaba acostumbrado a ser muy organizado. Tenía una habitacioncita en el cuartel de suboficiales, no más grande que un vestidor. La litera era estrecha, y la manta del ejército estaba tan apretada que si lanzaras una moneda rebotaría. La almohada estaba igual de ajustada. Pero ahora había una marca mínima porque alguien se había sentado en el borde de la cama y luego había intentado alisarla.

—Puf, no me cuadra —comentó desdeñoso—. No en mi ejército.

A continuación, pasó al cajón donde guardaba sus cosas. Sip. Habían ido con cuidado, pero lo habían registrado.

La pregunta era... ¿dónde habían puesto el micro? Seguro que le habían pinchado el móvil —eso lo daba por sentado— y utilizaban el GPS del teléfono para seguirle el rastro. Pero ¿habían puesto también un micro en su cuarto?

Darius apagó la opción de rastreo del móvil. Aún podrían ver con qué torres entraba en contacto la señal, pero resultaba mucho menos preciso para seguirle el rastro. El GPS concretaría su ubicación a pocos metros. Las señales de las torres solo podrían situarlo a un kilómetro de donde se encontraba.

Hecho eso, se puso a buscar el micro. No tardó mucho en encontrarlo. Era una habitación pequeña, y no había muchas opciones. El micro estaba en la base de la lámpara. Alguien había perforado un agujerito muy pequeño en la base para que tuviera mejor recepción un micrófono no más grueso que un fideo de cabello de ángel.

De acuerdo. Pues vale.

Así que tendría que ir con mucho cuidado.

Ya había decidido contárselo a Connie. Seguía órdenes: había firmado el

documento de confidencialidad. Pero el sargento Darius Ashton llevaba tiempo suficiente en el ejército como para saber que, cuanto mayor era el secreto, más probabilidades había de que fuera algo «totalmente jodido».

Y eso de hacer estallar un arma nuclear bajo un grupo de chavales que luchaban por sobrevivir era «totalmente jodido». Y por supuesto estaba mal.

Si se corría la voz, el pueblo estadounidense no dejaría que ocurriera. Darius era un soldado que obedecía la cadena de mando, de su teniente a su capitán, de este al coronel y al general, y así hasta llegar al presidente de Estados Unidos.

Pero a ningún soldado estadounidense se le exigía, al menos no legalmente, matar a ciudadanos estadounidenses en territorio estadounidense. De ninguna manera. No. No era eso lo que había prometido hacer cuando alzó la mano y tomó juramento como soldado.

«Yo, Darius Lee Ashton, juro solemnemente que apoyaré y defenderé la Constitución de Estados Unidos contra todos los enemigos, extranjeros y nacionales; que seré fiel y leal a la misma, y que obedeceré las órdenes del presidente de Estados Unidos y las órdenes de los oficiales nombrados por encima de mí, según las regulaciones y el Código Uniforme de Justicia Militar. Con la ayuda de Dios».

En primer lugar: defender la Constitución. Darius no era un erudito de la ley constitucional, pero estaba bastante seguro de que no exigía bombardear con armas nucleares a un grupo de chavales en California.

¿Y lo de obedecer órdenes? Se refería al Código Uniforme de Justicia Militar. Que desde luego no decía nada de que un soldado estadounidense debiera ponerse a matar a chavales estadounidenses.

No.

Al mismo tiempo, a Darius no le interesaba pasar el resto de su vida en una celda sin ventanas de Fort Leavenworth. Eso sería lo difícil: lo de hacer lo que debía y que al mismo tiempo no lo pillaran haciéndolo.

Se tumbó en la litera y le dio algunas vueltas. Quedaba poco tiempo, de eso estaba moralmente convencido. Había demasiada actividad ahí fuera. Los chicos tenían prisa.

Si dejaba el teléfono móvil en la habitación y salía sabrían que tramaba algo.

Tendrían que ver moverse su móvil. Los mensajes de texto, los correos electrónicos..., todo eso lo interceptarían. Así que tendría que hacerlo a la vieja usanza. Cara a cara. Y, si luego todo se iba al diablo, no tendría que haber dejado ninguna prueba de ninguna clase.

Trató de recordar todo lo que sabía sobre Connie Temple. ¿Qué debía de estar haciendo en ese momento? ¿Dónde estaría? ¿En qué día estaban? ¿Jueves? No. Era viernes.

Demasiado temprano para que estuviera cocinando costillas. Pero no demasiado para que estuviera comprando para la barbacoa al aire libre de los viernes.

Era una posibilidad remota.

Pero si Connie Temple iba a cocinar costillas, entonces solo podía comprarlas en dos sitios. Por suerte, la tienda Vons y el puesto de costillas Fat N' Greezy estaban en el mismo tramo comercial.

Darius se metió el teléfono en el bolsillo. Pasó por la habitación de un compañero al salir, y le comentó que iba a Vons a buscar algo para picar y cerveza. Su compañero le pidió que cogiera unos Cheetos, de los picantes.

Había veinte minutos en coche hasta Vons. Y, dado que el recorrido era en línea recta por la carretera, estaba bastante seguro de que no lo seguían. En cualquier caso, no tenían motivos para sospechar de él, y tenían mucha otra gente a la que vigilar.

Darius pasó por delante del tráiler de Connie de camino a Vons. Su Kia plateado no estaba en su sitio habitual.

Por desgracia, tampoco lo estaba en el aparcamiento de Vons.

Darius se entretuvo llenando el depósito del Chevron. Desde ahí se veía bien el aparcamiento.

Y se acercó hasta el McDonald's para buscar un café.

Solo le quedaba esperar. Podía justificar una hora. Pero ¿dos horas? Eso sería forzar las cosas.

Entonces halló la solución: los cines. Ponían tres películas, las tres eran una mierda, pero una la había visto. Perfecto. Fue al cine y compró una entrada con la tarjeta de crédito. Entró y se gastó quince dólares en palomitas y caramelos.

En cuanto empezaron los tráileres, dejó la comida basura allí y salió por una puerta lateral. Tuvo cuidado y conservó el resguardo de la entrada.

Fuera detectó el Kia plateado casi de inmediato.

Habría cámaras de seguridad dentro de Vons, que era adonde iba Connie. Así que Darius movió su coche hasta aparcarlo junto al de ella. Y esperó.

La mujer salió con un carro medio lleno de bolsas de plástico. No reparó en él hasta encontrarse tras el volante de su coche. Entonces Darius bajó la ventanilla.

Y ella también.

El hombre la miró.

—Pongo mi vida en tus manos, Con.

—¿De qué me hablas?

—Mi vida en prisión si me pillan y condenan.

Connie frunció la frente, lo que la hacía parecer mayor. Y a Darius ya le parecía bien: le gustaba una mujer que pareciera una mujer.

—¿Qué pasa, Darius?

—Van a bombardear la cúpula con armas nucleares.

## VEINTISÉIS 11 HORAS, 28 MINUTOS

**ROGER EL ARTERO** gritó desde la cubierta del barco. Edilio lo oyó y al instante supo que había pasado algo terrible.

Roger agitaba las manos frenéticamente, apuntando hacia la costa.

Edilio sintió que se le caía el alma a los pies. Un bote de remos se acercaba

rápidamente hacia tierra. Edilio bajó corriendo las escaleras, agarró los prismáticos de Sam y subió corriendo otra vez con Sam y Dekka, hasta quedarse sin aliento.

Edilio se clavó los prismáticos en los ojos. El bote quedaba a escasos centímetros de la costa, ya estaba rozando la grava. No había duda de a quién pertenecía el brazo tentacular que tiraba bruscamente de Diana y la lanzaba a la tierra.

—Es Drake —dijo Edilio—. Tiene a Diana. Y a Justin.

Como si hubiera oído su nombre por arte de magia, Drake se volvió hacia Edilio, alzó uno de los remos y lo agitó en su dirección.

Entonces lo dejó caer de golpe, de modo que se partió en dos. Ahora tenía un trozo de madera irregular cogido con el tentáculo, y lo apuntó hacia la garganta de Justin. El niño pequeño lloraba. Edilio veía cómo le caían las lágrimas por la cara.

Drake hizo un gesto burlón con la mano de «ven a buscarme».

El mensaje estaba claro. Y Edilio no tenía duda que de Drake lo haría.

—¿Dónde está Brisa? —bramó Sam—. ¡Edilio, dispara una vez!

Edilio no lo oyó, o al menos no asoció esas palabras con ninguna acción. Se volvió para mirar a Roger, que parecía como si lo hubieran destripado.

Edilio alzó un puño para que Roger lo viera. Para que Roger supiera que Edilio lo entendía y que no había perdido la esperanza.

Sam sacó la pistola de Edilio y disparó tres veces al aire.

Si Brianna estaba cerca, lo oiría y sabría qué quería decir.

Drake se dirigía a toda prisa hacia el risco, con Diana avanzando a trompicones por delante y Justin intentando lastimosamente ayudarla. Los perderían de vista al cabo de pocos segundos.

Sam maldijo a Brianna por ser una idiota imprudente e irresponsable. Dekka ya estaba corriendo por el muelle. Pero no tenía ninguna oportunidad de atrapar a Drake, no a esa distancia.



Sam giró sobre sus talones para correr tras ella. Puede que tampoco la alcanzara, pero Edilio sabía que no podía quedarse ahí sin más.

—¡Sam, no! —gritó Edilio. Sam dudó y se detuvo. Miró a Edilio, perplejo, quien insistió—: Estamos dispersos. Y no podemos ponerte en peligro. Si mueres, la luz morirá contigo.

—¿Estás loco? ¿Crees que voy a dejar que Drake venga y se lleve a Diana?

—Tú no, Sam. Dekka sí. Orc sí. Él también está allí. Y manda también a Jack. Cualquiera menos tú.

Parecía que hubieran pegado a Sam. Como si alguien lo hubiera dejado sin aliento. Parpadeó e iba a decir algo, pero se detuvo.

—No eres sustituible, Sam. Entiéndelo, ¿vale? Se va a oscurecer todo, y tú haces luz. Esta no va a ser tu batalla. Ahora no. Somos los demás los que tenemos que dar la cara. —Edilio se pasó la lengua por los labios. Parecía abatido—. Yo también tengo que quedarme aquí. No puedo derribar a Drake. No sería más que otra víctima —dijo, y volvió a mirar a Roger, quien extendió las manos en un gesto de incompreensión que a Edilio no le costó interpretar.

¿Por qué no vas tras Justin?

¿Por qué estáis Sam y tú ahí de pie sin hacer nada?

Edilio veía que la población entera se había subido a las cubiertas de los barcos desperdigados. Todos habían oído los disparos. Y ahora todos miraban duramente a sus líderes, a Sam y a Edilio. Algunos se fijaron en que Dekka corría con esfuerzo por la costa, intentando alcanzar el lugar donde había desembarcado Drake. La señalaron y volvieron a mirar, ceñudos, a Sam y Edilio.

Miraban fijamente a sus líderes de repente impotentes.

Edilio detectó a Jack en una lancha motora. Estaba demasiado lejos para oírlo, pero Edilio lo señaló directamente.

Jack hizo el gesto de «¿quién, yo?».

Sam recalcó la orden de Edilio señalando inequívocamente con el dedo en dirección a Jack. Luego movió el brazo para señalar la costa.

Reticente, Jack se dirigió con esfuerzo hacia la parte trasera de la lancha y se oyó cómo el motor fueraborda se encendía entrecortadamente.

Edilio volvió a levantar los prismáticos para mirar a Roger. Estaba dolorido, indefenso.

Se obligó a apartar la vista y seguir con los prismáticos a Jack mientras se dirigía hacia la costa, y a recorrerla hasta el risco donde Dekka levitaba sobre los promontorios.

Y allí, acercándose a ella, estaba Orc.

Edilio sintió una leve esperanza.

Orc, Jack y Dekka... ¿lo conseguirían?

Los coyotes trotaban con el movimiento incesante que los había convertido en depredadores de éxito.

Brianna los detectó a menos de un kilómetro.

—Je.

Detrás de ellos, donde casi no le alcanzaba la vista, había un segundo grupo. El resto de la manada. ¿O era una manada distinta? En realidad no importaba: los mataban en cuanto los veían, hasta el punto de que había muy pocos.

Primero, cargarse a la manada más cercana. Luego, echar un vistazo rápido para ver o encontrar a Drake antes de que Sam se diera cuenta de que Brianna se había marchado.

Uno de los coyotes la vio y le entró el pánico, lo cual resultó muy satisfactorio para ella. La chica había divisado a cuatro, que ya huían a toda velocidad.

La luz era bastante mala, y el terreno muy agreste. Así que de ninguna manera podía trepar a toda velocidad. Pero eso no era problema: un coyote podía correr a cuarenta o cincuenta kilómetros por hora, pero, incluso cuando iba despacio, Brianna ya duplicaba esa velocidad.

Corrió hasta acercarse al coyote más próximo, que la miró con una expresión

mortífera en sus ojos estúpidos.

—Sí —comentó Brianna—. Todos los perros van al cielo. Los coyotes van a otro sitio.

Sacó el machete.

El coyote dio dos pasos, tropezó con la cabeza y cayó dando tumbos en la tierra.

Dos coyotes decidieron quedarse juntos y oponer resistencia. Jadeaban con las lenguas colgando, exhaustos. Uno tenía el collar apelmazado con sangre seca.

—Eh, perritos —dijo Brianna.

Avanzó a saltos e intentaron morderla. Pero no había competencia. Brianna decapitó a uno. Su compañero, el que iba marcado con sangre seca que seguramente había dado vida a Howard Bassem, se dio media vuelta y echó a correr, pero Brianna le rompió la columna.

—Nunca me gustó Howard —dijo Brianna al cuerpo—. Pero tú me gustas todavía menos.

No encontraba al cuarto animal. Seguramente había decidido agacharse y ocultarse. Costaba verlo bajo la luz débil. Todo era marrón sobre marrón, incluso el aire parecía de ese color.

Brianna esperó paciente, observando.

Pero si el coyote decidía esperar, podría escaparse cuando llegara la oscuridad final.

En cualquier caso, quedaba poco tiempo, y Brianna tenía un objetivo más importante. Los coyotes no eran más que cómplices: Drake era el objetivo principal.

Brianna se marchó al ritmo cauto de un purasangre al galope. La agobiaba la sensación de culpa y la preocupación por lo que Sam diría si volvía con solo tres coyotes muertos para enseñarle.

Tenía que atrapar a Drake. Así Sam dejaría de quejarse.

¿Dónde estaban los coyotes? Drake se esperaba que lo rodearan en cuanto alcanzara el risco. Tendrían que haber estado allí esperándolo.

Pero no había coyotes.

Mala señal. Lo habían abandonado. Lo cual quería decir que también abandonaban a su señora. Como ratas que abandonan un barco que se hunde.

No por primera vez, Drake sintió una punzada de miedo. Puede que los perros estúpidos hicieran bien en apartarse. Puede que el poder de la *gayáfaga* estuviera menguando. Puede que estuviera sirviendo a un ama fracasada.

Pero no si Drake conseguía lo que se proponía. En ese caso, la gratitud de la *gayáfaga* sería aún mayor.

Tenía que moverse rápido. ¡Rápido! En cuanto llegara la noche estaría a salvo..., quizás..., pero hasta entonces...

Drake temía dos cosas. Una de ellas era que Brittney apareciera justo cuando Drake necesitara luchar.

La segunda era Brianna.

Hasta ahora no la había visto. Pero Brianna era así: podía presentarse rauda y veloz.

La noche la volvería inútil. Ya aquella luz débil, como de té helado, resultaba peligrosa para Chica Rápida. Pero no dejaría de preocuparse por ella hasta que llegara la oscuridad de verdad.

Y luego estaba el problema de orientarse para volver con la *gayáfaga*. Los coyotes podían hacerlo con el olor y su sentido innato de la orientación, pero Drake no era un coyote.

—Déjanos marchar, Drake —pidió Diana—. No hacemos más que retrasarte.

—Pues muévete más rápido —le espetó Drake, y chasqueó el látigo, rasgándole la camisa y dibujándole una raya roja en la espalda.

Qué agradable. Qué bien. No tenía tiempo para disfrutarlo, pero, ah, sí, qué bien estaba aquello.

Diana gritó de dolor. Eso también le gustaba. Pero no era ese el trabajo de Drake. No, tenía que andarse con cuidado: ya había cometido ese mismo error antes. Había dejado que sus propios placeres lo distrajeran.

Esta vez tenía que conseguirlo. Tenía que entregar a Diana a su ama.

—Si te mueves, veremos si al niño le gusta el viejo Mano de Látigo.

Drake oyó un ruido y miró por encima del hombro. Se estremeció al esperarse un machete que se le acercara de repente a la velocidad de una motocicleta.

Tendría que haber rematado a Brianna en Coates. Entonces no era nadie, no era más que una pesada. Apenas reparó en su presencia. Pero se había convertido en una pesadilla andante. Tendría que haberla rematado.

Maldita mocosa. El recuerdo de sus provocaciones le había dejado una herida roja en la psique. Drake la odiaba. Como odiaba a Diana. Y a esa mojjigata glacial, a Astrid.

Le encantaba recordar cómo había humillado a Sam, pero, incluso ahora, el recuerdo de cómo había vencido a Astrid le hacía sentir un brillo cálido por todo el cuerpo. Podía odiar a los chicos, desear destruirlos, disfrutar haciéndolos sufrir, pero nunca resultaba tan profundo e intenso como con las chicas. No, las chicas eran especiales. Su odio por Sam era una brisa fresca comparado con la rabia ardiente, bullente, que sentía por Diana, Astrid o Brianna.

Las tres eran tan arrogantes... Se sentían tan superiores...

Drake extendió el látigo y lo enganchó al tobillo de Diana, haciéndola caer y que aterrizara bruscamente sobre el vientre.

El psicópata se asustó. Podría haber hecho daño al bebé. No se atrevía a pensar en las consecuencias que eso tendría.

Justin se volvió, apretó los puños y gritó:

—¡Déjala en paz!

Drake sonrió. Niño valiente. Cuando viniera Brianna, encontraría el modo de utilizarlo de escudo. A ver lo dura que se ponía Brianna cuando tuviera que

cortarlo a través de un niño.

Pero ¿dónde estaba?

¿Dónde estaba la Brisa?

Diana dejó de moverse y se volvió para mirar a Drake, desafiante.

—¿Por qué no me matas y acabas con esto, Drake? Es lo más parecido al placer que vas a sentir, hijo de...

—¡Muévete! —rugió Drake.

Diana se estremeció, pero no echó a correr.

—¿Tienes miedo, Drake? —Entrecerró los ojos—. ¿Miedo de Sam? —Inclinó la cabeza hacia un lado, juzgándolo—. Ah, no, claro que no. Pero sí de Brianna, ¿verdad? Claro, un tío que odia a las mujeres como tú... Por cierto, ¿se puede saber qué es lo que te pasa con las féminas? ¿Descubriste que tu madre era puta o algo así?

La explosión sorprendió incluso a Drake. Gritó llevado por una rabia repentina, candente, asesina. Salió disparado hacia Diana, la golpeó con el puño, la derribó y se puso encima de la chica con el látigo levantado.

—¡Justin, corre! —gritó Diana cuando bajó el látigo.

El niño pequeño aulló:

—¡No!

Pero echó a correr tan rápido como sus cortas piernas se lo permitían.

Drake chasqueó el látigo en dirección al chico, pero falló por varios centímetros.

Su aullido de furia fue un sonido animal en estado puro. Un velo rojo le nubló la vista.

—¡Oye! —chilló una voz.

Drake tuvo que volver a oírla para concentrar la mirada en su origen.

Jack el del ordenador flexionó las rodillas y saltó lo que debieron de ser más de quince metros. Drake nunca había visto nada parecido. La neblina roja estaba retrocediendo. Era vagamente consciente de que Diana se alejaba gateando.

—¡Oye! —volvió a gritar Jack el del ordenador.

Aterrizó a menos de cien metros. Justin echó a correr hacia él.

Lo de los saltos era un problema. Jack podía moverse más rápido que Drake, sobre todo de un Drake que tenía que conducir a Diana como una vaca reticente a través del desierto que se oscurecía.

Drake caminó directamente hacia Jack.

—Hola, Jack; cuánto tiempo sin verte, tío. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Nada —dijo Jack a la defensiva.

—¿Nada? Dando un paseo, ¿eh?

Drake seguía acortando la distancia entre los dos.

—Deja que Diana y Justin se vayan —pidió Jack.

Le temblaba la voz. Justin lo alcanzó y se lanzó a sus piernas, aferrándosele aterrorizado.

Drake echó a correr directamente hacia Jack, quien apartó a Justin.

El látigo rasgó el aire y trató de dar a Jack en el cuello. Falló, y le dio en el hombro.

Jack gritó de dolor.

Drake no dudó, sino que rápidamente enganchó el tentáculo en torno al cuello de Jack y apretó con fuerza. Para su sorpresa, Jack se limitó a tensar los músculos y resistirse a la fuerza de Drake. Era como intentar estrangular el tronco de un árbol.

Jack agarró el látigo, intentando apoderarse de él. Drake reaccionó muy rápido, pero por los pelos. Se apartó contorsionándose pero tropezó, dio dos pasos torpes hacia atrás y estuvo a punto de caer.

Si Jack hubiera atacado justo entonces, en ese momento, habría tenido una oportunidad. Pero Jack no era un luchador. Se había vuelto más fuerte, no más malvado. Drake lo vio dudar y sonrió.

Volvió a atacar al instante, haciendo girar el brazo de látigo por encima de su cabeza y lo flageló una y otra vez mientras Jack retrocedía, y de nuevo echó a correr hacia él.

Azotó a Jack en el pecho. En el brazo. Y entonces le hizo un corte repentino y feroz en el cuello.

Empezó a salir sangre de la garganta de Jack.

El chico se llevó la mano al cuello, la apartó y se quedó mirando, completamente perplejo, una mano no solo manchada sino empapada de sangre.

La garganta. No podía ahogarlo, pero podía cortársela.

Justin yacía gimoteando a su lado. Jack cayó de rodillas en tierra.

Drake enroscó su látigo en torno al niño pequeño y se limitó a arrojarlo en dirección a Diana.

Entonces, mientras Jack caía de costado sangrando en la arena, Drake le dijo a Diana:

—Muy bien, nos lo hemos pasado todos muy bien. Ahora movámonos antes de que pierda el buen humor.

Orc y Dekka se parecían en que ninguno de los dos era muy rápido. Jack los había adelantado a saltos. En opinión de Dekka, había sido algo sorprendentemente valiente, puede que incluso temerario. Puede que incluso un poco estúpido.

Pero valiente.

No quería que le gustara Jack. Pero Dekka valoraba una virtud por encima de las demás, y Jack había demostrado que la tenía.



Lo encontraron tendido de costado en el barro que formaba su sangre.

—Tiene pulso —dijo Dekka. No necesitaba tocarlo. Lo veía.

—Sí... —dijo Orc—. Drake.

—Sí. —Dekka apretó la mano contra la herida que sangraba en el cuello de Jack—. Arráncale la camiseta.

Orc se la arrancó fácilmente, como si rasgara papel de seda, y se la pasó. Dekka no levantó la palma, sino que metió la camiseta por debajo, presionándola contra la herida.

No dejaba de salir sangre.

—Vamos, Jack, no te me mueras —pidió Dekka. Y entonces le dijo a Orc—: Es una arteria o algo parecido. No puedo pararla. ¿Qué se supone que tengo que hacer? ¡No para! Tú eres más fuerte que yo: ¡aprieta!

Orc hizo lo que le pidió, y apretó el trapo sangriento contra la garganta de Jack. La hemorragia se detuvo, pero al parecer, debido a cómo presionaban, la respiración de Jack se estaba volviendo áspera y fatigosa.

Dekka miró alrededor, frenética, como si esperara ver de repente un kit de primeros auxilios.

—Necesitamos aguja e hilo. ¡Algo! —maldijo furiosa—. Tenemos que llevarlo otra vez al lago. Al menos allí alguien puede coserlo. Tenemos que ir enseguida. Ahora mismo.

—¿Qué pasa con Drake? —preguntó Orc.

—Orc, tienes que llevarlo tú. Yo no puedo evitar que se desangre. Tenemos que llevarlo de vuelta. Luego iremos tras Drake.

—Pronto será de noche.

—No podemos dejarlo morir, Orc.

Orc miró en la dirección en la que se había ido Drake. Durante un instante, Dekka se preguntó si iría tras él. Y parte de ella, una parte de la que no se

enorgullecía, deseaba que Jack se muriera y ya está, porque probablemente se iba a morir de todos modos, y Drake se iba a escapar.

—Yo lo llevaré —dijo Orc—. Tú ve tras Drake. Pero no pelees con él hasta que yo te alcance.

—Créeme, estaré encantada de esperar refuerzos —comentó Dekka.

Y, en silencio, se dio cuenta de que ella sola no tenía manera de vencer a Drake.

Echó a correr tras el psicópata, pues sus huellas —y dos pares de huellas más— aún resultaban visibles apenas bajo la luz que se iba desvaneciendo.

Ahora Sanjit formaba parte de una multitud creciente de chavales asustados y vacilantes. El retraso le hacía echar humo. Nada estaba yendo bien. Ya tendría que haber llegado al lago. Y la oscuridad, real, grave, la oscuridad de «llegó la hora» se acercaba rápidamente.

La segunda manada de coyotes atacó sin avisar después de que el grupito ruidoso y desorganizado girara en la carretera principal hacia el camino de tierra que conducía al lago.

Había colinas a la derecha, y a lo lejos en dirección oeste se veía una hilera oscura de árboles. Alguien había contado a Sanjit que debía de ser el límite del Parque Nacional Stefano Rey.

Las dos chicas de doce años, Keira y Tabitha, y el niño, Mason, no fueron sus objetivos inmediatos. Tampoco Sanjit. Los coyotes se acercaron dando saltos por la carretera, como si los mandaran del lago. Por la carretera, cinco de ellos evitaron a unos cuantos chavales mayores y se encontraron de repente con una niña de dos años.

Lo primero que oyó Sanjit fueron los gritos cuando los coyotes iniciaron su ataque acelerado. Echó a correr y sacó la pistola que Lana le había dado, pero no había manera de disparar y acertar. Los chicos presa del pánico corrían hacia él. Otros se desperdigaban a izquierda y derecha, gritando, gritando y llamándose los unos a los otros.

El coyote jefe mordió el bracito de la niña y la hizo chillar. El coyote la arrastró de los pies por la carretera, pero se le soltó y la niña se incorporó.

Casi sin darle importancia, los coyotes formaron un semicírculo, dispuestos a derribarla.

—¡Apartaos! —gritó Sanjit—. ¡Apartaos!

Los gritos se habían generalizado. Se levantaba polvo. La luz inclinada de color té proyectaba sombras pálidas de niños que huían y de los caninos amarillos.

Un segundo coyote agarró a la niña del vestido y empezó a tirar de ella.

Sanjit disparó al aire.

Los coyotes se estremecieron. Un par se alejó al trote hasta una distancia segura. Pero el que tenía a la niñita agarrada con los dientes no.

Ahora Sanjit se encontraba a pocos metros de ellos, y veía sangre, veía los dientes amarillos del coyote y sus ojos inteligentes.

Apuntó con la pistola desde esa distancia y disparó.

¡PUM!

El coyote soltó a la niña y echó a correr. Pero no se fue muy lejos. Nada lejos.

Sanjit alcanzó a la niña al tiempo que lo hizo su hermana. La niña estaba ensangrentada, pero viva. Y gritaban, todos gritaban y lloraban. Los chavales habían sacado sus garrotes y cuchillas demasiado tarde, y estaban erizados de miedo ante la amenaza.

Los coyotes daban saltos, ansiosos, y podía pegarles un tiro desde donde se encontraba. Pero Sanjit sabía que no lograría darles.

—¡Moveos! —gritó bruscamente—. ¡Si seguimos aquí cuando llegue la noche moriremos todos!

El grupo de unas dos docenas de chavales avanzaba por la carretera formando una piña, mientras los coyotes hambrientos los observaban con la lengua fuera, a la espera de carne fresca.

Brianna había recorrido la carretera hasta llegar a las colinas. Cuando vio a los chavales que venían de Perdido Beach supo que Drake no había pasado por allí.

Lo cual quería decir que puede que se hubiera retirado hacia la Base Aérea de la Guardia Nacional. Así que corrió hasta allí y la inspeccionó. Pero no encontró nada.

Se quedó perpleja. Seguro que lo habría visto si hubiera estado cerca del lago. Seguro que no había pasado por la carretera. Y no estaba en la base ni en un ninguno otro lugar entre esos tres puntos.

Brianna estaba cansada y frustrada. Y preocupada por que Sam fuera a gritarle. Por eso se dirigió hacia Coates, porque no podía volver con las manos vacías. Era la Brisa; era la anti Drake, por lo menos en su cabeza. Y si estaba por ahí, corriendo suelto, ella tenía que encontrarlo y derribarlo.

Pero no lo había encontrado. Se había encontrado con chavales que abandonaban Perdido Beach y no dejaban de parlotear sobre el cielo que se estaba apagando, y se había encontrado con que proliferaban los conejos cerca de Coates, y se había encontrado un tarro de Nutella caído en el límite entre el lago y la base aérea y se la había zampado rápidamente.

Pero no había visto a Drake.

El cielo era muy raro. La luz era muy chungu. Esa negrura lisa que lo rodeaba todo, que se alzaba desde el horizonte para formar un nuevo horizonte irregular..., todo eso era muy chungo.

¿Y si se volvía negro de verdad y así se quedaba? Entonces ¿qué? ¿Qué pasaría con la Brisa? Pues iría tropezando en la oscuridad como todos los demás. Pasaría de ser importante a ser otra chica más.

Sam ni siquiera la necesitaría. No le pediría que fuera a las reuniones. No sería su persona de confianza. La poderosa Brianna. Chica Rápida. La persona más peligrosa de la ERA tras Sam y Caine.

Tenía que buscar cierta altitud; de eso se trataba. Disponer de una vista más amplia mientras aún hubiera vistas.

Echó a correr hacia las colinas de Santa Katrina. Pasó volando junto a dos juegos de huellas, se percató tardíamente y retrocedió a toda prisa para localizarlas.

Estaban bastante claras. Eran de un par de botas. Y de un par de zapatillas. Ambas procedían de las colinas e iban hacia Perdido Beach. Ninguna era lo

bastante grande como para ser de Drake. Y él no iría en esa dirección.

Brianna miró ansiosa el cielo. No podía quedarse ahí fuera. Y no podía volver con Sam con las manos vacías. Sería el fin de la Brisa. Había desobedecido órdenes antes, pero ahora había fracasado tanto, lo único que había conseguido había sido cargarse a unos pocos coyotes..., y fracasaría cuando sus poderes se volvieran prácticamente inútiles...

No era nada si no era la Brisa.

Corrió hasta lo alto de la colina más próxima, una cosa totalmente pelada que debía de medir seiscientos metros. Desde allí veía el lago, que brillaba de un modo extraño bajo la luz nada natural. Al otro lado veía el océano. La carretera quedaba oculta.

¿Qué hacer?

Entonces vio lo que parecía una persona caminando. Hacia el norte. Costaba saberlo, debido a la luz y a lo estrecha que era la abertura entre las dos colinas. Pero le parecía ver a una sola persona moviéndose.

Brianna rezó para que fuera Drake. Tenía un plan para enfrentarse a él. Un plan que haría que Sam se enorgulleciera. Iba a hacerlo pedacitos, y utilizaría su velocidad para repartir los trozos por toda la ERA.

¡Ja! A ver si entonces Drake podía recomponerse.

Sería genial. Si pudiera hacerlo.

VEINTISIETE      10 HORAS, 54 MINUTOS

A DIANA LE DOLÍAN las piernas, y tenía los pies descalzos ensangrentados. Justin intentaba ayudarla, pero no había manera de aliviar el dolor de las plantas desnudas sobre la piedra puntiaguda.

Cada vez que aminoraba o tropezaba, Drake hacía restallar el látigo, y el dolor que le causaba era mucho peor.

No conseguía imaginarse llegar viva hasta la *gayáfaga*.

Sabía que ese era el objetivo. Drake se había puesto a alardear al respecto. Y a Diana se le habían ocurrido muchos comentarios mordaces, pero cada comentario le costaba otra raja en la piel. O, peor aún, en la de Justin. Así que avanzaba a trompicones, pero sin decir nada.

—No sé qué quiere de ti —comentó Drake, no por primera vez—, pero lo que deje será mío. Es lo único que sé. Guárdate los comentarios ingeniosos para la *gayáfaga*. Ja. A ver cómo te va.

Drake seguía mirando todo el tiempo por encima del hombro. A Diana se le había ocurrido que era *brisanoia*, un miedo terrible a la Brisa.

—Puede acercarse zumbando cuanto quiera —insistió Drake—. A ver si puede rajarme sin rajar al mocosito. A ver si puede.

Drake se estaba hundiendo tan rápido como la propia Diana. Su miedo era palpable. Y no solo temía a Brianna. Que la luz se apagara también lo asustaba.

—Tenemos que llegar antes de que anochezca —murmuraba.

Diana se dio cuenta de que en cuanto fuera completamente de noche Drake estaría tan perdido como cualquiera. Y entonces ¿cómo controlaría a Diana y Justin?

Pero eso no bastaba para consolarla. Podían huir de Drake. Quizás. Y luego ¿qué?

Diana se llevó la mano al estómago. El bebé pataleó.

El bebé. El bebé con tres barras. El bebé era lo que quería, claro. Diana no tenía ninguna duda al respecto. La criatura oscura quería al bebé.

Cuando conseguía que su mente se olvidara de la agonía de los pies, las piernas y la espalda, cuando lograba suspender durante breves segundos el miedo apabullante que la oprimía, Diana intentaba entenderlo. ¿Qué quería del bebé?

¿Por qué estaba pasando todo aquello?

La chica dudó, tropezó y aterrizó bruscamente de rodillas. Gritó de dolor, y volvió a gritar cuando el latigazo le atravesó la espalda.

Presa de la rabia, salió disparada hacia Drake. Trató de darle puñetazos y

clavarle las uñas, pero Drake era demasiado rápido. La golpeó en la cara. No fue una bofetada. Fue un puñetazo duro, total. La cabeza le dio vueltas y vio las estrellas.

Diana pensó que era como un dibujo animado, y cayó de espaldas.

Cuando recuperó el sentido, se encontró a Justin a su lado, sujetándole la mano y llorando.

Brittney estaba sentada a pocos metros.

El círculo de cielo azul era del color del tejano nuevo, y más pequeño, significativamente más pequeño que antes. El cielo formaba un cuenco negro continuo.

—Estás embarazada, ¿verdad? —preguntó Brittney casi tímidamente.

Diana tardó unos instantes en entender qué pasaba. Drake no estaba allí. Drake no podía estar allí mientras estuviera Brittney.

Mano de látigo no estaba allí.

Diana se puso en pie rápidamente.

—Vámonos, Justin, salgamos de aquí.

—He encontrado unas piedras —explicó Brittney. Sostenía una piedra grande en cada mano—. Puedo darte con ellas.

Diana se rio en su cara.

—Adelante, zombi rara. No eres la única que puede encontrar una piedra.

—Sí, es verdad —reconoció Brittney—. Pero, cuando me des, no me harás daño. Y no me puedes matar. —Después se le ocurrió otra cosa y añadió—: Sea como sea, no soy una zombi. No como personas.

—¿Por qué haces todo esto, Brittney? Tú te peleaste con nosotros en la central nuclear. Estabas de parte de Sam. O ¿es que ya no te acuerdas?

—Me acuerdo.

La mente de Diana daba vueltas a toda velocidad. Si ordenaba a Justin que volviera corriendo al lago, ¿hasta dónde llegaría antes de que la oscuridad lo rodeara? ¿Qué era peor? ¿Deambular solo en la oscuridad hasta que se cayera por un precipicio, o lo oliera un coyote, o se metiera en un campo de bichos o... o... o...?

—¿Qué te ha pasado? ¿Por qué ayudas a Drake? ¿No deberías enfrentarte a él cada vez que se presenta la oportunidad?

Brittney sonrió, y Diana vio el alambre roto del aparato dental que le sobresalía.

—Ni siquiera puedo pelearme con Drake, ya lo sabes. Nunca estamos juntos.

—Exacto. Así que cuando desaparece puedes...

—No lo hago por Drake —dijo Brittney muy seria—. Lo hago por mi señor.

—Tu... ¿tu qué? ¿Tu qué? ¿Crees que Dios quiere que hagas todo esto? ¿Te has vuelto estúpida además de no morirte?

—Todos debemos servir —recitó Brittney, como una lección aprendida tiempo atrás.

—Y ¿crees que Jesús quiere que hagas todo esto? ¿Todo esto? ¿Amenazar a una chica embarazada con una piedra? ¿Esa es tu teoría religiosa? ¿Jesús quiere que ayudes a un loco sádico para que me entregue a un monstruo? Debo de haberme saltado esa parte de la Biblia. ¿Es la de «El sermón de la montaña»?

Brittney se la quedó mirando muy seria, y esperó hasta que Diana se quedó sin aliento, ya que su desdén era inagotable.

—Ese era el Dios de antes, Diana. Ese Dios estaba antes. No vive en la ERA.

Diana tenía ganas de estrangular a la chica. Y si sirviera de algo lo habría hecho encantada. Se preguntaba si podría aturdira durante el tiempo suficiente para huir. Seguro que una piedra grande la aturdiría.

Pero, por desgracia, todos sabían lo que había ocurrido cuando Brianna se peleó con Drake. Lo seccionó como un carnicero a un cerdo, y aun así sobrevivió. Lo mismo ocurriría con Brittney. Y Diana no tenía machete.



—Dios está en todas partes —comentó Diana—. Tú ibas a la iglesia, tienes que saberlo.

Los ojos de Brittney brillaron, ansiosos, cuando se inclinó hacia delante.

—No, no. Ya no tengo que seguir a un Dios invisible. ¡Lo veo! ¡Lo toco! Sé dónde vive, y qué aspecto tiene. Ya basta de cuentos para niños. Te quiere. Por eso hemos venido a buscarte. —Hizo el gesto de reprender a Diana—. Deberías estar emocionada.

—¿Sabes qué? Estoy lista para que vuelva Drake. Es malvado, pero al menos no es idiota.

Diana se levantó. Y Brittney también.

—Justin —dijo Diana.

—¿Sí?

—¿Ves ahí donde terminan las colinas? El lago queda justo detrás. Échate a correr.

—¿Tú vienes? —exclamó Justin.

—Justo después de ti. Ahora..., ¡corre!

Brittney no fue tras Diana, aunque Diana trató de darle otra vez. Brittney echó a correr tras Justin.

Lo atrapó fácilmente. Diana intentó agarrar a Brittney, pero una chica embarazada corriendo en la arena...

Brittney agarró a Justin con un brazo, y con la mano libre sostenía una piedra puntiaguda muy cerca de la boca del niño, que castañeteaba de miedo. Era como una parodia desgarradora de la actitud protectora materna.

Diana volvió a recordar quién había sido Brittney. La chica valiente y decente que se negó a decepcionar a Sam y Edilio.

Había sido Diana, junto con Caine y Drake, quien la había hecho cambiar. Ellos y, por supuesto la Oscuridad, habían formado un grupito mortal. Cuánto

daño habían hecho los cuatro.

Ahora iban a encontrarse tres de ellos. Y su hijo o hija interpretaría el papel de Caine.

Diana tenía tantas ganas de escapar de todo... Durante un brevísimo instante creyó haber cambiado a Caine. Y fue entonces cuando crearon al bebé en su interior.

—Sigue caminando —dijo Brittney, mientras acariciaba la cara de Justin con la piedra—. Por favor.

No era Drake. La figura que Brianna había visto a lo lejos no era la de Drake. Era Dekka. Sin pensarlo siquiera, Brianna corrió hasta donde pudiera oír la grito con el machete en la mano.

Patinó hasta detenerse y vio que Dekka estaba cubierta de sangre de la mano al codo, y que tenía salpicaduras por la cara.

—¿Dónde has estado? —exigió saber Dekka sin saludarla siquiera.

Brianna envainó el machete y decidió no contestarle.

—¿Y esa sangre?

—Es de tu novio —replicó Dekka, irritada.

—¿Mi qué?

—De Jack. Ha atacado a Drake él solo. Y Drake le ha cortado la garganta.

Brianna la miró fijamente.

—¿Estás loca? ¿Jack ha ido tras Drake? Jack es incapaz de hacer algo así.

—Las hace cuando no le queda elección.

Dekka no dejaba de mirar tras ella, y Brianna hacía lo mismo. El mundo se estaba acabando; Jack estaba herido, puede que muriéndose, puede que ya hubiera muerto, y estaban incómodas la una con la otra.

—Drake tiene a Diana y a Justin. Se dirige al pozo de la mina, hacia la

*gayáfaga.*

Brianna negó con la cabeza. Le parecía como si se hubiera perdido algo.

— ¿Quién es Justin?

— ¿Dónde estabas? Se suponía que tenías que estar donde pudiéramos oírte. Sam ha disparado varias veces y no has aparecido.

— Estaba buscando a Drake —replicó Brianna poniéndose a la defensiva.

Dekka la fulminó con la mirada, furiosa.

— Tú no quieres a Jack. Ni siquiera te importa, ¿verdad? Ni me has preguntado cómo está.

Brianna dio incluso un paso atrás.

— ¿Por qué me odias?

Dekka abrió la boca de par en par. Casi habría resultado divertido, si no fuera Dekka.

— ¿Tan ciega estás? ¿Cómo es que no entiendes lo irresponsable que eres? Orc está de vuelta al lago con las manos manchadas de la sangre de Jack. Y Drake debe de andar azotando a Diana por el desierto.

Brianna negó con la cabeza violentamente.

— ¡Yo no tengo la culpa! ¡Esa no me la voy a cargar! ¡Estaba buscando a Drake!

De repente, el puño ensangrentado de Dekka salió disparado hacia la nariz de Brianna, que la esquivó fácilmente, y Dekka tropezó hacia delante.

Brianna se quedó demasiado perpleja para devolverle el golpe.

Pero Dekka no había terminado, y acabó dando una patada a Brianna, lo que le hizo perder el equilibrio y caer bruscamente de lado.

De repente, Brianna se encontró en el interior de una columna de arena

flotante. Intentó correr, pero no había tierra firme bajo sus pies. La gravedad estaba anulada.

Esa fue la gota que colmó el vaso. Brianna sacó su recortada y apuntó a Dekka.

—¡Bájame o te disparo!

Dekka se había puesto en pie.

—Lo harías, ¿verdad? —Agitó la mano furiosa, y Brianna cayó más de medio metro hasta el suelo—. ¿Alguna vez piensas en alguien más que en ti? —gritó Dekka.

Brianna estaba asombrada porque había lágrimas en sus ojos, y se las secó tan violentamente como si se abofeteara a sí misma. Se dejó un rastro de sangre como si fuera pintura roja.

—Oye, lo siento o lo que quieras —exclamó Brianna, acalorada—. ¿Qué quieres que te diga? Espero que Jack esté bien. Y mataré a Drake si tengo oportunidad. ¿Qué quieres de mí?

El rostro de Dekka formaba una máscara fea de emociones impenetrable para Brianna, aparte de que evidentemente Dekka estaba furiosa por algo.

—Cuatro meses, y no me has dicho nada —le espetó Dekka.

—He hablado contigo —replicó Brianna.

Apartó la mirada al decirlo. De repente aún estaba más incómoda. Sabía lidiar con el enfado. La necesidad era algo distinto.

—Te dije... —empezó a explicar Dekka, pero se quedó sin voz. Tardó varios segundos en dominarla. Y entonces añadió, incapaz de mirar a Brianna a los ojos—: Pensé que estaba acabada. Quiero decir, que no me asusto fácilmente. Pero el dolor... —Entonces volvió a detenerse y negó con la cabeza, enfadada, como si se estuviera abriendo paso a través de él—. Pintaba muy mal, eso es. Me estaba muriendo. Tendría que haberme muerto. Pero no quería morirme sin decírtelo.

—Sí, vale —contestó Brianna moviéndose de lado a lado, incapaz de resistir el deseo de salir disparada a cien kilómetros por hora.

—Te dije que te quería.

—Ajá.

—Y no me has dicho nada. Nada. En cuatro meses.

Brianna se encogió de hombros.

—Mira, vale, mira. —Tragó saliva—. Mira, aparte de mí, eres la tía más valiente y más dura de la ERA —empezó a decir Brianna—. Quiero decir, que siempre he pensado que éramos como hermanas, ¿sabes? Como hermanas cañeras.

La mirada de Dekka, encendida y furiosa, se vació. Se quedó mirando el vacío durante mucho rato. El espacio que había junto a Brianna. Hasta que acabó suspirando:

—Como hermanas...

—Sí, pero hermanas de esas que lo bordan haciendo de chicas duras.

—Pero... tú no...

Brianna no estaba preparada para esta Dekka. Parecía más pequeña. Parecía una muñeca de trapo grande a la que hubieran quitado la mitad del relleno. La oscuridad se acercaba con rapidez. Las sombras eran más profundas, y eran sombras de otras sombras.

Dekka enderezó los hombros. Parecía estar discutiendo consigo misma, y acabó diciendo:

—No eres lesbiana. No te gustan las chicas.

Brianna frunció el ceño.

—Me parece que no.

—Y ¿te gustan los chicos? —preguntó Dekka, forzando la voz.

Brianna se encogió de hombros. La conversación la incomodaba.

—No lo sé, jo. Me he enrollado con Jack un par de veces. Pero lo he hecho

porque me aburría.

—Te aburrías...

—Sí. Y no me ha servido de mucho.

—¿No estás enamorada de Jack?

Brianna ladró una risa sorprendida.

—¿De Jack? ¿De Jack el del ordenador? Quiero decir, me gusta. Está bien. Quiero decir, es majo. Y si estoy leyendo un libro que no entiendo siempre me puede explicar cosas. Es listo. Pero no es... —Y entonces se detuvo.

Los últimos comentarios provocaron la risa incrédula de Dekka, lo cual sorprendió a Brianna.

—Tú eres así, ¿verdad? Así de verdad.

Brianna entrecerró los ojos. Pero ¿qué le estaba preguntando?

—Durante todo este tiempo... —Dekka no acabó la frase—. ¿Por qué no me lo has dicho y ya está?

—¿El qué?

Dekka cerró los puños.

—¡Te juro por Dios que te mataré si sigues haciéndote la tonta!

—Me gustan los chicos, ¿vale? Supongo. Probablemente. Quiero decir, ¡que solo tengo trece años! ¡Jo! Sé que estamos en la ERA y todo eso, pero no soy más que una... niña.

Brianna se ruborizó. ¿Por qué había dicho eso? No era una niña. Era la Brisa. Era la persona más peligrosa..., vale, la tercera persona más peligrosa..., pero no era una niña. No era una niña pequeña.

Bueno, era rápida, pero no podía retirar lo dicho. Jack seguramente se estaba muriendo. La luz se estaba apagando. Igual estaba bien decir cosas.

Dekka inhaló profundamente.

—Lo eres, ¿verdad? —dijo en voz baja—. Se me olvida... —Y lo repitió, triste—: Se me olvida...

—Quiero decir que es como..., ya sabes..., me mola Sam o lo que sea... como a cualquier otra chica, bueno, excepto a ti, supongo, pero no tanto. Quiero decir..., ya sabes... —concluyó de manera poco convincente, y luego añadió—: Solo me gusta ser la Brisa. Con B mayúscula.

La ira de Dekka se había esfumado completamente.

—Se me olvida, Brianna. Quiero decir, que te veo hacer cosas tan locas y valientes... Y veo lo mucho que depende Sam de ti... Todo el mundo... Y veo cómo te metes en peleas con Drake y, uau, quiero decir, te veo y eres como... todo lo que siempre he querido en una novia. Y se me olvida que no eres más que una niña.

—No soy tan joven —replicó Brianna, que ahora realmente deseaba retirar parte de lo que había dicho.

Dekka suspiró larga y profundamente.

—Quiero decir, que igual dentro de un par de años... —dijo Brianna.

Ahora estaba convencida de que era ella la que estaba saliendo peor parada en aquella conversación.

Dekka se rio.

—No, Brianna. ¿Te mola Sam? ¿Te enrollas con Jack? No, no. Había dejado que mi... Veía lo que quería ver. Eso hacía. No te veía a ti.

—Pero tú y yo... ¿estamos en paz?

Dekka volvía a llorar, pero esta vez se secó las lágrimas riendo.

—Brisa, ¿cómo no? Desde luego que somos las hermanas cañeras.

—Y ¿qué hacemos ahora? No puedo correr muy rápido en la oscuridad.

—Sip. Pero aún tenemos que ir tras Drake. Tiene a Diana, y no podemos

dejársela. Odia a las mujeres, ya lo sabes.

—Sí, ya me he dado cuenta. —Brianna sintió que volvía a fluirle la energía. El cansancio, la frustración... habían desaparecido. ¿Y si se acercaba la oscuridad? Pues, bueno, aún podía atacar con el machete—. Ese chico odia a las tías, ¿verdad? Pues vamos a darle un buen motivo para hacerlo.

Astrid avanzaba llevando a Cigar de la mano. A veces el chico se asustaba y se convencía de que se lo iba a comer. Se le iba la cabeza. Igual no para siempre, pero por ahora sí. Y seguiría así hasta que de alguna manera lo ayudaran.

Pero veía lo que ella no podía ver. Veía a su hermano. Astrid lo había intuido desde el comienzo, al ver al coyote con rostro humano. Había algo que no era estúpido, sino ignorante, inconsciente. Algo o alguien con un poder asombroso, que no tenía ni idea de cómo utilizarlo.

El pequeño Pete era un dios invisible y todopoderoso que jugaba a juegos ignorantes e inconscientes con las criaturas indefensas de la ERA.

Puede que la mancha también fuera obra suya.

Puede que fuera él quien estuviera apagando la luz.

Pero se acabaría sabiendo, ¿verdad? Tarde o temprano el juego tenía que terminar.

Astrid caminaba con pies cansados hacia Perdido Beach, a sabiendas de que era un esfuerzo inútil.

A fin de cuentas, todos ellos no eran más que seres humanos. Y lo más cercano que tenían a un dios era un niño insensato e indiferente.

**VEINTIOCHO**      10 HORAS, 35 MINUTOS

—**ES TODO LO QUE SÉ HACER** —se excusó Roger.

La parte inferior de su rostro y la parte delantera de su camiseta estaban cubiertas de sangre. La cubierta también estaba ensangrentada.



Sam miró a Jack, que estaba tapado con una manta. No podían moverlo. No podían hacer gran cosa por él a no ser que hallaran un modo de traerle a Lana.

Roger había empezado con un hilo verde. Al principio no encontró nada más. Lo había utilizado para coser la arteria, la vena o lo que fuera que estuviera rajado y expuesto por el latigazo furioso que había recibido Jack en el cuello.

La parte exterior de la herida estaba cosida con hilo blanco, aunque era mejor decir que antes era blanco. Ahora era rojo.

Habían embadurnado la herida con un poquito de su preciada reserva de Neosporin y la habían cubierto con un vendaje hecho con una bandera antigua. El cuello de Jack estaba rojo, blanco y azul, aunque el vendaje también estaba empapado de sangre que rezumaba.

Roger era el enfermero no oficial. Sobre todo porque parecía agradable y se le daban bien los niños. Por eso se había encargado de coser el cuello a Jack.

Había dicho que era como intentar coser un trozo de pasta. Un trozo de pasta que latía y salpicaba sangre.

—Gracias, Roger —dijo Sam—. Lo has dado todo, tío.

—Está muy pálido —comentó Roger—. Como un trozo de tiza.

Sam no tenía nada que decir al respecto. Lana podía salvar a Jack. Pero estaba muy lejos, y muy pronto no habría prácticamente ninguna manera de contactar con ella.

¿Dónde estaba la tontita de Taylor? La necesitaban.

Ya no estaba furioso con Brianna, porque ahora estaba demasiado preocupado por ella. Si andaba por ahí fuera corriendo tras Drake, Sam la mataría. Primero la abrazaría. Y luego la mataría.

No podía ser todo lo que estaba pasando. No podía. Pobre Jack. Puede que no siempre hubiera sido el chico más honorable del mundo, pero no tenía un ápice de maldad en su cuerpo *geek*. Brisa perdida. Y Diana. Howard muerto. Orc... en alguna parte.

Y Astrid...

A Sam se le estaba desmoronando todo alrededor. Observaba cómo el mundo entero se desangraba como Jack.

—Tenemos a Astrid, Dekka, Diana y espero que a Brianna, ahí fuera en el desierto, con Drake —resumió Sam—. Orc ha vuelto a salir. Y dentro de una hora todos estarán en la oscuridad más absoluta.

—Justin también —recordó Roger, insistiendo.

—Justin también —concedió Sam.

Edilio se limpió la cara con la mano, una señal de nerviosismo en el muchacho habitualmente impasible.

De repente, Sam recordó cuando lo conoció tras la llegada de la ERA. Había sido en Clifftop. Edilio había intentado cavar bajo la barrera. Ya entonces era un chico práctico.

—Mirad —presionó Sam—, la gente tiene luces. No es mucho, pero algunas tienen; al menos ven. ¿Qué pasará con esos chavales que están en el desierto?

—Drake ya debe de haber llegado al pozo de la mina —comentó Edilio.

—No —replicó Roger bruscamente—. No. No hagas eso. No des a Justin por perdido de esa manera...

Sam vio vergüenza en el rostro de Edilio.

—Lo siento, cariño; ya sabes que quiero al pequeñín. No quería decir eso.

Edilio hizo el gesto de tocar a Roger, pero entonces, mirando de reojo rápidamente a Sam, se contuvo.

Roger hizo el mismo movimiento, y también se detuvo tras mirar avergonzado a Sam.

Sam se quedó muy quieto, y durante unos segundos muy incómodos nadie habló.

Hasta que Sam acabó diciendo:

—Edilio, tengo que ir tras ellos.

—No podemos ponerte en peligro, Sam. ¿Y si te matan? ¿Y si ya no hay más luz, y tú no estás? Tú eres lo único que se interpone entre nosotros y la oscuridad total.

—Entonces moriremos todos igualmente. —Sam abrió las manos haciendo un gesto que indicaba que no podía hacer nada—. Si a duras penas seguimos con vida en este sitio tal y como es ahora, ¿qué pasará en la oscuridad absoluta? Unos pocos soles de Sammy no nos salvarán.

—Mira, tenemos que mantener a la gente tranquila. Eso es lo más importante.

Y su trabajo se volvió de repente mucho más duro, cuando una docena de chavales bajó a toda velocidad por la ladera, pasado el Hoyo.

—¡Ayudadnos, ayudadnos, ayudadnos!

Los coyotes sabían que sus presas se acercaban a un lugar seguro. Esa fue la conclusión que sacó Sanjit mientras los observaba acercarse.

La multitud de la carretera había aumentado. Los niños avanzaban cada vez más apiñados al crecer la oscuridad. Los que habían salido más tarde corrían hasta caerse, desesperados por alcanzar al resto.

Los que habían comenzado a la cabeza empezaban a dudar si les convenía ir al frente. Así que la cabeza y la cola se habían unido en el centro, y ahora formaban un grupo de treinta chavales que desbordaban la carretera moviéndose al unísono, caminando tan rápido como podían, llorando, gimiendo, quejándose en voz alta, exigiendo... ¿Exigiendo a quién? Sanjit no lo sabía.

El chico reconocía que aquello era oficialmente un fiasco. Uno de esos esfuerzos condenados al fracaso desde el principio. Su misión de contar a Sam lo que estaba ocurriendo en Perdido Beach, de entregarle la petición de Lana de que hubiera luces en Perdido Beach..., todo era una pérdida de tiempo.

Había salido demasiado tarde. Y de todas formas era innecesario, pues la multitud de refugiados habría transmitido la misma idea.

Un esfuerzo estúpido, un desperdicio.

No culpaba a Lana por haberlo mandado. Nunca se le ocurriría culparla. Estaba coladísimo, completa y profundamente enamorado de ella. Pero estaría de acuerdo —si es que alguna vez volvía a verla— en que su plan no había salido muy bien.

Sanjit apenas veía treinta metros a cada lado de la carretera. El brillo que antes era de un tono té extraño ahora había aumentado y se había desplazado en el espectro. El aire en sí parecía azul oscuro. Había algo opaco en la luz restante. Como si hubiera niebla, aunque claro que no la había.

Treinta metros bastaban para ver a la manada de coyotes. Las lenguas colgantes. Los ojos amarillos inteligentes, alerta. El modo en que levantaban y giraban las orejas ante cada nuevo ruido.

Se acercarían en cuanto estuviera oscuro, si los chavales no alcanzaban antes el lago. Sanjit notaba la ansiedad en sus expresiones ávidas y en cómo iban y venían.

—No os separéis y seguid avanzando —insistió.

Por algún motivo estaba al mando. Puede que fuera porque era el único con pistola. Otros contaban con el surtido habitual de armas, pero él tenía la única pistola.

O puede que porque estaba vinculado a la venerada Lana. O porque era uno de los tres chavales mayores.

Sanjit suspiró. Echaba de menos a Choo. Echaba de menos a todos sus hermanos y hermanas, pero sobre todo a Choo. Choo era el pesimista, lo cual le permitía ser el alegre optimista.

Uno de los coyotes se había hartado y empezó a avanzar decidido hacia la multitud de chavales.

—¡No lo hagas! —gritó Sanjit, y apuntó con la pistola.

No podría alcanzar al animal desde allí, con aquella luz, considerando su absoluta falta de destreza. Pero el coyote se detuvo y lo miró. Más curioso que asustado.

Sanjit sabía que el animal estaba evaluando la situación. Según los cálculos

de un coyote, lo inteligente era matar a tantos como la manada pudiera. No necesitaban que la carne estuviera fresca; podían llevarse los cuerpos a rastras como les conviniera y comer durante semanas.

Entonces el coyote habló. La voz impactaba. Era gutural y arrastraba las palabras como si arrastrara una pala por grava húmeda.

—Danos a los pequeños.

—¡Os mataré! —exclamó Sanjit, y avanzó sujetando el arma con las dos manos, a sabiendas de que imitaba cientos de series policíacas que había visto en la tele.

—Danos tres —pidió el coyote sin que se detectara un ápice de miedo.

Sanjit dijo algo desagradable y desafiante.

Pero alguien más gritó:

—¡Es mejor que nos coman a todos!

—No seas idiota —replicó Sanjit—. Saben que estamos cerca del lago. Intentan distraernos para que...

Entonces se percató de la realidad horrible que anunciaban sus palabras.

Demasiado tarde.

Sanjit se dio la vuelta de golpe y gritó:

—¡Cuidado!

Tres coyotes, que habían pasado desapercibidos porque todos los que estaban allí tenían la mirada fija en el líder de la manada, atacaron a los chicos que iban los últimos.

Hubo gritos de dolor y terror. Gritos que hicieron sentir a Sanjit como si le desgarraran la carne.

El chico retrocedió corriendo, pero esa fue la señal para que el líder de la manada y dos más atacaran la parte delantera.

Todos echaron a correr, algunos incluso noqueando a otros, pisándose, y a su vez los noqueaban entre lloros, gritos y súplicas y los gruñidos terribles de coyotes que atacaban a niños lentos e indefensos.

Sanjit disparó.

¡PUM, PUM, PUM!

Si los coyotes se habían percatado, no lo indicaban.

Sanjit vio que Mason caía derribado por dos bestias que gruñían. Las chicas mayores ya estaban mucho más adelantadas en la carretera. Keira se volvió, se quedó mirando fijamente, con la boca abierta de horror, y huyó.

Sanjit saltó por los aires y aterrizó con ambos pies sobre uno de los coyotes. El animal rodó y ya se había incorporado cuando Sanjit aún se estaba recuperando del aterrizaje. Un coyote o un niño, no vio cuál de los dos, lo noqueó, y un coyote le saltó encima al instante, intentando morderle en la cara con los colmillos.

¡PUM!

El ojo derecho del coyote explotó y la bestia se derrumbó sobre Sanjit.

Dos coyotes se estaban peleando por Mason como si fueran perros luchando por un juguete. Muerto. Ya estaba muerto, muerto.

Sanjit apuntó, pero falló el tiro. Le temblaban las manos, respiraba agitadamente.

¡PUM!

Uno de los coyotes echó a correr con una pierna de niño en la boca.

A los chicos de delante, y a otros de detrás, los coyotes los estaban desgarrando. Y la multitud, el rebaño —porque eso formaban ahora, un rebaño aterrorizado no muy distinto de los antílopes a los que les entraba el pánico cuando los atacaban los leones—, corría tan rápido como podía.

Sanjit no podía hacer nada.

El líder de la manada estaba quieto con las patas abiertas. Tenía algo terrible

en las mandíbulas. Miró a Sanjit y gruñó.

El chico echó a correr.

Diana levantó la vista hacia el cielo. Ya se había convertido en un hábito. Un hábito terrible.

El cielo era un esfínter en lo alto de un cuenco negro. Diana pensó que eso resumía muy bien la ERA, un esfínter gigante.

Justin se agarraba a ella mientras avanzaban, y Diana a él.

La chica se preguntaba qué sería peor: ¿alcanzar el pozo de la mina antes de que se hiciera de noche o no?

Se había dedicado a avanzar arrastrando los pies y parándose todo lo que había podido durante el camino porque tenía la teoría de que, fuera lo que fuera lo que la *gayáfaga* quería, ella querría lo opuesto. Pero entonces volvía a surgir Drake, y cualquier retraso por mínimo que fuera implicaba dolor.

Los hacía avanzar con su látigo. Como un patrón antiguo a sus esclavos. Como un egipcio antiguo golpeando a un hebreo, o un capataz no tan antiguo azotando a un esclavo negro.

Pero Diana veía que Drake también miraba hacia el cielo. Él también estaba preocupado por la oscuridad que se aproximaba.

Habían alcanzado la ciudad fantasma, de la que apenas quedaba nada, solo unos palos y unos tablones. Restos de lugares donde puede que antes hubiera un bar, un hotel y un establo. Había un edificio mejor conservado apartado de los demás, y fue de ese edificio, a través de una puerta que crujía, del que salió Brianna.

Diana casi se desmaya de alivio.

—Hola, chicos —dijo Brianna—. ¿Dando un paseo?

—Tú —bufó Drake.

—¿Es que no me esperabas? —preguntó la chica, y puso cara de avergonzada—. ¿No estaba invitada?

Drake chasqueó su látigo y lo enroscó en torno a Justin. Tiró del chico aterrorizado, lo alzó por los aires y lo sostuvo por encima de su cabeza.

—Si te mueves le revienta el cerebro —amenazó Drake.

—¿Y luego qué? —preguntó Brianna susurrando delicadamente.

—Luego a Diana.

—Ya... No lo creo, Drake Mano de Gusano; no creo que te hayas esforzado en traerla hasta aquí para matarla —dijo, y entonces Brianna se dirigió a Diana—. ¿Tú qué crees, Diana? ¿Te ha dicho lo que quiere?

Diana sabía que intentaba retrasarlo, pero ¿y Drake qué? Si alguien tan precipitado e impetuoso como Brianna quería retrasarlo, eso quería decir que contaba con un aliado. Alguien que obviamente era más lento que ella.

—Quiere a mi bebé —respondió Diana.

Brianna fingió sorpresa.

—¿Es verdad, Drake? ¿Porque te encantan los bebés?

Drake lanzó una mirada hacia el camino que conducía de la ciudad hasta la colina y el pozo de la mina. Se encontraban a escasos centenares de metros de la abertura. Estaba seguro de poder orientarse hasta allí en la oscuridad. Pero no de que a Brianna fuera a importarle Justin. Aunque la oscuridad la retrasara, probablemente podría adelantar y rajar a Drake.

—Si tropiezas en la oscuridad, Brianna, todo habrá terminado para ti. Si tropiezas a más de cien kilómetros por hora y te das con una roca, te matarás. Y si no es así, te mataré yo.

Seguía sosteniendo a Justin en alto.

—Bájame —gritó el niño lastimosamente—. Por favor, bájame. Tengo miedo aquí arriba.

—¿Lo has oído, Brianna? Tiene miedo. Tiene miedo de que lo suelte demasiado rápido. Auu.



Brianna asintió como si se lo estuviera pensando. Tenía que retrasarlo. Respiró hondo y soltó aire despacio. Tenía que retrasarlo.

Diana vio que su mirada se disparaba hacia la derecha. ¿Quién venía? ¿A quién esperaba Brianna? Debía de haberles adelantado de camino a la ciudad fantasma. Parecía que había decidido no derribar a Drake ella sola. En vez de eso, había optado por bloquearle el paso mientras llegaban refuerzos.

Tenía que tratarse de alguien un poco más listo que ella. Sam. O quizá Dekka. Orc no. Sam o Dekka eran los únicos que podían ayudar a Brianna en una pelea con Drake y ser lo bastante listos e influirle tanto como para convencerla de que esperara tal y como estaba haciendo.

Diana se atrevía a albergar esperanzas. Si se trataba de Dekka, podía evitar que Justin se cayera. Si se trataba de Sam, puede que, por fin, librara al universo de Mano de Látigo.

Entonces oyeron un ruido.

Procedía de la penumbra, de la calle principal tiempo atrás olvidada de la ciudad fantasma.

Diana vio la sonrisa traviesa y triunfal en el rostro de Brianna, que sacó un machete.

Y de la oscuridad apareció caminando —más bien, cojeando— una chica menuda y descalza con un vestido de verano.

**FUERA —¿PROFESOR STANEVICH?**

—Sí —la voz era cortante. Molesta. Con un acento muy marcado—. ¿Quién es? Este número es privado.

—Profesor Stanevich, escúcheme, por favor —suplicó Connie Temple—. Por favor. Una vez salimos juntos en la CNN. Probablemente no se acuerde. Soy uno de los miembros de las familias.

Se hizo una pausa en el otro extremo de la línea. Connie estaba en una cabina antigua repleta de grafiti, fuera del minimercado de una gasolinera en Arroyo Grande. No podía usar el móvil, pues temía traicionar a Darius. Tampoco había llamado al teléfono de la oficina de Stanevich porque temía que también estuviera

pinchado.

—¿Cómo ha conseguido este número? —volvió a preguntar Stanevich.

—Internet puede ser muy útil. Por favor, escúcheme. Tengo información. Necesito que me explique algo.

Stanevich soltó un suspiro profundo.

—Estoy con mis hijos en el Dave & Buster. Hay mucho ruido. —Suspiró otra vez, y, en efecto, Connie oyó ruido de videojuegos y platos—. Cuénteme lo que sabe.

—La persona que me dio esta información acabaría muy mal si se enteran de que me la ha contado. El ejército ha cavado un túnel secreto; está en el extremo oriental de la cúpula. Es muy profundo. Y la seguridad es muy muy estricta.

—Deben de estar perforando para ver el alcance del cambio reciente en la firma energética...

—Con el debido respeto, no, profesor. Hay equipos nucleares. Y el túnel que han hecho tiene ochenta centímetros de diámetro.

Solo se oían ruidos del Dave & Buster, así que Connie continuó.

—No necesitan un hueco así para enviar una sonda o una cámara. Y mi fuente dice que hay un tren que baja hasta allí.

Seguía sin haber respuesta. Entonces, cuando Connie pensó que el profesor había decidido colgar...

—Lo que está sugiriendo es imposible.

—No es imposible, y usted lo sabe. Usted fue uno de los que advirtió de que abrir una brecha en la cúpula podía resultar peligroso. Gracias a personas como usted la gente tiene tanto miedo a esa cosa.

Connie contuvo el aliento. ¿Había ido demasiado lejos?

—Comenté varias posibilidades teóricas —resopló Stanevich—. No soy responsable de las tonterías de los medios de comunicación.

—Profesor. Quiero que me comente qué podría pasar, en teoría, con un arma nuclear..., por favor. Una cosa es que sirviera para liberar a los niños, pero si no...

—Claro que no servirá para liberar a los niños. —El profesor soltó una risotada al oído de Connie—. Pueden pasar dos cosas. Ninguna de las dos implica liberar pacíficamente a los niños que están dentro.

—Esas dos cosas, ¿cuáles son?

Apareció un coche patrulla de carretera y Connie se agarró al teléfono. El coche se deslizó hasta una plaza de aparcamiento. El policía la miró. ¿La reconocía de la tele?

—Depende —continuó Stanevich, evasivo—. Hay dos teorías sobre las llamadas ondas J. No quiero aburrirla con los detalles. De todos modos tampoco lo entendería.

El policía salió del coche y se desperezó. Cerró el coche y entró en el minimercado.

—Un dispositivo nuclear liberaría gran cantidad de energía. Podría sobrecargar la cúpula, hacerla estallar. Imagínese lo como un secador de pelo. Pongamos... Sí, un secador del pelo que funciona a ciento diez voltios. Y de repente lo enchufan a diez mil. —El profesor sonaba tan distante como si estuviera dando clase en un aula repleta de estudiantes, encantado con su analogía del secador del pelo—. Pues estallaría. Ardería.

—Sí —dijo Connie lacónicamente—. Pero ¿entonces no estallaría también todo lo que quedara cerca?

—Ah, claro. No el dispositivo en sí, ya se puede imaginar, no si está enterrado muy hondo. Pero ¿y si una esfera de treinta y dos kilómetros de ancho se sobrecarga de repente? Pues probablemente destruiría lo de dentro. Y quizá, dependiendo de varios factores, destruiría un área en torno a la cúpula.

Connie tenía el estómago en la garganta.

—Ha dicho que había dos posibilidades.

—Ah —dijo Stanevich—. La otra es más interesante. Puede que la barrera no se sobrecargue. Puede que logre convertir la energía. Puede coger la energía

liberada de repente y guardarla. Absorberla como una batería tremendamente eficaz. O, pongamos, como una esponja. —Stanevich emitió un ruido que indicaba insatisfacción—. No es una analogía perfecta. No, ni de lejos. Ah, ya lo tengo: la firma energética de la barrera está cambiando, ¿verdad? Se está debilitando. Pues imagínese un hombre hambriento que por fin consigue una buena y sustanciosa comida.

—Si ocurre eso, que absorbe la energía, ¿qué le pasaría a la barrera? Puede que entonces fuera más fácil atravesarla...

—O que la refuerce —indicó Stanevich—. Que la altere de maneras que aún no podemos predecir. Pero sería fascinante. Saldría más de una tesis doctoral.

Connie colgó el teléfono y se dirigió rápidamente hasta su coche.

La cabeza le daba vueltas. Stanevich se había mostrado tan estúpido como en la CNN. Pero ahora su voluntad de especular, pese a los detalles horripilantes, resultaba muy útil.

Aún quedaba tiempo para detenerlo. Tenía que armar un escándalo público. Solo tenía que pensar cómo. Hablar con los medios de comunicación, por supuesto, pero ¿cómo presionar mejor al ejército y al Gobierno para detener aquella locura, aquella imprudencia?

Connie se puso a conducir por la 101 y casi choca con la columna de vehículos del ejército que se dirigían hacia ella. Eran camiones que llevaban vagones abiertos cargados con tráileres.

A unos tres kilómetros de Perdido Beach vio las luces parpadeantes de coches de policía. Un control de carretera. Estaba desviando el tráfico a una carretera secundaria, de vuelta al sur.

Connie se subió al arcén y se detuvo, respirando pesadamente. Claro que la habían visto. No podía dejarlos atrás: la policía de carretera la haría parar y se preguntaría por qué había huido, y luego le pedirían explicaciones.

Connie se dirigió hacia el control y paró. La policía de carretera junto con la del ejército se encargaban del control. Connie conocía a los militares.

Bajó la ventanilla.

—Hola, ¿qué pasa?

—Señora Temple —dijo el cabo—, ha habido un vertido químico peligroso en la carretera. Un camión que conducía un agente nervioso.

Connie miró el rostro joven del cabo.

—¿Eso es lo que me vas a contar?

—¿Señora?

—Esta carretera lleva casi un año cerrada. ¿Y me cuentas que un camionero cargado con productos químicos letales ha hecho qué? ¿Se ha equivocado al girar y se ha estrellado?

Entonces intervino el teniente de la policía militar.

—Señora Temple, es por su seguridad. Vamos a retirarlo todo hasta que averigüemos cómo contener el vertido.

Connie se rio. ¿Esa era su tapadera? ¿Y se suponía que tenía que creérsela? Costaría un esfuerzo solo fingirlo.

—Coja la carretera secundaria por aquí —indicó el teniente, señalando con la mano como si diera un golpe de kárate. Luego, con voz compasiva y dura a la vez, añadió—: No es optativo, señora. ¿Conoce el aeropuerto de Oceano County? Ese es el punto de encuentro. Seguro que los soldados la informarán de todos los detalles.

**VEINTINUEVE** 10 HORAS, 27 MINUTOS

**SAM** SALTÓ de la cubierta principal al muelle y echó a correr hacia los refugiados que se acercaban.

Se abrió paso empujándolos con poca delicadeza y siguió corriendo, dejando atrás el Hoyo, hasta la carretera de grava, donde oía gruñidos y disparos de un arma.

Sanjit chocó con él y durante un instante Sam no supo quién era, hasta que tomó distancia y le pidió:

—Apártate de mi camino.

Entonces Sam salió disparado hacia la carnicería.

Era evidente que llegaba demasiado tarde. Los coyotes habían dejado de matar, y ahora se alimentaban y desmembraban los cuerpos.

Alzó las manos y un rayo de luz verde y blanca abrasadoramente intensa salió disparado hacia delante. El rayo alcanzó a parte del cuerpo y la cabeza de un coyote. La cabeza del coyote se hinchó como en un vídeo acelerado que mostrara un malvavisco ardiendo.

Sam recorrió la carretera con el rayo. Los coyotes huían a toda prisa, arrastrando cuerpos o pedazos de cadáveres por la tierra. Alcanzó a un segundo coyote en los cuartos traseros, que se incendiaron. El coyote aulló de dolor, cayó, intentó seguir corriendo con solo las dos patas delanteras, y se echó de lado para morir.

Para entonces los demás coyotes ya no quedaban a su alcance. Algunos incluso estaban abandonando la carne.

Sanjit se acercó corriendo hasta detenerse junto a un Sam que jadeaba y respiraba agitadamente.

Un chaval de unos doce años, irreconocible pero vivo, lloraba lastimeramente mientras yacía partido en dos pedazos en un arbusto junto a la carretera.

Sam respiró hondo, se dirigió hacia el chico, apuntó con cuidado y perforó pulcramente un agujero en un lado de su cabeza. A continuación, amplió el rayo y recorrió el cadáver con él hasta que no quedaron más que cenizas.

Entonces lanzó una mirada furiosa a Sanjit.

—¿Tienes algo que decir al respecto?

Sanjit negó con la cabeza. No podía dar forma a un pensamiento entero. Sam se preguntaba si se encontraba mal. Se preguntaba si él mismo se encontraba mal.

—Si de mí dependiera... —empezó a decir Sanjit, y se quedó sin palabras.

La ira de Sam se embotó, pero muy poco. Lo que había ocurrido era culpa suya. Era su trabajo proteger... ¿Por qué no había enviado a Brianna meses atrás para que exterminara a los coyotes que quedaban? ¿Por qué no había pensado enviar una patrulla a la carretera para que saliera al encuentro de los refugiados que inevitablemente habría?

Ahora se enfrentaba a la tarea de incinerar al resto de los muertos. No iba a permitir que hermanos, hermanas y amigos vieran lo que habían dejado los coyotes. Esos trozos deshechos, prácticamente irreconocibles, de carne no podían ser lo que sus seres queridos recordaran el resto de sus vidas.

—¿Qué haces aquí? —exigió saber Sam mientras iniciaba su trabajo espeluznante—. ¿Tú has traído a estos chicos?

—Me envía Lana.

—Explícate.

Sam no conocía muy bien a Sanjit. Lo único que sabía era que había obrado prácticamente un milagro al pilotar un helicóptero desde la isla hasta Perdido Beach.

—Han pasado cosas malas en Perdido Beach —empezó a explicar Sanjit—. De alguna manera Penny ha conseguido meter en cemento a Caine. Van a intentar soltarlo, pero la última vez que lo vi estaba llorando y le golpeaban las manos metidas en cemento con un mazo.

La reacción de Sam le sorprendió: lo primero que sintió fue preocupación, o incluso indignación, por lo que le había pasado a Caine.

Había sido su enemigo desde el comienzo. Era el responsable de una batalla sangrienta tras otra. Estuvo a punto de matar a Sam en más de una ocasión. El chico se planteó que igual reaccionaba ante el hecho de que, a fin de cuentas, Caine era su hermano.

Pero no. No. Lo que pasaba era que Caine era fuerte. Y, por muchas ansias de poder que tuviera, intentaría mantener algún tipo de orden. Probablemente se habría esforzado por evitar el pánico. Siempre por motivos personales, pero aun así...

—Así que Albert está al mando —dijo Sam, pensativo, y quemó un pie que

descansaba erguido de una manera casi cómica.

—Albert se ha largado —comentó Sanjit—. Quinn ha hablado con él cuando se dirigía a la isla con tres chicas.

Esa noticia resultó peor que Caine incapacitado. Mucho peor. Había tres grandes poderes en la ERA: Albert, Caine y Sam. Tres personas cuya combinación de poder, autoridad y habilidades podría mantener las cosas en marcha durante unos cuantos días o una semana hasta que... hasta que ocurriera algún milagro.

Albert, Caine y Sam. Ese era el fundamento de la estabilidad y la paz de los últimos cuatro meses.

—¿Has visto a Astrid? —preguntó Sam.

—¿A Astrid? No. No sé ni si la reconocería. La vi solo una vez, hace meses.

—Ha ido a advertiros sobre la mancha. Y a ofrecer mis... mis servicios de cuelgaluces.

—Bueno, supongo que es un alivio saber que no soy el único que ha salido a perder el tiempo.

Sam lo miró atentamente. Ese chico tenía temple. Había sido el último en huir de los coyotes. Y a juzgar por la pistola grande que tenía en la mano y las armas tiradas a lo largo de la carretera, había sido el único en hacerles frente de veras.

Y no había protestado cuando Sam se había puesto con lo suyo, en plan duro pero misericordioso.

—Eres Sanjit, ¿verdad?

Sam le tendió la mano. Sanjit se la estrechó.

—Sé quién eres, Sam. Todo el mundo lo sabe.

—Bueno, ahora estás con nosotros.

Sam inclinó la cabeza hacia el cielo.



—Tengo familia —explicó Sanjit—. Tengo que volver.

—Ser valiente está bien. Pero ser estúpido es otra cosa. Esos coyotes no necesitan luz para encontrarte. Eres amigo de Lana, ¿verdad?

Sanjit asintió.

—Vivo con ella en Clifftop.

—¿La curandera te deja vivir con ella? —preguntó Sam, incrédulo—. Hoy me estoy enterando de toda clase de cosas.

—Creo que es mi novia —explicó Sanjit.

Sam disparó a lo que parecía un trozo de hamburguesa que llevaba parte de una camiseta.

—Si estás con Lana, tu familia estará tan a salvo como la que más. Que te maten no les ayudará. Ahora estás con nosotros. Solo una cosa: habla libremente con Edilio, pero con nadie más, ¿está claro? Si los chavales se enteran de que Albert se ha largado... —Sam negó con la cabeza—. Pensé que Albert era mejor persona...

Le había dejado mal sabor de boca. Albert había huido. Claro que era lógico, desde el punto de vista de los negocios. Pero Sam tenía la palabra «traición» en la punta de la lengua.

Menuda puñalada por la espalda.

Qué cobarde.

Astrid se dirigía a ofrecer una alianza con un «rey» derrotado y humillado y un «hombre de negocios» cobarde.

Sam apartó de su mente la imagen de los coyotes encontrándola antes de que llegara a la ciudad. No podía permitirse pensamientos tan dolorosos...

Tenía que pensar, y pensar con claridad, no dejar que imágenes escabrosas de Astrid derribada en un lugar solitario por coyotes, bichos o Drake se apoderaran de su mente y la paralizaran.

Sam cerró los ojos apretándolos.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Sanjit.

—¿Bien? —Sam negó con la cabeza—. Pues no, no me encuentro bien. La gente con la que contaba para que estuviera conmigo no está. Ya estaba desesperado, ¿y ahora?

—Lana sigue allí, y Quinn —le recordó Sanjit.

—¿Quinn? —Sam frunció el ceño—. ¿Qué tiene que ver con todo esto?

—Lana lo ha puesto al mando. Tiene a su gente con él.

Sam asintió, distraído. Veía un tablero de ajedrez en la mente. La mayoría de las piezas con las que podría haber jugado, los poderes que podrían haberle ayudado, sus alfiles, caballos y torres, habían caído o habían desaparecido. Dekka, Brianna, Jack, Albert, posiblemente Caine, todos habían caído o desaparecido. Su caballo estable, Edilio, tendría que vigilar el lago. Con lo que a Sam solo le quedaban los peones.

Por otro lado estaban Drake, puede que Penny, y los coyotes.

Y la reina opuesta, la *gayáfaga*, estaba tan bien protegida que parecía imposible alcanzarla. Y ya no digamos destruirla.

—¿Cómo se llamaba ese programa de la tele? —preguntó Sam, frotándose la cara para quitarse el humo de los cuerpos incinerados—. ¿Ese en el que votaban para que te fueras de la isla?

—¿*Supervivientes*?

—Sí. Decían algo así como que quien más sabe mejor juega y más tiempo sobrevive, ¿verdad?

—Supongo —comentó Sanjit poco convencido.

—Pues yo sé menos y juego peor, Sanjit. Te acabas de sumar al equipo perdedor. No me queda nada. Y dentro de muy poco estaré ciego.

—No, tú no, Sam. Tú eres el único que no.

—¿Con los soles de Sammy? —Sam se rio con sorna—. Más nos valdría que

fueran velas.

—En el país de los ciegos el tuerto es el rey —recordó Sanjit.

—En la oscuridad, el único tipo con una vela es un blanco fácil —replicó Sam.

Una cosa la tenía clarísima: no le tocaba quedarse ahí sentado y proteger a la gente a su cargo en el lago. No era lo que tenía que hacer. Eso solo servía para esperar a que el enemigo reuniera fuerzas para ir a buscarlo. Puede que no supiera mucho, ni jugara mejor. Pero estaba dispuesto a sobrevivir.

Y, sin decir nada más a Sanjit, volvió al lago.

Diana vio a Penny y le fallaron las rodillas. Se sentó bruscamente en la tierra. No podía respirar.

«No», dijo sin hacer ruido.

Penny miró primero a Drake. Su tentáculo terrible. Al niño suspendido en el aire. Y miró con curiosidad a Brianna, como si no estuviera segura de quién era.

A continuación miró a Diana y abrió mucho los ojos, encantada. Una sonrisa pequeña fue aumentando hasta convertirse en una risa de puro placer, y dio una palmada.

—Pero qué bien —dijo Penny—. Demasiado, demasiado bien.

La mente de Diana había dejado de funcionar. No conseguía pensar. No reaccionaba. El miedo se apoderó de ella, y un lamento bajo salió de lo más profundo de su garganta.

Ya no se trataba de dolor: el terror había llegado.

Drake lanzó una mirada a Penny.

—¿Quién eres?

—Soy Penny. Solías apartarme de tu camino cuando estábamos en Coates. No era nadie para ti.

—¿Tienes algún problema conmigo? —preguntó Drake, un poco preocupado.

Penny sonrió.

—Ah, no eras más que un idiota, Drake. Nada especial. Mientras que Diana... —Penny se rio enloquecida, encantada—. Yo a Diana la adoro. Cuidó tan bien de mí en la isla...

—Déjame en paz. —Diana se oyó suplicar como si oyera a otra persona, como si las palabras no salieran de ella, porque no tenía palabras en el cerebro; veía lo que se acercaba, sabía lo que se acercaba.

«Sálvame Dios mío —suplicó mentalmente Diana—. Sálvame Dios mío, sálvame, sálvame».

—¿Cómo está el bebé, Diana? —preguntó Penny, arrastrando las palabras. Le brillaban los ojos—. ¿Quieres un niño o una niña?

Y de repente el bebé se despertó, y sacó las garras como un tigre, y su cara de insecto con mandíbulas de sable desgarró a Diana por dentro, atravesándole la carne del vientre, abriéndola para salir, como un animal salvaje, nada humano. Pero no, no era cierto. Tenía la cara de Caine, su cara, pero extendida en una cara de hormiga sin alma, y las garras, y el dolor, y Diana gritaba una y otra vez.

Estaba boca abajo en la arena. Los pies descalzos de Penny, uno de ellos cubierto por una costra ensangrentada de barro, estaban delante de ella.

No había ningún bebé monstruo.

No le había desgarrado el vientre para salir.

Diana gritó.

—Mola, ¿eh? —comentó Penny.

—¿Qué le has hecho? —preguntó Drake, fascinado.

—Ah, acaba de ver algo. Ha visto al bebé como si fuera un monstruo. Y ha visto cómo la destrozaba desde dentro. Y lo ha sentido.

—¿Eres una rara? —preguntó Drake.

Penny se rio.

—La más rara de los raros.

—No hagas daño al bebé —le advirtió Drake.

Arrojó a Justin a un lado, dispuesto a derribar a la intrusa si fuera necesario. El niño aterrizó bruscamente, pero no se rompió nada.

A Penny no le intimidaba Mano de Látigo.

—¿Qué hay ahí dentro? —preguntó, y señaló el camino estrecho que conducía al pozo de la mina.

Drake no respondió. Tenía el látigo preparado para azotarla. Pero dudaba, pues no sabía si era amiga o enemiga.

—La he sentido desde que me he acercado —dijo Penny, mirando el camino detrás de Drake—. Deambulaba. No iba a ninguna parte. Y de repente, poco a poco, me he dado cuenta de que sí iba a algún sitio —comentó con voz cantarina—. Aquí es donde venía. —Y entonces, como una persona que despertara de un sueño, añadió—: Es esa cosa que fue a ver Caine, ¿verdad? La Oscuridad. La que te dio la Mano de Látigo.

—¿Te gustaría que os presentara? —sugirió Drake.

—Sí, me gustaría —respondió Penny muy seria.

Diana había mirado varias veces, llorosa, a Brianna, quien parecía contentarse con dejar que la conversación siguiera, si servía para consumir más tiempo. Pero entonces intervino:

—No creo que vosotros dos vayáis a ninguna parte.

Y se abalanzó sobre Drake.

Pero Diana había estado presente otras veces en las que Brianna se movía a máxima velocidad. Cuando se movía a máxima velocidad no le veías los brazos o las piernas, ni la veía sacar su machete mortífero. Diana vio todas esas cosas y supo

que la Brisa había aminorado su marcha.

Pero seguía siendo rápida.

El machete atacó y el látigo de Drake se partió en dos. Metro y medio de tentáculo color carne yacía en la tierra como una pitón muerta.

Brianna giró sobre sus talones y volvió a atacar con rapidez, pero con la mirada cuidadosamente baja, cauta y preocupada, y de repente gritó, patinó y saltó a través de algo que Diana no veía.

¡Penny había atacado!

Drake recogió su tentáculo seccionado y juntó los dos muñones. Parecía menos furioso que malhumorado. En el peor de los casos, la herida era una molestia temporal.

Brianna iba dando saltos como una loca, saltaba de un sitio a otro tremendamente concentrada en cada movimiento, agitando los brazos para mantener el equilibrio.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Drake.

Penny se rio.

—Intentando no caer en la lava. ¿Y su amiga, Dekka, la que esperaba que apareciera? Está ahí fuera en alguna parte... —Penny inclinó la cabeza hacia atrás, hacia el desierto oscuro como la noche—. Intentando que su cerebritito vuelva a la realidad.

Diana vio preocupación y recelo en el rostro de Drake. Empezaba a pensar que igual no podría manejar a Penny.

—Vámonos. La *gayáfaga* está esperando.

—¿Crees que soy mona? —le preguntó Penny.

Drake se quedó quieto, inmóvil. Ahora su rostro parecía algo más que receloso.

—Sí. Sí. Eres mona.

Le había vuelto a crecer el tentáculo, los muñones se fusionaban rápido, limpiamente, como si Drake fuera de arcilla y una mano invisible pegara los bordes y luego lo enrollara todo como una serpiente de plastilina. Alzó el látigo y lo chasqueó delante de la cara de Diana.

—Muévete —dijo.

Diana observaba a Brianna saltando todavía, desesperada, atrapada en una ilusión de peligro.

Y vio al niño pequeño, a Justin, arrastrarse por delante de ella hacia la oscuridad.

Dekka yacía sollozando en la oscuridad. Apenas se veía las manos.

No sabía qué le había ocurrido. Solo que durante un instante se había quedado clavada, completamente inmóvil. Paralizada.

La había cubierto una baba blanca translúcida, como si fuera arcilla o masilla. Y había cubierto todos y cada uno de los centímetros de su cuerpo. Se le había metido por las orejas. Como si unos dedos invisibles le hurgaran para metérsela, para rellenarla hasta los tímpanos.

De manera que no oía nada más que los latidos de su propio corazón.

De manera que oía el cartílago del cuello cuando se retorció inútilmente.

Le introducían la masilla por la nariz, tan profundamente que le llegaba a los senos. Tenía que respirar por la boca, pero en cuanto la abrió se le llenó de esa cosa blanca, que se abrió paso por el espacio entre los dientes y las mejillas, bajo la lengua, y le bajó por la garganta. Dio arcadas, pero no sirvió de nada: aquella cosa le llenaba la boca y la garganta y la notaba fría, densa y pesada en los pulmones.

Dekka gritaba, pero no emitía ningún sonido.

En algún rincón de la mente al que no le había entrado el pánico, una pequeña parte de Dekka sabía que todo aquello no era real. No podía serlo. Sabía que era Penny quien le había hecho eso, quien le había llenado la mente con aquella visión.

Pero no podía respirar. No podía.

Estaba enterrada viva en aquella cosa, enterrada viva, y su cerebro gritaba de un modo en que su cuerpo ya no podía.

Tenía que ser una ilusión. Tenía que ser un truco. Pero ¿lo era? ¿Tan segura estaba de que no era real en aquel mundo de pesadilla?

No podía respirar, pero también se daba cuenta de que no se estaba muriendo. El corazón aún le latía. Estaba cubierta y repleta de aquella cosa blanca, y debería estar muriéndose, pero no se moría.

Entonces sintió que la cosa blanca se endurecía. Ya no era masa, sino arcilla que se secaba rápidamente. Sus dientes mordían algo tan duro como la porcelana.

Entonces sintió los bichos en su interior.

Los bichos.

No era verdad. Sabía en algún rincón diminuto, encogido de la mente, que no podía serlo. Habían eliminado a los bichos. Los habían aniquilado. Así que de ninguna manera podían estar otra vez dentro de ella, no podían andar pululando por sus tripas sin que estuviera Sam para arrancarlos y sacarlos; estaba atrapada dentro de aquella tumba de porcelana y volvían a estar dentro de ella.

Dekka gritó una y otra vez.

De repente, todo desapareció.

Yacía en el suelo. Notaba el aire en la nariz. Y abrió los ojos.

Había una chica allí de pie, que le dijo:

—Esta ha sido nueva para mí. ¿Te ha gustado?

Y Dekka, que temblaba como una hoja a punto de caer, no dijo nada. Se limitó a respirar, a respirar.

—No vengas tras de mí —le advirtió Penny.

Y Dekka no lo hizo.

**TREINTA** 10 HORAS, 4 MINUTOS



—HAZ SONAR la campana —pidió Sam.

Edilio asintió en dirección a Roger, que corrió a hacer sonar la campana sobre la oficina del puerto deportivo.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Edilio.

—¿Por qué no me has contado que eres gay? —exigió saber Sam.

Pareció como si a Edilio le hubieran dado un puñetazo. Pero se recuperó rápidamente, y adoptó una expresión entre recelosa y avergonzada.

—Ya tienes suficientes cosas a las que enfrentarte.

—Eso no es algo a lo que tenga que «enfrentarme», Edilio. Que se haya perdido mi novia, que el mundo se esté acabando, tener que salir a buscar a Drake, esas son cosas a las que tengo que enfrentarme. Pero ¿enterarme de que tienes a alguien que te importa tanto? ¿Cómo puede ser eso algo a lo que tenga que «enfrentarme»?

—No lo sé. Es que... Quiero decir, que me ha costado un tiempo llegar a entenderlo. Ya sabes.

—¿Lo saben todos menos yo? —preguntó Sam.

Se daba cuenta de que era una preocupación estúpida. No parecía el momento para preocuparse, porque parecía desconectado de las cosas. Pero nadie estaba más próximo a Sam que Edilio, casi desde el primer día. Le molestaba pensar que todos sabían algo que él no sabía. Le ofendía.

—No, tío —lo tranquilizó Edilio—. Y no es que yo..., o sea..., no es que me dé vergüenza o algo así. Es que... Mira, tengo muchas responsabilidades. Tengo que hacer que la gente confíe en mí. Y algunos chavales me llamarían «maricón» o lo que sea.

—¿De verdad? ¿Nos vamos a sumergir en la oscuridad eterna y crees que esos chavales de ahí fuera se van a preocupar por quién te gusta?

Edilio no respondió. Y A Sam le dio la sensación de que sabía más al respecto.

Prefirió cambiar de tema.

—Tengo que serte sincero, tío —dijo Sam negando con la cabeza despacio, de lado a lado, mientras hablaba—. No veo una salida a todo esto. No veo ni el punto de partida de la salida. No espero que sobrevivamos.

Edilio asintió. Como si ya lo supiera. Como si estuviera preparado para oírsele decir.

—Así que, si se ha acabado todo, Edilio, si salgo ahí fuera y no vuelvo, quiero darte las gracias. Has sido un hermano para mí. Mi hermano de verdad.

Sam evitó mirar a Edilio.

—Sí, bueno, aún no estamos acabados —dijo Edilio bruscamente, y añadió—: ¿Así que te vas?

—Todo lo que has dicho antes es verdad —reconoció Sam—. No podemos permitirnos que me maten. No a corto plazo. Pero, en cuanto encienda algunas luces, seguiremos derrotados si no encontramos la manera de dar un vuelco a todo esto. No podemos cosechar ni pescar ni sobrevivir si vivimos a oscuras. Lo siguiente que hará la gente es encender hogueras. La próxima vez, Perdido Beach arderá hasta que no quede nada. Arderá el bosque. Todo. Los chavales no vivirán en la oscuridad.

Lo interrumpió el repique de la campana. Cuando acabó, comentó:

—No soy el único que teme a la oscuridad, Edilio. En cualquier caso, todo esto forma parte de algo más importante. Algo está pasando. No sé el qué, pero es algo importante y... definitivo. Así que, sí, a corto plazo soy importante. Pero si quiero ser importante a largo plazo tengo que salir fuera y averiguar cómo cambiarlo.

—¿Vas a hablar con todo el mundo? —le preguntó Edilio.

—Sí.

Apenas visibles en la oscuridad, como meras sombras en el agua, los barcos se balanceaban y deslizaban perezosamente. Los soles de Sammy que brillaban a través de los ojos de buey eran las únicas luces que había. Los cuerpos solo se veían cuando pasaban por delante de esas luces.

—Entonces asegúrate de que les dices la verdad.

—¡Toto! —gritó Sam—. ¡Sube aquí!

Cuando Toto subió a cubierta, Sam encendió un sol de Sammy justo por encima de su cabeza. Era como un foco siniestro que lo mostraba junto a Toto y Edilio.

—¡Toto está aquí para que sepáis que os digo lo que creo que es verdad! —gritó Sam para que lo oyeran a través del agua—. En primer lugar: no creo que tengamos que preocuparnos por Drake aquí en el lago. Se ha ido... Al menos por ahora.

—Eso cree —dijo Toto, susurrando.

—Habla más alto —le pidió Edilio.

—¡Eso cree!

—Así que volved todos a la orilla. Tenemos chavales que han venido de Perdido Beach. Han perdido a gente en el camino, así que vamos a acogerlos y a cuidar de ellos.

Algunas quejas y un par de preguntas desafiantes planteadas a gritos salieron de la oscuridad.

—Porque la gente buena ayuda a la gente que necesita que la ayuden. Por eso —respondió Sam—. Escuchadme: las cosas están mal en Perdido Beach. Parece que Caine ya no está al mando. Y tampoco Albert.

—¡Eso cree!

—Así que están mal. Astrid está... —La emoción le oprimía la garganta, pero Sam se esforzó por continuar. Se dio cuenta de que no tenía nada que ocultar. No es que alguien no supiera que estaba preocupado por ella—. Está ahí fuera en la oscuridad, en alguna parte. Y también Brianna, Dekka y Orc. Y Jack, pues no sabemos si sobrevivirá.

—Es verdad —dijo Toto, y luego, más alto—. ¡Verdad!

—Drake tiene a Diana y Justin, que no es más que un niño pequeño, y no

estamos seguros de lo que trama. Sea lo que sea, creo que está conectado con la mancha que está tapando la luz.

Toto se limitó a asentir y a nadie pareció importarle.

Sam alzó la vista. La mancha ya no estaba en proceso de tapar la luz, sino que había terminado de hacerlo. El círculo pequeño de azul que se oscurecía se había vuelto completamente negro.

—Así que no tengo un gran plan. No lo tengo —repitió Sam, maravillado al darse cuenta de que era verdad—. Tengo fama de ser el tipo que encuentra una manera de salir de los líos... Pues bien, ahora no sé cuál será.

Alguien estaba llorando, lo bastante alto para que lo oyeran. Alguien lo hizo callar.

—Está bien. Llorad si queréis, porque yo también tengo ganas de llorar.

—Sí —dijo Toto.

—Podéis estar tristes, y podéis estar asustados. Pero hemos construido este lugar y hemos ido tirando manteniéndonos unidos, ¿verdad?

Nadie respondió.

—¿Verdad? —insistió Sam.

—¡Claro que sí! —gritó una voz.

—Así que seguimos unidos. Edilio está aquí. Escuchad a Edilio.

—¡Pero tú eres el líder! —gritó una voz distinta, y otras la secundaron—. ¡Te necesitamos! ¡Sam!

Sam bajó la vista. No es que estuviera realmente satisfecho, pero puede que un poco sí. Aunque al mismo tiempo empezaba a percatarse de algo. Tardó unos instantes en adoptar una forma coherente en su cerebro. Tuvo que contrastarlo con lo que ya sabía, porque al principio le pareció que se equivocaba.

Hasta que acabó diciendo:

—No, no. Soy un líder malísimo.

Se hizo una pausa antes de que Toto dijera:

—Eso cree.

Sam se rio, maravillado al darse cuenta de que se lo creía de verdad.

—No, soy un líder malísimo —repitió—. Mirad, mi intención es buena. Y tengo poderes. Pero era Albert quien mantenía a la gente alimentada y viva. Y aquí arriba es Edilio quien realmente se encarga de las cosas. Incluso Quinn es mejor líder que yo. Pero ¿yo? Me enfado cuando me necesitáis, y hago pucheros cuando no. No. Edilio es un líder. Yo..., yo no sé lo que soy, salvo el tipo que hace que le salga luz disparada de las manos.

Sam dio un paso atrás. Salió del brillo directo del sol de Sammy, desconcertado por el giro inesperado que había dado su discurso. Su intención era decir a todos que se mantuvieran unidos y fueran disciplinados. Pero había acabado sintiéndose como un estúpido, aprovechando aquella ocasión trascendental para hacer el ridículo.

Entonces intervino Edilio. Con voz más suave, y cierto rastro de su acento hondureño:

—Sé lo que es Sam. Puede que, como dice él, no sea un gran líder. Pero es un gran luchador. Es nuestro guerrero; eso es. Nuestro soldado. Así que lo que va a hacer Sam, lo que va a hacer es salir a la oscuridad y pelear con nuestros enemigos. Intentar mantenernos a salvo.

—Eso cree —dijo Toto innecesariamente.

—Sí —susurró Sam. Se miró las manos, con las palmas hacia arriba—. ¡Sí! —dijo más alto. Y, entonces, de nuevo para sus adentros—: Vale, pues vaya. No soy un líder, soy un soldado. —Se rio y miró a Edilio, cuya cara no era sino sombras bajo la luz del sol de Sammy—. Tardo un poco en captar las cosas, ¿verdad?

Edilio sonrió.

—Hazme un favor. Cuando encuentres a Astrid, repítele, palabra por palabra, eso de que tardas un poco. Fíjate bien en cómo reacciona, y luego me lo cuentas.

Entonces, poniéndose serio otra vez, Edilio añadió:

—Me ocuparé de la gente de aquí, Sam. Vete a buscar a tus amigos. Y, si te topas con Drake, mata a ese hijo de puta.

El cielo se cerró.

Oscuridad. Oscuridad total y absoluta.

Astrid se oía respirar.

Y oía los pasos dudosos de Cigar. Que aminoraba. Que se detenía.

—No estamos lejos de Perdido Beach —señaló la chica.

Qué raro resultaba lo que el negro absoluto provocaba en el sonido de las palabras, en el sonido de su propio corazón.

—Tenemos que intentar recordar la dirección. Si no, empezaremos a caminar en círculos.

Astrid se decía que no dejaría que le entrara el pánico. Que no dejaría que el miedo la paralizara.

Buscó a tientas a Cigar, pero su mano no tocó nada.

—Deberíamos cogernos de la mano —dijo la chica—, para no separarnos.

—Tienes garras —replicó Cigar—. Con agujas venenosas dentro.

—No, no, eso no es verdad. Tu mente te engaña.

—El niño pequeño está aquí —comentó Cigar.

—Y ¿cómo lo sabes?

Astrid se acercó al punto donde creía que se encontraba su voz. Le parecía que estaba bastante cerca de él. Intentó convocar otros sentidos. ¿Sentía los latidos de su corazón? ¿El calor de su cuerpo?

—Lo veo. ¿Tú no?

—No veo nada.

Tendría que haber llevado algo para utilizar de antorcha. Algo que pudiera quemar. Claro que si mostraba luz en el espacio abierto, resultaría visible para gente y cosas que no quería que la vieran.

Pero es que la presión de la oscuridad —y así la sentía, como una presión, como si no fuera una ausencia de luz, sino un fieltro negro o algo que colgaba de cortinas alrededor de ella— la estaba encerrando. Como si fuera una obstrucción física.

No había cambiado nada excepto que se había sustraído la luz. Cada objeto estaba exactamente donde antes. Pero no lo sentía así.

—El niño pequeño te está mirando —señaló Cigar.

Astrid sintió un escalofrío.

—¿Y habla?

—No. Le gusta el silencio.

—Sí, siempre fue así —explicó Astrid—. Y la oscuridad. Le gustaba la oscuridad. Lo tranquilizaba.

¿Lo había provocado todo Petey? ¿Solo para conseguir el dichoso silencio y la dichosa oscuridad?

—¿Petey? —llamó la chica.

Qué ridículo. Hablaba con alguien que no podía ver. Alguien que probablemente no estaba allí. Alguien que, si es que existía, no era humano, ni físico ni tangible.

Se rio en voz alta por lo irónico de la situación. Había dejado de hablar con una entidad espiritual quizás inexistente. Y ahora volvía a hacerlo otra vez.

—No le gusta que te rías —la hizo callar Cigar.

—Pues lo siento.

Pero se hizo el silencio. Astrid oía a Cigar respirar, así que sabía que seguía allí. No sabía si aún miraba a Petey. O a algo que se suponía que era Petey.

—Lo tenía en la cabeza —susurró Cigar—. Lo he sentido. Estaba dentro de mí. Pero se ha ido.

—¿Me estás diciendo que se apodera de ti?

—Yo le dejo. Quería que me hiciera ser como era antes. Pero no puede.

—Y ahora ¿dónde está?

—Ahora se ha ido —dijo Cigar con tristeza.

Astrid suspiró.

—Sí, igual que un dios, que nunca está cuando lo necesitas.

Escuchó atentamente. Y olió el aire. Tenía la impresión, una impresión apenas, de que podía distinguir en qué dirección quedaba el océano. Pero también sabía que la tierra que se encontraba entre el océano y ella estaba formada en buena parte por campos fértiles rebosantes de bichos. Bichos a los que probablemente hacía un tiempo que no alimentaban.

Había campos entre Astrid y la carretera principal, pero en cuanto llegara a esa carretera podría seguirla hasta la ciudad. Aun a oscuras, podía seguir la carretera asfaltada.

Sam quería seguir la carretera de tierra que iba del lago a la principal, porque allí es donde estaría Astrid. Seguramente. Aunque ninguno de los refugiados la había visto en el camino de Perdido Beach al lago.

Pero encontrar a Astrid no era lo que tenía que hacer. Todavía no. Astrid lo retrasaría, aun si la encontraba. Y ella no era un soldado. No era Dekka, ni Brianna, ni siquiera Orc. Ellos podrían ayudarlo a ganar una pelea; Astrid no.

Pero, ay, Dios, cuánto quería verla ahora. No para hacer el amor, sino solo para tenerla ahí en la oscuridad, a su lado. Para oír su voz. Eso sobre todo. El sonido de su voz era el sonido de la cordura, y Sam estaba entrando en un valle de sombra. Adentrándose en la oscuridad pura y absoluta.



Avanzó hasta que salió del débil círculo de luz proyectado por los numerosos soles de Sammy del lago. Entonces colgó una nueva luz, y se consoló con la esfera que le crecía en las manos.

Pero la luz solo alcanzaba unos pocos metros. Siguió avanzando y aún la veía al volverse, pero solo proyectaba una luz débil, una luz cuyos fotones parecían agotarse fácilmente.

Entrar en la oscuridad. Paso a paso.

Algo le oprimía el corazón.

Se le partirían los dientes si los apretaba más fuerte.

—Es igual que antes —se dijo—. Lo mismo pero más oscuro.

—Nada cambia si se va la luz, Sam —le había dicho su madre un millar de veces—. ¿Lo ves? Clic. Enciendo la luz. Clic. La apago. La misma cama, el mismo tocador, la misma ropa que has desperdigado por el suelo...

Pero el Sam más joven pensaba que no se trataba de eso. La amenaza sabe que estoy indefenso en la oscuridad. Así que no es lo mismo.

No es lo mismo si la amenaza puede verte y tú no.

No es lo mismo si la amenaza sabe que no tiene que ocultarse, sino que puede atacar.

A no ser que pretendas que la oscuridad no es algo distinto.

Pero es distinta.

—¿Te ocurrió algo malo en la oscuridad, Sam?

Siempre querían saberlo. Porque asumían que todo miedo debe proceder de una cosa o lugar. De un suceso. Causa y efecto. Como si el miedo formara parte de una ecuación de álgebra.

No, no y no, es que no entendían lo del miedo. Porque el miedo no era algo con sentido. El miedo eran las posibilidades. No cosas que ocurrían. Cosas que podían ocurrir.

Cosas que podían ocurrir... Amenazas que podían encontrarse allí. Asesinos. Locos. Monstruos. Que podían encontrarse a escasos centímetros, y podían verlo, pero a Sam los ojos no le servían de nada. Las amenazas podían reírse en silencio de él. Podían sostener sus cuchillos y armas, clavarle las garras y no podría verlas.

La amenaza podía encontrarse... ahí mismo.

Ya le dolían las piernas de la tensión. Miró otra vez hacia el lago. Había ido subiendo y ahora le quedaba por debajo, formando un grupito triste de estrellas como una galaxia distante y poco iluminada. Muy distante.

No podía volver la vista durante mucho rato porque ahora las posibilidades lo tenían rodeado.

La luz del día te mostraba los límites de las posibilidades. Pero al caminar por la oscuridad, la oscuridad total y absoluta, las posibilidades se volvían ilimitadas.

Sam colgó un sol de Sammy. No quería dejarlo atrás. La luz mostraba piedras. Un palo. Un arbusto seco.

Casi era mejor no molestarse. Ver cualquier cosa hacía que la oscuridad pareciera más oscura. Pero las luces también formaban una especie de caminito de migas de pan, como en *Hansel y Gretel*. Lograría encontrar el camino de vuelta a casa.

Y también esperaba ver si se estaba desviando hacia la izquierda o la derecha.

Pero las luces tenían otro efecto: las vería cualquier otro que estuviera ahí fuera.

En el país de los ciegos el tuerto es el rey. Pero en la oscuridad el único hombre que sostiene una vela es un blanco.

Sam siguió adentrándose en la oscuridad.

Quinn los había reunido a todos en la plaza con pescado a la brasa. La hoguera aún ardía, pero cada vez estaba más baja.

Lana había curado a todos los que lo necesitaban.

Por ahora había tranquilidad.

Los chavales habían asaltado la casa de Albert y habían vuelto con parte de su reserva oculta de linternas y pilas. Quinn se las había confiscado rápidamente. Ahora valían mucho más que el oro, mucho más incluso que la comida.

Algunos de los pescadores de Quinn estaban utilizando la luz de una sola linterna y varias palancas para arrancar los bancos de la iglesia y traerlos para mantener el fuego encendido.

Nadie más se había ido. Todavía no.

El brillo naranja y rojo proyectaba una estela de color débil, parpadeante, sobre la piedra caliza del Ayuntamiento, sobre el McDonald's abandonado tiempo atrás, sobre la fuente rota. Sobre los rostros jóvenes y adustos.

Pero las calles que se alejaban de la plaza habían desaparecido sin más. El resto de la ciudad resultaba invisible. El océano, que en ocasiones se oía débilmente por encima del ruido de cortar madera y la conversación en voz baja, bien podría ser un mito.

El cielo estaba negro. Sin rasgos destacados.

Toda la ERA formaba una hoguera.

Caine estaba sentado cerca del fuego. La gente le dejaba mucho espacio. Olía mal. Y aún gritaba de dolor mientras dos chavales más —el tercer par— le desconchaban el cemento de las manos a la luz de la lumbre. Ahora se concentraban en la parte pequeña. Daban golpecitos muy dolorosos, y a menudo le salía sangre.

De vez en cuando, Lana se acercaba y le curaba uno o dos cortes, para evitar que la sangre volviera el cemento demasiado resbaladizo para el cincel.

Quinn se encontraba allí en el instante en que un golpe firme separó las manos de Caine, de modo que ya no estaban pegadas.

—Primero las palmas —ordenó Caine.

Seguía dando órdenes a pesar de todo.

Utilizaban unos alicates puntiagudos para arrancar los pedazos de cemento,

pero también se llevaban piel. Cada vez que le preguntaban si se encontraba bien, Caine apretaba los dientes y gritaba:

—¡Hacedlo!

Se le estaban despellejando las manos. Pedazo a pedazo.

Quinn apenas soportaba verlo. Pero tenía que reconocer una cosa: puede que Caine fuera un matón, un egocéntrico, un asesino, pero no era un cobarde.

Lana llevó a Quinn aparte, hacia la oscuridad donde ya no alcanzaba la luz de la hoguera. Por Alameda Avenue hasta que Quinn ya no veía nada. Ni siquiera la mano delante de su cara.

—Quería ver lo oscuro que está —comentó la chica.

Se encontraba a pocos centímetros de él. Quinn no veía nada.

—Sí, está oscuro.

—¿Tienes algún plan?

Quinn suspiró.

—¿Para la oscuridad total? No, Lana. No tengo ningún plan.

—Quemarán edificios si la hoguera se apaga.

—Podemos mantener la hoguera encendida durante un rato. Alimentaremos a la ciudad entera, trozo a trozo si tenemos que hacerlo. Y tenemos agua. La nube del pequeño Pete sigue lloviendo. Es la comida...

Ambos recordaban demasiado bien lo que era el hambre. Se hizo el silencio.

—Vamos a traer toda la comida: almacenada en Ralph's, del complejo de Albert. La gente no tenía mucho en casa. Si lo juntamos todo puede que tengamos raciones pequeñas para dos días. Luego empezará...

—El hambre...

—Sí... —Quinn no sabía para qué servía aquella conversación—. ¿Tienes

algún plan?

—No tardará dos días, Quinn. ¿Sientes lo que te provoca la oscuridad? ¿Cómo te encierra? De repente, los chavales se darán cuenta de que están en una pecera gigante. Tendrán miedo de la oscuridad, miedo de estar encerrados. La mayoría estará bien durante un tiempo, pero no me preocupa la «mayoría». Me preocupan los más débiles. Los que ya están fatal.

—Si alguien se vuelve loco, ya nos encargaremos de él —afirmó Quinn.

—¿Y de Caine?

—Tú me has puesto al mando, Lana —le recordó Quinn—. Espero que no pensaras que tenía una respuesta mágica.

Se oyó una tercera respiración.

—Hola, Patrick. Buen chico.

Quinn oyó que Lana tanteaba en la oscuridad, buscando el collar del perro, y a continuación lo rascó enérgicamente.

—Van a empezar a volverse locos —insistió Lana—. Absolutamente locos. Cuando eso ocurra..., pide ayuda a Caine.

—Y él ¿qué va a hacer? —preguntó Quinn.

—Lo que haga falta para mantener a la gente controlada.

—Espera un momento... Uau —Quinn tuvo el instinto de agarrar a la chica del brazo, pero no sabía dónde lo tenía—. ¿Me estás diciendo que soltemos a Caine cuando alguien se pase de la raya?

—¿Tú puedes parar a un grupo de chavales si deciden robarse la comida? ¿O si se vuelven locos y empiezan a quemar cosas?

—Lana, y ¿qué más da? —preguntó Quinn. Sentía que se le agotaba la energía. Lana le había pedido que se encargara de todo. Y ahora le estaba diciendo que utilizara a Caine de arma. ¿Para qué?—. Y ¿qué más da todo, Lana? ¿Me lo puedes decir? ¿Por qué debería hacer daño a un niño porque se le vaya la olla cuando a todo el mundo se le podría ir la olla?

Lana no dijo nada. Pasó tanto rato sin decir nada que Quinn empezó a preguntarse si no se había marchado sin hacer ruido. Entonces, con una voz tan baja que ni siquiera sonaba como ella, susurró:

—En una oscuridad como esta..., la siento. Mucho más cerca. Resulta más real para mí que tú, porque la veo. La veo en mi cabeza. No se ve nada más, así que la veo.

—No me estás diciendo por qué debería hacer daño a alguien, Lana.

—Está viva. Y tiene miedo. Mucho miedo. Es como si se estuviera muriendo. Parece esa clase de miedo. Veo... veo imágenes que realmente no significan nada. Ya no intenta alcanzarme. No tiene tiempo para intentar alcanzarme. Quiere al bebé. Todas sus esperanzas están puestas en el bebé.

—¿El bebé de Diana?

—Aún no lo tiene, Quinn. Lo que significa que aún no ha terminado. Incluso aquí a oscuras, con lo asustados que estamos todos... No ha terminado. Créeme, ¿vale? Créeme cuando te digo que no ha terminado.

—No ha terminado —dijo Quinn, sintiéndose perplejo y con un tono de voz que probablemente lo reflejaba.

—A esos niños... Si empieza a entrarles el pánico, se harán daño. No podré encontrarlos y ayudarlos, así que se morirán. Y mira, eso no se lo voy a dejar hacer. A la *gayáfaga*, quiero decir. No puedo matarla, no puedo evitar que se apodere del bebé. Pero lo que sí puedo hacer, y tú también, Quinn, es mantener con vida a tantos de nosotros como pueda, mientras pueda. Porque igual eso es lo que hay que hacer... Pero también... también... —Quinn sintió que le tocaba el pecho, tanteaba hasta encontrar el hombro, y entonces le agarraba la mano y la sujetaba con una fuerza sorprendente—. Y también porque no voy a dejarla ganar. Nos quiere a todos muertos y desaparecidos, porque mientras vivamos seremos una amenaza. Pues no. No. No nos vamos a rendir.

Lana le soltó la mano.

—Es el único modo que me queda de enfrentarme a ella, Quinn. No muriéndome, y no dejando que ninguno de esos niños se muera.

**TREINTA Y UNO 8 HORAS, 58 MINUTOS**

**PENNY NUNCA** se había sentido así antes. Nunca antes había experimentado una impresión semejante. Ni siquiera sabía de qué hablaba la gente cuando hablaban y hablaban de una puesta de sol o de las estrellas en un cielo nocturno despejado.

Pero ahora sentía algo.

No lo veía. Estaba tan negro como si le hubieran arrancado los ojos. Y esa idea le hizo sonreír al acordarse de Cigar. Pero aun así sabía adónde iba.

El corte en el pie ya no importaba. Cuando se golpeaba el dedo en una piedra no importaba. Que tuviera que orientarse palpando el camino estrecho como si fuera ciega ya no importaba, nada de todo aquello importaba, porque sentía... sentía algo genial, algo magnífico.

No había estado allí antes, pero igualmente era como volver a casa.

Se rio en voz alta.

—La sientes, ¿verdad?

A Penny la sorprendió la voz. Procedía de donde había estado Drake, pero era una voz de chica. Claro: de Brittney.

—La siento —confirmó Penny—. La siento.

—Cuando te acerques oirás su voz en tu interior —le explicó Brittney—. Y no es un sueño o algo así: es verdad. Y luego, cuando llegues al fondo, podrás tocarla de verdad.

A Penny le sonaba raro. Y no es que tuviera muchos problemas con las cosas raras. Pero Brittney no era Drake. A Drake lo podía respetar. La Mano de Látigo —y aún más, el deseo de utilizarla— lo hacían poderoso.

Y atractivo, además, por lo que recordaba de los viejos tiempos. Entonces no se fijaba mucho en él porque Caine era el elegido. Caine era el guapo y el listo..., tan listo... Drake era un chico muy distinto: como un tiburón. Parecía un tiburón, con los ojos muertos y la boca hambrienta.

Pues se había equivocado con Caine. Diana lo tenía metido en un puño. Pero Drake seguro que no amaba a Diana. De hecho, la odiaba. La odiaba tanto como Penny.

Puede que, a fin de cuentas, Drake tuviera mejor aspecto. Y, en cualquier caso, le deseaba suerte a Diana si intentaba robárselo como había hecho con Caine.

Brittney iba detrás de todo. Luego estaba Penny. Diana y Justin llevaban la delantera. Avanzaban torpemente, tropezando, llorando y cayéndose.

Por desgracia, Penny no podía mantener la ilusión de que Brianna seguía paralizada a esa distancia. El efecto ya se habría disipado. Lo cual quería decir que Brianna estaba libre para ir tras ellos.

Penny sonrió en la oscuridad. Suerte con lo de atraparlos. Aunque volviera a estar a su alcance, la velocidad le resultaría inútil. Ahora no era nada. ¿La Brisa? Ja. Si se les acercaba, Penny la haría correr, muy muy rápido, hasta que se le rompieran las piernas. ¡Ja!

—Ella hablará conmigo; ella hablará contigo —dijo Brittney con voz cantarina—. Nos dirá qué hacer.

—Cállate —replicó Penny.

—No —la reprendió Brittney con una voz tremendamente sincera—. No debemos pelearnos entre nosotros.

—¿No debemos? —se burló Penny—. Cállate hasta que vuelva Drake. —Y entonces, como no estaba contenta con el silencio de Brittney, pues le sonaba a reproche, añadió—: No acepto órdenes de nadie. Ni de ti, ni de Drake. Ni siquiera de como se llame. —Pero, nerviosa, se pasó la lengua por los labios mientras lo decía.

—La *gayáfaga* —dijo Brittney. Y se rio, no cruelmente, sino con condescendencia cómplice—. Ya lo verás.

Penny ya lo «veía». No es que viera algo, ni siquiera el dedo delante de los ojos, pero sentía su poder. Habían alcanzado la entrada del pozo de la mina. La oscuridad, ya absoluta, se había cerrado en torno a ellos.

Resultaba más fácil orientarse tocando las vigas a lo largo de la ladera. Pero



costaba más respirar.

A Diana se le escapó un gemido bajo.

Penny tuvo el impulso fugaz de darle algo de lo que asustarse. Pero ese era el problema: ahora el miedo era el aire que respiraban.

—Hay algunos puntos difíciles —advirtió Brittney—. Y la caída es muy muy larga. Te partirás las piernas si te caes.

Penny negó con la cabeza, pero nadie veía su gesto.

—De ninguna manera, de ninguna manera. Ya he pasado por eso. No lo repetiré.

La voz de Brittney era suave.

—Siempre podrías marcharte.

—¿Crees que yo...? —Penny tuvo que esforzarse por coger aire—. ¿Crees que no lo haré?

—No lo harás —afirmó Brittney—. Vas al sitio al que siempre quisiste ir.

—Nadie me dice... —gruñó Penny. Pero la rebeldía se esfumó a media frase. Y volvió a intentarlo—. Nadie me...

—Ten cuidado —dijo Brittney, petulante—. La siguiente sección está llena de piedras revueltas. Tendrás que arrastrarte por encima. —Y entonces, con esa voz rara cantarina que le salía de vez en cuando, comentó—: De rodillas, de rodillas nos arrastramos hasta nuestra señora.

Brianna respiraba ruidosamente sin moverse.

La oscuridad era su *kriptonita*. No podías emplear la supervelocidad si no veías adónde ibas.

Estaba tan oscuro... De hecho era peor que las imágenes que Penny le había metido en la cabeza. En cierto sentido, esas habían molado. Pero lo de ahora... lo de ahora era la nada.

Solo nada nada y nada más que nada.

Bueno, pensándolo bien, nada total no. Cuando alzó el machete delante de la cara sintió el olor ácido del acero. Sacó la escopeta y sintió el tacto de la culata corta y el olor del residuo de pólvora.

Se imaginó el destello de la boca. Sería ruidoso.

Y brillante.

Ah, se le había ocurrido algo. ¿Tenía qué, doce balas?

Ya. Interesante.

También había ruidos. Los oía subir por el camino. Ya debían de estar en la entrada del pozo de la mina.

Brianna sentía la presencia oscura de la *gayáfaga*. No era inmune a ese peso oscuro en el alma. Pero no la paralizaba. Sentía a la *gayáfaga*, pero no la asustaba. Era como una advertencia, como si una voz terrible y profunda dijera:

—¡No te acerques, no te acerques!

Pero Brianna no se asustaba un carajo. Oía la advertencia; sentía la maldad tras ella; sabía que no era una farsa ni una broma; sabía que representaba a una fuerza muy poderosa y profundamente malvada.

Pero Brianna no estaba hecha como la mayoría de la gente. Y lo sabía desde hacía un tiempo. Desde antes de la ERA, pero era mucho más consciente de ello desde que se había convertido en la Brisa.

Recordó una vez cuando era pequeña. ¿Cuántos años tenía entonces? ¿Tres, puede? Iba con unos niños mayores, aquel chico y su estúpida hermana que vivían tres casas más allá. Y dijeron:

—Vamos a colarnos en el restaurante viejo que se ha quemado.

Era un restaurante italiano grande y viejo. Parecía medio normal por fuera, a excepción de que había cinta amarilla de la policía alrededor de la fachada carbonizada.

Los dos niños, que ya no tenía ni idea de cómo se llamaban, habían intentado asustar a la pequeña Brianna.

—Ah, mira, ahí es donde se quemó un tipo. Su fantasma debe de rondar por aquí. ¡Buuuu!

Pero Brianna no se asustó. De hecho, quedó decepcionada al darse cuenta de que no había ningún fantasma.

Entonces llegaron las ratas. Debía de haber dos docenas por lo menos. Salieron disparadas como si las persiguieran, de la cocina quemada al comedor, que apestaba a humo, donde estaban los tres niños, y los Olafson — así se llamaban, Jane y Todd Olafson: no es raro que no se acordara —, gritaron y echaron a correr. La niña, Jane, tropezó y se hizo un corte feo en la rodilla.

Pero Brianna no corrió. Se quedó ahí resistiendo con su muñeco parlante Woody en una mano. Recordaba que una de las ratas se detuvo y levantó su cara de rata hacia ella. Como si no se creyera que estuviera corriendo. Como si quisiera decirle:

—Oye, niña, soy una rata enorme: ¿por qué no corres?

Y Brianna habría querido decirle:

—Porque eres una rata estúpida.

Ahora avanzaba a tientas, paso a paso. Demasiado despacio para una persona normal, y ya no digamos para la Brisa.

—Ah, te siento, vieja, oscura y espantosa —murmuró—. Pero no eres más que una rata estúpida.

Sam volvía la vista y veía una hilera de diez luces tras él. La fila que formaban temblaba un poco, pero básicamente estaba recta. Claro que no veía el lago o sus luces de luciérnaga.

Se preguntaba cómo estarían los demás en aquella oscuridad terrible. Puede que algunos tuvieran linternas que lentamente se iban apagando. Puede que otros hubieran encendido fuegos. Pero muchos se limitaban a adentrarse en la oscuridad. Asustados, pero sin detenerse.

Adentrarse en la oscuridad.

Los pies de Sam subían una colina. Y él lo consentía. Puede que viera algo desde más arriba. Era extraño. Deseaba que Astrid estuviera allí para hablar sobre lo raro que era moverse así, a ciegas, notando una colina sin verla, sin saber si estaba cerca de la cima o si se acercaba siquiera.

Ahora todo se basaba en el tacto. Sam sentía la cuesta con los tobillos en vez de verla con los ojos. La sentía al inclinarse hacia delante. Cuando el ángulo aumentaba, lo pillaba por sorpresa y tropezaba. Pero luego disminuía, y eso también lo sorprendía.

Colgó un sol de Sammy, y le costó un rato entender el entorno inmediato.

Para empezar, había una lata vieja y oxidada de cerveza.

Y, luego, se encontraba a menos de dos metros de lo que podía ser un precipicio escarpado. Podría haberse matado si hubiera continuado. Claro que también puede que la caída fuera solo de medio metro. O de dos. Estaba en el límite, escuchando atentamente. Casi podía oír el vacío del espacio. Sonaba como si fuera grande. Daba la sensación de ser enorme. Puede que llegara a desarrollar esos sentidos. Pero no ahora, no al borde de un precipicio con una caída de treinta, trescientos o tres mil metros.

Sam cogió la lata de cerveza oxidada y la dejó caer por el borde.

Cayó durante lo que debió de ser un segundo entero antes de alcanzar algo.

Y un poco más.

Hasta que se detuvo.

Sam respiró, y el ruido de su propia respiración le resultó dramático en la oscuridad.

Tenía que volver sobre sus pasos, o arriesgarse a una larga caída. Lenta, cuidadosamente, se volvió ciento ochenta grados. Estaba bastante seguro de que la mole de la colina ocultaba el lago. Pero no del todo. Apareció un solo punto de luz. Era tan pequeño como una estrella, mucho más tenue, y era naranja, no blanco.

Un solo punto lejano de luz apenas visible. Debía de ser una hoguera en

Perdido Beach. O en el desierto. O incluso en la isla. O puede que solo fuera su imaginación.

Esa visión le arrancó un suspiro. No hacía que la oscuridad fuera menos oscura; sino que la hacía parecer inmensa. Interminable. El punto diminuto de luz solo servía para enfatizar el carácter total y absoluto de la oscuridad.

Sam empezó a retroceder por la colina. Hizo acopio de fuerza de voluntad para girar a la izquierda cuando alcanzó la luz más baja de la colina, y dirigirse hacia la ciudad fantasma.

O donde pensaba, y esperaba, que pudiera estar la ciudad fantasma.

—¡Aaaah, aaaah, aaaah!

Dekka gritaba en la tierra. Era un ruido desesperado. Gritaba y boqueaba en el aire mezclado con tierra y volvía a gritar.

Penny había cogido su miedo más intenso —que los bichos pudieran volver— y lo había duplicado. Dekka preferiría morir que soportarlo. Preferiría morir un millar de veces. Suplicaría la muerte antes de volver a pasar por eso.

Oyó a alguien llorar y luego gritar y luego farfullar, las tres cosas mezcladas, todo procedentes de su boca.

Atrapada y comida viva.

Comida desde dentro, para siempre, sin fin, atrapada en una piedra blanca de una pieza, de alabastro, en una tumba que ocupaba su interior, que la inmovilizaba para que ni atacar pudiera, para que no pudiera moverse mientras le devoraban las tripas...

No dejaría que volviera a pasar.

Nunca jamás.

Antes se mataría.

Dekka agarró tierra con las manos y la apretó como si se estuviera aferrando a la realidad. La tierra se le resbalaba entre los dedos, y cogía más y se le volvía a resbalar y agarraba más y más. Necesitaba algo a lo que aferrarse, algo que doliera.

Necesitaba sentir que movía el cuerpo, que no estaba en esa prisión terrible de piedra blanca y lisa.

No era más que una chica. Una chica. Una chica con el nombre estúpido de Dekka. Ya había luchado suficiente. Y ¿para qué? Para el vacío. Para la soledad. Todo se reducía al momento actual. A aquella nada. A agarrar arena y a resistirse como una loca.

Dekka pensó que estaba bien morir donde estaba. Que estaba bien quedarse ahí echada en la oscuridad y dejar que se le cerraran los párpados, porque no había nada más que ver.

—Dekka, ¿me oyes? ¿Me oyes, Dekka? Porque no te queda más que el miedo. Y la muerte es mejor porque la muerte es el fin del miedo, ¿verdad?

Silencio. Paz.

No sería un suicidio. Eso era lo que no debías hacer, ¿verdad? Matarte. Pero ¿dejarte llevar? ¿Cómo podía ser eso un pecado?

—¿Quieres que justifique cómo puedo desearlo, Dios? ¿Sabes qué? Dale al botón de rebobinar y reproduce la última hora... No, no, el último... ¿Cuánto tiempo ha pasado, casi un año?

«Ni un año. Vamos, Dios. Tienes ganas de verlo, ¿verdad? Te echarás unas risas. Mira lo que me has hecho... Me vuelves valiente y luego me destrozas; me vuelves fuerte y me dejas llorando en la tierra.

»Me haces amar y luego... y luego...

»Mátame, ¿vale? Me rindo. Aquí estoy. Tú ves en la oscuridad, ¿verdad, Dios? ¿No tienes gafas de visión nocturna? Ya sabes, las que hacen que todo se vea verde y brillante. Pues pónelas, ay, Señor, ay, Dios, ay, barbudo del cielo, ponte las gafas como si fueras un comando divino y mírame, ¿vale? Mira lo que has hecho.

»¿Me ves? ¿Me ves boca abajo en la arena?

»¿Me oyes? ¿Oyes los ruidos que el cerebro me obliga a sacar por la boca, todas esas tonterías? Parezco una loca empujando un carro del súper por la calle, ¿verdad?

»¿No hueles mal? Porque cuando me ha entrado el miedo me lo he hecho encima. Ha sido por el miedo, ya lo sabes. ¿Lo sabías? Bueno, seguramente no, como eres Dios y tal y no le tienes miedo a nada...

»Solo hazme un favor, ¿vale? Mátame. Porque mientras viva puede volver a hacérmelo, a cubrirme y a estrujarme, y luego igual siento esos... E igual me enteraría, ya lo sabes, porque no es que no los viera salir a montones de las tripas cuando Sam me rajó.

»Así que te lo suplico, ¿vale? Oh, Dios Todopoderoso: mátame. ¿Tengo que suplicarte? ¿Eso quieres? ¿Eso te pone? Pues vale: te suplico que me mates».

—No quiero matarte.

Dekka se rio. En su mente febril, durante un instante le pareció que había oído una voz de verdad. La voz de Dios.

Esperó, en silencio.

Había algo ahí. Lo notaba. Algo próximo.

—¿Eres tú, Dekka? Creo que eres tú.

Dekka no dijo nada. La voz le resultaba familiar. No debía de pertenecer a Dios.

—Andaba por aquí. Te he oído llorar y gritar y rezar —explicó Orc.

—Sí —dijo Dekka.

Tenía los brazos cubiertos de tierra y la nariz tapada. El cuerpo empapado de sudor.

No se le ocurría ninguna otra cosa que decir.

—Como si quisieras morirme...

Orc no veía que Dekka estaba tendida boca abajo en la tierra. No veía que estaba acabada. Derrotada.

—No puedes matarte —afirmó Orc.

—No puedo... —empezó a decir Dekka, pero no podía pronunciar ninguna palabra más sin escupir tierra.

—Si te matas, irás al infierno.

Dekka resopló, hizo un ruido desdeñoso y burlón al escupir tierra.

—¿Tú crees en el infierno?

—¿Qué quieres decir, que si es un sitio de verdad?

Dekka esperó mientras Orc se lo pensaba. De repente quería oír la respuesta. Como si importara.

—No —acabó diciendo Orc—. Porque todos somos hijos de Dios. Así que no haría una cosa así. No es más que una historia que se inventó.

Dekka escuchaba sin querer hacerlo. Le costaba no hacerlo. Hablar de tonterías era mejor que recordar.

—¿Una historia?

—Sí, porque sabía que a veces nuestras vidas serían muy malas. Que igual nos habríamos convertido en un monstruo y que habrían matado a nuestro mejor amigo. Así que se inventó esta historia del infierno, para que siempre pudiéramos decir: «Bueno, podría ser peor. Podría ser el infierno». Para ir tirando.

Dekka no sabía qué responderle. La había desconcertado completamente. Y casi estaba enfadada con él, porque estar perpleja era muy distinto de estar desesperada. Si estaba perpleja..., se involucraba.

—¿Qué estás haciendo aquí, Orc?

—Voy a matar a Drake. Si lo encuentro.

Dekka suspiró. Extendió la mano y acabó encontrando una pierna de grava.

—Ayúdame a levantarme. No estoy bien del todo.

Las manos enormes de Orc la encontraron y auparon. Las piernas de Dekka estuvieron a punto de ceder. Estaba agotada, vacía, débil.



Pero no muerta.

—¿Te encuentras bien?

—No —contestó ella.

—Yo tampoco —dijo Orc.

—Estoy... —Dekka miró fijamente la oscuridad. Ni siquiera estaba segura de que estuviera mirando en dirección al chico. Dejó de hablar hasta que reprimió un sollozo—. Me temo que nunca volveré a ser yo.

—Ya, a mí también me pasa. —Orc suspiró muy fuerte, como si hubiera recorrido un millón de kilómetros y estuviera cansadísimo—. Por cosas que he hecho. Y por cosas que han pasado. Como que se me comieran los coyotes. Y luego, ya sabes, lo que pasó después. No quería acordarme de nada de eso. Pero nada desaparece, ni cuando estás borracho o lo que sea. Todo sigue ahí.

—Incluso en la oscuridad —señaló Dekka—. Sobre todo en la oscuridad.

—¿Hacia dónde deberíamos ir? —preguntó Orc.

—Dudo que importe mucho —respondió Dekka—. Ponte en marcha. Yo seguiré el ruido de tus pasos.

—¡Aaaaah! —gritó Cigar, y apretó la mano de Astrid con una fuerza increíble.

No era la primera vez que gritaba de repente. Era algo bastante habitual en él. Pero en este caso había otros ruidos. Una ráfaga de viento, un hedor como de carne pudriéndose, y luego un gruñido.

Cigar se separó de Astrid.

La chica se agachó instintivamente, por lo que un coyote falló su embestida, y en vez de cerrar los dientes en torno a su pierna chocó tan bruscamente con ella que la hizo caer de espaldas.

Astrid tanteó en la oscuridad buscando su escopeta, notó algo metálico que no sabía muy bien en qué dirección apuntaba, tanteó de nuevo y un coyote acelerado, con el pelo erizado, la empujó a un lado.

Podían cazar en la oscuridad, pero les costaba más matar de cerca si no veían.

Astrid rodó, se quedó plana y alargó el brazo intentando encontrar la escopeta. Un dedo tocó el metal.

Ahora Cigar gritaba con voz desesperada y derrotada. Y los gruñidos se intensificaban. Los coyotes también parecían frustrados al no localizar a sus presas, y trataban de morder a ciegas donde sus orejas y olfato les indicaban que debían de estar.

Astrid rodó hacia el arma hasta quedar boca abajo. La tenía debajo, la palpaba con dedos temblorosos, la inspeccionaba y... ¡sí! Ahora la estaba empuñando. La inclinó hacia delante, por lo que el cañón debió de llenarse de arena, y encallarse el gatillo. Trató de averiguar dónde estaba Cigar, rodó una vez más, levantó la escopeta por encima de ella y disparó.

La explosión resultó tremenda.

Surgió una luz mucho mayor de lo que había parecido nunca.

En el fognazo de medio segundo, Astrid vio al menos tres coyotes acosando a Cigar, y un cuarto a pocos metros, con la boca retraída en un gruñido; la escena pareció congelarse mientras duró la luz.

El ruido resultó increíble.

Astrid se esforzó por apoyarse en una rodilla, apuntó hacia donde se encontraba el cuarto coyote, y apretó el gatillo otra vez. ¡Nada! Se había olvidado de meter otra bala. Lo hizo, apuntó temblorosa al espacio invisible, y volvió a disparar.

¡PUM!

Esta vez sí que se esperaba el fognazo, y vio que el coyote al que apuntaba ya no estaba allí. Las bestias ya no estaban acosando a Cigar. Sus ojos terribles de canica blanca la miraban fijamente.

Algo había ocurrido a los coyotes. Habían explotado.

El fognazo no bastaba para mostrar más. Pero sus tripas estaban donde habían estado sus cuerpos.

Silencio.

Oscuridad.

Cigar jadeaba. Astrid también.

Olía a tripas de coyote y a pólvora.

Astrid tardó un rato en controlar la voz, en recomponer los pensamientos desperdigados para formar algo coherente.

— ¿Está aquí el niño pequeño? —preguntó Astrid.

— Sí —respondió Cigar.

— Y ¿qué ha hecho?

— Los ha tocado... Esto... ¿es real? —preguntó Cigar, indeciso.

— Sí —dijo Astrid—. Me parece que es real.

Estaba de pie con la escopeta humeante en las manos, mirando la nada. Le temblaba todo el cuerpo. Como si tuviera frío. Como si la oscuridad estuviera hecha de lana húmeda que la envolviera.

— Petey, hálbame.

— No puede —dijo Cigar.

Se hizo el silencio.

— Dice que te hará daño —explicó Cigar.

— ¿Que me hará daño? Y ¿por qué no te hace daño a ti?

Cigar se rio, pero no de alegría.

— A mí ya me han hecho daño. En la cabeza.

Astrid tomó aire y se pasó la lengua por los labios.

— ¿Quiere decir que me volverá...? —buscó una palabra que no hiriera a

Cigar.

Pero a Cigar ya no le preocupaban los eufemismos.

—¿Loca? —dijo—. Mi cerebro ya está loco. Él no sabe hacerlo, e igual te volvería loca.

A Astrid le dolían los dedos de lo fuerte que sostenía el arma. No había nada más a lo que aferrarse. Los latidos de su corazón eran tan intensos que estaba segura de que Cigar debía de oírlos. Astrid tiritaba.

Cualquier otra cosa... Pero eso no. La locura no.

Podía obtener las respuestas que necesitaba a través de Cigar. Pero Cigar solo se mostraba coherente a ratos, antes de volver a sumergirse en quejas y gritos lunáticos.

—No —dijo Astrid—. No me arriesgaré. Sigamos.

Como si supiera por dónde ir. Se había dedicado a seguir a Cigar, quien seguía —o eso decía— al pequeño Pete.

El pánico hormigueaba a Astrid, la provocaba. Había algo sofocante en la oscuridad. Como si fuera densa y costara respirarla.

La oscuridad era tan absoluta... Podía caminar en círculos y no llegar a darse cuenta. Podía meterse en un campo de bichos y no saberlo hasta tenerlos dentro.

—¡Enciende las malditas luces, Petey! —gritó la chica.

Pareció que sus palabras apenas penetraban en la oscuridad.

—¡Arréglalo! ¡Tú fuiste quien provocó todo esto! ¡Arréglalo!

Se hizo el silencio.

Cigar se puso otra vez a gemir y a reírse tontamente, hablando de Red Vines y de lo buenas que estaban las golosinas.

A Astrid le vino una imagen de sí misma en el lago, echada en la litera con Sam. Le encantaba tocarle los músculos. Qué vergüenza, qué infantil. Como las

chicas a las que despreciaba, que siempre estaban soñando con alguna estrella del *rock*, con estrellas de cine, con uno de esos tipos con los abdominales duros, pero, pero ¿no era en realidad ella quien soñaba con todo eso?

Recordó con todo detalle que tenía la mano sobre el bíceps de Sam cuando se dobló para cogerla, y el músculo duplicó su tamaño y se puso duro como si fuera de roble. La había levantado como si no pesara nada. Y la volvió a dejar en la cama con gran delicadeza. Las manos de Astrid se deslizaron hasta su pecho para equilibrarse y...

Y ahora estaba aquí. Con un fantasma y un lunático. En la oscuridad.

¿Por qué?

Arriesgarte a volverte loca y puede que descubrir algo. O puede que no. Puede que solo la destruyera. Y ¿qué sabría si Petey le revolvía la mente?

Le dejaría el cerebro revuelto, repleto de cosas que tenía que saber, pero que no sabría realmente si quedaba distorsionado al aprenderlas.

—¡Arréglalo, arréglalo! —gritó Astrid a la oscuridad.

—Mi pierna no es mi pierna; es un palo, un palo con clavos que la atraviesan —gimió Cigar.

Un impulso oscuro y terrible de dar la vuelta a la escopeta y acabar con el sufrimiento de Cigar hacía que Astrid respirara con dificultad, y apretara la mandíbula. No. No. Ya había hecho de Abraham con el Isaac de Petey, y no quería volver a repetirlo. No se permitiría matar a un inocente, nunca más.

Una voz inocente y burlona en la cabeza la provocaba. ¿Inocente? Astrid Ellison, abogado, juez y verdugo.

La voz le insistía en que no había nada inocente en Petey. Él había construido lo que la rodeaba. Todo aquello. Había creado ese universo. Él es el creador, y por lo tanto es culpa suya.

—Vamos, dame la mano, Cigar. —Astrid se llevó la escopeta al hombro. Fue palpando en la oscuridad hasta que encontró al chico, y palpó un poco más hasta encontrar su mano—. Levántate.

Cigar se levantó.

—¿Hacia dónde vamos? —preguntó Cigar.

Astrid se rio.

—Tengo un chiste para ti, Cigar. La razón y la locura se van de paseo por una habitación oscura, buscando una salida.

Cigar se rio como si fuera divertido.

—¿Sabes siquiera dónde está el chiste, pobre chico loco?

—No —reconoció Cigar.

—Yo tampoco. ¿Y si seguimos caminando hasta que no podamos más?

**FUERA**      **CONNIE TEMPLE** estaba sentada sorbiendo café en un reservado de Denny's. Frente a ella se sentaba una reportera llamada Elizabeth Han, joven y guapa, pero también lista. Había entrevistado a Connie varias veces. Informaba para el *Huffington Post*, y había cubierto la Anomalía de Perdido Beach desde el comienzo.

—¿Van a hacer explotar un dispositivo nuclear?

—El llamado vertido químico es mentira. Lo que quieren es que todos se alejen de la cúpula. Deben de haberlo dejado deliberadamente para el último momento, para que parezca una emergencia de verdad.

Han abrió las manos.

—Una explosión nuclear, aunque sea bajo tierra, aparecerá en los sismógrafos de todo el mundo.

Connie asintió.

—Lo sé pero...

En ese momento Abana Baidoo entró en el restaurante, pasó junto a la camarera y se deslizó en el reservado junto a Connie, quien la había llamado pero no le había explicado nada. Rápidamente, y sin revelar el nombre de Darius, Connie

volvió a contar la historia desde el comienzo.

—¿Se han vuelto locos? —preguntó Abana—. ¿Están locos?

—Solo asustados —respondió Connie—. Así es la naturaleza humana: no quieren limitarse a esperar, impotentes. Quieren hacer algo. Quieren hacer que pase algo.

—Todos queremos hacer que pase algo —replicó Abana. Entonces puso una mano tranquilizadora sobre el brazo de Connie—. Todos estamos agotados de tanto preocuparnos. Hartos de no saber.

Elizabeth Han soltó una risa.

—No pueden hacerlo sin contar con la aprobación de los de arriba. Quiero decir, de los de arriba del todo. —Negó con la cabeza, pensativa—. Saben algo. O por lo menos sospechan algo. Este presidente no hace las cosas a la ligera.

—Tenemos que evitar que pase —insistió Connie.

—Aún no tenemos idea de qué lo provocó —recordó la reportera—. Pero, sea lo que sea, reescribió las leyes de la naturaleza para crear la esfera. No lo han decidido de un día para otro; deben de tener un plan pensado desde hace tiempo. Querían que existiera esta opción. Así que ¿por qué, de repente, recurren a ella?

—La cúpula está cambiando —explicó Connie—. Nos han informado. Ha habido cambios en la firma energética o no sé qué. —Miró a su amiga—. Abana, no quieren que nuestros niños salgan. Es por eso. Creen que la barrera se está debilitando. No quieren que nuestros niños salgan.

—No quieren que salga lo que provocó todo esto —añadió Abana—. No puedo creer que vayan a atacar a nuestros niños. La culpa es de lo que provocó esto.

Connie dejó caer la cabeza, consciente de que así interrumpía la conversación, consciente de que Abana y Elizabeth se miraban, preocupadas.

—Vale —dijo Connie, rodeando la taza de cerámica de café con ambas manos, y negándose a mirar a cualquiera de las dos—. Lo que ha pasado dentro... Quiero decir, los chavales que han desarrollado poderes... Es la primera vez que comparto esto, y lo siento mucho. Pero Sam... —Connie se mordió el labio y alzó la vista bruscamente, con la mandíbula rígida—. Sam y Caine... Sus poderes se

desarrollaron antes de la anomalía. Los vi en los dos. Sabía lo que estaba ocurriendo. Los... lo que sean... las mutaciones... se produjeron antes de la barrera. Lo que significa que algo las provocó, además de la barrera.

Elizabeth Han tecleaba frenéticamente en su iPhone, tomaba notas mientras comentaba:

— ¿Por qué se habrá asustado tanto el Gobierno... —frunció el ceño y alzó la vista— si creen que la cúpula es la causa de las mutaciones?

Connie asintió.

—Si es así, cuando baje la cúpula las mutaciones cesarán. Pero si es a la inversa, si las mutaciones se produjeron antes de la barrera, puede que causaran la barrera. Lo cual quiere decir que no se trata solo de una rareza, de un flujo cuántico o lo que sea, o incluso de una intrusión de un universo paralelo..., todas esas teorías. Lo cual quiere decir que hay algo o alguien dentro de la cúpula con un poder increíble.

Elizabeth Han se puso muy seria cuando volvió a tomar notas.

—Tiene que darme el nombre de la persona que le habló del arma nuclear. Necesito la fuente.

Por el rabillo del ojo, Connie vio que Abana se echaba hacia atrás. Una distancia fría se abrió entre ellas por primera vez desde que empezó la anomalía. Connie le había mentado. Durante todo ese tiempo que habían sufrido juntas, Connie Temple se había guardado algo.

Y ahora Connie sabía que Abana se preguntaba si su amiga podría haber evitado de alguna manera que todo aquello ocurriera.

—No puedo darle su nombre —respondió Connie.

—Entonces no puedo publicarlo.

Abana se levantó de repente, dio un puñetazo en la mesa y vibraron las tazas.

—Voy a parar esto. Voy a llamar a los padres, a las familias. Voy a saltarme ese control de carretera, y, si quieren ponerle una bomba a mi niña, que me la



pongan a mí también.

Connie la vio marcharse.

—¿Qué quiere que haga? —preguntó la periodista a Connie, enfadada y frustrada—. Si no me dice quién le ha dado esta información..., ¿qué voy a hacer?

—Lo he prometido.

—Su hijo...

—¡Darius Ashton! —exclamó Connie con los dientes apretados. Luego en voz baja, más calmada, pero furiosa consigo misma, repitió—: El sargento Darius Ashton. Tengo su número. Pero si filtra su nombre acabará en la cárcel.

—Si no publico todo esto, y no lo hago ahora, todos los chavales que hay ahí dentro morirán. ¿Qué elige?

—¿El sargento Ashton? ¿El sargento Darius Ashton?

Darius se quedó paralizado. La voz, que procedía de detrás de él, le resultaba familiar. Pero el tono, y el hecho de que repitieran su nombre, le indicaban lo que necesitaba saber.

Se obligó a esbozar una sonrisa agradable y se volvió a mirar al hombre y a la mujer. Ninguno de ellos sonreía, y llevaban placas en la mano para que pudiera leerlas.

Entonces sonó su teléfono móvil.

—Soy Ashton —dijo—. Perdonen.

Y se llevó el teléfono a la oreja.

Los agentes del FBI parecían indecisos respecto a dejarle atender la llamada.

Darius levantó el dedo para indicar «denme un minuto». Y escuchó durante un rato.

Sabía que se estaba destruyendo. Con dos agentes del FBI mirando, iba a cometer lo que se consideraba un suicidio.

—Sí —dijo al teléfono—. Lo que le ha dicho es verdad al cien por cien.

Entonces los agentes del FBI le confiscaron el teléfono.

### TREINTA Y DOS 7 HORAS, 1 MINUTO

**DIANA IBA ARRASTRÁNDOSE** y se cayó. Se había hecho cortes y moretones en tantos sitios que ya había perdido la cuenta. En las palmas, en las rodillas, en las espinillas, en los tobillos, en las plantas de los pies..., todo cortado y desgarrado. Y tenía cortes del látigo de Drake en la espalda, en los hombros, en la parte trasera de los muslos, en el culo.

Pero ahora apenas notaba dolor. Ese dolor se había alejado. Lo sufría una persona real que no era ella, en un cascarón en el que puede que hubiera vivido. Pero ya no era esa persona, porque la persona actual, la Diana de ahora, sentía algo mucho peor.

Lo tenía dentro, al bebé. Lo tenía dentro, empujando y pataleando.

Y estaba creciendo. Sentía cómo le crecía el vientre cada vez que alargaba la mano para agarrárselo. Era cada vez más grande, como si alguien estuviera llenando un globo de agua con una manguera y no supiera que tenía que parar, no supiera que acabaría explotando si continuaba inflan...

Un espasmo recorrió el cuerpo de Diana, agarrándole las tripas, utilizando todas sus fuerzas y concentrándolas en él.

Una contracción.

La palabra le llegó de lo más profundo de la memoria.

Una contracción.

¿De verdad le estaba creciendo el estómago? ¿Era real la impaciencia del bebé que tenía dentro, o es que Penny estaba jugando a algún juego con su realidad?

Diana sentía la mente oscura de la *gayáfaga*. Sentía el miedo que atascaba el aire en sus pulmones. Y, lo que aún resultaba más horrible, sentía la ansiedad de la

mente malvada, que se esforzaba por apresurarla, que se comunicaba con ella desde lo más hondo. Como un niño pequeño impaciente por un helado. ¡Dame, dame!

Pero aún peor era el eco que procedía del bebé.

El bebé sentía la fuerza de voluntad de la *gayáfaga*. Lo sabía. El bebé sería suyo.

¿Cuánto tiempo llevaba arrastrándose así? ¿Cuántas veces la había agarrado bruscamente Drake con su mano de látigo y la había dejado sobre un precipicio escarpado para tener que aferrarse, con las uñas rotas, a la pared rocosa?

Y a ciegas. Siempre a ciegas. Sumida en una oscuridad tan absoluta que le penetraba en la memoria y tapaba el sol de las imágenes que había en ella.

Y entonces, por fin, un brillo. Al principio le parecía que debía de tratarse de una alucinación. Diana había aceptado que la luz había desaparecido para siempre, y ahora veía un brillo débil y enfermizo.

—¡Ve! —la instó Drake—. ¡Ahora es todo recto y plano! ¡Ve!

Diana avanzó a trompicones. Su vientre era extremadamente grande, la carne estaba extendida como un tambor. Y la siguiente contracción la sacudió entera, un torno en su interior se cerró tanto que le pareció que le debía de haber roto los músculos.

Hacía calor y no había aire. La chica estaba empapada en sudor, con el pelo pegado al cuello.

El brillo se hacía más intenso. Estaba pegado al fondo y a las paredes de la cueva. Mostraba los contornos rocosos, las estalagmitas que se alzaban del fondo y las pilas volcadas de piedra rota, como cascadas representadas con cubos de construcción infantiles.

Y entonces, bajo los pies descalzos, Diana sintió el zas eléctrico de la barrera, lo que la obligó a encaramarse a trozos de la propia *gayáfaga* para ponerse a salvo.

Notaba cómo se movía bajo sus pies, como si pisara un millón de hormigas apiñadas; las células del monstruo bullían y vibraban.

Drake iba retozando por la cámara, chasqueando el aire con su látigo,

mientras gritaba:

—¡Lo he conseguido, lo he conseguido! ¡Te he traído a Diana! ¡Yo, Drake Merwin, lo he conseguido! ¡Mano de Látigo! ¡Mano! ¡De Látigo!

Justin. ¿Dónde estaba? Diana se dio cuenta de que hacía mucho rato que no lo veía.

¿Dónde estaba? Miró a su alrededor, frenética, maravillada porque aún tenía ojos para ver. Su visión se emborronó de verde. No veía a Justin.

Penny captó su mirada frenética. Tenía una expresión sombría. También se daba cuenta de que habían perdido al niño pequeño en algún momento, mientras recorrían los kilómetros interminables hasta la mina.

A Penny tampoco le había ido muy bien. Estaba casi tan maltrecha, herida y ensangrentada como Diana. La caída por el túnel negro azabache no le había sentado bien. En algún punto se había dado fuerte en la cabeza, porque tenía un tajo en el cuero cabelludo que le sangraba hacia el ojo.

Pero Penny ya había perdido el interés en Justin. Ahora miraba con ojos entrecerrados, celosos, a Drake en toda su plenitud. Drake la ignoraba. No las había presentado. «*Gayáfaga*, esta es Penny. Penny, *gayáfaga*. Sé que os llevaréis bien».

Esa imagen habría hecho reír a Diana si no fuera por una contracción que la obligó a ponerse de rodillas.

Fue en esta postura en la que sintió una humedad repentina. Estaba caliente y le corría por la parte interior de los muslos.

—Imposible —sollozó.

Pero en el fondo sabía, hacía un tiempo, que aquel bebé no era un niño normal. Ya tenía tres barras, y no era más que un bebé con poderes por definirse.

El hijo de un padre malvado y una madre que había intentado... querido... intentado... pero por algún motivo había fracasado.

El arrepentimiento no la había salvado. Las lágrimas abrasadoras no habían bastado para eliminar la mancha.

El agua que había salido a chorros de su interior no había limpiado la mancha.

Derrotada, azotada y gritando al cielo que la perdonara, Diana Ladris seguiría siendo la madre de un monstruo.

Brianna guardaba una paloma asada pequeña en la mochila. Gozaba de buen apetito, y le gustaba tener comida siempre a mano. Eso era lo que ocurría cuando la gente pasaba hambre: que se ponía nerviosa con la comida.

Brianna arrancó un trozo de pechuga de paloma, y palpó la carne con dedos sucios por si quedaba algún resto de hueso o cartílago. Entonces localizó la mano del niño pequeño y puso la carne en ella.

—Cómetela. Te sentirás un poco mejor.

Se había adentrado mucho en el pozo de la mina. Por poco ataca a Justin con el machete, hasta que se dio cuenta de que estaba gimoteando, no gruñendo.

Pero ¿ahora qué? Podía acompañarlo hasta la entrada del pozo de la mina, Pero ¿de qué serviría? Estaba oscuro tanto dentro como afuera. Aunque por lo menos ahí afuera la opresión del alma que se producía al aproximarse a la *gayáfaga* podía verse mitigada.

—¿Qué me puedes contar, chaval? ¿Has visto a esa cosa?

—No veo nada —gimoteó el niño.

Pero ya había llorado todo lo que tenía que llorar. Más bien sonaba como si estuviera traumatizado. Brianna sintió una punzada inusual de compasión. Pobre niño. ¿Cómo podía ser que pasaran esas cosas a un niño pequeño? ¿Cómo iba a olvidarlo nunca?

Brianna pensó severamente que se le olvidaría cuando estuviera muerto, y probablemente no tardaría mucho en estarlo.

Entonces, sorprendentemente, Justin comentó:

—Hay una caída muy larga.

—¿Más adelante, quieres decir?

— Ahí es donde se han olvidado de mí.

— ¿Sí? ¡Muy bien, chaval! Me ayuda saberlo.

— ¿Vas a salvar a Diana?

— Más bien me estaba planteando matar a Drake. Pero si eso significa que salvo a Diana, pues adelante.

Brianna arrancó otro trozo de su preciada carne de paloma y se la dio al chico. ¿Qué importaba? Era una misión suicida. No iba a volver. No necesitaría comer.

Qué idea tan poco alegre...

— La señora, Diana..., creo que su bebé va a salir.

— Bueno, eso sí que sería todo perfecto —dijo Brianna, suspirando—. Chico, tengo que seguir, ¿entiendes? Tú puedes continuar de vuelta hacia la entrada. O puedes quedarte aquí y esperarme.

— ¿Vas a volver?

Brianna soltó una risita breve.

— Lo dudo. Pero yo soy así, pequeñín, soy la Brisa. Y la Brisa no para. Si consigues salir de esta de alguna manera, y sales de la ERA y vuelves a casa con tu mamá y tu papá y todos los demás de ahí fuera, cuéntaselo a la gente, ¿vale? Igual así mi familia logre consolarse...

Se le quebró la voz. Se notaba lágrimas en los ojos. Uau, y eso ¿a qué venía? Brianna negó con la cabeza, enfadada, se echó el pelo hacia atrás y añadió:

— Lo único que digo es que les cuentes que la Brisa nunca se rajó, que la Brisa nunca se rindió. ¿Lo harás?

— Sí, señora.

— Señora —repitió Brianna en tono irónico—. Bueno, nos vemos luego, ¿vale?

Y empezó a bajar por el túnel. Había ideado un modo de moverse un poco más rápido que una persona normal. Usaba su machete, girándolo ante ella de formas diversas para evitar aburrirse: un ocho, una estrella de cinco puntas, una estrella de seis puntas. Lo movía puede que dos o tres veces más rápido que una persona normal. Ni de lejos se acercaba a su velocidad habitual, pero una tenía que adaptarse.

Cuando el machete daba con algo, aminoraba hasta que encontraba un camino abierto. Era como una persona ciega con un bastón, pero mucho más cañera.

De vez en cuando palpaba en busca de una piedra y la arrojaba por delante, atenta a si oía algo que pudiera ser «una caída muy larga», como Justin la había llamado.

Brianna estaba en contra de las caídas muy largas.

Lanzó una piedrecita y no la oyó repiquetear en la piedra.

—Ah, me parece que tenemos una caída larga.

Se inclinó hacia delante hasta que notó, efectivamente, una abertura en el suelo.

Se deslizó hasta el borde a gatas. Se colocó de manera que pudiera ver justo hacia abajo.

—Abre los ojos, no te muevas —se dijo.

Apuntó con la escopeta hacia el agujero y apretó el gatillo.

Las escopetas nunca eran precisamente silenciosas. Pero en los confines del pozo de la mina era como si explotara una bomba.

El destello de la boca señaló casi diez metros de profundidad, y pintó una imagen imborrable de paredes de piedra, con un saliente que debía de encontrarse a unos seis metros.

El eco de la explosión duró un rato. Sonó como si un avión superara la barrera del sonido. Seguramente Drake lo oiría, a no ser que aquel pozo descendiera aún más de lo que Brianna se imaginaba.

La Brisa sonrió.

— Así es, Drakey: ahora sí que vengo a por ti.

Dos explosiones. Dos luces.

Era imposible saber lo lejos que estaban. El ruido indicaba que muy lejos. La luz parecía más cercana. Imposible saberlo.

Podía ser cualquiera: Brianna, Astrid, o cualquier montón de niños armados que igual se habían perdido en la oscuridad.

— Seguro que ha sido un arma — dijo Sam a nadie.

Qué raro resultaba que el disparo fuera casi tranquilizador.

No le parecía que viniera del pozo de la mina. Había sido a la derecha. Cuadraba más con la dirección hacia la que pensaba que se encontraba Perdido Beach, que no era su objetivo. Su misión no era encontrar y rescatar a Astrid, si es que había sido ella. Su misión era...

— Pues mala suerte — replicó, desafiante, de nuevo a nadie.

Si había sido Astrid y se había metido en una pelea, y dejaba que quienquiera que estuviera peleándose con ella — puede que incluso Drake — viera una fila de soles de Sammy acercándose, lo revelaría todo. Si había sido Astrid, y Sam ya se había convencido de que sí, tenía que moverse rápido. No podía limitarse a caminar vacilante en la oscuridad, iluminando el camino a sus espaldas con una hilera de luces. Tendría que correr directamente hacia la oscuridad.

Sam se concentró en la dirección de la que procedían los fogonazos. Empezó a correr, levantando la pierna a cada paso para evitar tropezar. Llegó sorprendentemente lejos hasta que chocó con algo duro y cayó boca abajo en la tierra.

— Ahí va uno — dijo, se incorporó y echó a correr otra vez.

Era una locura, claro. Correr a ciegas. Correr con los ojos cerrados. Correr sin tener ni idea de dónde aterrizarían sus pies, correr cuando igual había una pared o una rama o un animal salvaje justo delante. A escasos centímetros de su nariz.



Podía elegir: avanzar lentamente y con cautela, procurando evitar caerse pero sin llegar nunca a ninguna parte. O correr, y puede que llegar a alguna parte, aunque también pudiera correr hasta caer por un precipicio.

Sam pensó que, en fin, así era la vida, y sonreía irónicamente cuando se estampó contra un arbusto que lo hizo caer, enredarse, y amenazaba con no dejarlo escapar.

Consiguió girar y soltarse, y empezó a correr otra vez, sacándose espinas de las palmas de las manos y de los brazos mientras avanzaba.

Durante toda la vida, Sam había temido a la oscuridad. De niño, acostado en la cama de noche, se ponía tenso ante el posible ataque de una amenaza invisible pero que se imaginaba claramente. Pero ahora, en aquella oscuridad final, le parecía que el miedo a la oscuridad era el miedo a sí mismo. No el miedo a lo que podría haber «allí fuera», sino el miedo a cómo reaccionaría a lo que allí hubiera. Se había pasado cientos, puede que miles, de horas de vida imaginándose cómo se enfrentaría a las cosas terribles que su imaginación había conjurado. Solía avergonzarse, esa fantasía heroica incesante, ese juego de guerra mental interminable para amenazas que nunca se materializaban. Una serie interminable de escenarios en los que a Sam no le entraba el pánico, no salía corriendo, no lloraba.

Porque eso, más que cualquier otro monstruo, era lo que Sam temía: que fuera débil y cobarde. Tenía un miedo terrible a tener miedo.

Y la única solución que le quedaba era negarse a tener miedo.

Del dicho al hecho había un trecho cuando la oscuridad era absoluta, y nada podía preverse, y realmente había monstruos terribles esperándolo.

Sin luz nocturna. Sin Sol de Sammy. Solo con una oscuridad tan total que negaba la idea misma de la vista.

Pensar en su miedo no lo disminuía. Pero continuar corriendo directamente hacia él sí.

—Así que no llores —se dijo.

—Echo de menos a Howard —dijo Orc.

Dekka no estaba precisamente habladora. De hecho, apenas había articulado palabra. Normalmente, Orc no hablaba mucho, pero no es que hubiera algo que ver, o algo más que hacer.

Orc avanzaba con Dekka detrás de él, siguiendo el ruido de sus pasos. El chico monstruo pensó que lo bueno de ser de piedra era que le costaba mucho encontrar algo con lo que tropezarse.

La mayoría de las cosas las atravesaba. Y si había un arbusto o un sitio desigual o lo que fuera podía advertir a Dekka.

En ciertos sentidos era un paseo agradable. Claro que no había nada que ver, jaja. Pero no hacía ni mucho frío ni mucho calor. El único problema de verdad era que no sabían adónde iban.

—Siento lo de Howard —dijo Dekka, demasiado tarde—. Sé que erais amigos.

—A nadie le gustaba Howard.

Dekka decidió no mostrarse en desacuerdo.

—Todos lo veían como el tipo que vendía drogas y priva y todo eso. Pero a veces era distinto.

Orc aplastó una lata con un pie, y al dar el siguiente paso aplanó la tierra sobre lo que parecía la madriguera de una ardilla.

—Pero yo le gustaba —comentó Orc.

Dekka no dijo nada.

—Tú tienes muchos amigos, así que seguramente no entiendes por qué Howard...

—No tengo muchos amigos —lo interrumpió Dekka.

Aún le temblaba la voz. Fuera lo que fuera lo que había pasado, debía de haber sido muy chungo. Porque en lo que a Orc respectaba, Dekka era una chica muy muy dura. Howard siempre decía eso de ella. Y a veces también la llamaba de todo. Probablemente porque Dekka tenía una manera particular de mirar a Howard,

con la cara hacia abajo pero con los ojos fijos en él, como si lo vigilara a través de las cejas, digamos. Y solo le veías las trenzas, la frente ancha y los ojos duros.

—Sam —dijo Orc.

—Sí —Dekka suavizó la voz—. Sam.

—Edilio.

—Trabajamos juntos, pero no somos realmente amigos. ¿Y Sinder y tú? Tú le gustas.

Orc se sorprendió al oírle decir eso.

—Es buena conmigo —reconoció. Y se lo pensó un poco más—. Y también es guapa.

—No estaba diciendo que le «gustes» en ese sentido.

—Ah, no, ya lo sabía —dijo Orc, y sintió que se habría ruborizado si le quedaran algo más que unos centímetros de piel—. No era eso lo que quería decir, no. —Se obligó a reírse—. Ese tipo de cosas no son para mí. No muchas chicas se interesan por alguien como yo.

No quería que sonara como si sintiera lástima por sí mismo, pero debió de sonar así.

—Ya, bueno, resulta que tampoco hay muchas chicas que se interesen por mí —replicó Dekka.

—Quieres decir chicos.

—No, quiero decir chicas.

Orc, perplejo, se paró un momento.

—¿Eres una de esas bolleras?

—Soy lesbiana. Y no soy «una de esas nada» en este sitio. Parece que aquí soy la única de esas.

Orc se estaba poniendo muy incómodo. «Bollera» era como llamaba a una chica fea en los viejos tiempos, cuando había escuela. No había dado muchas vueltas a ese tema. Y ahora tenía que pensar en él.

Entonces se le ocurrió algo.

—Ah, pues eres como yo.

—¿El qué?

—La única. Como yo. Soy el único como yo —dijo Orc.

Oyó que Dekka soltaba un resoplido desdeñoso y burlón. Parecía molesta, no era una risa feliz. Pero era lo mejor que le había salido hasta el momento.

—Sí —continuó Orc—. Tú yo somos únicos, eso somos. La única persona hecha de piedra, y la única bollera.

—Lesbiana —lo corrigió Dekka. Pero no parecía tan furiosa.

Algo golpeó a Orc en la cabeza y le pinchó en los ojos.

—Cuidado, hay un árbol. Agárrate de mi cintura y lo rodearé.

Lana tenía razón. Los problemas no tardaron en empezar. Quinn detuvo a un chaval que había cogido un palo ardiendo de la hoguera y se dirigía hacia su casa.

—Solo quiero coger mis cosas.

—Nada de fuegos fuera de la plaza —le advirtió Quinn—. Lo siento, tío, pero no queremos otra movida como la de Zil y que se incendie la ciudad entera.

—Pues dame una linterna.

—No tenemos para...

—Pues métete en tus asuntos. No eres más que un pescador estúpido.

Quinn agarró la antorcha y el chaval trató de arrebatársela, pero, a diferencia de Quinn, no se había pasado meses con las manos sujetando un remo.

Quinn se la arrancó fácilmente.

—Puedes ir a donde te dé la gana. Pero con fuego no.

Y acompañó al chaval a la plaza justo a tiempo de ver dos antorchas que se alejaban por el otro extremo.

Quinn maldijo y mandó a unos cuantos de sus chicos tras ellos. Pero los pescadores estaban exhaustos. Se habían dedicado a cortar madera, arrastrarla, serrarla, distribuir comida y organizar una trinchera.

Lana tenía razón. Ahora miraba a Quinn sin decir nada, pero sabía que estaba llegando a la misma conclusión que ella.

—Caine —dijo Quinn—. ¿Te has recuperado?

Caine había desaparecido durante un rato. Luego Quinn se dio cuenta de que había bajado al océano y se había lavado. Tenía la ropa mojada, pero más o menos limpia. Se había echado el pelo hacia atrás, y Lana le había curado las cicatrices de las grapas que Penny le había clavado en la cabeza.

Las manos —el dorso, al menos— aún estaban cubiertas de cemento entre varios milímetros y un centímetro. Le costaba articular los dedos. Pero tenía las palmas más bien limpias.

Parecía gris, incluso bajo la luz del fuego. Parecía una persona mucho mayor, como si hubiera pasado directamente de adolescente guapo a viejo agotado y derrotado.

Pero cuando se ponía en pie mantenía cierta dignidad.

Caine se volvió hacia los escalones. Habían vaciado la iglesia de cualquier cosa que pudiera quemarse. Lo que quedaba del tejado se había hundido siguiendo una secuencia estrepitosa, en la que una nube de polvo se había inflado haciendo chisporrotear la hoguera. Ahora los pescadores cansados estaban rompiendo barandillas y sillas de oficina antiguas de madera, cuadros enmarcados y escritorios rotos del edificio del Ayuntamiento.

Caine se concentró en el fragmento más grande, que era un escritorio casi entero. Extendió la mano con la palma hacia fuera, y el escritorio se elevó del suelo.

Salió volando a través de las caras vueltas hacia arriba, y Caine lo colocó delicadamente sobre una pila en llamas.

Quinn se preparó para el anuncio de que Caine había vuelto, de que estaba al mando, de que seguía siendo el rey.

Y lo triste era que Quinn habría recibido encantado la noticia: estar a cargo de todo aquello lo superaba.

—Decidme qué más puedo hacer —comentó Caine en voz baja.

Se sentó, con las piernas cruzadas, y se puso a mirar el fuego.

Lana se acercó paseándose.

—Hay que reconocerlo: a este tío se le da genial hacer lo que no debe. Cuando necesitamos que haga de malo, de repente se convierte en un perrillo.

Quinn estaba demasiado cansado para pensar una réplica inteligente. Hundió los hombros y dejó caer la cabeza.

—Ojalá supiera cuánto tiempo tenemos que aguantar.

—Hasta que podamos —replicó Lana.

Entonces cundió el pánico. No había motivo aparente que Quinn pudiera ver. De repente, unos chavales del otro extremo del fuego se pusieron a gritar, y algunos a quejarse. Puede que no se tratara más que de una rata.

Pero los que estaban junto a ellos no sabían qué ocurría, y el pánico se extendió a la velocidad de la luz.

Lana maldijo y echó a correr. Quinn salió tras ella. Pero el pánico salió a su encuentro: los chavales gritaban de repente sin saber el motivo, corrían, rodeaban el fuego, se asustaban y echaban a correr otra vez, derribándose los unos a los otros entre gritos.

La hermana de Sanjit, Peace, chocó con Quinn, quien la agarró de los hombros y gritó:

—¿Qué pasa?

No tenía respuesta. La niña se limitó a menear la cabeza y soltarse.

Un chico se adentró corriendo en la oscuridad. Se le había incendiado la ropa, y las llamas le salían por detrás mientras huía gritando. Dahra Baidoo lo placó como un jugador de rugby y le dio la vuelta para apagar las llamas.

Otros chavales agarraron antorchas y se apiñaron en puñados y grupos paranoicos, con las espaldas pegadas como guerreros antiguos rodeados de enemigos.

Y entonces, para horror absoluto de Quinn, una chica corrió a adentrarse en el fuego, gritando:

—¡Mamá, mamá!

Como si la hubiera agarrado una mano divina, la chica salió volando hacia atrás y rodó por el suelo. Fue duro, pero efectivo. El fuego que acababa de prenderle los pantalones cortos se apagó.

Quinn se volvió, agradecido, hacia Caine, pero Caine no lo miró. Entonces Quinn oyó que Lana gritaba a los niños, y les decía que dejaran de comportarse como idiotas, que se calmaran.

Algunos le hicieron caso. Otros no. Más de una antorcha iluminada salió hacia la oscuridad. Quinn se preguntaba cuánto tiempo tardarían en ver fuegos por toda aquella pobre ciudad derrotada.

Lana volvió despotricando, furiosa, prácticamente escupiendo rabia.

—Nadie sabe qué ha pasado. Un idiota ha gritado algo y se han vuelto locos. Como ganado. Odio a la gente.

—¿Salimos tras los que se han ido? —preguntó Quinn en voz alta.

Pero Lana no estaba dispuesta a discutirlo tranquilamente.

—De verdad que, a veces, de verdad que los odio a todos.

Y se dejó caer en los escalones. Quinn percibió una leve sonrisa en los labios de Caine, quien le concedió una mirada curiosa.

—Tengo una pregunta para ti, Quinn: ¿cuánto tiempo habrías seguido en huelga?

—¿Qué?

—Es que me pareció que estabas dispuesto a que toda esta gente pasara hambre por Cigar.

Quinn apoyó los puños en los costados.

—¿Cuánto tiempo habrías defendido tú a Penny?

Caine se rio un poco.

—Estar al mando... no es fácil, ¿verdad?

—Yo no he torturado a nadie, Caine. No he entregado a nadie a una chica psicópata para que lo vuelva loco.

Caine se desanimó un poco al oír el último comentario, y apartó la vista.

—Ya, bueno... Casi me habías vencido, Quinn. Albert ya estaba planteando cómo librarse de mí.

—Albert ya tenía el plan de fuga preparado.

Los ojos de Caine brillaron a la luz de la hoguera.

—Me gustaba esa isla. No tendría que haberme ido nunca. Diana me dijo que no lo hiciera. Hay otras barcas. Puede que haga una visita a Albert un día de estos.

—Deberías.

Quinn recordó la imagen de los ojos diminutos como frijoles en las cuencas oscurecidas de la cabeza de Cigar. Que Caine atacara la isla. Podría estar bien comprobar si esos misiles que Albert afirmaba tener funcionaban.

Pero Caine ya parecía haber perdido el interés en la ira de Quinn.

—Lo más probable es que pronto estemos todos muertos —comentó.

—Ya.



Quinn estaba de acuerdo.

—Me habría gustado volver a ver a Diana. Ahora ya no habrá bebé.

—¿Te sientes aliviado? —preguntó Lana con dureza.

Caine se lo pensó durante tanto rato que parecía haber olvidado la pregunta, hasta que acabó diciendo:

—No. Más bien triste.

### TREINTA Y TRES 5 HORAS, 12 MINUTOS

**¿ESO ERA UNA LUZ?**

Astrid abrió mucho los ojos y se la quedó mirando fijamente.

Sí. Un brillo naranja. Una hoguera.

¡Una hoguera!

—Cigar, creo que veo la ciudad. Creo que veo una hoguera.

—Yo también la veo. ¡Como diablos bailando!

Avanzaron con ganas. Astrid se percató de que el suelo bajo sus botas ya no era llano ni duro ni se veía ocasionalmente interrumpido por alguna mala hierba sin identificar, sino que era más desigual, y los terrones secos de tierra que la hacían tropezar formaban hileras, y de esas hileras salían plantas perfectamente ordenadas.

Astrid se fijó en la luz.

Y luego en los gritos de Cigar.

Pero Cigar gritaba mucho, así que Astrid siguió avanzando e ignoró los chillidos alocados de que tenía algo en los pies.

Entonces todo cuadró, y Astrid lo supo. Sintió algo que empujaba el cuero de su bota.

—¡Bichos! —gritó y tropezó, cayó hacia atrás, rebotó como si el suelo estuviera electrificado, se arrastró, se puso en pie y corrió por donde había venido, hasta donde la tierra volvía a ser dura y llana.

Astrid tanteó en la oscuridad, buscando con los dedos hasta que encontró el gusano que se agitaba. Su cabeza ya había atravesado el cuero y le tocaba la piel. Lo cogió con ambas manos aunque se resistía, y tiró de él con todas sus fuerzas. El bicho se soltó y agitó, rápido como una cobra, y hundió la boca terrible rodeada de dientes en su brazo, pero Astrid tenía la cola y gritaba: «¡No, no!», y entonces lo alejó de ella.

Lo había arrojado a alguna parte.

Mientras, Cigar gritaba de manera lastimera.

Y entonces, lo cual resultó mucho más terrible, se echó a reír sin parar en la oscuridad.

Con manos temblorosas, Astrid agarró la escopeta y disparó una vez.

Vio el límite del campo.

Vio a Cigar un instante mientras caía retorciéndose. En el campo.

Astrid oyó a las bocas glotonas tratando de hurgar en él. Un ruido parecido a perros famélicos comiendo.

—¡Petey, Petey, ayúdalo!

—Oh —dijo Cigar en voz baja y decepcionado.

Y lo único que se oía en la oscuridad era a los gusanos alimentándose sin cesar.

Astrid se quedó ahí escuchando, no le quedaba otra opción más que oírlo. Las lágrimas le inundaban los ojos.

Se sentó con las rodillas juntas y la cabeza sujeta por las manos entrecruzadas, llorando.

No sabía cuánto tiempo tenía que pasar hasta que los gusanos terminaran.

Pero el hedor... persistía.

Ahora estaba sola. Completa y absolutamente sola en una oscuridad que casi parecía como un ser vivo, como si se la hubieran tragado entera y ahora estuviera en el vientre de una bestia indiferente.

—De acuerdo, Petey —acabó diciendo—. No tenías opción, ¿eh, hermano? La locura tras la puerta número uno o la locura tras la puerta número dos. Muéstrame lo que tengas que mostrarme, Peter.

Y lo vio. No a él, no como si hubiera una luz, sino algo, como si la oscuridad se hubiera enroscado en sí misma. El indicio de una forma. Un niño pequeño.

—¿Estás ahí? —preguntó la chica.

Sintió algo frío, como si alguien le hubiera deslizado un carámbano de hielo por el cuero cabelludo y el cráneo y se lo hubiera metido en el cerebro. Sin dolor. Pero con un frío terrible.

—¿Petey? —susurró.

Peter Ellison no se movió. Se quedó muy muy quieto. La tocó con la mano en la cabeza, pero solo un poco, apenas, y se quedó muy quieto.

El avatar que era su hermana presentaba una complejidad increíble de líneas y diseños, signos dentro de laberintos dentro de mapas que formaban parte de planetas y...

Peter se retrajo. Dentro de ella había un juego de una complejidad tan hermosa...

En eso consistía ser la chica con el pelo amarillo y los ojos azules penetrantes. Lo dejaba sin aliento. O lo habría dejado sin aliento si tuviera aliento y cuerpo.

No debía jugar con esos remolinos y dibujos complejos. Cada vez que lo había intentado, el avatar se había roto y deshecho: no podía romper el que estaba viendo.

«Soy yo, Petey», dijo el niño.

El avatar se estremeció. Los dibujos se retorcieron cuando Petey los tocó, e

intentaron tocarlo como serpientes luminosas diminutas.

— ¿Puedes arreglarlo, Petey, lo de la ERA? ¿Puedes hacer que pare?

Peter oía su voz. Procedía directamente del avatar, como palabras de luz que flotaban hacia él.

Se preguntaba si podía arreglarlo. Si podía deshacer las cosas grandes y terribles que había hecho.

Sintió la respuesta como una especie de pesar. Buscó el poder, lo que le había hecho capaz de crear ese lugar. Pero no había nada.

«Estaba en mi cuerpo, el poder», dijo.

— Y ¿no puedes acabar con ello?

«No. No, hermana Astrid, no puedo. Lo siento».

— ¿Puedes devolvernos la luz?

Peter se apartó. Sus preguntas lo hacían sentir mal por dentro.

— No, no te vayas — pidió ella.

Peter recordaba cuánto le dolía su voz cuando era el antiguo Pete. Cuando tenía cuerpo y el cerebro enloquecidamente conectado, de manera que las cosas siempre eran demasiado chillonas, incluidos los colores.

Peter dejó de apartarse y contuvo el impulso de meter la mano dentro del avatar hipnótico y quitarle la tristeza. Pero no, tenía los dedos demasiado torpes. Ahora ya lo sabía. Había intentado mejorar a la chica llamada Taylor, y había hecho trizas el avatar.

— Petey, ¿qué está haciendo la Oscuridad?

Pete reflexionó. No se había fijado en ella últimamente. La veía, veía el brillo verde, los zarcillos como un pulpo retorciéndose, tratando de alcanzarlo desde el lugar sin lugar donde Pete vivía ahora.

La Oscuridad era débil. Su poder, extendido por toda la barrera, se estaba

debilitando. Era lo que había utilizado Pete para crear la barrera. En aquel instante de pánico con los ruidos terribles y el miedo en todos los rostros, cuando Pete gritó dentro de su cabeza y se comunicó con su poder, extendió la Oscuridad por la barrera.

Pero ahora se estaba debilitando. Y no tardaría en romperse y resquebrajarse.

Se estaba muriendo.

—La Oscuridad, la *gayáfaga*, ¿se está muriendo?

«Quiere renacer».

—Petey, ¿qué pasa si renace?

No lo sabía. Se había quedado sin palabras. Abrió su mente a Astrid y le mostró imágenes de la gran esfera que había construido, de la barrera que había eliminado toda regla y ley, de la barrera hecha de la *gayáfaga* que se había convertido en el huevo de su renacimiento, de los números mezclados, catorce, y de la distorsión retorcida y estridente cuando algo pasaba de un universo al otro, y ahora la hermana Astrid gritaba y se aguantaba la cabeza; lo veía en el avatar, eran gritos raros, como palabras que saltaran y explotaran a su alrededor y...

Pete se apartó.

Le estaba haciendo daño.

Lo había vuelto a hacer. Con sus dedos torpes y su estúpida... estúpida estupidez, le había hecho daño.

El avatar de Astrid giraba como un copo de nieve en la tormenta.

Petey se volvió y echó a correr.

—¡Ay, Dios mío, que viene! —gritó Diana.

Estaba echada de espaldas, sudando, haciendo fuerza, con las piernas muy abiertas y las rodillas levantadas. Ahora las contracciones se daban cada pocos minutos, pero duraban tanto que era como si mientras tanto no pudiera descansar, apenas le daba tiempo a tomar un poco de aire fétido y caliente.

Ya no le quedaba energía para llorar. Su cuerpo se había apoderado de ella. Estaba haciendo lo que se suponía que tenía que hacer cinco meses más tarde. No estaba preparada. El bebé no estaba preparado. Pero la hinchazón enorme de su vientre indicaba otra cosa. Decía que tenía que parir ahora.

¡Ahora!

¿Quién había allí para ayudarla con todo aquello? Nadie. Drake la miraba sumido en una fascinación horrorizada. Penny torcía el gesto con desprecio. Ninguno de los dos interfería ni hablaba, porque quedaba muy claro a cualquiera con corazón o cerebro que la única otra criatura en aquel espacio a quien le importaba el bebé era al monstruo verde palpitante.

Diana sentía su voluntad hambrienta.

La condena para su bebé.

Sabía que el parto sería doloroso. Y, aunque intenso, no lo era tanto como el azote del látigo de Drake.

No era el dolor lo que la hacía gritar, sino la desesperación, la certeza de que nunca sería la madre del bebé. De que había fracasado incluso en eso. En el fondo seguía convencida de que no se la podía perdonar, de que continuaba exiliada de la raza humana, de que aún llevaba la marca de sus malas acciones.

Por haber probado la carne humana.

Había pasado tanta hambre... Había estado a punto de morir...

«He pedido perdón, me he arrepentido, he suplicado perdón; ¿qué quieres de mí? ¿Por qué no ayudas a este bebé?».

Penny se acercó, vigilando con los pies lastimados y ensangrentados. Se inclinó para mirar la cara contraída de Diana.

—Está rezando —dijo Penny, y se rio—. ¿Debería darle un dios a quien rezar? Puedo hacer que vea lo que...

A través de un velo de lágrimas ensangrentadas, Diana vio que Penny reculaba. Como una marioneta, chocó bruscamente, de cara, contra la pared.

Drake se rio.

—Tía estúpida. Si la *gayáfaga* quiere algo, te lo hará saber. Por lo demás, es mejor no pasar mucho tiempo aquí abajo pensando en lo poderoso que eres. Aquí solo hay un dios, y no es el de Diana, y desde luego tampoco lo eres tú, Penny.

Diana intentó recordar lo que había leído en los libros sobre el embarazo. Pero apenas se había mirado las secciones relacionadas con el nacimiento. ¡Quedaban meses para eso, ahora no tocaba!

Otra contracción. Ay, ay, y fuerte. Y seguía y seguía.

«Respira, respira».

Otra.

—¡Aaaaah! —gritó Diana, lo cual provocó la burla de Drake.

Pero, mientras se reía, cambiaba. El alambre metálico brillante atravesaba sus dientes al descubierto.

«Aguanta, aguanta —se dijo Diana—. No pienses. Solo espera la...».

Otra contracción, como si un puño gigante le estrujara las tripas.

Y entonces ahí estaba Brittney, arrodillándose entre las piernas de Diana.

—Le veo la cabeza. La parte superior de la cabeza.

—Tengo que... tengo que... tengo que... —jadeó Diana. Y entonces gritó, animándose a sí misma—: ¡Empuja!

Un movimiento repentino. Algo muy rápido. La cabeza de Brittney cayó rodando de su cuello, aterrizó sobre el vientre de Diana y rodó pesadamente a un lado.

¡PUM!

Un balazo alcanzó parcialmente el brazo izquierdo de Penny. Un trozo del tamaño de un filete pequeño se vaporizó, dejándole un terrón en el hombro, un terrón que salpicaba sangre.

Entonces apareció la cara de Brianna mirando a Diana.

—¡Salgamos de aquí!

—¡No puedo... no puedo..., ay, ay, aaayyyy!

—¿Vas a parir ahora mismo? —preguntó Brianna, incrédula y ofendida—. ¿Tiene que ser ahora mismo?

Diana agarró la camiseta de Brianna con un puño de acero.

—Salva a mi bebé. Olvídate de mí. ¡Salva a mi bebé!

Sam la encontró, no por la vista sino por el sonido. Porque lloraba y se reía tontamente.

El chico colgó luces, más de una, para iluminar un espacio equivalente al césped de una casita. Y vio a Astrid desmoronada y ajena a todo.

Entonces Sam vio un esqueleto a poco más de tres metros y medio, aún plagado de bichos. Se sentó junto a la chica sin decir palabra, y la rodeó con su brazo.

Al principio era como si Sam no estuviera allí. Como si no lo notara. Hasta que de repente, con un sollozo repentino y estentóreo, Astrid enterró la cara en su cuello.

El tenor de sus ruidos cambió. Los ataques de risa tonta cesaron. Y también los lamentos insistentes y descorazonadores. Ahora solo lloraba.

Sam estaba ahí sentado totalmente quieto, sin decir nada, y dejó que le cayeran las lágrimas de Astrid por el cuello.

El guerrero que había salido del lago a matar al mal y salvar así a su gente no era más que un chico sentado en la tierra con los dedos hundidos en una melena rubia.

No miraba nada. No esperaba nada. No planeaba nada.

Estaba sentado sin más.



Brianna recogió la cabeza de Brittney. Le sorprendió que fuera muy pesada. La Brisa la arrojó tan lejos como pudo por el túnel.

El cuerpo de Brittney se levantó, se balanceó un poco, y parecía que iba a salir en busca de la cabeza, así que Brianna le disparó en la pierna a quemarropa. La pérdida de una pierna sin sangre hizo que se derrumbara el cuerpo entero.

Obviamente Penny estaba en estado de *shock*, mirando la herida terrible que le estaba consumiendo la vida, chorrillo a chorrillo.

Brianna se dijo que debía rematarla. Pero dudaba. Penny era un ser humano. No es que lo fuera mucho, pero lo era. Mientras que esa cosa llamada Drake/Brittney, fuera lo que fuera, pues no era humana, porque los seres humanos no se incorporaban e intentaban irse andando después de que les cortaran la cabeza.

Brianna metió una bala en la recámara y apuntó a Penny.

Entonces el arma se hizo pedazos en sus manos. ¡Estalló!

Brianna la dejó caer, pero mientras la soltaba se dio cuenta de que era un truco, una ilusión provocada por Penny. La chica salpicaba sangre como una pistola de agua y aún era capaz de meterse en la cabeza de Brianna.

Decidida a ignorar cualquier otra interferencia, la Brisa se agachó para coger la escopeta, pero Diana soltó un grito enorme de dolor, y de repente una cabeza desviada salió casi del todo de ella, una cabeza que Brianna nunca habría querido ver.

—¡Aaaah! —gritó Brianna—. ¡Ay, qué mala pinta!

Pero no dejaba de salir mientras Diana gruñía como un animal, y, si Brianna no se agachaba y hacía lo que tenía que hacer, el bebé iba a aterrizar en el suelo, en la roca.

Brianna agarró su escopeta, disparó un tiro rápido y torcido con una sola mano en dirección a Penny —¡PUM!— y ahuecó las manos bajo la cabeza que salía.

—¡Tiene una serpiente alrededor del cuello! —gritó Brianna.

Diana se incorporó —era increíble que pudiera planteárselo siquiera— y

gritó:

— ¡Es el cordón umbilical! ¡Lo tiene alrededor del cuello! ¡Se ahogará!

— Ay, tío, odio las cosas pringosas — gimió Brianna.

Empujó un poco la cabeza del bebé hacia atrás, lo cual no resultaba fácil porque estaba realmente listo para salir, y gritó: «¡Ecs!» un par de veces al tirar del cordón umbilical y forcejear con él para sacárselo por la cabeza, hasta que lo consiguió.

Y entonces salió el bebé, de golpe. Hacía ruidos líquidos y llevaba un espantoso saco translúcido pegado, y tenía una especie de serpiente palpitante que le llegaba al ombligo.

Diana se estremeció.

— ¡En la vida volveré a hacer esto! — afirmó Brianna con fervor.

Lanzó una mirada a Penny para ver si estaba viva o muerta, pero no la veía.

El cuerpo de Brittney también había desaparecido, sin duda había salido a rastras en busca de su cabeza.

— Tienes que cortar el cordón — indicó Diana.

— ¿El qué?

— El cordón — jadeó Diana—. La serpiente.

— Ah, la serpiente.

Brianna cogió el machete, lo levantó y cortó el cordón umbilical.

— ¡Está sangrando!

— ¡Átalo!

Brianna se arrancó una tira de la parte inferior de la camiseta, la retorció para manipularla con más facilidad, y la ató alrededor del muñón de quince centímetros del cordón umbilical.

—Ay, tío, ay, qué pringoso.

Brianna pasó las manos por debajo del bebé. También estaba viscoso por detrás. Entonces bajó la vista y vio algo que la hizo sonreír.

—Oye, es una niña —dijo.

—¡Llévatela! —gritó Diana.

—Respira —comentó Brianna—. ¿No tendría que llorar? En las películas lloran.

Frunció el ceño al mirar al bebé. Tenía los ojos cerrados. Había algo extraño en ella. No lloraba. Parecía perfectamente tranquila. Como si no fuera gran cosa eso de nacer.

—¡Llévatela de aquí! —gritó Diana. Su voz venía de muy lejos.

Brianna levantó a la niñita y, ¡oh!, abrió los ojos. Ojitos azules. Pero eso no podía ser, ¿verdad?

Brianna miró esos ojos. Se los quedó mirando. Y la niñita diminuta le devolvió la mirada con los ojos claramente concentrados, no con la bizquera propia de un recién nacido sino con ojos de niño astuto.

—¿Qué? —preguntó Brianna.

Porque casi parecía como si el bebé estuviera diciéndole algo. Quería que Brianna la llevara a esa cuna.

Pues claro, ¿quién no querría echarse en esa cuna blanca y agradable?

Sonaba una sirena en el hospital, un pitido insistente que Brianna se limitó a ignorar. Y dejó al bebé en la cuna y...

Pero, espera, no. No era una sirena.

Era una voz.

—¡Corre, corre, coooooorre! —decía la sirena.

Pero ahora Brianna se estaba quedando sin aliento; se estaba ahogando porque el bebé quería que lo dejaran en esa cuna agradable con sábanas verdes.

¿Verdes? Pero ¿no eran blancas?

El verde también era un color agradable.

Brianna estaba tan cansada de sostener al bebé... Debía de pesar un millón de kilos. Tan cansada, y las sábanas verdes, y...

—¡Cooooorre, coooooorre! ¡Nooooo!

Brianna parpadeó y tragó aire.

Bajó la vista y vio al bebé yacer en una roca cubierta de un verde enfermizo, que de cerca se parecía a mil millones de hormigas diminutas.

El verde se tragaba las piernecitas y brazos regordetes del bebé.

—¡No, Brianna, nooooo! —gritaba Diana.

Paralizada de horror por lo que acababa de hacer, Brianna observaba cómo la masa verde bullente cubría los brazos, las piernas y el vientre del bebé, y luego brotaba como agua por sus orificios nasales y su boca.

Apretando un trapo contra el agujero sangrante del hombro, Penny se tambaleó hacia atrás, se rio y de repente se derrumbó en el suelo.

—Pero ¿qué he hecho? —gritaba Brianna.

Oyó un ruido. Se dio la vuelta, se agachó, y casi la alcanza el látigo.

La Brisa agarró su escopeta y, ¡PUM!, disparó al vientre de Drake, quien mostraba su sonrisa de tiburón.

Demasiado. ¡Demasiado!

Brianna echó a correr.

**FUERA** **ABANA BAIDOO** estaba temblando cuando alcanzó su coche aparcado fuera de Denny's. Apenas podía respirar.

No. No iba permitirlo, de ninguna manera. Pero si quería detenerlo tenía que concentrarse, y no pensar en lo enfadada que estaba con Connie Temple.

¡Mentirosa!

Sacó el iPhone del bolso y, pese a que le temblaban los dedos y le costaba acertar, encontró la lista de correo de las familias.

Primero, un correo electrónico:

¡Atención todos! ¡Es urgente! Van a hacer estallar la cúpula. Tengo pruebas contundentes de que van a hacer estallar la cúpula. Que todas las familias llamen inmediatamente a sus senadores y congresistas y a los medios de comunicación. Háganlo ahora. ¡Y vengan si están cerca de la zona! ¡La historia del vertido tóxico es mentira! ¡¡¡No dejen que les detengan!!! Luego mandó mensajes de texto. El mismo mensaje, más corto:

Van a utilizar un explosivo nuclear para hacer estallar la anomalía. ¡Llamen a todo el mundo! ¡¡¡Esto no es un chiste ni un error!!! Y a continuación, sin demorarse, abrió su aplicación de Twitter:

#FamiliasdePerdido. Planean explosión nuclear. No es chiste ni error. Ayuden ahora. ¡Vengan si pueden! Luego la aplicación de Facebook con el mismo mensaje, un poco más largo.

Hecho. Ya era demasiado tarde para que lo encubrieran.

Connie salió corriendo del restaurante hasta su coche. Se metió en él, lo puso en marcha y lo acercó haciendo chirriar los neumáticos hasta ponerse junto a Abana, quien bajó la ventanilla.

—Ódiame luego, Abana —dijo Connie—. Ahora sígueme. Nos dirigimos a una carretera de tierra.

Connie no esperó para arrancar, y lo hizo tan bruscamente que dejó marcas de neumáticos en el aparcamiento.

—¡Claro que sí! —exclamó Abana, y se puso a conducir con una mano mientras los *tweets* y mensajes empezaban a pitar en su teléfono.

**TREINTA Y CUATRO** 4 HORAS, 21 MINUTOS

—**NO PUEDE CONTROLARLO** —fueron las primeras palabras que dijo Astrid en lo que a Sam le pareció una eternidad.

Pasado un rato, se había dado cuenta de que la chica había dejado de llorar. Pero no se había apartado. Y, durante mucho rato más, el chico se preguntó si estaba dormida. Había decidido que si estaba dormida no la despertaría.

Sam sabía que Edilio y los demás estaban esperando que resolviera algo, que lo resolviera todo. Recordaba el subidón que había sentido al darse cuenta de que no era el líder, de que no todo dependía de él. Recordaba lo liberado que se había sentido al creerse que su papel era el de guerrero. El gran y poderoso guerrero, y punto. Lo era. Sí que lo era. Tenía el poder en sus manos, y sabía que contaba con la fuerza, la valentía y la violencia necesarias para utilizar ese poder.

Pero también era, por lo menos igual de intensamente, el chico que amaba a Astrid Ellison. Ahora era incapaz de dejar de lado esa parte de él mismo. No podría haberla abandonado cuando estaba así, nunca jamás, ni aunque Drake se hubiera presentado y lo hubiera desafiado a un combate a muerte cuerpo a cuerpo.

Era un guerrero. Pero también era esto..., fuera lo que fuera.

—¿A quién? —preguntó entonces.

—A Petey. A Pete. No parece correcto llamarlo Petey ahora. Ha cambiado.

—Astrid, Petey está muerto.

La chica suspiró y apartó a Sam, quien extendió el brazo y sintió un hormigueo. Se le había dormido.

—Lo he dejado entrar. En mi cabeza —explicó Astrid.

—¿Su recuerdo?

—No, Sam. No estoy loca. Me he acercado mucho, y luego has venido tú. Y voy y te lo echo todo encima. Qué débil, ¿eh? Me avergüenza lo ridículo que es. Pero estaba al límite. Me ha trastornado... Me ha retorcido los pensamientos hasta... Bueno, que me ha trastornado, eso es lo único que puedo decir. Me cuesta hablar. Siento como si tuviera un morado en el cerebro. Repito: siento no ser más

coherente.

Sam la dejó divagar, pero lo que decía no tenía ningún sentido. Ahora que mencionaba lo de estar loca, el chico se preguntaba si, bueno, si estaba... estresada.

Casi como si pudiera leerle los pensamientos, Astrid rio suavemente y dijo:

—No, Sam. Estoy bien. He llorado hasta cansarme. Lo siento. Sé que llorar asusta a los chicos.

—Tú no lloras mucho.

—Yo no lloro nunca —replicó Astrid en su habitual tono de voz.

—Bueno, rara vez.

—Se trata de Pete. Está..., pues no sé dónde está. —Había algo maravilloso en sus palabras, el tono exaltado de cuando descubría algo nuevo—. Hay un espacio, una especie de realidad que existe aquí en la ERA. Pete es como un espíritu. Su cuerpo ha desaparecido. Él está fuera, no en su antiguo cerebro. Es como un patrón de datos o algo así, como si fuera digital. Sí, sé que parloteo. No es que lo entienda. Es como una idea que se escapa, y Pete no sabe explicarlo.

—Vale —dijo Sam. No se le ocurría nada mejor que decir.

—Esto es lo que recuerdo claramente: la *gayáfaga*, Sam. Ahora lo entiendo. Sé lo que ha ocurrido.

Astrid se pasó media hora explicándose. Empezó yéndose por las ramas, pero, al ser Astrid, los pensamientos se volvieron más claros, las explicaciones más precisas, y para cuando terminó ya se estaba enfadando con él porque no captaba algunos detalles.

Nada tranquilizaba más a Sam que una Astrid impaciente y condescendiente.

—Vale. La *gayáfaga* forma parte de la barrera —resumió el chico—. Y la barrera forma parte de la *gayáfaga*. Es el material de construcción que utilizó Pete para crear la barrera. Y ahora la *gayáfaga* se está quedando sin energía. Está sedienta de energía. Así que la barrera está fallando, se está oscureciendo, y puede que se rompa y se abra. Pues eso estaría bien. De hecho sería una gran noticia.

—Sí —dijo Astrid—. Sería la mejor noticia del mundo. A no ser que, de alguna manera, la *gayáfaga* logre escapar de la barrera.

—Pero ¿cómo va ello o ella o lo que sea a hacer algo así?

—No lo sé, pero puedo imaginármelo. Escúchame, Sam, cuando la *gayáfaga* dio a Drake su asqueroso brazo de látigo necesitó los poderes de Lana para hacerlo. Desde entonces ha intentado volver a atraerla. Y, mientras tanto, también intentó atraer a Pete. Ahora que Pete ha perdido gran parte de su poder, puede interferir con lo que ve como patrones de datos, personas y animales, pero no puede hacer milagros como antes. De alguna manera, el poder de Pete era una función de su cuerpo. Igual que el poder de Lana forma parte de su cuerpo.

—El bebé —comentó Sam—. La *gayáfaga* quiere el bebé. Ya nos imaginábamos que era así, pero no sabíamos realmente el porqué.

—Diana puede leer niveles de energía. ¿Llegó en algún momento...? —preguntó Astrid.

Sam asintió.

—Dijo que el bebé, el feto, tiene tres barras. Quién sabe lo que tendrá cuando nazca. O cuando crezca. Diana solo está de cuatro o cinco semanas. Debería saberlo exactamente, pero se me olvida. Cuando hablaba de ello me ponía..., esto..., bueno, ya sabes...

Sam se estremeció como si le pusiera los pelos de punta.

Astrid negó con la cabeza, no podía creérselo.

—¿De verdad? ¿Esa es la parte de todo esto que te da grima, el embarazo?

—Me hizo tocarle el..., ya sabes..., la tripa. Y hablaba de sus..., esto..., de sus cosas. —Sam se señaló el pecho y susurró—: De los pezones.

—Ya —dijo Astrid muy seca—. Entiendo que puede resultar devastador.

Al oír eso, Sam no tuvo más alternativa que acercarse a ella, rodearla con los brazos y besarla. Porque ahora volvía a ser la Astrid de siempre.

—Y ahora ¿qué? —preguntó la chica unos cuantos minutos más tarde.



—Drake ha tenido mucho tiempo para llevar a Diana hasta el pozo de la mina. Entrar ahí, tras ellos, es tarea para un ejército, no para que me encargue yo solo —dijo Sam, pensando en voz alta—. En cualquier caso, por mal que pinten las cosas para Diana, no la matarán hasta que tengan el bebé, y eso no pasará hasta dentro de varios meses.

—Eso quiere decir que a la *gayáfaga* le quedan meses hasta que se rompa la barrera. ¿Cómo sobreviviremos tanto tiempo?

Sam se encogió de hombros.

—Pues no lo sé... todavía. Pero, si vamos a ir tras esa cosa que hay en el pozo de la mina, necesitaremos ayuda. A Brianna, si sigue viva. A Dekka, Taylor y a Orc. Y a Caine. Sobre todo a Caine. Si quiere ayudar.

—Entonces, ¿vamos a Perdido Beach?

—Lenta. Cuidadosamente. Sí. Y dejaremos un rastro de luces para cualquier otro que necesite un camino seguro. Tengo que volver a reunir a mis tropas. Ya nos preocuparemos luego por ir tras la *gayáfaga*.

Al cabo de un rato, Drake levantó el bebé con su mano de látigo. Era delicado. Sabía lo que era. Quién era.

Y lo depositó con idéntica delicadeza sobre el vientre de Diana.

—Aliméntalo —le ordenó.

Diana negó con la cabeza.

Drake pensó sonriendo que ya no podía replicarle. Aun así, le encantaba hacerle suplicar... Pero no. La voluntad de la *gayáfaga* estaba clara en su mente. Había que alimentar y proteger al bebé. Ese bebé ahora era la *gayáfaga*, la diosa de Drake. Y él la seguiría y la obedecería.

Aunque el bebé fuera una niña.

Qué lástima. Habría molado más que fuera el cuerpo de un tío. Pero, claro, ¿qué era el cuerpo sino una herramienta o un arma?

Drake entregó el bebé a Diana, quien cerró los ojos y soltó una lágrima.

El bebé se agarró y se puso a mamar.

Y entonces, debido a la insistencia irresistible de la *gayáfaga*, Drake se dirigió hasta Penny. Estaba blanca como un fantasma y temblaba como si tuviera frío, aunque hacía tanto calor como siempre ahí abajo.

Yacía en un charco de su propia sangre.

A Drake ya le parecía bien. Se lo tenía demasiado creído. La impresionaba demasiado su propio poder. La *gayáfaga* no la necesitaba.

Pero una voz en su mente le hizo volverse. El bebé estaba sentado en el vientre de Diana. Sentado. Mirando a Drake.

Drake no sabía nada sobre bebés, pero eso no era normal. Eso sí que lo sabía. Estaba seguro de que eso no era normal. Los bebés todavía cubiertos de baba no se sentaban y miraban a los ojos.

Entonces se sorprendió aún más porque parecía que el bebé intentaba hablar. No emitía ningún ruido, pero Drake supo sin duda lo que quería la *gayáfaga*.

—Yaaa —dijo el psicópata, molesto pero sumiso.

Enroscó el brazo de tentáculo alrededor de Penny. Era pequeña, no costaba cargarla, y se la llevó, temblando y murmurando incoherencias, al bebé *gayáfaga*.

Drake la dejó en el suelo y el bebé se cayó. Habría resultado cómico en otro tiempo y lugar. La cabeza gigante del bebé era demasiado grande para que su cuerpo la aguantara bien.

Así que se cayó, pero entonces, a una velocidad sorprendente, se puso a gatas y gateó los pocos centímetros que quedaban hasta Penny.

Extendió la mano regordeta y tocó la herida espeluznante.

Penny jadeó, emitió un ruido que tanto podía ser de dolor como de placer.

Drake sintió una punzada de celos al plantearse que la *gayáfaga* pudiera regalar a Penny una mano de látigo. Pero no, lo único que hizo fue curar la herida.

El bebé curó la carne destrozada por la escopeta en cuestión de segundos.

Y entonces volvió gateando hasta su madre y siguió mamando.

Brianna no se esperaba volver y encontrarse a Justin. Pero ahí estaba, respirando suavemente en la oscuridad negra como boca de lobo. Y allí estaba ella, llena de cortes y moretones, pero viva.

—Soy yo, chaval —dijo, agotada.

—¿La has rescatado?

—No, no lo he hecho. No he podido. Era una pelea que no podía ganar. Yo sola no. Además... —Se detuvo, pues no quería explicar lo del bebé, y lo del impulso abrumador de colocarlo sobre la *gayáfaga*—. Tengo que encontrar a Sam..., y me costará mucho en la oscuridad.

—Llévame contigo, ¿vale?

—Sí. Claro, pequeñín, ¿qué voy a hacer, dejarte aquí?

Sí que se le había ocurrido hacerlo. La oscuridad ya la hacía arrastrarse. Si se llevaba a Justin aún se movería más despacio.

Empezaron a avanzar palpando el camino, un centímetro doloroso tras otro, hacia la entrada del pozo de la mina. En su imaginación, con su optimismo ilimitado, Brianna aún esperaba que cuando salieran se encontrarían el mundo mágicamente restablecido. El sol brillando. Luz por todas partes.

Pero cuando, tras un rato terriblemente largo, Brianna sintió por fin el aire más claro y limpio en la cara, supo que su esperanza había sido inútil.

Pasaron de oscuridad estrecha a oscuridad abierta. Seguía siendo ciega. Y lenta.

Ahora la hoguera de la plaza era mucho más pequeña. Se habían dado cuenta de que tenía que serlo si querían mantenerla encendida. Pese a la ayuda de Caine, que se mantenía huraño, romper materiales inflamables sacados de los edificios y cargarlos hasta la hoguera no resultaba fácil. Así que ahora la hoguera era más bien como una fogata pequeña. Y la luz apenas iluminaba al primer círculo de chavales. La mayoría estaba sentada en la oscuridad, mirando el fuego, incapaz de ver a quién tenían sentado al lado.

En la oscuridad estallaban peleas. Y Quinn no podía hacer otra cosa que gritarles.

Una pelea pasó de los insultos a los ruidos sordos escalofriantes de un arma afilada clavándose en la carne y el hueso.

Unos segundos más tarde, alguien —nadie sabía quién— salió disparado para agarrar la pata de una silla ardiendo y echó a correr en la noche.

El primer incendio de una casa había surgido en el extremo occidental de la ciudad. Las chispas se alzaban más de treinta metros, y Quinn estaba seguro de que se extendería. No parecía hacerlo, al menos no enseguida, pero el brillo mayor había atraído a algunas personas. Se les oía empujándose y llamándose los unos a los otros mientras se acercaban como polillas a una bombilla.

—Ojalá supiera si Sanjit está a salvo —comentó Lana.

—Yo estaba pensando en Edilio por alguna razón —dijo Quinn—. No sé por qué, siempre tengo la sensación de que si él aguanta no estamos totalmente derrotados —se rio—. Qué raro, ¿verdad?, porque antes no me gustaba. Lo llamaba «espalda mojada». No es lo peor que he hecho en la vida, pero ojalá pudiera retirarlo.

Caine descansaba junto a ellos. Había utilizado su poder para arrancar ruidosamente las puertas de madera de unas casas y luego transportarlas para alimentar el fuego.

—Es estúpido perder el tiempo preocupándote por lo que hiciste —comentó—. No va a importar.

—Tu hermano, Sam, siempre se preocupa —replicó Quinn.

Y se estremeció, porque pensó que igual le estaba revelando una confidencia. Pero ¿acaso no estaba superado todo eso? De hecho, ¿no lo habían dejado todo atrás? ¿No estaban teniendo, quizás, la última conversación pacífica antes del fin?

—¿Ah, sí? Pues qué idiota.

Vaya con la conversación pacífica. Caine se estaba recuperando. No tardaría en cansarse de fingir que se llevaba bien con la gente. Claro que por ahora le gustaba el fuego como a todos los demás. No es de extrañar que el hombre de la

Antigüedad adorara el fuego. En una noche oscura, rodeado de leones, hienas o lo que fuera, le debía de parecer que era mucho más que quemar ramitas.

—¡Tengo hambre! —gritó una voz en la oscuridad.

Quinn la ignoró. No era el primer grito semejante. Y no sería el último. Ni mucho menos.

Lana llevaba mucho rato callada. Quinn le preguntó si se encontraba bien. No respondió, así que la dejó en paz. Pero, unos minutos más tarde, Patrick se acercó frotando el morro contra Quinn, así que el chico comentó:

—Lana, creo que Patrick también está pensando en la cena.

Y otra vez no respondió. Así que Quinn se inclinó detrás de su antiguo rey, y vio a Lana mirando el fuego con ojos muy abiertos.

—¿Qué? —replicó como si la hubieran despertado de un sueño.

—¿Te encuentras bien?

Lana negó con la cabeza y frunció el ceño, con lo que se le marcaron más las líneas negras y naranja en el rostro.

—Ninguno de nosotros se encuentra bien. Está libre. Ay, Dios mío, lo ha conseguido.

—¿Qué despotricas? —replicó Caine, irritado.

—La *gayáfaga*. Viene.

Quinn vio que Caine cerraba la boca de golpe, abría mucho los ojos y apretaba la mandíbula.

—La noto —insistió Lana.

—Probablemente sea... —Quinn iba a decir algo tranquilizador, pero Caine lo interrumpió.

—Tiene razón. —Intercambió con Lana una mirada extraña y asustada—. Ha cambiado.

—Viene —dijo Lana—. ¡Viene!

Entonces Quinn vio lo que no había esperado ver en la vida: los ojos de Lana reflejando un terror absoluto.

**TREINTA Y CINCO**      4 HORAS, 6 MINUTOS

**EL BEBÉ INTENTÓ** caminar. Pero no podía. Se cayó, pues tenía las piernas demasiado débiles y le faltaba coordinación. Pero no tendría que haberlo intentado. Ni siquiera tendría que haber nacido, y ya no digamos intentar levantarse.

—Yo lo llevaré —anunció Drake.

—No —dijo Penny—. Puede que necesites la mano de látigo libre. Yo lo llevaré. Mis poderes no exigen que utilice las manos.

Diana veía que Drake no estaba contento. No estaba nada contento con Penny. Le habría gustado verla morir. Ahora Drake estaba atrapado con mujeres a las que no podía ni derrotar ni intimidar.

—¿Qué hacemos con ella? —señaló Penny.

Miraba a Diana con desprecio absoluto. Torcía el gesto ante su aspecto alborotado, la ropa rota que apenas le aguantaba, las manchas, las heridas, la debilidad.

El descontento oscuro de Drake se incrementó aún más.

—La *gayáfaga* dice que tiene que vivir.

Penny resopló.

—¿Por qué? ¿Se está poniendo sentimental ahora que tiene cuerpo de chica?

—Cállate —replicó Drake—. No es más que un cuerpo. Es un arma que utiliza. Sigue siendo lo mismo. Sigue siendo lo que siempre ha sido.

—Ajá —asintió Penny con una sonrisa de suficiencia.

Drake se agachó delante de Diana.

—Estás hecha un desastre. Como si te hubieran atropellado en la carretera. Incluso apestas. Me pones enfermo.

—Pues mátame —dijo Diana, y lo decía en serio. Estaba deseando que lo hiciera—. Hazlo, Drake, Don Importante, hazlo.

Drake suspiró con aire melodramático.

—Los bebés necesitan leche. Y tú eres la vaca, Diana. Muuu.

Drake se rio de su propia gracia, y, tras un momento de duda en el que Diana detectó desprecio en la mirada de la loca, Penny se le sumó. Y, lo más terrible de todo, la pequeña, el bebé de Diana, sonrió también, con una sonrisa rara que mostraba encías rosadas sin dientes.

—Vamos, vaca —dijo Drake.

—¿Es que eres imbécil? —le espetó Diana—. Acabo de tener un bebé. No puedo...

Entonces tanto Drake como Penny la golpearon, peleándose por ver cuál de los dos podía obligarla a ponerse en pie, la mano de látigo de Drake o las visiones enfermizas de Penny. Diana se puso en pie, atontada, con ganas de vomitar, aunque tenía el estómago vacío.

El brillo verdoso de la *gayáfaga* —porque no todo el verde chillón había cubierto o penetrado en el bebé— se había apagado, así que apenas había luz. Después de recorrer unos pocos metros, se hallaron en la oscuridad más absoluta.

Diana recordó que había lugares donde podía arrojarse por una grieta y acabar con su vida infernal. Si Drake no la detenía.

Pero no, ahora no era Drake, era Brittney. El ruido de su respiración era distinto. ¿Se estaban sucediendo más rápido las apariciones? Diana se atrevía a esperar que Drake se estuviera debilitando. Se atrevía a esperar que Penny y Drake se atacaran el uno al otro.

Se relajó un poco. Brittney era una herramienta de la *gayáfaga* tanto como Drake, pero le faltaba la misma locura alimentada por el odio.

Pero también, desafortunadamente, Brittney se sabía menos el camino. Y no intimidaba a Penny.

—¿Sabes lo que sería chungo, Diana? —preguntó Penny—. Que volvieras a estar embarazada. Solo que esta vez, pongamos, ¡tuvieras la tripa llena de ratas! ¡Ratas hambrientas!

Diana sintió que se le hinchaba el vientre, sintió centenares de...

—No —dijo Brittney calmada—. No. Es la madre de nuestra Señora.

La ilusión, que apenas había empezado, terminó abruptamente.

—Cállate, Brittney —le espetó Penny—. Puede que haga caso a Drake, pero a ti no. Tú no eres nadie.

Brittney no se lo discutió, y se limitó a añadir:

—Ha dado a luz a nuestra Señora.

Penny debió de tropezar con una piedra, porque salió disparada con el bebé en brazos y chocó con Diana, a quien estuvo a punto de derribar.

La pequeña chocó con la piedra sólida con un ruido sordo y enfermizo.

Se oyó el leve llanto del bebé furioso en la oscuridad. Era la primera vez que lloraba. Lloraba como cualquier otro bebé.

Diana sintió que su corazón respondía. Y también su cuerpo, pues sus pechos goteaban leche.

Palpó en la oscuridad y tocó el brazo del bebé. Lo agarró como pudo y lo acunó. El bebé se le agarró y se puso a chupar enérgicamente.

Diana había leído el nivel de poder del bebé en un primer contacto. Ahora tenía cuatro barras, lo mismo que Caine o Sam.

Cuatro barras. ¡Y todavía era un bebé!

—Ella debería llevar a nuestra Señora —indicó Brittney.



—¿Estás chiflada? —Penny no se lo podía creer—. ¿Tan estúpida eres? ¿Crees que este bebé es Jesús en el pesebre y Diana es María, paleta estúpida con la boca de metal?

—Yo iré delante —anunció Brittney—. Yo abriré paso a nuestra Señora.

Diana miró el bebé. Le veía la mejilla. Imposible. No se veía nada en la oscuridad.

Sin embargo, veía la mejilla del bebé. Y sus ojos cerrados. Y su boquita de capullo de rosa agarrándose a ella. Y luego su bracito gordo, y el puñito pegado sobre el pecho de su madre.

—¡Brilla! —exclamó Brittney—. ¡Nuestra Señora nos da luz!

—Ya basta, he intentado soportar tu...

—¡Calla! —Brittney levantó una mano, que resultaba increíblemente visible debido al brillo que procedía del bebé—. Ella habla conmigo. Debemos continuar...

—Continuar —repitió Penny con un sarcasmo hiriente—. ¡Aleluya! Drake es un psicópata, pero por lo menos no es imbécil.

—Debemos ir a la barrera y prepararnos para nuestro renacimiento.

Diana oía lo que decían, pero sus pensamientos estaban concentrados en el bebé que tenía en el pecho. A fin de cuentas, era su bebé. Puede que tuviera la *gayáfaga* dentro, que se apoderara de sus pensamientos y la utilizara. Pero había algo ahí dentro que aún era su hija. Suya y de Caine.

Y, si esperaban cosas terribles a aquella niña, ¿de quién era la culpa? La culpa recaía en Diana y Caine.

Diana no tenía derecho a rechazar a Gaya.

El nombre le vino como si lo hubiera sabido desde el principio, y se entristeció. Habría sido mucho mejor poder llamarla Sally, Chloe o Melissa. Pero ninguno de esos nombres habría resultado adecuado.

Gaya.

Gaya abrió los ojos. Miró con sus ojos azules entrecerrados a Diana.

—Sí —dijo Diana—. Soy tu mamá.

—Es un camino de luces —comentó Dekka—. Uau, me veo las manos.

Se acercó al sol de Sammy y se buscó marcas en el cuerpo. La visión de Penny había sido potente. Todavía le costaba creer que solo fuera una ilusión. Pero no tenía la piel marcada.

—La mayoría va hacia allá.

Orc señaló, y de hecho Dekka lo veía hacerlo. No bien, claro. Cada piedrecita que formaba su cuerpo estaba rodeada de las sombras más oscuras, y tenía los ojos hundidos en pozos profundos. El trocito de piel humana que le rodeaba la boca y parte de la mejilla parecía tan gris y verde como cualquier otra parte de él.

Pero era de verdad, no solo un ruido y una resistencia en la punta de los dedos.

—Sí. Pero ¿qué significa que haya más en una dirección? —Dekka veía como media docena de soles repartidos hacia la derecha. Y solo cuatro a la izquierda—. Quiero decir, que podría haber soles tapados. Y tampoco es que se vean tan bien... Si tuviéramos una brújula... Quiero decir, Orc, ni siquiera sabemos qué dirección es la correcta. No sabemos si Sam se ha ido hacia la izquierda o hacia la derecha desde este punto.

—Tengo una idea. Pero seguramente estúpida —propuso Orc.

—Lo único que tenemos son ideas estúpidas, así que, ¿qué es?

—Bueno, ¿no ves mejor desde arriba?

—Pues sí. Y no es una idea estúpida. De hecho, no sé cómo no se me ha ocurrido.

Orc encogió sus hombros enormes.

—Tienes un mal día.

Se quedaba muy corto, y al mismo tiempo, en cierto sentido, era un

comentario muy amable. Dekka tuvo que reírse.

—Y que lo digas. Así que, Orc, ¿quieres volar un poco?

—¿Yo?

—¿Por qué no? Por allí hay unas piedras. Son mejores que la tierra, porque cuando elimino la gravedad, la tierra tiende a flotar y se te mete en los ojos.

Se desplazaron hasta un afloramiento rocoso. Orc se quedó rígido, como si estuviera expuesto y quisiera tener buen aspecto. Dekka hizo lo que tenía que hacer y Orc se alzó.

A los tres metros soltó una carcajada tremenda, entusiasta.

—¡Ja, qué divertido es esto!

A los nueve metros Dekka ya no lo veía.

—¿Qué ves, Orc?

—Fuego —respondió—. Y me parece que los soles de Sammy van hacia él.

—Te voy a bajar.

Cuando volvió a tierra firme, Dekka preguntó:

—¿Qué aspecto tenía el fuego?

—Era como si hubiera dos o tres fuegos distintos, pero todos juntos.

—¿En Perdido Beach?

—Puede —contestó Orc no muy convencido.

—Vale, pues sigamos los soles de Sammy hacia la ciudad.

Orc dudaba.

—Hazlo tú, Dekka. Yo he salido a buscar a Drake y a matarlo.

—Orc, ya sabes que no podemos buscar nada. No en esta oscuridad como

boca de lobo. Tardaríamos una eternidad solo en encontrarnos con Drake por accidente.

Orc asintió, pero no estaba de acuerdo.

—No me importa la oscuridad tanto como a ti, Dekka. En la oscuridad no tengo que ser como soy, ¿sabes? La gente no me ve. Además, seguramente habrá prisa en la ciudad. Así que voy a seguir en la oscuridad. Seguramente es lo mejor para mí.

Tendió una manaza demasiado grande, y Dekka se sintió extrañamente conmovida al estrechársela.

—Gracias, chico grande. Ya sabes que me has salvado.

—Nooo.

—Escúchame, Orc. Sé que cargas con cosas malas en la conciencia.

Él asintió y murmuró.

—Pero me han perdonado. He rezado y me han perdonado. —Y añadió—: Pero no por eso deja de pesarme.

—Pues eso te digo, Orc. Que, cuando todo eso te pese, recuerda que me salvaste, ¿vale?

No parecía muy convencido. Pero puede que sonriera. Costaba saberlo. Y a continuación continuó avanzando como un elefante en la oscuridad.

Dekka siguió las luces que se dirigían hacia la izquierda.

—¡Hay una luz ahí! ¡En la carretera! ¡Acaba de aparecer! —exclamó Lana.

—¡Un sol de Sammy! —gritó Quinn.

La sensación de alivio le resultó increíble. Sam se estaba acercando.

A Quinn le pareció que bien podría desmayarse por liberar la tensión.

Quinn, Lana y Caine —acompañados de Patrick— se habían apartado de la

fogata mortecina y dejado a unos cuantos pescadores de Quinn al mando. Aunque no es que se pudiera hacer algo más que gritarles: «¡Déjalo estar!».

Las antorchas se estaban extendiendo por Perdido Beach. Había grupitos de chavales en busca de comida, agua, juguetes queridos o una cama.

Ahora los soles de Sammy eran como flores radioactivas en la carretera.

Patrick ladró una vez, a modo de presentación, y salió disparado por el asfalto.

—Salve, héroe victorioso —murmuró Caine—. Don Soleado.

Diez minutos más tarde surgió un nuevo sol de Sammy, puede que a poco más de treinta metros, y el grupito de tres avanzó hacia él, todavía con cautela. La carretera estaba cubierta de restos desperdigados, incluidos camiones enteros.

Entonces Quinn distinguió dos figuras débilmente iluminadas.

Los dos grupos se aproximaron, y Sam iluminó la escena.

—Quinn, Lana —dijo Sam. Con una mano rascaba el collar de Patrick—. Caine.

—Hola, hermano. ¿Cómo lo llevas? Qué tiempo más raro que hace, ¿eh?

—¿Qué te ha pasado en las manos? —preguntó Sam.

Caine levantó las manos, que aún tenían cemento pegado.

—¿Ah, esto? No es nada, solo necesito un poco de loción.

—¿Astrid? —dijo Lana—. ¿Has vuelto?

—Ya era hora —dijo Quinn entre dientes.

—Pues entonces hay final feliz —comentó Caine ferozmente—. Me encantan los finales felices.

Quinn iba a decirle algo como «cállate», pero se contuvo. Caine era un idiota obsesionado por el poder, pero había tenido un día infernal. Ponerse sarcástico no

era lo peor que podía hacer.

—¿Has venido a encender unas luces? —preguntó Lana—. Porque, aunque estaría muy bien, tenemos problemas más graves. Viene la *gayáfaga*.

—¿Cómo? —preguntó Astrid bruscamente—. Todo el mundo dice que la *gayáfaga* es una costra verde en el fondo del pozo de la mina.

—Pues no sé cómo —dijo Lana, evasiva—. Pero es así. Por eso estamos aquí. No os esperábamos. La estábamos esperando.

—No te preguntaré cómo lo sabes —comentó Astrid.

—¿Ah, sí? —replicó Lana—. Pues yo sí quiero saber, Astrid: ¿por qué no me lo discutes? ¿Te digo lo que está pasando y lo aceptas mansamente? Eso es que sabes algo.

—Ah, ¿Astrid? Ella lo sabe todo —intervino Caine.

—Tiene a Diana —respondió Astrid. Inclino la cabeza y examinó a Caine—. Y a tu bebé, Caine. Diana dice que es tuyo.

—Ya —dijo Caine. Iba a decir algo más, pero se contuvo y murmuró—. Ya... Un bebé...

—Espera —los interrumpió Lana—. Sanjit... ¿ha...?

—Por poco. Pero por lo que sé está a salvo en el lago. He recibido tu mensaje... demasiado tarde. Y Astrid también os traía un mensaje —explicó Sam.

—Qué gracia cómo se desmoronan las cosas cuando se apagan las luces —comentó Quinn—. Muchos planes, y nada sale bien.

—La *gayáfaga* está buscando un cuerpo. Necesita un cuerpo físico —explicó Astrid—. La barrera está muerta. Se va a resquebrajar. Por fin va a terminar todo. Pero, cuando eso ocurra, la *gayáfaga* intentará salir.

—Y ¿todo esto lo sabes por tu genialidad increíble? —sonrió Caine con suficiencia—. ¿Sabes a qué hora se supone que pasará todo esto? Porque tengo que decirte que estoy listo para salir de aquí. Ya está tardando. Me muero de ganas de comerme un helado.

—No sé cuándo. Meses, quizás. Tú hijo o hija no nacerá hasta...

—¡Déjalo estar! —gruñó Caine, abandonando su pose arrogante—. No juegues conmigo, Astrid. ¿Qué crees que voy a hacer? ¿Convertirme de repente en una persona distinta solo porque me acosté con Diana?

—La dejaste embarazada —dijo Astrid sin perder la calma—. Pensaba que quizás eso te haría pensar en algo más que en ti mismo.

—Y así es, Astrid —replicó Caine, rezumando sarcasmo—. Me dan ganas de ir a lanzar la pelota de fútbol en el patio trasero. De hacer filetes a la barbacoa. Esas cosas de papá de verdad. El único problema es esta maldita oscuridad.

Una llama se elevó en el aire no muy lejos de la carretera. Se oyeron las voces agitadas de niños pequeños.

—¡Gracias, mejor así! —gritó Caine por encima del hombro—. Así que Lana dice que viene la *gayáfaga*, y vosotros decís que tiene a Diana, por cierto, buen trabajo protegiéndola, Sam, y que yo debería tomar clases de paternidad, y además, ah, por cierto, que va a bajar la barrera. Algún día. Probablemente después de que nos muramos todos de hambre.

Mientras tanto, Sam se había dedicado a observar a Caine como una muestra bajo el microscopio. Intentando averiguar qué iba a hacer.

—¿Vas a pelear o no?

—¿Quién, yo? —Caine se rio—. ¿Qué te pasa, Sam? La genio dice que va bajar la barrera. Y ¿tú quieres salir corriendo y hacer que te maten antes de que eso suceda? Deja que la barrera se rompa como un huevo. Si la *gayáfaga* quiere salir, pues deseémosle buena suerte, esperemos hasta que esté lejos en la carretera, y entonces nos marchamos nosotros.

—Se llevará a Diana y a tu... y al bebé —le recordó Sam.

—¿Te has enterado de lo que ha hecho Albert, te has enterado? —Caine trató de señalar en dirección al océano y la isla, pero llamó la atención sobre su mano aún encostrada, así que la dejó caer a un lado—. En cuanto Albert se ha dado cuenta de lo que estaba pasando ha cogido una barca y huido a la isla. Y ¿sabes lo mejor? Que lleva tiempo planeándolo. Sobornó a Taylor. Parece que se hizo con unos misiles, quién sabe cómo los consiguió; hablamos de Albert, y también los ha trasladado

hasta allí.

Quinn vio que Sam apretaba la mandíbula al oír todo aquello.

—Ahora —continuó Caine—, Albert está allí sentado comiendo queso y galletas, partiéndose de risa pensando en idiotas como nosotros.

Sam ignoró o fingió que ignoraba todos esos comentarios, y dijo:

—Mira, Caine. No sé dónde están Brianna, Dekka u Orc. Puede que Jack ya esté muerto. En cualquier caso, no vendrá a luchar. Así que igual puedo derribar a Drake yo solo, e igual no. Pero ni siquiera sé lo que significa decir «que viene la *gayáfaga*». ¿Que viene cómo? ¿En forma de qué? ¿Con qué poder? Ni siquiera sé si...

Quinn alzó la mano y Sam se detuvo.

—Penny —dijo Quinn—. La hemos seguido hasta cruzar la carretera. También está ahí fuera. En la oscuridad.

—No hay motivo para pensar que se toparía con Drake —intervino Lana, pero parecía preocupada.

—Ah, con ella... —Caine alzó el dedo índice encostrado—, con ella sí que me pelearía. Traedme a Penny y la mataré por vosotros. Dos veces.

La conversación se apagó y se quedaron en silencio, los cinco chicos y el perro, bajo una luz débil y ridícula.

—Todos menos tú, Caine —intervino Quinn—. Te has ido arrastrando con la ensaladera de cemento, inclinado como un mono y caminando sobre los nudillos, y con una corona grapada en la cabeza. Te han vencido, rey Caine, y lo único que podías hacer era de monito de Penny. Los chicos se reirán de ti durante mucho tiempo. Sí. Si baja la barrera, oirás historias en la tele. Habrá chistes en internet.

Quinn observaba las manos de Caine con recelo. Esperaba que alguien lo detuviera antes de que atacara y arrojara a Quinn contra y a través de la pared más cercana.

Caine se volvió con lentitud amenazadora hacia Quinn, quien sentía el calor de su malevolencia. Jugar con la humillación era peligroso.



—¿Cómo crees que pintará tu historia, Caine? Siempre pavoneándote, haciéndote el malo y el duro. Pero una cosa sí que la hiciste bien, Caine: saliste a ayudar a Brianna y luchaste contra esos bichos, y por eso la gente dijo: «Sí, puede ser nuestro rey».

—¿Que yo ayudé a Brianna? —replicó Caine—. Ella me ayudó a mí.

—Pero todo eso, todo eso quedará borrado, porque el final de la historia será cómo Penny te humilló...

—Ya vale, ¿no? —dijo Caine bruscamente.

—Lo que la gente recuerda es el final de la historia. Y, si baja la barrera, el final de la historia será que lloraste y te cagaste y bailaste como un mono entrenado para Penny.

No había manera de saber si Caine estaba tan pálido como lo parecía bajo la luz del sol de Sammy. Tenía los ojos entrecerrados y los labios retraídos, como un lobo que mostrara los dientes. Su cara estaba pegada a la de Quinn, a quien miraba fijamente, pero habló a Sam:

—Ahora resulta que tu amigo el perdedor tiene cojones, Sam.

—Eso parece —comentó Sam, maravillado.

Entonces Caine habló a Quinn:

—¿Sabes qué, Quinn? Como te preocupa tanto mi... legado. ¿Es la palabra correcta, Astrid? Como te preocupa mi legado, Quinn, saldré a cazar a Drake con mi hermano si...

—¿Si qué? —preguntó Quinn.

—Si vienes con nosotros —respondió Caine con una sonrisa cruel—. Has sido un auténtico coñazo, pescador. Por tu culpa tuve el problema con Penny. Así que está muy oscuro ahí fuera, y es probable que Drake y puede que incluso nuestra vieja amiga Penny estén ahí también. Y ya no hablemos de Doña Chunga propiamente dicha.

Quinn no pudo evitar mirar hacia la oscuridad absoluta donde sabía que se ocultaban los monstruos.

—Es pescador —intervino Sam—. Ni siquiera tiene arma.

Caine se rio.

—¿Has estado en Perdido Beach? Es una ciudad muy agradable. No hay mucha comida, no hay ocio, pero sí muchas armas. Lo que sí tenemos son armas. Y necesitará una.

—Ni siquiera sé disparar —protestó Quinn.

Caine se rio cruelmente.

—No tienes que disparar a Drake o Penny, y ya no digamos a la Oscuridad, si es que viene de verdad —se burló—. Es para que te la metas en la boca y aprietes el gatillo si alguno de ellos te coge.

### TREINTA Y SEIS 18 MINUTOS

**TRAS HORAS Y HORAS** de oscuridad absoluta, el brillo suave de la piel del bebé permitía avanzar a Diana con mayor seguridad. Era una luz en la oscuridad.

Gaya. Su bebé.

Diana aún recordaba el horror que había sentido al ver los píxeles verdes, el enjambre que era la *gayáfaga* entrar por la nariz y la boca de su hija. Nunca jamás sería capaz de borrar esa imagen de la mente.

Había tantas cosas que nunca podría olvidar.

Pero también estaba aquella persona, esa niña blandita y regordeta que la miraba con ojos absurdamente azules y conscientes de una manera que no podía ser natural.

Gaya parecía aumentar de tamaño mientras Diana la cargaba a través de la ciudad fantasma bajo el pozo de la mina. Pronto necesitaría mamar. Diana ya sentía sus dientecitos mordiendo.

Y luego ¿qué haría Gaya con su madre?

—No importa —susurró Diana—. No importa. Es mía.

Brittney caminaba a su lado, asomándose ansiosa para ver el rostro de Gaya. La chica con aparato dental había adoptado una expresión de creyente extasiada. Diana sabía que si Gaya lograba hablar y le decía que saltara de un precipicio, Brittney lo haría.

Pero ahora Gaya hablaba a través de Diana.

Hablaba a través de su madre.

Diana sentía que la mente de su bebé investigaba la suya. Aunque no era realmente la mente de un bebé, tampoco presentaba la violencia fría de la *gayáfa*. Las dos se estaban convirtiendo en una sola: Gaya y la Oscuridad. Las dos estaban creciendo juntas, y la entidad resultante podía ser más o menos, pero no equivalente, a un bebé o un monstruo.

Pero había algo que Diana no lograba apartar de sus pensamientos. Una sola cosa. La manera en que Gaya penetraba en la memoria de Diana y la abría como si hojeara un libro ilustrado. Como si buscara algo. Algo que el bebé sentía que debía de encontrarse allí dentro.

No tanteaba a ciegas, sino que buscaba algo.

Diana no tenía defensas contra Gaya. No podía ocultarle nada. Se limitaba a mirar mientras sus recuerdos se revelaban mostrando imágenes de cosas pasadas. Y de personas pasadas.

Gaya estudiaba a personas que Diana conocía. Brianna. Edilio. Duck, Albert y Mary.

Panda no. No.

Caine. Gaya permaneció mirando imágenes de Caine. Cuando se conocieron en Coates. Las múltiples veces que flirtearon. Cómo se tomaban el pelo el uno al otro. El modo en que Diana había hecho que la deseara. La ambición oscura que había visto en él. La primera vez que le reveló su poder.

Las cosas terribles que habían hecho.

Batallas.

Asesinato.

«Sí, pero no busques más: todo eso lo confieso, Gaya, hija mía, pero basta, basta». «No, por favor».

El olor. Eso fue lo primero que encontró el bebé. El aroma de la carne humana a la brasa.

Los ojos de Diana se llenaron de lágrimas.

—¿Qué pasa? —preguntó Brittney.

El bebé probó lo que Diana había probado.

El bebé sintió que el estómago recibía encantado la carne que había sido de un chico llamado Panda.

«Sí —dijo Diana a la mente dentro de la suya—, soy un monstruo, y tú también, pequeña Gaya. Pero tu mamá te quiere».

—Hay una hilera de luces colgada ahí arriba —indicó Penny—. Parecen luces de Navidad.

«Sí, id allí», insistió Gaya en los pensamientos de Diana.

—Id hacia las luces —dijo Diana sin ni siquiera pensarlo—. Luego seguidlas hacia la izquierda.

—Cállate la boca, vaca —le espetó Penny—. Tú no das órdenes.

Gaya pataleó en los brazos de Diana que la rodeaban. Se levantó para ver por encima del hombro de su madre, y miró a Penny.

El bebé levantó un puño cerrado, abrió la mano y Penny gritó.

Diana se detuvo. Observó y escuchó. Y ¿acaso no sintió una alegría brutal al ver a Penny retorcerse de terror y dolor? Pues sí. Tanto como a su hija le complacía provocarlo.

Gaya se rio, con el gorjeo inocente de un bebé.

El grito de Penny pareció durar mucho rato. Lo bastante como para que Drake saliera de donde había estado Brittney.

Cuando finalmente Penny paró, y se limitó a sentarse sobre su trasero flaco mirando fijamente, mirando horrorizada al bebé, Drake comentó:

—Así que el bebé mete caña. —Desenroscó su mano de látigo de la cintura y añadió—: No te pienses que por eso no haré lo que quiera contigo, Diana.

La madre le devolvió la mirada muerta. Por primera vez pensó que se encontraba mejor. Mucho mejor. Acababa de vivir un infierno, pero se encontraba... bien. Hizo inventario de su cuerpo, comprobando cómo tenía la espalda azotada, los moratones, el vientre ensanchado casi hasta matarla, las partes desgarradas.

Pero estaba bien.

Gaya la había curado.

—En realidad, Drake —dijo Diana—, creo que más te vale vigilar con lo que me haces o me dices.

De nuevo en brazos de su madre, Gaya sonrió con dos dientes.

—Algo se acerca por la carretera —anunció Sam.

—Es una luz —señaló Astrid.

—Una luz llamada Oscuridad —dijo Lana con voz distante.

—Está siguiendo los soles de Sammy. Viene directo hacia nosotros —informó Caine.

Ya no se ponía arrogante ni gruñón. Sam vio en su cara la misma expresión que Lana. Ambos sabían, en lo más hondo de su alma, lo que se aproximaba.

Lana se acercó a Caine y le puso una mano sobre el brazo. Solo para entrar en contacto. Caine no se la apartó.

Compartían un vínculo extraño: los recuerdos de la *gayáfaga*. Recuerdos de su tacto doloroso en lo más profundo de sus mentes. Cicatrices que había dejado en

sus almas.

—«El miedo mata la mente —dijo Lana, recitando de memoria—. El miedo es la pequeña muerte que conduce a la destrucción total. Me enfrentaré al miedo y...». No me acuerdo del resto. Es de un libro que leí hace mucho tiempo.

A casi nadie le sorprendió que Astrid dijera:

—Es de *Dune*, de Frank Herbert. «No debo temer. El miedo mata la mente. El miedo es la pequeña muerte que conduce a la destrucción total. Me enfrentaré al miedo. Permitiré que pase por encima y a través de mí. Y cuando haya pasado volveré el ojo interior para ver su camino. Por donde el miedo haya pasado no quedará nada...».

Lana y Astrid dijeron a la vez la última frase del conjuro:

—«... solo yo».

Se oyó un suspiro colectivo que era casi un sollozo.

Sam atrajo a Astrid y se besaron. Entonces la apartó y dijo:

—Te quiero. Con todo mi corazón. Para siempre. Pero lárgate de aquí, porque no puedo cuidar de ti.

—Lo sé —dijo Astrid—. Y yo también te quiero.

Lana miró furiosa y desafiante en dirección a la carretera. Sam sabía lo que pensaba.

—Lana, lo que tienes no la matará. Lo que tienes puede salvar a otros tantos. Vete. Ahora.

Entonces quedaron solo los tres, Sam, Caine y Quinn, observando cómo avanzaba la débil luz. Ahora veían que eran tres figuras vagas. Era como si la del medio cargara con un sol de Sammy de un tono distinto. Sam no lograba distinguir las caras. Pero estaba seguro de que veía un tentáculo retorciéndose.

—Son tres —dijo Caine—. Eso quiere decir que seguramente Penny es una de ellas. —Caine respiró hondo—. Tienes que irte de aquí, Quinn.

Pero Quinn dijo:

—No, me parece que no.

—Oye, que estoy dejando que te libres, pescador, ¿vale? Me estoy portando bien. Puedes ir y decirles a todos que lo último que dije fue: «Vete de aquí, Quinn, e intenta seguir con vida».

—Quinn, no tienes nada que demostrar, tío —añadió Sam.

Le habían encontrado una pistola. Un revólver. Con tres balas.

—Estoy con vosotros —dijo Quinn, temblando.

—¿Tienes algún plan, Sammy? —preguntó Caine.

—Sí. —Sam apagó el sol de Sammy más cercano y los sumergió en la oscuridad. El siguiente sol quedaba a casi cien metros en la carretera—. Quinn, empieza a retroceder hacia la última luz. No tendrán percepción de la profundidad, no más de la que tenemos nosotros con esta luz. Seguirán avanzando hacia ti. Caine, tú ve hacia la izquierda, y yo hacia la derecha; los atacaremos cuando estén a quince metros. Con un poco de suerte, antes de que Penny encuentre un objetivo.

—Qué buen plan —comentó Caine, sarcástico. Pero se fundió con la oscuridad siguiendo el lado izquierdo de la carretera.

—Quinn, amigo mío. Lo que ha dicho Caine antes... Guárdate una bala. —Y, tras pronunciar esas últimas palabras, Sam se sumergió en la oscuridad que los rodeaba.

Observó cómo Quinn empezaba a retroceder por el camino. Lo cual quería decir que estaría a oscuras hasta que se acercara al siguiente sol de Sammy. Si Drake los había visto, probablemente no sabía cuántos eran. Pero acabaría viendo a Quinn. Y entonces se obsesionaría, se pondría ansioso por cargarse a quien se interpusiera en su camino.

Puede que entonces se presentara una oportunidad. Unos pocos segundos de confusión en los que Caine y Sam podían atacar inesperadamente. Si eran rápidos y tenían suerte, podrían derribar por lo menos a uno de los tres y reducir las probabilidades de salir mal parados.

¿Quién era la tercera persona?

Drake. Penny. Y alguien —o algo— que brillaba como un faro antiguo.

Sam se dijo que, fuera quien fuera, primero tenían que ir a por Penny.

Era a Penny a quien debían temer.

—Papá —dijo Gaya.

Diana miró a su bebé brillante y resplandeciente. Ya tenía el tamaño de una niña de dos años, con dientes en la boca, y pelo —oscuro como el de sus padres— en la cabeza. Sus movimientos eran intencionados y controlados, no mostraba una falta de coordinación extrema. Diana se preguntaba si ya podría caminar.

—¿Has dicho «papá»?

Gaya miraba fijamente la oscuridad en el lado derecho de la carretera. Delante de ellos, una figura solitaria se encontraba bajo la luz del sol de Sammy. Detrás de la figura se veían dos fuegos, uno de ellos bastante próximo y llamativo.

Gaya volvía a metérsele en la cabeza. No se esforzaba por usar su boca infantil, sino que intentaba penetrar directamente en los recuerdos de Diana. Miraba imágenes de Caine. Y de repente quedó claro.

—¡Es una emboscada! —exclamó Diana.

—Calla la... —le espetó Drake, y una fuerza lo lanzó de espaldas tan repentinamente que patinó hasta desaparecer de la vista.

Un rayo de luz verde terrible salió disparado del otro lado.

Penny había reaccionado más rápido a la advertencia de Diana. Ya se estaba moviendo para ocultarse detrás de ella cuando la luz partió la noche. La mitad del pelo de Penny se achicharró y ardió, soltando un olor terrible.

Se oyó un rugido en la oscuridad tras ellas, y Drake se abalanzó con el látigo terrible preparado, en busca de un objetivo. La luz penetró en un costado del psicópata, le hizo girar y caer. Pero, mientras caía, sentía que se le curaba la quemadura.



Diana vio que Sam salía disparado de la oscuridad, y gritaba:

—¡Diana, agáchate!

Acto seguido, Sam disparó al punto donde Drake se encontraba medio segundo antes.

De repente, el destello de luz de las palmas de Sam reveló a Caine.

Hacía cuatro meses que Diana no lo veía. Y poco antes habían concebido a Gaya.

Sus miradas se encontraron. Caine se quedó paralizado, mirando fijamente a Diana. Una expresión de dolor le frunció la frente.

Ese momento de duda resultó demasiado largo.

Caine retrocedió, golpeándose el cuerpo con las manos vueltas de un modo extraño. Se daba palmadas y gritaba, y entonces Sam le gritó:

—¡Es Penny, no es más que Penny, Caine!

Caine pareció controlarse a duras penas, y durante un instante alzó las manos y, con un gesto brusco, arrojó a Penny a la oscuridad.

Pero eso fue un error. Una Penny invisible resultaba aún más peligrosa.

Sam lo vio y pasó el rayo asesino por un semicírculo, buscándola. La vio fugazmente, corriendo. Pero cuando el rayo la alcanzó y quemó los arbustos y convirtió la arena en cristal burbujeante, ya no estaba allí.

Penny ya no estaba allí. Astrid sí.

Astrid en llamas. Corriendo, gritando en dirección a Sam. Se le estaba abrasando la piel. Olía a carne quemada. El pelo rubio era como una sola llama y los bordes del fuego le devoraban la frente y las mejillas.

—¡Astrid! —gritó Sam, y corrió hacia ella.

Se estaba quitando a toda prisa la camiseta para sofocar las llamas cuando Astrid se infló de repente, como si arrojaran malvaviscos a una hoguera. Se estaba

hinchando y la piel se le volvía de carbón y sus ojos no eran más que manchas y...

La visión desapareció.

Sam estaba en la oscuridad, jadeando y mirando.

Se volvió y vio el brillo del bebé en los brazos de Diana. Avanzaban lentamente hacia Quinn.

¿Y Caine? ¿Dónde estaba?

Sam oyó el ruido de un látigo y corrió hacia él, pero ahora la oscuridad lo rodeaba y tuvo que lanzar muchos soles de Sammy para ver algo.

—¡Quinn, corre, sal de aquí! —gritó Sam.

Vio que Quinn iba a hacerse el valiente, pero entonces se dio cuenta de que no era tan valiente como estúpido.

Sam tardó varios minutos en encontrar a Caine. Respiraba, pero acababa de recuperar la consciencia. Tenía una marca roja amoratada en el cuello. Se incorporó y aceptó la mano que Sam le tendía.

—¿Drake?

Caine asintió y se frotó el cuello.

—Pero ha sido Penny quien me ha distraído. ¿Y a ti?

—Penny —confirmó Sam.

—Vale, la próxima vez tenemos que derribar a Penny antes de hacer cualquier otra cosa —propuso Caine.

La pequeña procesión formada por Drake, Penny y Diana, con el bebé en brazos, seguía avanzando por la carretera.

—Así que ha tenido el bebé —comentó Sam—. ¿Felicidades?

—Hemos perdido el elemento sorpresa —se lamentó Caine—. Estarán preparados.

Y como si quisiera indicarles que sí, Drake, que ahora se encontraba junto al siguiente sol de Sammy, se volvió para mirarlos, se rio y chasqueó el látigo. La risa y el chasquido reverberaron.

—¿Por qué no nos han rematado? —se preguntaba Sam.

—Si te digo una locura, ¿la aceptarás sin más? —dijo Caine.

—Es la ERA.

—Ha sido el bebé. El bebé ha parado a Drake. Me estaba ahogando y lo tenía detrás, por lo que no podía alcanzarlo. Me tenía tan bien agarrado que si lo hubiera lanzado o empujado me habría arrancado la cabeza. He visto al bebé. Me ha mirado directamente. Y Drake me ha soltado.

Sam no estaba seguro de si debía creérselo o no. Pero los días en que dudaba de una historia porque sonaba a locura habían terminado.

—Se dirigen hacia la barrera.

—¿Se abrirá de verdad?

—Puede —respondió Sam—. Pero van a pasar por la ciudad, van a cargarse a tu gente, rey Caine.

Un grito alcanzó sus oídos.

—Bueno, pues más vale que demos a Quinn una buena historia —dijo Caine con brusquedad—. Por mi legado y todo eso.

—Primero Penny —dijo Sam, y echó a correr.

### TREINTA Y SIETE 3 MINUTOS

**GAYA SE RIO** y Diana no pudo evitar reírse también. Habían pasado junto a una casa que ardía, con chavales que acechaban tan cerca como podían para conseguir luz sin quemarse.

Penny había hecho algo para hacer que entraran corriendo en la casa en

llamas.

Diana estaba horrorizada hasta que Gaya se rio. Entonces Diana no pudo evitar reírse también. Resultaba divertido.

Gaya tenía sentido del humor. Qué increíble verlo en un bebé. Diana se atribuía el mérito, por sus genes. Gaya lo había sacado de su mamá.

Continuaron por la calle, y la luz que emanaba de Gaya bastaba para atraer a la gente como polillas hacia la llama. Se acercaban arrastrándose o titubeando, necesitados de esa luz, necesitados tras pasar mucho tiempo en la desesperada oscuridad como boca de lobo.

Se acercaban, y cuando lo hacían Drake los azotaba hasta que salían corriendo, o se contorsionaban hasta quedar fuera de su alcance.

Gaya se reía y daba palmadas. Resultaba increíble lo rápido que aprendía.

La barrera se rompería y Diana y su bebé quedarían libres. Podrían ir al zoo. O ¿cuál era ese sitio al que iban los chavales por la *pizza* y los juegos? ¡Chuck E. Cheese's! Sí, podrían jugar y comer *pizza*. Y ver la tele en... Se buscarían una casa. ¿Quién podía detenerlas? Con Drake y Penny de criados. ¡Ja! De criados.

¿Quién se les opondría? Habían apartado a Caine y Sam como si no fueran nada.

Y Gaya aún tenía que revelar hasta dónde alcanzaba su poder.

Diana quería reírse en voz alta y bailar con su bebé. Pero, pese a la emoción que sentía, también notaba que había algo falso en ella. Había algo forzado y tenso. Quería gritar de alegría y luego apuñalar a su bebé, a su bebé, a su querida hija, apuñalarla con un cuchillo. De alegría.

Gaya la miraba. Le aguantaba la mirada, y Diana no podía apartarla. Penetraba en ella y veía la verdad. Gaya veía el miedo dentro de Diana, el miedo a Gaya.

El bebé se reía y daba palmadas y sus ojos azules brillaban y Diana sentía que se debilitaba, y se encontraba mal, y parecía como si todo el sufrimiento de su cuerpo siguiera allí, solamente apartado de la vista. Estaba hueca. Diana era una nada vacía que iba tambaleándose con piernas de palote que se partían y

derrumbaban.

Los gritos de niños que se quemaban perseguían a Diana mientras sostenía a su bebé y miraba temerosa sus ojos centelleantes.

La suspensión del coche de Connie no estaba hecha para aquella carretera. El Camry no dejaba de hundirse haciendo un ruido como de motosierras serrando acero.

Pero no era el momento de vacilar. Ahora tenía que comportarse como una madre. Una madre cuyo hijo —cuyos hijos— estaban en peligro.

Por el espejo retrovisor vio que Abana la seguía. A su todoterreno le estaba yendo mejor. Pues bien: si sobrevivían a ese día podrían volver a casa con él.

Si es que Abana volvía a hablarle.

La carretera de tierra se acercaba peligrosamente a la principal cuando se encontraron a menos de un kilómetro de la barrera. La estela de polvo que soltaban resultaría evidente.

Y así, cuando la terrible monstruosidad lisa que era la Anomalía de Perdido Beach pasó a ocupar el campo de visión, Connie oyó un helicóptero por encima de sus cabezas.

Un altavoz atronaba pese al ruido de los rotores:

—Se encuentran en una zona peligrosa y restringida. Vuelvan inmediatamente.

Lo repitieron varias veces hasta que el helicóptero aceleró hasta adelantarlas, giró limpiamente y se dispuso a aterrizar en la carretera que quedaba a cuatrocientos metros de distancia.

Por el espejo retrovisor, Connie vio que el todoterreno de Abana viraba, como un loco, hacia terreno agreste. Se estaba dirigiendo hacia la carretera principal donde se encontraba con la barrera. La carretera la llevaría directamente a través de los restos del campamento trasladado a toda prisa.

Aún quedaban unos tráileres, y una antena parabólica para emitir vía satélite. Contenedores. Lavabos portátiles.

Connie maldijo para sus adentros, pidió perdón a su coche y giró tras Abana.

Ahora no solo se le hundía el coche, sino que saltaba y se le calaba, saltaba y se le calaba. Cada impacto le sacudía los huesos. Tocó tantas veces con la cabeza en el techo que rápidamente perdió la cuenta. El volante se le soltó. Hasta que de repente pisó asfalto, y se deslizó rebotando a través de los restos del campamento.

El helicóptero se puso otra vez a perseguirlas y sobrevoló sus cabezas.

Entonces ejecutó una maniobra temeraria, casi suicida, y aterrizó demasiado bruscamente en los metros de asfalto que quedaban antes de llegar a la pared intimidante de la barrera.

Dos soldados salieron de un salto del helicóptero. Eran policías militares con las armas preparadas.

Y luego un tercer soldado.

Abana pisó el freno.

Connie no se paró. Apuntó con el coche abollado y en proceso de desintegración al helicóptero, y pisó el acelerador.

El Camry chocó con los frenos del helicóptero, y el airbag explotó a Connie en la cara. El cinturón del asiento tiró en la dirección opuesta del movimiento, y la mujer oyó un chasquido y sintió una sacudida dolorosa.

Connie salió del coche de un salto, tropezó con los restos metálicos retorcidos de los frenos, y vio que el rotor se había hundido en el cemento y había quedado encajado.

La mujer echó a correr, se tambaleó, se dio cuenta de que se había roto la clavícula, y siguió corriendo hacia la barrera. Si la alcanzaba, si no lograban detenerla ni llevársela a rastras, entonces podría parar todo aquello.

Uno de los soldados agarró a Abana mientras corría, pero Connie lo esquivó, y hasta que lo dejó atrás y gritó: «¡Connie, no!» no se dio cuenta de que el tercer soldado era Darius.

Connie alcanzó la barrera.

La alcanzó, se detuvo y la miró fijamente, miró la pared de un gris interminable.

Darius estaba detrás de ella, sin aliento.

—Connie, es demasiado tarde. Es demasiado tarde, cariño. Algo le ha pasado al dispositivo.

Connie se volvió hacia él. Pensaba que le estaba reprochando su comportamiento. Estaba demasiado afectada para entender lo que le estaba diciendo.

—¡Lo siento! —exclamó la mujer—. ¡Mis chicos están ahí dentro! ¡Son mis niños!

Darius la cogió entre sus brazos, la abrazó con fuerza y añadió:

—Han intentado detener la cuenta atrás. Ha funcionado, el mensaje ha llegado, y han intentado detenerla.

—¿Qué?

Entonces Abana se acercó corriendo. Los dos policías ya no intentaban retenerla. Los soldados adoptaban la misma expresión tensa. Ninguno parecía seguir interesado en las dos mujeres.

—Escúchame —dijo Darius—, no pueden pararlo. Es este sitio. Algo ha salido mal y no pueden parar la cuenta atrás.

Por fin habían calado en ella sus palabras.

—¿Cuánto queda? —preguntó Connie.

Darius miró a los policías. Ahora Connie entendía sus rostros pasivos y tensos.

—Un minuto y diez segundos —dijo el más corpulento de los dos policías, un teniente.

Se arrodilló en el pavimento, juntó las manos y se puso a rezar.

Sam no sabía si repartir luz a discreción y que lo vieran venir o avanzar sin luz y moverse mucho más despacio. Eligió un término medio. Fue lanzando soles de Sammy a la carrera mientras se dirigía con Caine hacia la playa, y luego por la playa hasta que se ocultaron bajo los acantilados.

El océano presentaba una fosforescencia muy débil, casi parecía brillante. No se veían olas concretas ni ondas, pero formaba una masa borrosa oscura y no totalmente negra.

—Por aquí —indicó Sam, colgando un sol. Y señaló una pared de piedra imponente a su izquierda—. No costará mucho escalar.

—No tienes que escalar.

Sam sintió que lo elevaban y fue recorriendo el aire con la pared del acantilado a su alcance. Bajo la luz inquietante, la pared de roca parecía formada por hojas de cuchillos rotos.

Se esforzó por soltarse del impulso de Caine y pisar tierra firme. ¿Se atrevía a colgar una luz? No. Estaba demasiado cerca de la carretera principal. Notaba —o, por lo menos, esperaba— que Clifftop quedara a su derecha. Si estaba donde creía, podía atravesar fácilmente el camino al hotel, la carretera de acceso, una berma de arena, y luego descender hasta el punto donde la carretera principal se encontraba con la barrera.

Caine aterrizó a su lado.

—¿Vas a iluminar?

—No. Vamos a probar la sorpresa número dos.

Avanzaron como pudieron a través del suelo desigual, tropezando, cayéndose, acallando los tacos que pensaban.

Se encontraban junto a la berma, una barrera contra el viento que se extendía a quince metros de la carretera, cuando oyeron un crujido. Era como un trueno, pero sin rayos.

Y pareció prolongarse eternamente.

—Ha empezado —dijo una voz extraña, infantil, pero bonita—. ¡El huevo se



rompe! ¡Pronto, pronto!

—¡Habla! —gritó Diana.

—¡Vamos a salir! —exclamó Drake—. ¡Se está abriendo!

—Ahora —dijo Sam entre dientes.

Caine y Sam subieron por el lateral de la berma. En cuanto Caine detectó su objetivo, bajó las manos y se lanzó por los aires. El silbido que hizo lo delató, y Penny lo vio en un instante.

Sam apuntó con cuidado, pero Diana se interpuso. Tranquila, fluida, como si hubiera sabido que Sam estaba allí.

—¡Dale! —gritó Caine desesperado, cuando una visión horripilante lo hizo caer bruscamente al suelo.

Sam corrió directamente hacia ellos y disparó una vez, alcanzando a Drake en toda la cara. Si eso no lo mataba, al menos estaría sin hablar durante un rato.

Sam empujó bruscamente a Diana con el hombro, y vio que unos ojitos azules lo seguían.

Penny se giró, y Sam disparó como loco.

La pierna de Penny se incendió. Chilló y echó a correr presa del pánico, por lo que las llamas se extendieron a su ropa.

—¡No, Sam! —gritó Diana.

Una fuerza increíblemente poderosa lanzó a Sam por los aires. Como si alguien hubiera hecho estallar una bomba debajo de él. Hasta que dejó de dar vueltas y de caer hacia la tierra.

Sam bajó la vista y vio al bebé mirándolo, riéndose y dando palmadas. Entonces abrió los deditos regordetes e hizo un movimiento como si estuviera estirando una masa.

Sam sintió que tiraban de su cuerpo en direcciones opuestas. Le estaba dejando sin aire en los pulmones. Como si dos manos gigantes lo agarraran

bruscamente y lo desgarraran.

Oyó que se le partían los huesos.

Sintió el dolor agudo de las costillas separándose del cartílago.

Ahora el bebé lo estaba acercando. Como si quisiera verlo mejor. Como si quisiera que lo salpicara la sangre cuando lo hiciera pedazos...

Diana tropezó. Chocó contra su hija y ambas cayeron, pero sin alcanzar el suelo.

Sam cayó hacia la tierra. Pero él tampoco se estampó contra el cemento.

¡Dekka!

Jadeaba como si acabara de correr una maratón. Se encontraba en mitad de la carretera, mirando furiosa, con las manos alzadas. Tenía pinta de venir de un viaje al infierno. Pero llegaba en un momento muy oportuno.

Sam no dudó. En cuanto sus pies tocaron el suelo dio un salto, ignorando el dolor de los huesos del cuerpo al romperse.

Tras desplomarse y rodar, y apagarse el fuego, Penny yacía con la piel del color y la textura de un jamón bien glaseado.

Sam corrió hasta donde se encontraba jadeando de dolor, de dolor de verdad, no debido a una ilusión, y se puso a horcajadas entre sus piernas, apuntándole con las manos.

—Eres demasiado peligrosa para vivir —afirmó el chico.

La carne de Sam se prendió fuego de repente, pero estaba demasiado cerca, demasiado preparado. Ya estaba allí y lo único que tenía que hacer ahora era pensar y...

... Y un trozo de pavimento, un trozo de cemento de más de medio metro de ancho y que soltaba tierra procedente de donde lo habían arrancado, se estampó con tanta fuerza sobre la cabeza de Penny que el suelo bajo los pies de Sam rebotó.

El cuerpo de Penny dejó de moverse al instante. Como si hubieran apagado

un interruptor.

Caine se encontraba por encima de ella, respirando con dificultad.

—Venganza —gruñó, y pateó el trozo de cemento para enfatizarlo.

La cara fundida de Drake había empezado a recomponerse, pero aún parecía un muñeco articulado que hubieran metido en el microondas. Su látigo, no obstante, funcionaba perfectamente.

Atacó, y Sam gritó de dolor.

Caine alzó el trozo de cemento que había utilizado para matar a Penny y se preparó para estamparlo sobre Drake.

—No, papá —dijo Gaya.

## TREINTA Y OCHO 15 SEGUNDOS

—**O ESTALLA Y NOS MATA** a todos —dijo Connie en voz baja, extrañamente calmada—. O hará... otra cosa.

Abana le cogió una mano. Las dos.

Otros vehículos se estaban acercando por la carretera principal. No eran de policía, no había sirenas. La policía y los soldados se habían retirado a una distancia segura.

Eran un puñado de coches y furgonetas de particulares. De padres. De amigos. De gente que había recibido los correos electrónicos y los *tweets* y corrían para parar lo que ya no se podía parar.

Connie y Abana se miraron. Se miraban aterradas, tristes y culpables: habían traído a esa gente para morir.

Connie miró a los policías militares. La piloto del helicóptero, una mujer con el pelo rubio y distintivos de capitán, se había unido a ellos tras maldecir categóricamente el daño que había sufrido su nave.

—Lo siento —susurró Connie—. Siento haberos hecho esto.

Entonces oyó el ruido de algo resquebrajándose. Como un trueno a cámara lenta, o una cáscara de huevo del tamaño de un globo terráqueo, abriéndose. Todo el mundo se quedó callado y escuchó atentamente. Duró mucho rato.

—Se está abriendo —susurró Abana—. ¡La barrera se está abriendo!

Connie pensó que era demasiado tarde. Demasiado tarde.

Se acercó a Darius y esperaron, uno junto al otro, que llegara el fin.

El bebé ya no estaba en brazos de Diana. Se mantenía erguido. Ella solita, como una niña brillante, desnuda, de unos dos años según todas las indicaciones.

Caine salió volando hacia atrás y se quedó pegado contra la pared, completamente pegado, gritando de dolor hasta que el aumento implacable de la presión apenas le permitía articular ningún ruido.

Sam veía cómo lo aplastaba; veía literalmente cómo el cuerpo de Caine se aplanaba como si un camión lo empujara, estrujándolo como un bicho contra la barrera.

—¡Haz que pare! —gritó Sam a Diana.

—Yo...

Diana parecía acongojada. Como si saliera de una pesadilla y se encontrara con una realidad peor.

—¡Lo está matando!

—No —dijo Diana débilmente—. No mates a tu padre.

Pero había una expresión decidida en el rostro de la niña. Sus labios de querubín se retraían en un gruñido extraño.

Sam alzó las manos, con las palmas hacia fuera.

—Retírate, Diana —le ordenó Sam.

Diana no se movió.

Sam miró a Caine. Era como un bicho pegado al parabrisas.

Sam disparó. Dos rayos gemelos de luz asesina alcanzaron a la niña justo en el centro.

Y el mundo entero explotó con una luz cegadora.

Caine se deslizó hasta caer al suelo. Diana retrocedió, tapándose la vista. Drake utilizó su tentáculo para taparse los ojos.

Sam quedó cegado por la luz. No era la luz de sus manos. No era la luz del bebé.

Era la luz del sol.

¡La luz del sol!

La luz brillante, resplandeciente, del sol del mediodía californiano.

No hubo ruidos. Ni advertencias. El mundo era negro, y solo se veía la luz penosa de unos cuantos soles de Sammy. Y al instante siguiente era como si miraran al sol en sí.

Sam entrecerró un solo ojo, y lo que vio era imposible. Había gente. Adultos. Cuatro, no cinco, seis adultos.

Un helicóptero destrozado.

Un Carl's Jr. El mismo destello del mundo exterior que Sam había visto antes, durante un milisegundo. Pero ahora la visión persistía.

¡La barrera había desaparecido!

Drake gritó, llevado por una especie de miedo extático. Corrió directamente hacia la barrera, con el látigo silbando al agitarse a su lado.

Grogui, herido, Caine se puso en pie.

Pero algo no cuadraba en esa imagen. Caine se estaba apoyando en algo para

levantarse, hasta que apartó bruscamente la mano... de la barrera.

Drake chocó contra el muro. Su mano de látigo chocó contra algo rígido pero invisible.

Los adultos, las mujeres, los soldados, los miraban fijamente, boquiabiertos.

¡Los veían!

Veían a Diana gritar.

Veían a Drake atacar ferozmente en todas direcciones con su látigo.

Veían la cabeza brutalmente pulverizada y el rostro de una chica llamada Penny, medio hundida en el pavimento.

Veían a una niña, un bebé, intacta, pues la luz ahora extinguida de Sam no le había hecho daño.

Había caras por todas partes. Se intentaban acercar, avanzar, pero Sam veía que tocaban y daban un salto atrás.

La barrera seguía ahí. Pero ahora era transparente.

A Sam le pareció que se le paraba el corazón. De repente se fijó en una de las caras.

La de su madre.

Su madre diciendo unas palabras que no se oían y mirando a Sam apuntar con las palmas hacia una niñita indefensa.

No podía parar. Había parado antes. No, no podía parar.

La luz de Sam ardió.

La cara de su madre, todas las caras, todas ellas gritaban sin que se las oyera:

—¡No! ¡Noooo!

El pelo de la niñita se incendió. Llameó magníficamente, pues tenía el pelo oscuro y frondoso de su madre.

Sam volvió a disparar y la carne de la niña pequeña acabó ardiendo.

Pero mientras tanto la niña, la *gayáfaga*, miraba a Sam con el rostro apartado de los espectadores y una furia incesante. Los ojos azules no dejaban de mirarlo. Su boca angelical formaba una sonrisa astuta incluso mientras ardía.

Hasta que se convirtió en una columna de fuego, con los rasgos indistinguibles.

Sam dejó de disparar.

El bebé, la niña, el monstruo, el diablo, se volvió y echó a correr por la carretera.

El rostro de Diana se retorció formando una mueca, y corrió tras ella.

Drake se volvió con los ojos vacíos y ausentes, horrorizados, y echó a correr, azotando impotente a la nada.

Sam y Caine se quedaron de pie uno junto al otro, magullados y maltrechos. Tenían la vista fija en el cuerpo horrible de Penny, y su madre los miraba.

**MÁS TARDE**      **LUEGO LLEGÓ** otro helicóptero, decorado con el logo de un canal de noticias de Santa Bárbara. No hizo ningún ruido, claro —la cúpula seguía sin dejar entrar el ruido—, pero Astrid veía caras en la cabina, y se imaginaba que la lente de una cámara con teleobjetivo apuntaba hacia ellos.

Ahora la vista del helicóptero se veía levemente obstaculizada porque fuera, más allá de la barrera transparente como el cristal y dura como el diamante, estaba lloviendo. Las gotas salpicaban en la cúpula y bajaban a chorros.

Dentro de la barrera, a ambos lados de la carretera principal, los chavales se situaban tan cerca del exterior como podían. Ya habían llegado tres o cuatro docenas de chavales corriendo desde Perdido Beach. Al principio solo veían a los soldados y a los policías del Estado que se habían acercado a toda prisa haciendo señales con las luces, el helicóptero y a un puñado de padres.

Pero estaban llegando más padres en coches y todoterrenos, procedentes de sus nuevos hogares en Arroyo Grande, Santa María y Orcutt.

Los padres que habían encontrado nuevos lugares para vivir que quedaban

más lejos, en Santa Bárbara o Los Ángeles, tardarían más en llegar.

Algunos llevaban carteles.

«¿Dónde está Charlie?».

«¿Dónde está Bette?».

«¡Te queremos!». Con la tinta corriéndose debido a la lluvia.

«¡Te echamos de menos!».

«¿Te encuentras bien?».

No quedaba mucho papel en la ERA, y los chicos se habían acercado a toda prisa; ni se habían esperado a coger nada. Pero algunos habían encontrado trozos de placas de construcción o de cartón que se había llevado el viento, y usaban pedacitos de grava para escribir.

«Yo también te quiero».

«¡Di a mi mamá que estoy bien!».

«Ayúdanos».

Y la cámara de televisión y el helicóptero lo observaban todo, y también la gente, los adultos: padres, policías y curiosos. Media docena de teléfonos inteligentes tomaban fotos y grababan vídeos. Astrid sabía que vendrían muchos, muchos más.

Empezaban a aparecer barcos en el océano fuera de la cúpula. Y ellos también miraban con prismáticos y lentes fotográficas.

Una pareja mayor se acercó corriendo procedente de una casa motorizada, garabateando al avanzar: «¿Puedes ir a ver a nuestro gato, Ariel?».

Nadie les respondería, porque se habían comido a todos los gatos.

«¿Dónde está mi hija?», y un nombre.

«¿Dónde está mi hijo?», y un nombre.



Astrid se preguntaba amargamente quién se encargaría de escribir esas respuestas. Muerta. Muerto. Se lo comieron los gusanos carnívoros. Murió atacado por un coyote.

Asesinado en una pelea por una bolsa de patatas.

Se suicidó.

Se murió porque estaba jugando con cerillas y no es que tengamos precisamente un cuerpo de bomberos.

Lo matamos porque era la única forma de lidiar con él.

¿Cómo explicar a todos esos ojos que observaban cómo era la vida dentro de la ERA?

Entonces Astrid vio un coche conocido que casi choca con un coche patrulla aparcado. Un hombre salió de un salto. Una mujer se movía despacio, vacilante. La madre y el padre de Astrid se acercaron a la barrera. Su padre aguantaba a su madre como si se fuera a derrumbar.

La imagen de la pareja desgarró a Astrid. Era evidente que los adultos y adolescentes mayores que estaban en la zona de la ERA cuando Petey obró su descabellado milagro habían salido con vida. ¿Cuántos miles de horas había dedicado Astrid a intentar averiguar qué había pasado, intentando pensar en cada alternativa posible? Padres muertos, padres vivos, todos los padres en un universo paralelo, padres a los que les habían reescrito la memoria, padres borrados del pasado y del presente...

Y ahora volvían a aparecer llorando, agitando las manos, mirándolos, cargados de emociones y exigiendo explicaciones que la mayoría de los chavales — Astrid incluida — no eran capaces de reducir a unas pocas palabras rayadas en un trozo de yeso, o marcadas con un clavo en un trozo de madera.

«¿Dónde está Petey?».

La madre de Astrid sostenía ese cartel. Lo había escrito con un rotulador permanente en un lado de una bolsa de lona, porque ahora la lluvia era demasiado intensa para utilizar papel.

Astrid se lo quedó mirando durante mucho rato. Y al final no se le ocurrió

una respuesta mejor que encogerse de hombros y menear la cabeza.

«No sé dónde está Petey».

«Ni siquiera sé lo que es».

Sam estaba a su lado y no la tocaba, no con tantos ojos mirándolos. Astrid quería apoyarse en él. Quería cerrar los ojos, y cuando volviera a abrirlos estar con él en el lago.

Habían pasado meses desesperados en los que lo único que Astrid quería era salir de allí y recuperar su antigua vida como la afectuosa hija de sus padres. Pero ahora apenas soportaba mirarlos. Ahora buscaba desesperadamente una excusa para marcharse. Eran extraños. Y sabía, como Sam siempre había sido, que acabarían convirtiéndose en acusadores.

Eran una puñalada en el corazón cuando ya no podía aguantar más, cuando ya no podía empezar a sentir otra vez. Era demasiado. No podía pasar repentinamente de una desesperación a otra.

Dekka se encontraba detrás de Sam con los brazos cruzados, casi como si se escondiera. Quinn y Lana se encontraban un poco apartados, maravillados ante la imagen del mundo exterior, pero aún no tenían caras con las que comunicarse.

—Somos monos en un zoo —dijo Sam.

—No —replicó Astrid—. A la gente le gustan los monos. Mira cómo nos miran. Imagínate lo que ven.

—Me lo he imaginado desde el comienzo.

—Sí...

—¿Quieres saber lo que ven? ¿Lo que ve mi madre? Un chico que ha disparado luz con las manos y ha intentado incinerar a un bebé —explicó Sam con dureza—. Me ha visto quemar a un bebé. No habrá explicación que valga, nunca jamás.

—Parecemos salvajes. Sucios y muertos de hambre, vestidos como vagabundos —continuó Astrid—. Con armas por todas partes. Y una chica muerta con una roca aplastándole el cerebro.

Astrid miró a su madre y, ay, no podía evitar su mirada de... ¿de qué? No de alegría, ni de alivio.

Sino de horror.

De distancia.

Ambos lados, el de los padres y el de los hijos, veían ahora el enorme abismo que se había abierto entre ellos. El padre de Astrid parecía menudo. Su madre, vieja. Ambos parecían fotos antiguas de sí mismos, no personas de verdad. No eran tan reales como los recuerdos que tenía de ellos.

Astrid sentía como si sus ojos la inspeccionaran en busca del recuerdo de su hija. Como si no quisieran verla a ella, sino a la chica que había dejado de ser mucho tiempo atrás.

Brianna se acercó zumbando. Una distracción bienvenida que hizo que los rostros silenciosos del otro lado dibujaran círculos con la boca: «¡Oooh, aaah!», y señalaran con las manos, y las cámaras giraran.

—Está lista para el primer plano —dijo Dekka con brusquedad.

—¿Hay mucha luz aquí, o soy solo yo? —dijo Brianna. Entonces sacó el machete, lo hizo girar a diez veces la velocidad humana, se detuvo, lo guardó otra vez, e hizo una pequeña reverencia a los espectadores perplejos y horrorizados—. Sí. Sí, me interpretaré a mí misma en la película. La Brisa no necesita efectos especiales.

Astrid respiró. Le pareció como si fuera la primera vez que respiraba en mucho tiempo. Agradecía que Brianna hubiera roto un poco con la tensión.

—Por cierto, volviendo a lo nuestro: se dirigen hacia el desierto —anunció Brianna a Sam—. Un grupito feliz: madre, hija y el tío Mano de Látigo. Me he acercado demasiado y el bebé casi me entierra bajo una tonelada de piedras. Qué niña más mala.

Brianna asintió, satisfecha.

—Esa puede ser mi frase: «Qué niña más mala».

—No, no —dijo Dekka—. Por favor, no.

Astrid sonrió, y su madre pensó que le sonreía a ella y le devolvió la sonrisa.

—He visto a alguien grabarlo —comentó Sam—. A mí quemando a... la criatura. ¿Sabes lo que verán? ¿Lo que pensará la gente de ahí fuera?

Astrid sabía que estaba aterrado. Veía —todos veían— la mirada de horror de Connie Temple cada vez que miraba a su hijo.

«Su hijo», en singular, pues Caine se había quedado mirando durante un buen rato a su madre, se había vuelto y se había marchado otra vez a la ciudad.

—Hace mucho tiempo que temes esto, Sam —comentó Astrid en voz baja—. Que temes que te juzguen.

Sam asintió, miró al suelo y luego a Astrid. La chica esperaba ver tristeza. Puede que culpa. Pero casi gritó de alivio cuando vio los ojos del chico que nunca se había echado atrás. Vio los ojos del chico que fue el primero en enfrentarse a Orc, y luego a Caine, Drake y Penny.

Vio a Sam Temple. «Su» Sam Temple.

—Bueno —dijo Sam—. Imagino que pensarán lo que quieran.

—Está oscureciendo —señaló Dekka—. Cuando llegue la noche, más vale que saquemos a Penny de aquí. Y la enterremos. Todos los que vienen se quedan mirando el...

Dekka se calló, porque Sam se estaba moviendo. Se dirigía decidido al lugar donde el cuerpo de Penny yacía con la cabeza aplastada bajo una piedra, como en una grotesca parodia de la Bruja Malvada del Este.

Las cámaras seguían el movimiento de Sam.

Los ojos —muchos de ellos hostiles, condenatorios— seguían sus pasos.

Sam miró directamente a las cámaras. Y a continuación miró a su madre. Astrid contuvo el aliento.

Entonces Sam se puso a incinerar, sistemática y completamente, el cuerpo de Penny. Hasta que solo quedaron cenizas.

Connie Temple permaneció como una estatua, negándose a apartar la mirada.

Cuando Sam acabó, asintió una vez en dirección a su madre, se volvió y se dirigió hacia Astrid.

—No la enterraremos en la plaza con chavales buenos que murieron sin motivo. Si buscamos a gente que enterrar, encontraremos lo que quede de Cigar y Taylor.

Lana negó con la cabeza.

—No puedo asegurar que Taylor esté muerta. Ni que esté viva.

Sam asintió.

—Esto es lo típico que a toda esa gente de ahí fuera le va a costar entender. Pero, sea como sea, ahí están, y, ¿sabéis qué?, aún tenemos niños que alimentar y un monstruo al que matar. —Tendió la mano hacia Astrid—. ¿Estás lista para marcharte?

Astrid vio detrás del chico, por encima de su hombro, el rostro preocupado de su madre. Entonces cogió la mano de Sam.

—Hay mucho que hacer —dijo Sam a los chavales que podían oírlo, dando la espalda al exterior—. Mucho que hacer, mucho que arreglar, y falta mucho para que esta guerra termine. Volverán.

E inclinó la cabeza hacia el norte, hacia la dirección en que había huido Gaya.

—Quinn, ¿quieres encargarte del negocio aquí en Perdido Beach? ¿Encargarte del trabajo de Albert? Creo que a Caine le parecerá bien.

—En absoluto —respondió Quinn—. No. Nooo. No.

Sam parecía un poco sorprendido.

—¿No? Bueno, pues supongo que ya montarán algo Caine, Lana, Edilio y Astrid.

—Espero que sí —dijo Quinn con ganas, y dio un golpecito amigable a Sam

en el hombro—. Gracias por salvarnos el pellejo... otra vez. Pero yo, tío, me voy a pescar.

Astrid sintió que debía volver a mirar a sus padres. Explicarles que tenía que marcharse. Poner alguna excusa. Quedarse para tranquilizarlos.

Pero algo fundamental había cambiado, como si se hubieran movido los polos magnéticos o alterado las leyes de la física. Porque ya no pertenecía a su familia. Ya no era suya.

Era de Sam.

Y él era de Astrid.

Y aquel era su mundo.



MICHAEL GRANT (Los Ángeles, California, Estados Unidos, 1954). Ha pasado gran parte de su vida en movimiento. Criado en una familia de militares, asistió a más de diez escuelas tanto en América como en Europa, y se convirtió en escritor, en parte para mantener esa libertad. Su sueño más anhelado es dar la vuelta al mundo y visitar todos los continentes, incluyendo la Antártida. Ha trabajado en campañas políticas, de crítico de restaurantes y hasta grabado documentales, pero lo dejó todo por considerarlo demasiado aburrido.

Se hizo escritor, según cuenta, porque su mujer (K. A. Applegate) le dijo que ya era hora de crecer y de encontrar un trabajo de verdad. Desde entonces, Grant y ella han escrito más de un centenar de novelas. Es el autor de la saga de éxito de ventas internacional *Olvidados*.

Actualmente vive en California con su esposa, Katherine Applegate, y sus dos hijos.

## Table of Contents

Miedo

Mapas

Cita

Fuera

Uno. 65 horas, 11 minutos

Dos. 64 horas, 57 minutos

Tres. 53 horas, 52 minutos

Cuatro. 50 horas

Cinco. 44 horas, 12 minutos

Seis. 43 horas, 17 minutos

Siete. 36 horas, 19 minutos

Ocho. 36 horas, 10 minutos

Nueve. 35 horas, 25 minutos

Diez. 34 horas, 31 minutos

Fuera

Once. 26 horas, 45 minutos

Doce. 25 horas, 8 minutos

Trece. 25 horas



Catorce. 24 horas, 29 minutos

Quince. 22 horas, 16 minutos

Dieciséis. 22 horas, 5 minutos

Diecisiete. 20 horas, 19 minutos

Fuera

Dieciocho. 18 horas, 55 minutos

Diecinueve. 17 horas, 37 minutos

Veinte. 17 horas, 20 minutos

Veintiuno. 15 horas, 12 minutos

Veintidós. 14 horas, 44 minutos

Veintitrés. 14 horas, 39 minutos

Fuera

Veinticuatro. 14 horas, 2 minutos

Veinticinco. 12 horas, 40 minutos

Fuera

Veintiséis. 11 horas, 28 minutos

Veintisiete. 10 horas, 54 minutos

Veintiocho. 10 horas, 35 minutos

Fuera

Veintinueve. 10 horas, 27 minutos

Treinta. 10 horas, 4 minutos

Treinta y uno. 8 horas, 58 minutos

Fuera

Treinta y dos. 7 horas, 1 minuto

Treinta y tres. 5 horas, 12 minutos

Fuera

Treinta y cuatro. 4 horas, 21 minutos

Treinta y cinco. 4 horas, 6 minutos

Treinta y seis. 18 minutos

Treinta y siete. 3 minutos

Treinta y ocho. 15 segundos

Más tarde

Autor